LIBRO dot.com

REY KULL

ROBERT E. HOWARD



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Poco se sabe de aquella época conocida por los cronistas nemedianos como la Era Precataclísmica, excepto de su última parte, y eso se halla envuelto en las neblinas de la leyenda. La historia conocida se inicia con el declive de la civilización precataclísmica, dominada por los reinos de Kamelia, Valusia, Verulia, Grondar, Thule y Commoria. Esos pueblos hablaban una lengua similar, y argumentaban un origen común. Había otros reinos, igualmente civilizados, pero habitados por otras razas diferentes y aparentemente, más antiguas.

Los bárbaros de aquellos tiempos eran los pictos, que vivían en islas lejanas, en el océano de poniente; los atlantes, que habitaban en el pequeño continente situado entre las islas pictas y la tierra firme o continente thurio; y los lemures, que habitaban una cadena de grandes islas situadas en el hemisferio oriental.

Había vastas regiones de territorios inexplorados. Los reinos civilizados aunque de extensión enorme, sólo ocupaban una parte comparativamente pequeña de todo el planeta. Valusia era el más occidental de los reinos del continente thurio, y Grondar el más oriental. Al este de Grondar, cuyo pueblo era menos civilizado que los de otros reinos, se extendía un territorio salvaje y árido de desiertos. En las zonas menos áridas, en las junglas, y entre las montañas, vivían diseminados clanes y tribus de salvajes primitivos. Bastante más al sur había una civilización misteriosa, no relacionada con la cultura thuria, con la que de vez en cuando entraban en contacto los lemures. Aparentemente, procedía de un continente envuelto en las sombras, sin nombre, que debía encontrarse en alguna parte al este de las islas lemures.

La civilización thuria se estaba desmoronando; sus ejércitos estaban compuestos, en buena parte, por mercenarios bárbaros. Los pictos, los atlantes y los lemures eran sus generales, sus hombres de Estado y, a menudo, incluso sus reyes. Lo que se sabe sobre los altercados que se produjeron entre los reinos, sobre las guerras que esta1laron entre Valusia y Commoria, y sobre las conquistas mediante las cuales los atlantes fundaron un reino en el continente, pertenece más al reino de la leyenda que a la ciencia exacta de la historia.

La Era Hyboria


ATLANTIS
Y LAS ISLAS PICTAS
VALUSIA
CIUDAD DE LAS MARAVILLAS
KATMULA
ZARFHAANA
GRONDAR
EL STAGUS
PASO
TALUNIA
FARSUN
VERULIA
EL MUNDO DEL REY KULL
REINOS MENORES
THURANIA

1 - EXILIO DE ATLANTIS

Se ponía el sol. Un último esplendor carmesí llenaba el paisaje y se posaba, como una corona de sangre, sobre los picos moteados de nieve de las montañas. Los tres hombres que contemplaban el agonizar del día respiraron profundamente la fragancia de la brisa que surgía desde los distantes bosques, y luego volvieron su atención hacia una tarea mucho más material. Uno de ellos se hallaba asando un venado sobre una pequeña hoguera; tocó con un dedo la carne humeante y se lo llevó a la boca, probándolo con el gesto propio de un *connoisseur*.

-Ya está preparado, Kull, Khor-nah; podemos comer.

Quien así había hablado era joven, apenas poco más que un muchacho, alto de estatura, de cintura delgada y hombros anchos, que se movía con la gracia natural de un leopardo. En cuanto a sus compañeros, uno, el hombre de mayor edad, mostraba una constitución poderosa y maciza, peludo y con un rostro de expresión agresiva. El otro era el contrapunto del joven que había hablado, excepto por el hecho de que era más alto, con un pecho más ancho y unos hombros algo más amplios. Daba la impresión, incluso en mayor medida que el primer joven, de poseer una gran velocidad dinámica oculta en sus músculos largos y suaves.

-Bien -dijo éste-, ya empiezo a tener hambre.

-¿Y cuándo no la tienes, Kull? -bromeó el primer joven.

-Cuando lucho -contestó Kull con expresión seria.

El mayor de los hombres dirigió una rápida mirada a su amigo, tratando de imaginar qué estaría pensando en lo más recóndito de su mente. Nunca estaba totalmente seguro de lo que pensaba su amigo.

-Lo que sientes entonces es sed, pero de sangre -dijo el mayor de los hombres-. Am-ra, termina ya con tus bromas y córtanos algo de carne.

Empezó a caer la noche y algunas estrellas iniciaron su parpadeo. El viento del anochecer se file extendiendo sobre el paisaje montañoso, envuelto en el crepúsculo. A lo lejos un tigre rugió de repente. Khor-nah efectuó un movimiento instintivo hacia la lanza de punta de pedernal que había dejado en el suelo, a su lado. Kull volvió la cabeza, y una extraña luz parpadeó en sus fríos ojos grises.

-Los hermanos rayados salen de caza esta noche -dijo.

-Adoran a la luna naciente -indicó Am-ra señalando hacia el este, donde se ponía de manifiesto un resplandor rojizo.

-¿Por qué? -preguntó Kull -. La luna pone al descubierto tanto a sus víctimas como a sus enemigos.

-Una vez, hace muchos cientos de años -dijo Khor-nah- un rey tigre, perseguido por los cazadores, invocó a la mujer de la luna, y ella le arrojó una parra por la que él subió hacia la seguridad, y habitó durante muchos años en la luna. Desde entonces, los hermanos rayados adoran a la luna.

-Eso no me lo creo -dijo Kull con brusquedad-. ¿Por qué iban a adorar a la luna sólo por el hecho de que ésta ayudara a uno de los de su raza hace ya tanto tiempo? Más de un tigre ha subido por el Acantilado de la Muerte y ha escapado así de sus perseguidores, a pesar de lo cual no adoran ese acantilado. ¿Cómo iban a saber lo que ocurrió hace tantos años?

Khor-nah frunció el ceño.

-Poco te favorece mofarte de tus mayores, o burlarte de las leyendas de tu pueblo de adopción, Kull. Esa historia debe de ser cierta porque ha sido transmitida de una generación a otra durante más tiempo del que pueda recordarse. Y lo que siempre fue, siempre será.

-Pues yo no me lo creo -reiteró Kull-. Estas montañas siempre han existido y, sin embargo, algún día se desmoronarán y desaparecerán. Llegará el día en que el mar inundará todas estas montañas...

-¡Ya basta de blasfemias! -exclamó Khor-nah con una pasión que era casi expresión de cólera-. Kull, somos buenos amigos y tengo paciencia contigo porque eres joven. Pero hay algo que debes aprender: a respetar la tradición. Te burlas de las costumbres y usos de tu pueblo, precisamente tú a quien ese pueblo rescató de la selva y te ofreció un hogar y una tribu.

-No era más que un mono sin pelo deambulando por los bosques -admitió Kull francamente, sin la menor vergüenza-. No sabía hablar la lengua de los hombres, y mis únicos amigos eran los tigres y los lobos. No sé quién era mi pueblo, ni de qué sangre procedía...

-Eso no importa -le interrumpió Khor-nah-. Tienes todo el aspecto de pertenecer a esa tribu fuera de la ley que vivía en el valle del Tigre, y que pereció en la Gran Inundación. Pero eso importa poco. Has demostrado ser un guerrero valiente y un cazador poderoso...

-¿Dónde encontrarías a un joven que se le igualara en el lanzamiento de la lanza o en la lucha cuerpo a cuerpo? -preguntó Am-ra con los ojos encendidos.

-Muy cierto -asintió Khor-nah-. Es un honor para la tribu de la montaña del mar, pero precisamente por eso debería controlar su lengua y aprender a reverenciar las cosas sagradas del pasado y del presente.

-Yo no me burlo -dijo Kull sin malicia-, pero sé que muchas de las cosas que dicen los sacerdotes son mentiras, pues yo mismo he ido con los tigres y conozco a las bestias salvajes mejor que a los sacerdotes. Los animales no son ni buenos ni malos, pero los hombres, con la lujuria y la avidez que les son propias...

-¡Más blasfemias! -le interrumpió Khor-nah enojado-. ¡El hombre es la creación más magnífica de Valka!

Am-ra intervino entonces para cambiar de tema.

-Esta mañana he oído el sonido de los tambores en la costa. Hay guerra en el mar. Valusia lucha contra los piratas lemures.

-Sólo les deseo mala suerte a ambos -gruñó Khor-nah.

-¡Valusia! -exclamó Kull con los ojos nuevamente encendidos-. ¡La tierra de los encantamientos! Algún día veré la gran Ciudad de las Maravillas.

-Maldito sea el día en que lo hagas -le espetó Khor-nah con dureza-. Te verás cargado de cadenas, y sobre ti se cernirá el espectro de la tortura y de la muerte. Ningún hombre de nuestra raza ve jamás la Ciudad de las Maravillas, a no ser que sea como esclavo.

-Que la mala suerte caiga sobre ella -murmuró Am-ra.

-¡Que sea una suerte negra y un destino rojo! –exclamó Khor-nah esgrimiendo el puño hacia el este-. ¡Que por cada gota de sangre atlante derramada, por cada esclavo que se afana en sus malditas galeras, caiga una plaga negra sobre Valusia ylos Siete Imperios!

Am-ra, entusiasmado, se puso en pie de un salto y repitió parte de la maldición, mientras Kull, tranquilamente, se cortaba un nuevo trozo de carne.

-He luchado contra los valusos -dijo-, y debo admitir que se dispusieron valerosamente en orden de batalla, aunque no fueron difíciles de matar. Tampoco parecían tan malvados.

-Porque sólo luchaste contra los débiles guardias de la costa norte -gruñó Khor-nah-, o contra las tripulaciones de los barcos mercantes varados en la costa. Espera a que tengas que enfrentarte con la carga de los escuadrones negros de las legiones de Valusia, o contra el Gran Ejército, como he hecho yo. ¡Eso sí que es bueno! ¡Había sangre hasta para beber! Junto con Gandaro, el de la lanza, recorrí las costas valusas cuando todavía era más joven que tú, Kull. Ah, aquellos si que fueron buenos tiempos. Llevamos la antorcha y la espada hasta lo más profundo del imperio. Éramos quinientos hombres, procedentes de todas las tribus ribereñas de Atlantis. ¡Y sólo regresamos cuatro! El grueso de los escuadrones negros nos diezmó en las afueras del pueblo de los Halcones, que antes habíamos incendiado y saqueado. Allí bebieron las espadas y las lanzas saciaron su sed de sangre. Descuartizamos y fuimos descuartizados, pero una vez que terminó el fragor de la batalla sólo cuatro de nosotros pudimos escapar del campo, y los cuatro estábamos llenos de heridas.

-Ascalante me dice que las murallas de la Ciudad de Cristal tienen diez veces la altura de un hombre -dijo Kull que no deseaba abandonar el tema-. Que el fulgor del oro y de la plata sería suficiente para deslumbrarle a uno, y que las mujeres que abarrotan las calles o se asoman a las ventanas van vestidas con extrañas túnicas suaves que crujen y brillan al moverse.

-Quién mejor podría saberlo que Ascalante -dijo Khor-nah con una mueca-. Fue esclavo entre ellos durante tanto tiempo que basta olvidó su buen nombre atlante, y tuvo que conformarse a partir de entonces con el nombre valuso que le pusieron.

-Sin embargo, logró escapar -comentó Am-ra.

-Cierto, pero por cada esclavo que consigue escapar de las cadenas de los Siete Imperios hay por lo menos siete que se pudren en las mazmorras y mueren cada día, pues ningún atlante estuvo destinado nunca a soportar la esclavitud.

-Hemos sido enemigos de los Siete Imperios desde el alborear de los tiempos -musitó Am-ra.

-Y seguiremos siéndolo hasta que el mundo se derrumbe -dijo Khor-nah con una salvaje satisfacción- Pues Atlantis, gracias a Valka, es enemiga de todos los hombres.

Am-ra se incorporó, tomó su lanza y se preparó para hacerse cargo de la guardia. Los otros dos se tumbaron sobre la hierba, dispuestos a dormir. ¿Con qué soñaría Khor-nah? Quizás con una batalla, o con el retumbar de los búfalos, o con una mujer de las cavernas. En cuanto a Kull...

A través de la neblina de su sueño resonó débil y lejana la dorada melodía de las trompetas. Nubes de radiante esplendor flotaban sobre él; entonces, una magnífica visión se abrió ante su sueño. Una gran multitud de gente se extendía en la distancia, y hasta ellos llegaba un rugido tormentoso expresado en una lengua extraña. Se percibía un ligero matiz de acero al entrechocar, y grandes ejércitos negros se extendían a la derecha y a la izquierda; la neblina se disipó, y un rostro surgió nítidamente, destacándose; un rostro por encima del cual flotaba una corona regia. Era un rostro como de halcón, de expresión desapasionada, inmóvil, con los ojos del gris del mar frío. Entonces, la multitud volvió a rugir: «¡Viva el rey! ¡Viva el rey! ¡Viva Kull,el rey!».

Kull se despertó con un sobresalto. El resplandor de la luna iluminaba las distantes montañas, el viento soplaba por entre la alta hierba. Khor-nah dormía a su lado, y Am-ra estaba de pie, como una desnuda estatua de bronce que contrastara con la luz de las estrellas. Kull recorrió con la mirada su escasa vestimenta: una piel de leopardo enrollada

sobre sus caderas de pantera. Un bárbaro desnudo. Los ojos de Kull refulgieron. ¡Kull, el rey! Volvió a quedarse dormido.

Se levantaron por la mañana y emprendieron el camino hacia las cavernas de la tribu. El sol todavía no se había elevado mucho cuando distinguieron el ancho río azul y las cavernas de la tribu aparecieron ante su vista.

-¡Mirad! -exclamó Am-ra-. ¡Están quemando a alguien!

Delante de las cavernas se había instalado un pesado palo, al que habían atado a una mujer joven. Las gentes que lo rodeaban, con miradas endurecidas. no mostraban el menor signo de piedad.

-Sareeta -dijo Khor-nah con el rostro impertérrito-. Esa lasciva se casó con un pirata lemur.

-¡Ah! -exclamó una anciana de ojos pétreos-. ¡Mi propia hija! ¡Ha traído la vergüenza a Atlantis! ¡Ya ha dejado de ser mi hija! Su hombre murió y ella fue arrastrada a la costa cuando el barco fue asaltado por las embarcaciones de Atlantis.

Kull miró a la joven con expresión compasiva. No lo entendía; ¿por qué razón aquellas gentes, que eran de su propia sangre y clase, se enojaban tanto con ella por el simple hecho de haber elegido a un enemigo de su raza? En ninguna de las miradas centradas sobre ella logró distinguir el menor rastro de simpatía. Sólo en los extraños ojos azules de Am-ra había tristeza y compasión.

No hay forma de saber lo que reflejaba el propio rostro inmóvil de Kull. Pero la mirada de la mujer se fijó en él. No había temor en sus ojos; sólo una profunda y vibrante llamada. La mirada de Kull se posó sobre los haces de leña apilados a sus pies. El sacerdote, que ahora canturreaba una maldición, no tardaría en inclinarse para prenderles fuego con la antorcha que sostenía en la mano izquierda.

Kull se dio cuenta de que la mujer se hallaba sujeta al palo mediante una pesada cadena de madera, un objeto muy peculiar que mostraba la típica manufactura atlante. No podía cortar aquella cadena, aunque lograra llegar hasta ella, abriéndose paso entre la multitud. Los ojos de la mujer no dejaban de mirarle, implorantes.

Observó de nuevo la leña y se llevó la mano a la daga de larga punta de pedernal que le colgaba del cinto. La mujer, al ver su gesto, asintió con un movimiento de cabeza y una expresión de alivio se extendió sobre sus ojos.

Kull actuó tan repentina e inesperadamente como una cobra. Extrajo la daga del cinto y la arrojó con fuerza. Se clavó un poco por debajo del corazón de la mujer, matándola instantáneamente. Y mientras la multitud permanecía boquiabierta, Kull giró sobre sus talones y se alejó corriendo, subiendo varios metros por la escarpadura que caía casi a pico, ágil como un felino.

La gente continuó quieta y en silencio durante un momento más. Luego, un hombre extrajo arco y flechas y miró hacia la escarpadura por la que Kull seguía subiendo, a punto de llegar ya a lo más alto. El arquero apuntó, entrecerrando los ojos, y en ese preciso instante Am-ra, como por accidente, tropezó contra él, desplazándole, y la flecha partió hacia un lado. Luego, Kull ya había desaparecido en lo alto del risco.

Oyó los gritos que le siguieron. Los miembros de su propia tribu, encendidos por el afán de sangre, parecían ávidos por atraparle y asesinarle, por haber violado lo que para él no era sino un extraño y sangriento código moral.

Pero en la tribu de la montaña del mar no había ningún atlante capaz de ganar a Kull corriendo.

Kull escapa de las garras de sus enfurecidos compañeros de tribu, sólo para caer cautivo de los lemures. Durante los dos años siguientes, trabaja como esclavo en los remos de una galera, antes de lograr escapar Emprende entonces el viaje a Valusia, donde se convierte en un proscrito, oculto en las montañas, hasta que, capturado, va aparar a sus mazmorras. La fortuna, sin embargo, le sonríe, y se convierte sucesivamente en gladiador en la arena, soldado en el ejército y finalmente, comandante Luego, con el apoyo de los mercenarios y ciertos nobles valusos descontentos, aspira al trono. Y es Kull quien asesina al despótico rey Borna y le arranca la corona de su ensangrentada cabeza. El sueño, por fin, se ha convertido en realidad: Kull de Atlantis se instala en el trono de la antigua Valusia.

2 - EL REINO DE LAS SOMBRAS

1. Llega un rey a caballo

El estrépito de las trompetas se hizo más fuerte, como una profunda marejada dorada, como el suave atronar de las olas nocturnas sobre las playas plateadas de Valusia. la multitud gritaba, las mujeres arrojaban flores desde lo tejados, y el repiqueteo rítmico de los cascos de plata se iba acercando hasta que el inicio del poderoso desfile apareció a la vista en la ancha y blanca avenida que rodeaba la Torre del Esplendor, con sus chapiteles dorados.

Primero venían los trompeteros, jóvenes delgados vestidos de escarlata, montados a caballo, haciendo sonar unas largas y delgadas trompetas doradas; a continuación, seguían los arqueros, hombres altos de las montañas; y detrás de ellos avanzaban los hombres de a pie, pesadamente armados, con sus anchos escudos repiqueteando al unísono, con las largas lanzas oscilando con un ritmo perfecto, al compás de su marcha. Detrás de ellos aparecieron los soldados más poderosos del mundo, los asesinos rojos, montados en espléndidos caballos, luciendo sus rojas armaduras, desde el casco hasta las espuelas. Montaban con expresión de orgullo, con la vista dirigida al frente, pero muy conscientes de todo el griterío que se despenó a su paso. Eran como estatuas de bronce y en ningún momento pudo observarse la menor oscilación en el bosque de lanzas que se elevaba por encima de ellos.

Por detrás de esas filas terribles y orgullosas llegaron las abigarradas hileras de mercenarios, guerreros de aspecto feroz y salvaje, hombres de Mu y de Kaa-u, de las montañas orientales y de las islas occidentales. Iban armados con lanzas y largas espadas, y formaban un grupo compacto que marchaba algo aparte de los arqueros de Lemuria. Les seguía la infantería ligera de la nación, y cerraba el desfile un nuevo grupo de trompeteros.

Un espectáculo magnifico, capaz de despertar un feroz estremecimiento en el alma de Kull, rey de Valusia, que no se hallaba sentado en el trono topacio situado frente a la regia Torre del Esplendor. sino montado en su gran caballo, como un verdadero rey guerrero. Su poderoso brazo se elevaba en contestación al saludo de sus hombres, a medida que éstos

pasaban ante él. Sus feroces ojos contemplaron casi con indiferencia a los alegres trompeteros, se detuvieron y siguieron por más tiempo a la soldadesca, y relampaguearon con un brillo feroz cuando los asesinos rojos se detuvieron ante él haciendo sonar las armas y retroceder a los corceles, para presentarle el saludo debido a la Corona. Los ojos de Kull se estrecharon ligeramente ante el paso de los mercenarios, que no tenían por costumbre saludar a nadie. Marchaban con los hombros echados hacia atrás, y miraron a Kull directamente, con osadía, aunque también con cierto aprecio; eran ojos crueles que no parpadeaban; ojos salvajes que miraban desde debajo de pobladas cejas y melenas.

Y Kull les devolvió una mirada similar. Le gustaban los hombres valientes y no había en el mundo hombres más valientes que ellos, ni siquiera entre las tribus salvajes que ahora renegaban de él. Pero Kull era demasiado despiadado como para sentir ningún afecto por aquellas tribus. Había demasiados feudos. Muchos de ellos eran antiguos enemigos de la nación de Kull, y aunque el nombre de Kull era ahora maldito entre las montañas y los valles de su pueblo, y él había tratado de apartarlos de su mente, todavía permanecían los viejos odios y las antiguas pasiones. Porque Kull no era valuso, sino atlante.

Los ejércitos desaparecieron de la vista al otro lado de la Torre del Esplendor, resplandeciente de gemas, y Kull hizo girar a su caballo y se dirigió hacia el palacio, haciendo avanzar al animal a paso lento, mientras hablaba de la revista de las tropas con los comandantes que cabalgaban a su lado. En su forma de expresarse, no utilizaba muchas palabras, pero sí decía mucho.

-El ejército es como una espada -dijo Kull-, y no debemos permitir que se oxide.

Cabalgaron lentamente por la amplia avenida, sin que Kull prestara la menor atención a los rumores que le llegaban desde la multitud que todavía abarrotaba las calles.

-¡Ése es Kull! ¿Lo ves? ¡Por Valka! ¡Qué rey! ¡Y qué hombre! ¡Fíjate en sus brazos! ¡Mira qué hombros tiene!

Y tampoco prestó atención a otra clase de susurros, expresados en tonos más bajos.

-¡Kull! ¡Ja! El maldito usurpador que ha venido de las islas paganas... Es una vergüenza para Valusia que un bárbaro se haya instalado en el trono de los reyes.

Poco le importaban esos comentarios a Kull. Se había apoderado con mano firme del trono en decadencia de la antigua Valusia, y ahora sostenía la corona con mano más firme aún, como un hombre contra una nación.

Acudió a la sala del consejo. el palacio social donde replicaba a las frases formales y de alabanza de las damas y caballeros, divertido ante tales frivolidades, aunque se preocupaba de ocultarlo cuidadosamente; luego, las damas y caballeros se despidieron formalmente, y Kull se reclinó sobre el trono de armiño, y se dedicó al estudio de las cuestiones de estado, hasta que un ayudante solicitó permiso para hablar ante el gran rey y, tras recibirlo, anunció la llegada de un emisario de la embajada picta.

Kull apartó sus pensamientos del complicado laberinto de las cuestiones del gobierno de Valusia, y contempló al picto con expresión poco amistosa. El hombre le devolvió la mirada sin pestañear siquiera. Era un guerrero de caderas ágiles y pecho macizo, de estatura media, fuerte estructura y piel oscura, como todos los de su raza. En aquellos rasgos fuertes e inmóviles sobresalían unos ojos impávidos e inescrutables.

-Ka-nu, jefe de los consejeros y mano derecha del rey de Picta, os envía sus saludos y dice: «En la fiesta de la luna llena hay un trono para Kull, rey de reyes, señor entre los señores, emperador de Valusia».

-Bien -contestó Kull-. Dile a Ka-nu el Viejo, embajador de las islas occidentales, que el rey de Valusia beberá vino con él cuando la luna brille sobre las montañas de Zalgara.

El picto, sin embargo, no se marchó.

-Tengo algo que decirle al rey, no apto para los oídos de estos esclavos -dijo con un gesto despreciativo de la mano hacia los presentes.

Kull despidió a sus ayudantes con una sola palabra, y observó con cautela al picto. El hombre se le acercó algo más y bajó el tono de su voz.

-Venid esta noche a solas a la fiesta. Ésas fueron las palabras de mi jefe.

Los ojos del rey se estrecharon y brillaron como espadas de acero gris, friamente.

-¿A solas?

-Así es.

Se miraron el uno al otro, en silencio, con su mutua enemistad tribal enmascarada por debajo de la capa de formalidad que rodeaba el encuentro. Sus bocas hablaban el lenguaje civilizado, expresaban las frases convencionales de la corte de una raza muy civilizada que no era la suya, pero en los ojos de ambos podían observarse las tradiciones primitivas de un salvajismo elemental. Puede que Kull fuera el rey de Valusia, y el picto un emisario ante su corte. pero allí, en el salón del reino, sólo había dos hombres tribales que se miraban con ferocidad y cautela, mientras los fantasmas de las guerras salvajes y de los feudos antiguos continuaban susurrando en sus mentes.

El rey, sin embargo, tenía la ventaja de su posición y la disfrutaba plenamente. Con la mandíbula apoyada sobre una mano, observó al picto, que permaneció ante él como una estatua de bronce, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos impertérritos.

Sobre los labios de Kull se extendió una sonrisa que se transformó casi en un bufido.

-De modo que quiere que el rey vaya así, ¿a solas? -La civilización le había enseñado a hablar de forma indirecta. Los oscuros ojos del picto brillaron, pero no dijo nada-. ¿Y cómo sabe el rey que tú eres el emisario de Ka-nu?

-Yo he hablado -fue la hosca respuesta.

-¿Y desde cuándo un picto dice la verdad? -se burló Kull, sabiendo perfectamente que los pictos no mentían nunca, pero utilizando su comentario como una forma de enojar al hombre.

-Veo vuestro plan, mi rey -dijo el picto con expresión imperturbable-. Deseáis enojarme. ¡Por Valka que no necesitáis esforzaros mucho! Ya me siento bastante enojado. Y os desafío a enfrentaros conmigo en batalla singular, con espada, lanza o daga, ya sea a pie o a caballo. ¿Sois un rey o un hombre?

En los ojos de Kull surgió esa admiración que un guerrero se ve obligado a sentir de mala gana ante un enemigo tan directo, pero no desaprovechó la oportunidad para molestar un poco más a su antagonista.

-Un rey no acepta el desafío de un salvaje sin nombre -le espetó-, y el emperador de Valusia tampoco rompe la tregua debida a los embajadores. Tienes mi permiso para marcharte. Dile a Ka-nu que acudiré solo.

Los ojos del picto llamearon con una expresión asesina. Evidentemente, se hallaba poseído por el ansia primitiva de sangre; tras un instante, le dio la espalda al rey de Valusia, cruzó el salón del trono y desapareció al otro lado de la enorme puerta.

Kull volvió a reclinarse sobre el trono de armiño y reanudó su meditación.

¿De modo que el jefe del consejo de los pictos deseaba que acudiera a solas? Pero ¿por qué razón? ¿Sería una traición? Con expresión hosca, Kull se llevó la mano a la empuñadura de su gran espada. Pero no, eso no podía ser. Los pictos valoraban en mucho la alianza con Valusia, demasiado como para romperla por cualquier razón feudal. Es posible

que Kull fuera un guerrero de Atlantis y enemigo hereditario de todos los pictos, pero también era rey de Valusia, el más poderoso aliado de los hombres de occidente.

Reflexionó durante largo tiempo sobre aquella extraña situación que había terminado por convertirle en aliado de antiguos enemigos, y en enemigo de antiguos amigos. Se levantó y caminó, inquieto, por el salón, con los pasos rápidos y silenciosos de un león.

Había roto las cadenas de la amistad, la tribu y la tradición para satisfacer su ambición. ¡Y por Valka, dios de los mares y de la tierra, que había cumplido sus ambiciones! Se había convertido en rey de Valusia, una nación en decadencia y degeneración, que vivía en sueños gracias a las glorias del pasado, pero que seguía siendo un territorio poderoso, y el mayor de los Siete Imperios. Valusia, el Reino de los Sueños, como lo llamaban los hombres de las tribus. A veces, Kull tenía la sensación de moverse como en un sueño.

Le resultaban extrañas las intrigas de la corte y del palacio, del ejército y del pueblo. Todo aquello le parecía como una mascarada en la que los hombres y las mujeres ocultaban sus verdaderos pensamientos, tras una máscara de suavidad. Y, sin embargo, le había resultado relativamente fácil apoderarse del trono, un simple aprovechamiento de la oportunidad que se le presentó, el rápido giro de las espadas, el asesinato de un tirano de quien los hombres estaban mortalmente hartos, la conspiración, rápida y poderosa, con ambiciosos hombres de estado que habían perdido el favor de la corte..., sólo eso había bastado para que Kull. el aventurero errante, el exiliado atlante, se encumbrara hasta las alturas más mareantes de sus propios sueños, se convirtiera en el señor de Valusia, en el rey de reyes.

Ahora, sin embargo, parecía que haberse apoderado del trono le había resultado más fácil que conservarlo. la imagen de aquel picto había despertado en su mente viejas asociaciones juveniles, la violencia libre y salvaje de su juventud. Y ahora, una extraña sensación de inquietud, de irrealidad, se había ido apoderando últimamente de él. ¿Quién era él, un hombre directo de los mares y las montañas, para gobernar a una raza que conocía los extraños y terribles misticismos de la antigüedad? Una raza antigua que...

-¡Soy Kull! -exclamó de pronto, echando la cabeza hacia atrás como un león. haciendo ondear su melena-. ¡Soy Kull!

Su mirada de halcón recorrió toda la extensión del salón. Recuperó de nuevo la confianza en si mismo... Y en un oscuro nicho del salón un tapiz se movió... ligeramente.

2. Así hablaron los silenciosos salones de Valusia

La luna no se había elevado todavía y el jardín se hallaba iluminado por antorchas, que refulgían en sus hachones de plata, cuando Kull se sentó en el trono, ante la mesa de Ka-nu, embajador de las islas occidentales. A su derecha se sentaba el anciano picto, tan diferente de como pudiera serlo cualquier emisario de aquella raza feroz. Porque, en efecto, Ka-nu era anciano y sabio en cuestiones de estado. Se había hecho viejo practicando ese juego.

No había ningún odio elemental en sus ojos, que observaron a Kull con expresión halagadora; su buen juicio no se veía dificultado por ninguna tradición tribal. Aquella clase de telarañas habían quedado eliminadas gracias a su prolongada asociación con los hombres de estado de las naciones civilizadas. La pregunta que siempre surgía en la mente de Ka-nu no era: «¿Quién y qué es este hombre?». sino antes bien: «¿Puedo utilizar a este hombre, y cómo?». En cuanto a los prejuicios tribales, los utilizaba únicamente en beneficio de sus propios planes.

Kull observó a Ka-nu, contestando brevemente a sus preguntas, mientras se preguntaba si la civilización no le estaría convirtiendo en alguien como los pictos, porque Ka-nu era blando y barrigón. Ya habían transcurrido muchos años desde la última vez que Ka-nu sostuviera una espada. Cierto que ahora era viejo, pero Kull había visto a otros de mayor edad luchando en la vanguardia de la batalla. Los pictos eran una raza de longevos. Al lado de Ka-nu había una hermosa muchacha dedicada a llenarle la copa, y por Valka que no dejaba de tener trabajo. Mientras tanto, Ka-nu mantenía una verdadera riada de bromas y comentarios y Kull, a pesar de sentir en su fuero interno un cierto desprecio por tanta palabrería, no se perdía un solo detalle del humor sagaz del viejo.

En el banquete había presentes jefes y hombres de estado pictos, estos últimos de actitudes joviales y naturales, mientras que los guerreros se mostraban formalmente corteses, pero evidentemente contenidos en sus afinidades tribales. Con un cierto matiz de envidia, Kull era muy consciente de la libertad y naturalidad con que se desarrollaba la velada, en contraste con otras situaciones similares en la corte valusa. Esa clase de libertad era la que prevalecía en los toscos campamentos de Atlantis. Kull se encogió de hombros. Después de todo, Ka-nu, que parecía haber olvidado que era un picto en cuanto se refería a costumbres y prejuicios antiguos, no dejaba de tener razón al considerar que Kull debiera convertirse en un valuso, tanto de mentalidad como de nombre.

Finalmente, cuando la luna hubo llegado a su cenit, Ka-nu, que había comido y bebido como tres hombres de los allí presentes, se reclinó sobre su diván, emitió un suspiro de satisfacción y dijo:

-Y ahora ya podéis marcharos, amigos míos, porque el rey y yo tenemos que hablar de cosas que no preocupan a los niños. Sí, tú también, hermosa mía. Pero deja que bese antes esos labios de rubí..., así. No, nada de bailes, mi rosa en flor.

Los ojos de Ka-nu parpadearon con malicia por encima de su barba blanca, al tiempo que observaba a Kull, que, sentado muy erecto, mantenía una actitud ceñuda e intransigente.

-Seguramente -dijo de repente el viejo estadista-, estáis pensando que Ka-nu no es más que un viejo réprobo inútil, que ya no sirve para nada excepto para trasegar vino y besar a las furcias.

En realidad, ese comentario se hallaba tan en consonancia con los verdaderos pensamientos de Kull, y se había expuesto de una forma tan clara, que Kull se sintió asombrado ante la perspicacia del viejo, aunque no dio la menor muestra de ello.

Ka-nu se echó a reír y su panza se sacudió con las risas.

-El vino es rojo y las mujeres suaves -añadió con expresión tolerante-. Pero..., ¡ja, ja!, no creáis que el viejo Ka-nu permite que nada se Interponga en los asuntos de estado.

Volvió a lanzar una risotada, y Kull se removió inquieto en su asiento. Daba la impresión de que se estuviera burlando de él, y los ojos centelleantes del rey empezaron a brillar con una luz felina. Ka-nu tomó la jarra de vino, se llenó la copa y miró a Kull con gesto interrogativo, que hizo un ademán negativo con la cabeza, irritado.

-Ah, como queráis -dijo Ka-nu con tono afable-. Se necesita una vieja cabeza como la mía para soportar la bebida. Ya me estoy haciendo viejo, Kull, de modo que no hace falta que los hombres jóvenes envidiéis los placeres que los viejos aún podamos encontrar. Ah sí, me voy haciendo viejo y arrugado, me voy quedando sin amigos ni alegrías.

Sin embargo, ni su aspecto ni su expresión hacían justicia a sus palabras. Tenía el rostro rubicundo y bastante encendido, le brillaban los ojos, hasta el punto de que su barba blanca parecía incongruente. De hecho, su aspecto le pareció un tanto mágico a Kull, que

experimentó un vago resentimiento por ello. El viejo bribón había perdido todas las virtudes primitivas propias de su raza y de la raza de Kull, a pesar de lo cual parecía sentirse mucho más a gusto con su edad.

-Os ruego que me escuchéis, Kull -siguió diciendo Ka-nu levantando un dedo de advertencia-, porque ésta es una buena oportunidad para elogiar a un hombre joven y, sin embargo, debo expresaros mis verdaderos pensamientos para ganarme

vuestra confianza.

-Si crees posible conseguirlo por medio de la lisonja...

-Tonterías. ¿Quién ha hablado aquí de lisonjas? Yo sólo lisonjeo a alguien para pillarlo desprevenido.

En los ojos de Ka-nu apareció un brillante centelleo, un resplandor frío que no encajaba con su sonrisa indolente. Conocía a

los hombres, y sabía que para alcanzar sus fines debía mostrarse muy directo con este bárbaro felino que, lo mismo que un lobo que oliera la presencia de una serpiente, detectaría sin la menor vacilación cualquier falsedad que pudiera aparecer en la madeja de su telaraña de palabras.

-Tenéis poder, Kull -siguió diciendo, eligiendo sus palabras con mucho mayor cuidado del que solía emplear en los consejos de la nación-. Suficiente para convertiros en el más poderoso de todos los reyes y restaurar algunas de las glorias pasadas de Valusia. En realidad, Valusia me importa bien poco, aunque sus mujeres y su vino sean excelentes, de no ser por el hecho de que cuanto más fuerte sea Valusia, tanto más fuerte será también la nación picta. Y mucho más ahora que, con un atlante en el trono, cabe esperar que Atlantis quede finalmente unida...

Kull se echó a reír con una dura expresión de burla. Ka-un acababa de tocar una vieja herida.

-En Atlantis se maldijo mi nombre cuando me marché a buscar fama y fortuna entre las ciudades del mundo. Nosotros..., ellos son sempiternos enemigos de los Siete imperios, y los mayores enemigos de los aliados de los Imperios. Deberías saberlo.

Ka-nu se acarició la barba y sonrió enigmáticamente.

-Bueno, dejemos eso de lado, aunque sé muy bien de qué hablo. Una vez conseguida la unión, dejará de haber guerras en las que nadie gana nada. Ya me imagino un mundo de paz y prosperidad, en el que el hombre ame a sus semejantes. al bien supremo. Y eso es algo que podéis conseguir... si vivís.

-¡Ja!

La mano ágil de Kull descendió con rapidez hacia la empuñadura de su espada. y medio se incorporó en su asiento, con un movimiento repentino lleno de tanto dinamismo que Ka-nu, que se imaginaba a los hombres tal y como algunos se imaginan a los caballos pura sangre, sintió que la sangre se le aceleraba con una repentina emoción. ¡Por Valka, qué guerrero! Tenía nervios fibras de acero y fuego, todo ello conjuntado con una perfecta coordinación, con el instinto de lucha propio de un guerrero terrible.

Pero en el tono suavemente sarcástico que empleó al hablar no mostró nada del entusiasmo que sentía.

-Tonterías. Permaneced sentado. Mirad a vuestro alrededor. Los jardines están desiertos, los asientos vacíos. No hay nadie, salvo nosotros. Y no tendréis miedo de mí, ¿verdad? – Kull volvió a sentarse y miró a su alrededor con cautela-. Ésa es la actitud del salvaje -musitó Ka-nu-. ¿Acaso creéis que si hubiera tenido la intención de traicionaros lo habría hecho aquí, donde sin lugar a dudas todas las sospechas habrían recaído sobre mí? ¡Vamos!

Los jóvenes aún tenéis muchas cosas que aprender. Ahí estaban antes mis jefes, que no se sentían cómodos porque habéis nacido en las montañas de Atlantis, y me despreciáis en vuestro fuero interno porque sólo soy un picto. Tonterías. Yo os veo como Kull, rey de Valusia, y no como el despiadado atlante, jefe de los que asolaron las islas occidentales. Del mismo modo, no deberíais ver en mí a un picto, sino a un hombre de carácter internacional, a una figura de mundo. Pero escuchad lo que os dice esa figura; si mañana fuerais asesinado ¿quién sería el rey?

-Kaanuub, barón de Blaal.

-El mismo. Me opongo a Kaanuub por muchas razones, pero la mayoría de nosotros nos oponemos a él porque no es más que un figurón.

-¿Cómo es eso? Fue mi mayor adversario, pero no tengo noticia de que defendiera ninguna otra causa más que la suya.

-la noche puede oír las palabras -dijo Ka-nu indirectamente-. Hay mundos dentro de los mundos. Pero podéis confiar en mí, y también en Brule, el asesino de la lanza. Mirad. –Se extrajo de los pliegues de la túnica un brazalete de oro que representaba un dragón alado enroscado tres veces, con tres cuernos de rubí en la cabeza-. Examinadlo atentamente. Brule lo llevará en el brazo cuando acuda a vuestro lado mañana por la noche, para que podáis reconocerle. Confiad en Brule como en vos mismo, y haced lo que él os diga. Y como prueba de confianza de lo que os digo, ¡mirad!

Y entonces, con la rapidez del halcón que se lanza en picado sobre su presa, el anciano extrajo algo de debajo de la túnica, algo que emitió una extraña luz verde sobre ellos, y que volvió a guardarse en un instante.

-¡la gema robada! -exclamó Kull, retrocediendo-. ¡La joya verde del templo de la serpiente! ¡Por Valka! ¡Tú! ¿Y por qué me la enseñas ahora?

-Para salvaros la vida. Para demostraros que podéis confiar en mí. Si traicionara vuestra confianza, haced de mí lo que queráis. Tenéis mi vida en vuestras manos. Ahora ya no podría ser falso con vos aunque quisiera, pues una sola palabra vuestra sería mi condena.

A pesar de todas aquellas palabras, el viejo bribón parecía contento y ampliamente satisfecho consigo mismo.

-Pero ¿por qué me das este poder sobre ti? -preguntó Kull, que se sentía cada vez más desconcertado.

-Ya os lo he dicho. Y ahora, como veis, no tengo la menor intención de engañaros, de modo que mañana por la noche, cuando Brule acuda a vuestro lado, seguid sus consejos sin la menor sombra de temor por una posible traición. Y ahora, ya es suficiente. Una escolta os espera fuera para acompañaros de vuelta a palacio, mi señor.

Kull se levantó.

-Pero no me has dicho nada.

-Vamos, ¡qué impacientes son los jóvenes! -Kanu parecía un mago travieso, ahora más que nunca-. Id y soñad con los tronos, con el poder y los reinos, mientras yo sueño en el vino, las mujeres y las rosas. Y que la buena fortuna cabalgue con vos, rey Kull.

Al abandonar el jardín, Kull miró por encima del hombro hacia donde Ka-nu seguía reclinado indolentemente, con todo el aspecto de un anciano satisfecho que irradiaba toda la jovialidad del mundo.

Justo a la salida del jardín le esperaba un guerrero montado a caballo. A Kull le sorprendió un poco comprobar que se trataba del mismo hombre que le había comunicado

la invitación de Ka-nu. No cruzaron una sola palabra mientras Kull saltaba sobre la silla y recorrían las calles desiertas haciendo sonar los cascos de los caballos.

El colorido y la alegría del día habían dado paso a la extraña quietud de la noche. La antigüedad de la ciudad se ponía mucho más de manifiesto bajo la luz plateada de la luna. las enormes columnas de las mansiones y los palacios se elevaban imponentes hacia las estrellas. Las amplias avenidas, silenciosas y desiertas, parecían ascender interminablemente, hasta perderse en la oscuridad de las zonas altas. Como escaleras que condujeran a las estrellas, pensó Kull, con su mente imaginativa inspirada por la extraña grandiosidad del escenario.

¡Clang, clang, clang!, sonaban los cascos con herradura de plata sobre las calles amplias, bañada por la luz de la luna. Pero, por lo demás, no se percibía el menor sonido. El tiempo de existencia de la ciudad, su increíble antigüedad, resultaban casi opresivos para el rey; era como si aquellos grandes edificios silenciosos se estuvieran burlando de él, sin el menor ruido, con una mofa indescifrable. ¿Qué secretos se esconderían en aquellos edificios?

«Eres joven, pero nosotros somos antiguos», parecían decirle los palacios, los templos y santuarios. «El mundo se hallaba animado por la juventud cuando fuimos erigidos. Tú y tu tribu pasaréis, pero nosotros somos invencibles, indestructibles. Nos elevamos por encima de un mundo extraño, mientras que Atlantis y Lemuria surgieron de los mares; reinaremos cuando las aguas verdes suspiren por más de un fantasma inquieto, por encima de los chapiteles de Lemuria y las montañas de Atlantis, y seguiremos reinando cuando las islas de los hombres occidentales se hayan convertido en las montañas de un país extraño. ¡Cuántos otros reyes hemos visto desfilar por estas mismas calles antes de que Kull de Atlantis fuera apenas un sueño en la mente de Ka, el pájaro de la creación! Sigue cabalgando todo lo que quieras, Kull de Atlantis, porque otros más grandes que tú te seguirán, del mismo modo que también los ha habido antes, convertidos ahora en polvo y olvidados, mientras que nosotros continuamos en pie, y sabemos que existimos. ¡Cabalga, sigue cabalgando, Kull de Atlantis, Kull el rey, Kull el estúpido!»

Y a Kull le pareció que el sonido de los cascos de los caballos rompía el silencio de la noche, para repetir con su eco burlón y vacío: «¡Kull el rey! ¡Kull el estúpido!».

Brilla, luna; iluminas el camino de un rey. ¡Brillad, estrellas! Sois las antorchas que se extienden en el camino de un emperador. Sonad, cascos plateados, anunciáis que Kull cabalga por Valusia.

¡Eh, despierta, Valusia! ¡Es Kull el que cabalga! ¡Kull, el rey!

«Hemos conocido a muchos reyes», parecían decir los silenciosos edificios de Valusia.

Y así, con un talante melancólico, Kull llegó a palacio, donde los hombres de su guardia, los asesinos rojos, acudieron para sujetar las riendas de su gran caballo y acompañar a Kull hasta sus aposentos. En cuanto llegaron, el picto, que no había pronunciado una sola palabra, hizo dar la vuelta a su corcel con un salvaje tirón de las riendas, y desapareció en la oscuridad, como un fantasma. La encendida imaginación de Kull se lo representó atravesando a toda velocidad las calles silenciosas, como un duende surgido del Reino de las Sombras.

Aquella noche no hubo descanso para Kull, pues ya casi amanecía y pasó el resto de la noche deambulando de un lado a otro por el salón del trono, reflexionando sobre todo lo que había ocurrido. Ka-nu no le había dicho nada concreto y. sin embargo, se había puesto por completo en sus manos. ¿Y qué había querido dar a entender al decir que el barón de Blaal no era más que un figurón? ¿Quién era aquel Brule que acudiría a su lado por la noche, portando el místico brazalete del dragón? ¿Y por qué? Pero, por encima de todo,

¿por qué le había mostrado Ka-nu la gema verde del terror, robada hacía tanto tiempo del templo de la serpiente, por la que el mundo se estremecería en guerras si lo supieran los extraños y terribles guardianes de aquel templo, de cuya venganza no podrían librar a Ka-nu ni los más feroces hombres de su tribu?

Kull, sin embargo, reflexionó, diciéndose que Ka-nu se sentía a salvo, pues el anciano estadista era demasiado astuto como para exponerse sin obtener ventaja alguna. ¿Pretendía acaso pillarle desprevenido y preparar así el camino a la traición? ¿Se atrevería Ka-nu a dejarle vivir ahora? Finalmente, Kull se encogió de hombros ante todas estas preguntas.

3. Aquellos que caminan en la noche

La luna todavía no había salido cuando Kull, con la mano en la empuñadura de su espada, se acercó a la ventana. Las ventanas de sus aposentos daban a los grandes jardines interiores del palacio real, y la brisa de la noche, portadora de los aromas de los árboles, agitó levemente las tenues cortinas. El rey miró hacia el exterior. Los caminos y arboledas aparecían desiertos; los árboles, cuidadosamente podados, no eran más que sombras abultadas; en las fuentes cercanas se reflejaba la tenue capa plateada de la luz de las estrellas, y el agua de las fuentes más alejadas se rizaba por la brisa. No había guardias que vigilaran aquellos jardines, pues los muros exteriores se hallaban tan estrechamente vigilados que parecía imposible que cualquier intruso tuviera acceso a ellos.

Las parras subían por los muros del palacio y precisamente cuando Kull pensaba en lo fácil que sería subir por ellas, un fragmento de sombra se separó de la oscuridad bajo la ventana y un brazo moreno y desnudo se curvó sobre el alféizar. La gran espada del rey medio surgió de su vaina, pero luego se detuvo. Sobre aquel brazo musculoso brillaba el brazalete del dragón que Ka-nu le había mostrado la noche anterior.

El poseedor del brazo se izó sobre el alféizar y entró en la estancia con los movimientos rápidos y naturales de un leopardo que trepara.

-¿Eres Brule? -preguntó Kull.

Se detuvo de pronto, sorprendido y un tanto molesto y receloso, pues aquel hombre no era otro que el mismo a quien Kull había incordiado en el salón del trono, el mismo que le había escoltado la noche anterior hasta el palacio.

-Soy Brule, el asesino de la lanza -contestó el picto en voz baja y reservada. Y luego, observando atentamente el rostro de Kull, dijo con un tono de voz que fue apenas un susurro-: *Ka nama kaa lajerama!*

-¡Eh! ¿Qué quieres decir? -preguntó Kull, asombrado.

-¿No lo sabéis?

-No. Esas palabras no me son familiares, no pertenecen a ninguna lengua que yo conozca, y sin embargo..., ¡por Valka!, creo haberlas oído en alguna parte...

-En efecto -fue el único comentario del picto. Su mirada recorrió el despacho del palacio. A excepción de unas pocas mesas, un par de divanes y unas grandes estanterías de libros de pergamino, la habitación aparecía prácticamente vacía en comparación con el esplendor del resto del palacio-. Decidme, mi señor, ¿quién guarda la puerta?

-Dieciocho de los asesinos rojos. Pero ¿cómo es posible que hayas penetrado en los jardines por la noche y escalado los muros del palacio?

-Los guardias de Valusia son como búfalos ciegos - bufó Brule-. Podría haberles quitado a sus mujeres delante de sus propias narices. Me he escabullido entre ellos sin que me

vieran ni me oyeran. En cuanto a los muros..., podría haberlos escalado sin la ayuda de las parras. He cazado tigres en playas cubiertas de niebla arrastradas desde el mar por las fuertes brisas orientales, y he escalado los acantilados de la montaña del mar occidental. Pero basta ya de charla... Tocad este brazalete. -Extendió el brazo y cuando Kull, extrañado, hizo lo que se le pedía, emitió un aparente suspiro de alivio-. Bien. Y ahora, quitaos esos ropajes regios, porque esta noche os esperan cosas con las que ningún atlante habría soñado jamás.

El propio Brule sólo iba vestido con un escaso taparrabos a través del cual llevaba sujeta una espada corta y curvada.

-¿Quién eres tú para darme órdenes? -preguntó Kull, ligeramente resentido.

-¿No os pidió Ka-nu que me hicierais caso en todo? -preguntó el picto con irritación, dejando que en sus ojos apareciera un fulgor momentáneo-. No os tengo excesivo aprecio, mi señor, pero por el momento he apartado de mi mente todo pensamiento de disputa. Haced vos lo mismo. Pero venid. -Avanzó sin hacer ruido, cruzó la habitación y se dirigió hacia la puerta. Una mirilla que había en ésta permitía observar una parte del pasillo exterior, sin ser vistos desde el otro lado. El picto le rogó a Kull que mirara-. ¿Qué es lo que veis?

Nada, excepto a los dieciocho guardias.

El picto asintió con un gesto, le hizo señas a Kull para que le siguiera y volvió a cruzar la estancia. Brule se detuvo ante un panel situado en la pared opuesta y tanteó un momento con la mano. Luego, con un movimiento rápido, retrocedió al tiempo que desenvainaba la espada. Kull lanzó una exclamación al ver que el panel se deslizaba en silencio, abriéndose, revelando un pasadizo débilmente iluminado.

-¡Un pasadizo secreto! -exclamó Kull en voz baja-. ¡Y no conocía su existencia! ¡Por Valka que alguien tendrá que pagar por esto!

-¡Silencio! -siseó el picto.

Brule se había quedado allí de pie, como una estatua de bronce, como si forzara cada uno de sus nervios para tratar de percibir hasta el más ligero sonido; hubo en su actitud algo que hizo que a Kull se le pusieran los pelos de punta, no de temor, sino de ávida expectativa. Luego, haciéndole una seña, Brule cruzó el umbral secreto, que quedó abierto tras ellos. El pasadizo aparecía desnudo, pero no cubierto por el polvo, como habría sucedido en el caso de tratarse de un pasillo secreto no utilizado. Una vaga luz grisácea se filtraba desde alguna parte, pero no se veía de dónde procedía. A cada pocos pasos, Kull veía puertas, invisibles desde el exterior, estaba seguro de ello, pero fáciles de distinguir desde dentro.

-Este palacio es como un panal –murmuró.

-Así es. Sois observado día y noche, mi señor. Son muchos los ojos que os vigilan.

El rey quedó impresionado por la actitud de Brule. El picto continuó avanzando con lentitud, receloso, medio agachado, con la hoja de la espada mantenida en una posición baja y adelantada. Cada vez que hablaba lo hacía en susurros y echaba continuamente vistazos a uno y otro lado. El pasillo efectuaba un giro brusco, y Brule miró con cautela hacia el otro lado.

-¡Mirad! -susurró-. Pero recordad que no debéis decir una sola palabra. Ni un sonido, por vuestra vida.

Kull miró cautelosamente al otro lado. El pasillo cambiaba, para dar paso a un tramo de escalones. Kull retrocedió. Al pie de aquellos escalones yacían los cuerpos de los dieciocho asesinos rojos que se habían apostado aquella noche para vigilar la entrada al estudio del

rey. Brule le agarró el poderoso brazo, y eso y el feroz susurro de su voz, que sonó justo por encima del hombro, impidieron que Kull bajara de un salto aquellos escalones.

-¡Silencio, Kull! ¡Silencio, en nombre de Valka! -musitó el picto-. Estos pasillos están vacíos ahora, pero he arriesgado demasiado al mostraroslos para que creáis lo que tengo que deciros. Regresemos ahora a vuestro estudio.

Rehizo sus pasos, seguido de cerca por Kull, cuya mente se hallaba alborotadamente desconcertada.

-Esto es traición -musitó el rey, con una expresión ardiente en sus acerados ojos grises-. ¡Una vileza hecha con mucha rapidez! Apenas han transcurrido unos minutos desde que esos hombres montaban la guardia.

De nuevo en el estudio, Brule cerró cuidadosamente el panel secreto y le hizo señas a Kull para que volviera a echar un vistazo por la mirilla de la puerta que daba al pasillo exterior. Kull emitió un bufido de asombro. ¡Allí fuera estaban los dieciocho guardias!

-¡Esto es brujería! -susurró, con la espada a medio desenvainar-. ¿Acaso son hombres muertos los que guardan al rey?

-¡Así es! -fue la contestación apenas audible de Brule, en cuyos ojos chispeantes había aparecido una expresión extraña. Los dos hombres se miraron fijamente por un momento. Las cejas de Kull se arrugaron en un gesto de extrañeza, al intentar leer la expresión inescrutable del rostro del picto. Luego, los labios de Brule, moviéndose apenas, formaron las palabras-: La serpiente que habla.

-¡Silencio! -susurró Kull al tiempo que llevaba una mano hacia la boca de Brule-. ¡Esas palabras significan la muerte! ¡Ése es un nombre maldito!

-Mirad de nuevo, rey Kull. Quizá hayan cambiado la guardia.

-No, ésos son los mismos hombres. En nombre de Valka, ¡esto es brujería! ¡Es una locura! He visto con mis propios ojos los cuerpos de esos hombres hace apenas unos minutos. Y, sin embargo, ahí están ahora, de pie.

Brule retrocedió, apartándose de la puerta, seguido mecánicamente por el rey.

-Mi señor, ¿qué sabéis sobre las tradiciones de esta raza a la que gobernáis?

-Mucho y, sin embargo, poco. Valusia es tan antigua...

-En efecto -asintió Brule con los ojos misteriosamente encendidos-. Nosotros no somos más que bárbaros..., niños comparados con los Siete Imperios. Ni siquiera ellos mismos saben lo antiguos que son. Ni los recuerdos de los hombres ni los

anales de los historiadores llegan lo bastante atrás como para decirnos cuándo llegaron los primeros hombres desde el mar y construyeron las ciudades sobre la costa Pero, mi señor, ¡los hombres no siempre fueron gobernados por hombres!

El rey le miró fijamente. Sus miradas se encontraron.

-Sí, entre mi pueblo hay una leyenda...

-¡Y en el mío también! -le interrumpió Brule-. Eso fue antes de que nosotros, los de las islas, nos convirtiéramos en aliados de Valusia. Sí, durante el reinado de Lion-fang, séptimo jefe guerrero de los pictos, hace ya tantos años que nadie recuerda cuántos, llegamos por el mar, procedentes de las islas donde se pone el sol, asolamos las costas de Atlantis y caímos sobre las playas de Valusia con la espada y el fuego. Sí, esas largas playas de arenas blancas resonaron con el entrechocar de las lanzas, y la noche fue como el día, iluminada por los incendios de los castillos en llamas. Y el rey de Valusia, que murió aquel triste día en las arenas enrojecidas por la sangre...

Su voz se desvaneció, y los dos hombres se quedaron mirándose fijamente, sin hablar durante un rato. Luego, ambos asintieron con un gesto.

- ¡Antigua es Valusia! -susurró con intensidad Kull-. Las montañas de Atlantis y de Mu eran islas del mar cuando Valusia aún era joven.

La brisa de la noche se introdujo por la ventana abierta. No era el aire libre y vigorizante del mar que Brule y Kull conocían y disfrutaban en su tierra, sino un hálito, como el susurro del pasado, sobrecargado de moho, del olor de las cosas largamente olvidadas, que contenía secretos ya viejos cuando el mundo todavía era joven.

Los tapices se agitaron y, de repente, Kull se sintió como un niño desnudo ante la inescrutable sabiduría de aquel misterioso pasado místico. Una sensación de irrealidad volvió a apoderarse de él. En el fondo de su alma surgieron fantasmas oscuros y gigantescos, que le susurraban cosas monstruosas. Percibió que Brule experimentaba pensamientos similares. La mirada del picto se hallaba fija en su rostro, con una intensidad feroz. Las miradas de ambos volvieron a encontrarse, y Kull experimentó una cálida sensación de camaradería con este miembro de una tribu rival. Como si fueran leopardos rivales que se aliaban para contener a los cazadores, estos dos salvajes establecieron allí mismo una causa común contra los poderes inhumanos procedentes de la antigüedad.

Brule volvió a indicar el camino de regreso hacia la puerta secreta. Penetraron de nuevo en el pasadizo, en silencio, y también en silencio avanzaron por el lóbrego pasillo, tomando esta vez la dirección opuesta a la seguida en su incursión anterior. Al cabo de un rato, el picto se detuvo y se apretó contra una de las puertas secretas, rogándole a Kull que mirara por la mirilla oculta.

-Esto da a una escalera muy poco utilizada que conduce a un pasillo, más allá de la puerta del estudio.

Miraron y, en ese momento, apareció una figura silenciosa que subía la escalera.

-¡Tu! ¡El primer consejero! -exclamó Kull-. ¡A estas horas de la noche y con la daga desenvainada! ¿Qué significa esto, Brule?

-¡Asesinato! ¡Y la más vil de las traiciones! -replicó Brule en voz baja-. No -añadió al ver que Kull se disponía a abrir la puerta y saltar hacia adelante-. Estamos perdidos si os enfrentáis aquí con él, pues puede haber más agazapados al pie de esa escalera. ¡Venid!

Casi corriendo, se apresuraron a regresar por el pasaje. Una vez que llegaron al estudio, Brule cerró cuidadosamente la puerta secreta tras ellos, y luego cruzó el estudio, dirigiéndose hacia una pequeña estancia que raras veces se utilizaba. Allí, apartó unos tapices que había en un rincón oscuro, arrastró a Kull consigo, y ambos se colocaron tras ellos.

Transcurrieron los minutos. Kull oía el sonido de la brisa que penetraba por la otra habitación, haciendo oscilar las cortinas, y le pareció como el murmullo de los fantasmas. Luego. cruzando el umbral, apareció la figura de Tu, el primer consejero del rey. Evidentemente, había llegado al estudio y, al encontrarlo vacío, buscaba a su víctima allí donde más probablemente estaría.

Se acercó con la daga levantada, avanzando en silencio. Se detuvo un momento y contempló la estancia, aparentemente vacía, pues sólo se hallaba débilmente iluminada por una sola vela. Después, avanzó con cautela, aparentemente desconcertado al no comprender la ausencia del rey. Se detuvo ante el escondrijo y...

-¡Ahora! -susurró el picto.

De un solo y poderoso salto, Kull se plantó en medio de la pequeña estancia. Tu saltó a su vez, pero la velocidad relampagueante y felina del ataque no le dio la menor oportunidad para defenderse o contraatacar. El acero de la espada arrancó destellos a la débil luz e hizo rechinar el hueso, al tiempo que Tu retrocedía, tambaleante, con la espada de Kull insertada entre los hombros.

Kull se inclinó sobre él, con los dientes al descubierto en una mueca de asesino, con las pobladas cejas arrugadas sobre unos ojos que parecían como el hielo gris del mar helado. Y entonces soltó la empuñadura de la espada y retrocedió, conmocionado, aturdido, al sentir la mano de la muerte posada sobre su espalda.

Porque, mientras observaba, el rostro de Tu se hizo extrañamente oscuro e irreal; los rasgos se difuminaron y recombinaron de una forma aparentemente imposible, para luego, como una máscara de niebla que se desvaneciera, desaparecer de repente y dar paso, en su lugar, a una monstruosa cabeza de serpiente.

-¡Por Valka! -exclamó Kull boquiabierto, con la frente perlada de un sudor repentino-. ¡Por Valka! -repitió.

Brule se inclinó hacia adelante, con el rostro inmóvil. Pero sus ojos encendidos reflejaron algo del horror que experimentaba el propio Kull.

-Recuperad vuestra espada, mi señor -dijo-. Todavía os esperan otras hazañas.

Vacilante, Kull avanzó la mano hacia la empuñadura. La carne le hormigueó al apoyar un pie sobre el horror que yacía a sus pies, y, cuando una contracción muscular hizo que aquella boca horrible se abriera de repente, retrocedió con una sensación de náuseas. Finalmente, armándose de valor, tiró de la espada y contempló más atentamente aquella cosa sin nombre que había conocido como Tu, el primer consejero. A excepción de la cabeza reptiliana, aquello era la réplica exacta de un hombre.

-¡Un hombre con cabeza de serpiente! -murmuró Kull-.¿Se trata, entonces, de un sacerdote del dios serpiente?

Así es. Tu duerme sin saberlo. Estos enemigos pueden adquirir la forma que quieran. Mediante un encantamiento mágico o algo similar, pueden arrojar una telaraña de magia sobre sus rostros. como haría un actor con una máscara, para parecerse así a cualquiera que elijan.

-Entonces, las viejas leyendas eran ciertas -musitó el rey-. Esas horribles y viejas historias que pocos se atreven a contar, para no morir como blasfemos, no son fantasías. Por Valka, me había imaginado..., había supuesto... Pero esto parece que va más allá de los límites de la realidad. ¡Eh! Los guardias que están al otro lado de la puerta...

-También son hombres serpiente. Y ahora, ¿qué haréis?

-¡Matarlos a todos! -contestó Kull entre dientes.

-En tal caso, golpead en los cráneos -dijo Brule-. Dieciocho os esperan al otro lado de la puerta, y quizá haya más en los pasillos. Oídme bien, mi señor. Ka-nu se enteró de este complot. Sus espías se han introducido en las más intrincadas fortalezas de los sacerdotes serpiente, y le comunicaron indicios de lo que se tramaba. Hace mucho tiempo que descubrió los pasadizos secretos del palacio y, a sus órdenes, me dediqué a estudiarlos y acudí aquí por la noche para ayudaros, para impedir que murierais como murieron otros reyes de Valusia. Vine a solas por la sencilla razón de que, en caso de haber sido más, habríamos podido levantar sospechas, y quizá no hubiéramos podido introducirnos subrepticiamente en el palacio, como yo hice. Los hombres serpiente guardan vuestra puerta, y ése, conocido como Tu, podía hacer entrar en palacio a quien quisiera; por la mañana, si los sacerdotes fracasaban, los verdaderos guardias volverían a ocupar sus

puestos, sin saber nada, sin recordar nada; y habrían estado allí para arrostrar las culpas en el caso de que los sacerdotes hubieran logrado sus propósitos. Pero quedaos aquí mientras me ocupo de hacer desaparecer esta carroña.

Y tras decir esto, el picto se echó a los hombros aquella cosa horrible y desapareció con ella por otro panel secreto. Kull se quedó a solas, con la mente aturdida. Neófitos de la poderosa serpiente..., ¿cuántos se esconderían entre sus ciudades? ¿Cómo podría distinguir lo falso de lo verdadero? ¿Cuántos de los consejeros, de los generales en los que confiaba eran verdaderos hombres? ¿De quién podía estar seguro?

El panel secreto se abrió hacia dentro y Brule entró de nuevo en el despacho.

-Has sido rápido.

-Así es -dijo el guerrero, que avanzó unos pasos y miró hacia el suelo-. Hay sangre en la alfombra, ¿lo veis?

Kull se inclinó hacia adelante; por el rabillo del ojo distinguió un movimiento borroso, el brillo de un acero. Se puso erecto de un salto, como la cuerda de un arco. El guerrero se dobló sobre la espada, dejando caer la suya al suelo. En ese instante, Kull aún tuvo tiempo de pensar en lo apropiado que era el hecho de que el traidor encontrara la muerte mediante el mandoble deslizante hacia arriba tan utilizado por los de su raza. Después, cuando Brule empezó a deslizarse de la espada para caer inmóvil al suelo, el rostro empezó a cambiar y desvanecerse y Kull contuvo el aliento, con los pelos de punta, mientras observaba cómo aquellos rasgos humanos desaparecían y las mandibulas de una gran serpiente quedaban horriblemente abiertas, con sus terribles ojos mirándole venenosamente, incluso en el trance de la muerte.

-¡Él también era un sacerdote serpiente! -exclamó el rey-.¡Por Valka! ¡Qué plan tan sutil para pillarme desprevenido! ¿Y Ka-nu? ¿Es un hombre? ¿Fue con Ka-nu con quien yo hablé en los jardines? ¡Todopoderoso Valka! -Y la carne le hormigueó ante un horrible pensamiento-. ¿Acaso el pueblo de Valusia son hombres, o todos son serpientes?

Permaneció indeciso, sin dejar de contemplar aquella cosa llamada Brule que ahora ya no llevaba el brazalete del dragón. Entonces, un ruido le hizo girar en redondo.

Y Brule apareció por la puerta secreta.

-¡Alto ahí -Sobre el brazo levantado en un ademán instintivo para contener la espada del rey lucía el brazate del dragón-. ¡Por Valka!

El picto se detuvo en seco y, al comprender lo ocurrido, una sonrisa inexorable se extendió sobre sus labios.

-¡Por los dioses de los mares! Estos demonios son increíblemente poderosos. Ése debía de estar agazapado en los pasadizos y, al verme pasar llevando el cadáver del otro, adoptó mi aspecto. Ahora, tengo a otro que llevarme.

-¡Un momento! -exclamó Kull con un tono de amenaza en su voz-. Esta noche he visto a dos hombres convertirse en serpiente ante mis propios ojos. ¿Cómo sé que eres un verdadero hombre?

Brule se echó a reír.

-Por dos razones, rey Kull. Ningún hombre serpiente lleva esto -dijo, señalando el brazalete del dragón-. Y tampoco puede decir las palabras: *Ka nama kaa lajerama.*

También era la segunda vez que las oía aquella noche, y Kull las repitió mecánicamente.

-*Ka nama kaa lajerama*. Pero ¿dónde he oído yo eso, en nombre de Valka? No conozco esas palabras y, sin embargo...

-Ah, debéis recordarlas, Kull -dijo Brule-. Esas palabras deben de estar agazapadas en los oscuros corredores de la memoria; aun cuando no las hayáis oído pronunciar en esta vida, en eras pasadas debieron de quedar tan terriblemente impresas en vuestra alma-mente que jamás murieron, y siempre harán sonar una débil cuerda en vuestra memoria, aunque os reencarnéis durante un millón de años. Porque esa frase procede secretamente de los tenebrosos y sangrientos eones y desde entonces, durante incontables siglos, formaron el santo y seña de la raza de los hombres que combatía contra los seres horripilantes del Reino de las Sombras. Pues nadie puede pronunciarlas excepto un verdadero hombre entre los hombres, cuyas mandíbulas y boca se hallen configuradas de una forma diferente a cualquier otra criatura. Su significado ha quedado sumido en el olvido, pero no así las palabras.

-Eso es cierto -asintió Kull-. Recuerdo las leyendas... ¡Por Valka!

Se detuvo en seco, con la mirada fija. pues de repente, como la silenciosa oscilación de una puerta mística que se abriera, unos ámbitos neblinosos e inimaginables se abrieron en los recovecos de su conciencia y, por un instante, pareció mirar hacia atrás, a través de la inmensidad que separaba una vida de la otra, y a través de aquellas nieblas vagas y fantasmales pudo ver las formas que vivieron en siglos ya muertos..., hombres en combate con monstruos horribles, dedicados a librar a un planeta de espantosos terrores.

Contra un fondo gris en continuo desplazamiento se movían extrañas formas de pesadilla, fantasías de locura y de temor; y un hombre, el enviado de los dioses, seguía ciegamente, del polvo de una vida a otra, el largo rastro sangriento de su destino, sin saber por qué, actuando de una forma bestial, a ciegas, como un gran niño asesino, pero dotado de la clara sensación de que en alguna parte había una chispa de fuego divino...

Kull se pasó una mano por la frente, conmocionado. Estas fugaces visiones en los abismos de la memoria siempre le dejaban perplejo.

-Han desaparecido -dijo Brule como si hubiera leído sus pensamientos más íntimos-. Las mujeres pájaro, las arpías, los hombres murciélago, los diablos voladores, los pueblos lobo, los demonios, los duendes..., todos, salvo los que son como este ser que yace a vuestros pies, así como unos pocos hombres lobo. Larga y terrible fue la guerra, que duró muchos y sangrientos siglos desde que llegaron los primeros hombres, surgidos del fango de los monos, transformados en aquellos destinados a gobernar el mundo, y que finalmente lograron alcanzar la humanidad, hace ya tanto tiempo de ello que sólo débiles y oscuras leyendas han llegado hasta nosotros a través de los tiempos. El pueblo serpiente fue el último en desaparecer, pero los hombres lograron por fin vencerlos también a ellos, empujándolos hacia los confines desérticos del mundo, para que se aparearan allí con las verdaderas serpientes hasta que algún día, según el decir de los sabios, aquella horrible raza se desvaneciera por completo. Sin embargo, las Cosas regresaron hábilmente disfrazadas cuando los hombres se hicieron blandos y degenerados, olvidadas ya las antiguas guerras. ¡Ah, ésa fue una guerra encarnizada y secreta! Entre los hombres de la Tierra Joven se deslizaron a hurtadillas los terribles monstruos del Planeta Antiguo, protegidos por su horrible sabiduría y sus misticismos, capaces de adoptar toda clase de formas y figuras, para realizar sus horrorosas hazañas en secreto. Ningún hombre sabía quién era hombre verdadero o falso. Ningún hombre podía confiar en otro. Y, sin embargo, gracias a sus propias habilidades, encontraron medios para distinguir a los falsos de los verdaderos. Entonces, los hombres tomaron como señal la figura del dragón alado, el dinosaurio con

alas, un monstruo de las eras pasadas, que había sido el mayor enemigo de la serpiente. Y los hombres utilizaron también esas mismas palabras que acabo de pronunciar como un santo y seña, como un símbolo, pues como ya os he dicho, nadie puede repetirlas, excepto un hombre verdadero. De ese modo, la humanidad triunfó. Y, no obstante, después de muchos años en que todo se olvidó, los enemigos volvieron, pues el hombre sigue siendo un mono en la medida en que olvida aquello que no tiene delante de sus ojos. Llegaron como sacerdotes, y como por entonces los hombres, satisfechos con sus lujos y su poder, habían perdido la fe en las viejas religiones y cultos, los sacerdotes serpiente, disfrazados de maestros de un culto nuevo y más verdadero, crearon una religión monstruosa en la que se adoraba al dios serpiente. Y tal ha llegado a ser su poder, que ahora se considera mortal repetir las viejas leyendas del pueblo serpiente, y el pueblo vuelve a inclinarse ante el dios serpiente en su nueva forma; y los hombres son tan ciegamente estúpidos que la gran mayoría de ellos no ven la conexión que existe entre este poder y el poder que los hombres derrotaron hace eones. Como sacerdotes, los hombres serpiente se sienten contentos de gobernar y, sin embargo...

Se detuvo entonces.

-Continúa -dijo Kull experimentando una inexplicable agitación en el pelo de su nuca.

-Los reyes han reinado como verdaderos hombres en Valusia -siguió diciendo el picto en susurros-, y no obstante, muertos en batalla, han muerto como serpientes, como aquel que murió bajo la lanza de Lion-fang, en las playas rojas, cuando nosotros, los de las islas, asolamos los Siete Imperios. ¿Cómo puede ser, mi señor Kull? ¡Esos reyes nacieron de mujeres y vivieron como hombres! Eso fue porque los verdaderos reyes murieron en secreto, del mismo modo que habríais muerto vos esta noche, y porque los sacerdotes de la serpiente reinaron en su lugar, sin que el hombre lo supiera.

Kull lanzó una maldición entre dientes.

-Así tiene que ser, porque, que se sepa, nadie ha visto a un sacerdote de la serpiente y vivido para contarlo. Viven en el mayor de los secretos.

-El arte de gobernar de los Siete Imperios es algo laberíntico y monstruoso -dijo Brule-. Los verdaderos hombres saben que entre ellos se deslizan los espías de la serpiente, y aquellos hombres que son aliados de la serpiente, como Kaanuub, el barón de Blaal. Y, sin embargo, ningún hombre se atreve a desenmascarar a un sospechoso, por temor a que la venganza caiga sobre él. Ningún hombre confia en su semejante, y el verdadero estadista no se atreve a hablar ni a expresar lo que está en la mente de todos. Si pudieran estar seguros, si se pudiera desenmascarar ante todos ellos a un hombre serpiente, o poner al descubierto un complot, entonces se habría logrado quebrantar el poder de la serpiente, pues a partir de ese momento todos se unirían y harían causa común para desplazar a los traidores. Sólo Ka-nu posee la astucia y el valor necesarios para enfrentarse a ellos, y sólo él ha podido enterarse de lo suficiente como para advertirme de lo que ocurriría, de lo que ha sucedido hasta ahora. De ese modo, yo estaba preparado, pero a partir de ahora sólo podemos confiar en nuestra buena suerte y habilidad. Aquí y ahora, creo que estamos a salvo; esos hombres serpiente que se encuentran al otro lado de la puerta no se atreven a abandonar su puesto, por si los verdaderos hombres aparecen por aquí de improviso. Pero mañana intentarán alguna otra cosa, podéis estar seguro de ello. Nadie puede saber lo que intentarán hacer, ni siquiera Ka-nu, pero debemos estar el uno al lado del otro, rey Kull, hasta que los venzamos, o hayamos muerto los dos. Y ahora, acompañadme mientras llevo este cadáver al mismo lugar oculto donde he dejado al otro ser.

Kull siguió al picto con su pesada carga. Cruzaron al otro lado del panel oculto y avanzaron por el lóbrego pasillo. Sus pies, acostumbrados al silencio de los espacios silvestres, no produjeron el menor ruido. Se deslizaron como fantasmas a través de aquella luz fantasmagórica, mientras Kull se maravillaba ante el hecho de que aquellos pasillos estuvieran desiertos, pues en cada recodo esperaba encontrarse con alguna espantosa aparición.

Las sospechas empezaron a apoderarse de él. ¿Le estaría conduciendo este picto hacia una emboscada? Aminoró el paso, quedándose a cierta distancia por detrás de Brule, con la espada preparada, levantada sobre la espalda del picto, que seguía imperturbable su camino. Si tenía la intención de traicionarle, Brule sería el primero en morir. Pero si el picto se dio cuenta de las sospechas del rey, no lo demostró. Continuó su camino impasiblemente, hasta que llegaron a una estancia polvorienta que no se había utilizado en mucho tiempo, de cuyas paredes colgaban unos pesados y mohosos tapices. Brule apartó uno de ellos y ocultó el cadáver detrás.

Luego, regresaron sobre sus pasos. De repente, Brule se detuvo con tal brusquedad que le dio a Kull un susto de muerte, de lo tensos que tenía los nervios.

-Algo se mueve en el pasillo -susurró el picto-. Ka-nu dijo que por aquí todo estaría vacío, pero...

Desenvainó la espada y se deslizó a hurtadillas por el pasaje, seguido con cautela por Kull.

Poco después apareció un resplandor vago y extraño que avanzaba hacia ellos. Esperaron, con los nervios de punta y las espaldas apretadas contra las paredes del pasaje; no sabían lo que les esperaba, pero Kull oyó la respiración sibilante de Brule a través de los dientes apretados y se sintió más tranquilo en cuanto a su lealtad.

El resplandor surgió. convertido en una forma indefinida, como un haz de niebla, que se hizo más tangible a medida que se aproximaba, sin llegar a ser totalmente material. Un rostro les miró, con un par de grandes ojos luminosos que parecían sufrir todas las torturas de un millón de siglos. No había ninguna expresión de amenaza en aquel rostro, con sus rasgos débiles y gastados, sino sólo una gran piedad; y en aquel rostro..., en aquel rostro...

-¡Por los dioses todopoderosos! -exclamó Kull sintiendo como si una mano helada se le posara sobre el alma-. ¡Eallal, rey de Valusia, que murió hace mil años!

Brule pareció encogerse todo lo que pudo, y sus ojos se abrieron ampliamente con una expresión del más puro horror, mientras la espada le temblaba en la mano, descompuesto por primera vez en aquella extraña noche. Kull, en cambio, se mantuvo erguido y desafiante, y mantuvo instintivamente en guardia su inútil espada; con un hormigueo de la carne, con un cosquilleo en los pelos de la nuca pero manteniéndose como el rey de reyes que era, dispuesto a desafiar los poderes de lo desconocido, tanto de los muertos como de los vivos.

El fantasma continuó imperturbable su camino, sin hacerles el menor caso; Kull se encogió sobre sí mismo cuando pasó ante ellos, y percibió un hálito gélido, como el que pudiera producir una ventisca ártica. La figura continuó su marcha, con pasos lentos y silenciosos, como si aquellos pies vagos arrastraran las cadenas de todas las eras, y finalmente se desvaneció tras un recodo del pasaje.

-¡Por Valka! -musitó el picto, limpiándose las gotas de sudor frío que perlaban su frente-. ¡Eso no era un hombre! ¡Eso era un fantasma!

-¡Así es! -asintió Kull con un gesto de la cabeza, maravillado-. ¿No reconociste el rostro? Era Eallal, que reinó en Valusia hace mil años, y que fue encontrado horriblemente

asesinado en su salón del trono, el mismo conocido ahora como el Salón Maldito. ¿Acaso no has visto su estatua en el Salón de Reyes Famosos?

-Sí, ahora recuerdo la historia. ¡Por los dioses, Kull! Eso es otra muestra del poder espantoso y vil de los sacerdotes serpiente. Ese rey fue asesinado por el pueblo serpiente, y su alma se convirtió en su esclava, destinada a cumplir sus mandatos durante toda la eternidad. Pues los sabios siempre han afirmado que si un hombre es asesinado por un hombre serpiente, el fantasma se convierte en su esclavo.

Un estremecimiento sacudió la gigantesca estructura del cuerpo de Kull.

-¡Por Valka! ¡Qué destino tan horrible! ¡Escúchame! - sus dedos se apretaron sobre el nervudo brazo de Brule como una garra de acero-. ¡Escúchame bien! Si soy herido de muerte por estos viles monstruos, júrame que me traspasarás el pecho con la espada para que mi alma no sea esclavizada.

-Os lo juro -respondió Brule con sus feroces ojos iluminados-. ¡Y os ruego que hagáis lo mismo por mí, Kull!

Las fuertes manos diestras de ambos se encontraron para sellar en silencio su sangriento juramento.

4. Máscaras

Kull se hallaba sentado en su trono, y contemplaba reflexivamente el mar de rostros vueltos hacia él. Un correo hablaba en un tono de voz uniforme, pero el rey apenas escuchaba sus palabras. Cerca de él, Tu, el primer consejero, se encontraba de pie a su lado, preparado para cumplir sus órdenes, y cada vez que le miraba, Kull se estremecía interiormente.

La superficie de la vida cortesana era como la del mar entre una marea y la siguiente. Para el rey pensativo, los acontecimientos de la noche anterior parecían como un sueño, hasta que su mirada se posó sobre el apoyabrazos de su trono. Una mano atezada y nervuda descansaba allí, y por encima de la muñeca de aquella mano relucía un brazalete del dragón; Brule se hallaba de pie junto al trono, y el feroz susurro del picto le hizo regresar del ámbito de irrealidad en que se movía.

No, aquel interludio monstruoso no había sido ningún sueño. Al sentarse sobre el trono, en el salón social, y contemplar a los cortesanos, las damas, los caballeros y los estadistas, pareció ver sus rostros como productos de la ilusión, como algo irreal, existentes sólo como sombras y burlas de la sustancia. Siempre había considerado sus rostros como máscaras, pero hasta entonces los había mirado con una despreciativa tolerancia, convencido de ver, por debajo de aquellas máscaras, unas almas vacías, débiles, avariciosas, lujuriosas y engañosas; ahora, en cambio, había un matiz cruel, un significado siniestro, un vago horror que anidaba bajo las suaves máscaras. Mientras intercambiaba cortesías con algún noble o consejero, se imaginaba ver desaparecer el rostro sonriente de su interlocutor, como si fuera humo, para ver aparecer allí las espantosas mandíbulas abiertas de una serpiente. ¿Cuántos de aquellos a los que miraba eran en realidad horribles monstruos inhumanos que tramaban su muerte, por debajo de la ilusión suave e hipnotizadora de un rostro humano?

Valusia, el reino de los sueños y las pesadillas, el reino de las sombras, regido por fantasmas que se deslizaban de un lado a otro, por detrás de las cortinas pintadas, mofándose del rey inútil que se sentaba en el trono, convirtiéndolo a él mismo en una sombra.

Y como la sombra de un buen camarada, Brule se hallaba a su lado, con los ojos oscuros brillando en su rostro impasible. ¡Brule era un verdadero hombre! Y Kull sintió que la amistad que experimentaba por aquel salvaje era algo perteneciente a la realidad, y se daba cuenta de que Brule también sentía por él una amistad que iba más allá de la simple necesidad del arte de gobernar.

¿Y cuáles eran las realidades de la vida?, se preguntó Kull. ¿Ambición, poder, orgullo? ¿La amistad de un hombre, el amor de las mujeres, que él nunca había conocido, la batalla, el saqueo..., qué? ¿Era el Kull real quien se sentaba sobre el trono, o acaso el verdadero Kull era el que había escalado las montañas de Atlantis, el que había asolado las lejanas islas de poniente, el que se había reído de las rugientes marejadas verdes del océano de Atlantis? Pues él sabía que había muchos Kull, y se preguntaba cuál de ellos era el real. Después de todo, los sacerdotes de la serpiente habían avanzado un paso más en su magia, pues todos los hombres llevaban máscaras, y muchos de ellos llevaban una máscara diferente con cada hombre o mujer. En consecuencia, Kull se preguntaba si debajo de cada máscara no habría agazapada una serpiente.

Permaneció sentado, sumido en esta clase de pensamientos extraños y laberínticos, mientras los cortesanos iban y venían, y se completaban los pequeños asuntos pendientes del día, hasta que él y Brule quedaron finalmente a solas en el salón social, a excepción de los amodorrados sirvientes.

Kull se sentía fatigado. Ni él ni Brule habían dormido la noche anterior, y Kull tampoco había dormido la noche anterior a eso, cuando en los jardines de Ka-nu tuvo el primer indicio de las cosas insólitas que iban a pasar. Nada más había ocurrido después de que regresaran al estudio, procedentes de los pasadizos secretos, pero ninguno de los dos se había atrevido o preocupado de dormir. Kull, dotado con la increíble vitalidad de un lobo, ya había pasado otras veces por días y días sin dormir, en sus tiempos de salvaje, pero su mente se sentía fatigada ahora por la constante reflexión y por todas las cosas misteriosas ocurridas la noche anterior, capaces de romperle los nervios a cualquiera. Necesitaba dormir, pero en eso era en lo que menos pensaba.

Y, aunque lo hubiera pensado, tampoco se habría atrevido a hacerlo. Otra de las cosas que le había conmocionado era que, a pesar de la estrecha vigilancia que mantuvieron tanto él como Brule para ver si y cuándo se cambiaba la guardia apostada ante la puerta del despacho, ésta quedó cambiada sin que ninguno de los dos se diera cuenta de nada porque, a la mañana siguiente, quienes estaban de guardia pudieron repetir las palabras mágicas de Brule, a pesar de que no recordaban que hubiera sucedido nada fuera de lo normal. Estaban convencidos de haber pasado toda la noche de guardia, como era habitual, y Kull no dijo nada al respecto. Creía que eran verdaderos hombres, pero Brule le aconsejó guardar el más absoluto secreto y a Kull también le pareció lo mejor.

Ahora, Brule se inclinó sobre el trono y bajó el tono de voz para que ninguno de aquellos ociosos sirvientes pudiera oír sus palabras.

-Creo que no tardarán en golpear de nuevo, Kull. Hace un rato, Ka-nu me hizo una seña secreta. Los sacerdotes están enterados de que conocemos su conspiración, aunque no saben hasta qué punto estamos enterados de los detalles. Debemos estar preparados para cualquier clase de acción. Ka-nu y los jefes pictos se mantendrán lo más cerca posible, para socorrernos, hasta que esto se haya solucionado de una u otra forma. Si tenemos que entablar una batalla campal. la sangre correrá por las calles y los castillos de Valusia.

Kull le dirigió una sonrisa inexorable. Acogería con feroz regocijo cualquier clase de acción, fuera la que fuese. Todo este deambular por un laberinto de ilusión y magia

resultaba extremadamente irritante para una naturaleza como la suya Anhelaba poder saltar, oír el sonido de las espadas y experimentar la gozosa libertad de la batalla.

En ese momento volvió a entrar Tu en el salón social, acompañado por el resto de consejeros.

Señor, mi rey, se acerca la hora del consejo y nos hallamos preparados para escoltaros a la sala del consejo.

Kull se incorporó y los consejeros se apartaron e hincaron la rodilla en tierra a su paso. Después, se incorporaron tras él para seguirle. Algunos ceños se fruncieron cuando el picto avanzó desafiante tras el rey, pero nadie puso la menor objeción. La mirada desafiante de Brule recorrió los rostros delicados de los consejeros, con la osadía propia de un salvaje intruso.

El grupo atravesó los pasillos y llegó por fin ante la cámara del consejo. La puerta se cerró, como era habitual, y los consejeros se dispusieron en fila, según el orden de sus rangos, ante el estrado sobre el que se situó Kull, mientras Brule se colocaba tras el rey, como una estatua de bronce.

Kull recorrió el salón con un rápido movimiento de su mirada. Sin lugar a dudas, aquí no había posibilidad alguna de que se cometiera un acto de traición. Había presentes diecisiete consejeros, a todos los cuales conocía; cada uno de ellos había abrazado su causa cuando ascendió al trono.

-Hombres de Valusia... -empezó a decir, a la manera convencional.

Y entonces se detuvo, perplejo. Lo consejeros se habían incorporado, como un solo hombre, y avanzaban hacia él. No había hostilidad alguna en sus miradas, pero sus actos resultaban muy extraños en una sala del consejo. El primero ya había llegado cerca de él cuando Brule se adelantó de un salto, encogido como un leopardo.

-Ka nama kaa lajerama.

Su voz restalló, rompiendo el siniestro silencio de la sala, y aquel primer consejero retrocedió, llevándose rápidamente la mano a la túnica. Brule saltó como un resorte y el hombre se precipitó de cabeza hacia la espada desenvainada del picto, y cayó ensartado mientras su rostro se desvanecía y se transformaba en la cabeza de una poderosa serpiente.

-¡Atacad, Kull! -rugió la voz del picto-. ¡Todos ellos son hombres serpiente!

Lo demás fue una escena llena de sangre. Kull vio cómo aquellos rostros familiares desaparecían y sus lugares eran ocupados por horribles cabezas reptilianas, en el momento en que todo el grupo se lanzó hacia adelante. Había un gran desconcierto en su mente, pero su cuerpo no le falló.

El silbido de su espada llenó la estancia, y el grupo que se precipitaba contra él se transformó en una oleada rojiza. Pero los que quedaron volvieron a atacar, aparentemente dispuestos a entregar sus vidas con tal de eliminar al rey. Unas espantosas mandíbulas se abrieron ante él; unos ojos terribles miraron a los suyos, que devolvieron la mirada sin parpadear; un olor fétido y nauseabundo impregnó la atmósfera, el olor de la serpiente, que Kull había conocido en las selvas del sur. Las espadas y las dagas se precipitaron hacia él, y apenas fue consciente de que le herían.

Pero Kull se hallaba ahora en su elemento. Nunca, hasta ahora, había tenido que enfrentarse con enemigos tan crueles, pero eso le importaba bien poco; eran seres vivos, por sus venas corría la sangre que podía derramarse y murieron uno tras otro cuando su gran espada les arrancó las cabezas de un tajo o les atravesó los cuerpos. Atacaba, se retiraba y enviaba una estocada tras otra. Sin embargo, Kull habría muerto irremediablemente de no haber sido por el hombre que luchaba a su lado, y que tampoco dejaba de esquivar y atacar.

El rey se dejó llevar por su afán de lucha, combatiendo según el terrible estilo atlante que busca la muerte para enfrentarse con la muerte; no hizo el menor esfuerzo por evitar las acometidas y las cuchilladas, se mantuvo firme, y hasta se lanzó hacia adelante, sin otra idea en su enloquecida mente que la de atacar. No era frecuente que Kull olvidara su habilidad luchadora en su furia primitiva, pero ahora pareció como si un eslabón se hubiera roto en su alma, para llenar su mente de un afán incontenible por matar y derramar sangre. Se desembarazaba de un enemigo a cada estocada que lanzaba, pero aquellos seres le rodeaban, muy superiores en número, y Brule tuvo que parar una y otra vez estocadas que habrían alcanzado su objetivo. Permanecía agazapado junto al rey, esquivando y atacando con una fría habilidad, sin producir tantos estragos como ocasionaban los mandobles y arremetidas de Kull. pero sin dejar por ello de ser menos efectivo con sus golpes y embestidas cortas desde abajo.

Kull lanzó una risotada de locura. Los horribles rostros se agitaban a su alrededor como una mancha borrosa y escarlata. Sintió que el acero se hundía en su brazo y dejó caer la espada, trazando un arco relampagueante, que abrió una enorme brecha en el pecho de su enemigo. Luego, las brumas se disiparon, y entonces se dio cuenta de que él y Brule se hallaban solos sobre un montón de horripilantes figuras esparcidas por el suelo, inmóviles.

-¡Por Valka! ¡Qué matanza! -exclamó Brule limpiándose la sangre de los ojos-. Si hubieran sido guerreros que supieran cómo utilizar el acero, habríamos muerto aquí Pero estos sacerdotes serpiente no saben nada del arte de manejar la espada, y mueren con mayor facilidad que cualquier hombre al que haya tenido que matar. No obstante, si hubieran sido unos cuantos más, creo que las cosas habrían terminado de otra manera.

Kull asintió con un gesto. La salvaje posesión borrosa a la que se había visto sometido ya había pasado, dejándole una confusa sensación de gran fatiga. La sangre brotaba de las heridas recibidas en el pecho, el hombro, el brazo y la pierna. El propio Brule sangraba a causa de varias heridas superficiales, y le miró con expresión de preocupación.

-Mi señor, apresurémonos a que las mujeres se ocupen de curar vuestras heridas.

Kull le apartó a un lado con un movimiento instintivo de su poderoso brazo.

-No, nos ocuparemos de esto hasta que todo haya terminado. Pero ve tú a que te atiendan las heridas... Te lo ordeno.

El picto se echó a reír, con expresión inexorable.

-Vuestras heridas son peores, mi señor... -empezó a decir, y entonces se detuvo en seco, como golpeado por una idea repentina -. ¡Por Valka! ¡Éste no es el salón del consejo!

Kull miró a su alrededor y, de repente, otras brumas parecieron desvanecerse de su mente.

-No, éste es el mismo salón donde Eallal murió hace mil

años. Un salón que no se ha utilizado desde entonces y que se ha considerado como maldito.

-Entonces, ¡por los dioses!, han logrado engañarnos -exclamó Brule hecho una furia, lanzando patadas contra los cadáveres que yacían a sus pies-. ¡Nos hicieron entrar aquí como estúpidos, para caer en su emboscada! Gracias a su magia, cambiaron el aspecto de todo...

- En tal caso, debe de estar cometiéndose una nueva vileza -dijo Kull-, porque si hay verdaderos hombres en los consejos de Valusia, deberían estar ahora en la auténtica sala del consejo. Vamos, rápido.

Abandonaron la estancia, dejando en ella a sus fantasmagóricas figuras, y avanzaron presurosos por los pasillos que parecían desiertos, hasta que llegaron ante la verdadera sala

del consejo. Una vez allí, Kull se detuvo con un repentino estremecimiento, porque de la sala del consejo surgía una voz que hablaba... ¡Y aquella voz era la suya!

Apartó los tapices con mano temblorosa y echó un vistazo hacia el interior del salón. Allí estaban sentados los consejeros, como réplicas perfectas de los hombres que él y Brule acaba han de matar, y sobre el estrado se veía la figura de Kull, rey de Valusia.

Retrocedió, con la sensación de que le daba vueltas la cabeza.

-¡Esto es una locura! -susurró-. ¿Soy yo Kull? ¿Estoy aquí o es ése el verdadero Kull y yo no soy más que una sombra, una quimera de mi propio pensamiento?

la mano de Brule se posó sobre su hombro y le sacudió ferozmente, haciéndole recuperar el sentido.

-¡En el nombre de Valka, no seáis estúpido! ¿Todavía os asombráis, después de todo lo que hemos visto? ¿Acaso no os dais cuenta de que ésos son verdaderos hombres embrujados por un hombre serpiente que ha adoptado vuestra forma, del mismo modo que esos otros a los que hemos matado adoptaron las formas de vuestros verdaderos consejeros? A estas alturas ya deberíais haber muerto, y el monstruo que ha adoptado vuestra forma gobernará en vuestro lugar, sin que lo sepa ninguno de los que se inclinan ante vos. Atacad y matad con rapidez, o estaremos acabados. Los asesinos rojos, verdaderos hombres, están de guardia, y nadie más que vos puede atacar y matarle. ¡Sed rápido!

Kull se sacudió el aturdimiento que se había apoderado de él y echó la cabeza hacia atrás, con un viejo y desafiante gesto. Inhaló aire, larga y profundamente, como haría un fuerte nadador antes de lanzarse al océano, y luego apartó a un lado los tapices y se lanzó hacia el estrado como un león.

Brule había dicho la verdad. Allí estaban los hombres de los asesinos rojos, entrenados para moverse con la rapidez del leopardo que ataca; cualquier otro que no fuera Kull habría muerto antes de poder llegar basta donde estaba el usurpador. Pero el hecho de ver a Kull, idéntico al hombre que se encontraba sobre el estrado, hizo que se contuvieran, asombrados y perplejos por un instante. Fue tiempo más que suficiente. El ser que se hallaba sobre el estrado logró cerrar los dedos alrededor de la empuñadura de su espada, pero antes de que pudiera desenvainar, la espada del auténtico Kull se clavó tras sus hombros, y aquella cosa que los hombres habían creído que era el rey cayó hacia adelante, desde el estrado, y quedó tendida e inmóvil sobre el suelo.

-¡Alto! -gritó Kull.

Su voz regia y potente fue suficiente para detener la precipitación que ya se había iniciado, y mientras todos los presentes le miraban asombrados, señaló la cosa que había tendida ante él, cuyo rostro desaparecía para transformarse en la cabeza de una serpiente. Todos retrocedieron y en ese preciso instante apareció Brule por una puerta y Ka-nu por otra. Ambos se acercaron al rey, Ka- nu le tomó la mano ensangrentada y habló:

-¡Hombres de Valusia! Lo habéis visto con vuestros propios ojos. Éste es el verdadero Kull, el rey poderoso ante el que toda Valusia se ha inclinado siempre. El poder de la serpiente se ha roto, y todos seréis verdaderos hombres. Rey Kull, ¿tenéis alguna orden que darnos?

-Levantad esa carroña -ordenó Kull, y los hombres de la guardia se apresuraron a obedecerle-. Y ahora, seguidme todos - añadió el rey.

Emprendió el camino hacia el salón maldito. Brule, con expresión preocupada, le ofreció el apoyo de su brazo, pero Kull lo apartó a un lado.

la distancia a recorrer le pareció interminable al ensangrentado rey, pero por fin se encontró ante la puerta y se echó a reír feroz y cruelmente al oír las horrorizadas exclamaciones de los consejeros ante la escena.

Dio a los guardias la orden de arrojar el cadáver que transportaban junto a los que yacían en el suelo, y luego hizo señas a todos para que abandonaran el salón. Él fue el último en salir y cerrar la puerta.

Una oleada de vértigo le sacudió. Los rostros se volvieron a mirarle. Estaba pálido y perplejo, mareado y como sumido en una bruma fantasmal. Sentía que la sangre que brotaba de sus heridas le resbalaba por las extremidades, pero sabía que lo que debía hacer, tenía que hacerlo rápido o no podría llevarlo a cabo.

La espada volvió a desenvainarse de su funda con un silbido.

-Brule, ¿estás ahí?

-¡Aquí estoy!

Brule le miró a través de la bruma, cerca de su hombro, pero su voz pareció sonar a muchas leguas y eones de distancia.

-Recuerda tu juramento, Brule. Y ahora, que todos retrocedan.

Su brazo izquierdo abrió un espacio libre, al tiempo que levantaba la espada. Y luego, con toda la potencia que le quedaba lanzó la espada a través de la puerta, introduciendo la enorme hoja por la jamba, hundiéndola allí hasta la empuñadura y sellando de ese modo aquella sala para siempre.

Con las piernas muy abiertas, se dio media vuelta, como borracho, para mirar a los horrorizados consejeros.

-Que esta sala sea doblemente maldita. Y que esos esqueletos se pudran ahí para siempre como una muestra del poder moribundo de la serpiente. Aquí mismo os juro que daré caza a los hombres serpiente de uno a otro confín de mis territorios, de un mar a otro, sin darles ninguna tregua, hasta que todos hayan sido muertos y se haya quebrantado el poder del infierno. Esto es lo que os juro..., yo..., Kull, rey... de... Valusia.

Las piernas se le doblaron y los rostros vacilaron y giraron ante él. Los consejeros se precipitaron para ayudarle, pero antes de que pudieran hacerlo Kull cayó al suelo y quedó allí tendido, inmóvil, con el rostro vuelto hacia arriba.

Los consejeros se arremolinaron alrededor del rey caído, sin dejar de hablar y proferir gritos. Ka-nu los apartó a empellones, con los puños apretados, sin dejar de maldecir ferozmente.

-¡Atrás, estúpidos! ¿Queréis arrebatarle la poca vida que aún queda en él? ¿Está muerto o vivirá, Brule?- le preguntó al guerrero que ya se había inclinado sobre el postrado Kull.

-¿Muerto? -replicó Brule con irritación-. No se acaba fácilmente con la vida de un hombre como él. La falta de sueño y la pérdida de sangre le han debilitado... ¡Por Valka! Ha recibido un montón de heridas, pero ninguna de ellas es mortal. Que estos estúpidos balbuceantes traigan inmediatamente a las mujeres de la corte. -Los ojos de Brule se encendieron con una mirada feroz llena de orgullo-. ¡Por Valka! Os aseguro. Ka-nu, que no sabía que pudiera existir un hombre como él en estos tiempos tan degenerados. Estará en condiciones de montar a caballo dentro de pocos días y, entonces, que los hombres serpiente del mundo se guarden de Kull, rey de Valusia. Pero por Valka que eso será una cacería extraña. ¡Ah, ya imagino largos años de prosperidad para el mundo con un rey como él sentado en el trono de Valusia!

3 - EL ALTAR Y EL ESCORPIÓN

-¡Dios de las sombras reptantes, concédeme tu ayuda!

Un joven delgado se hallaba arrodillado en la penumbra, con su tembloroso cuerpo blanco como el marfil. El pulido suelo de mármol era frío bajo sus rodillas, pero su corazón estaba aún más frío que la piedra.

Por encima de él, en lo alto, fundido con las enmascaradas sombras, se cernía el gran techo de lapislázuli, sostenido por paredes de mármol. Ante él relucía un altar dorado, y sobre éste refulgía una enorme imagen de cristal: un escorpión, tallado con una habilidad que superaba al arte.

-Gran escorpión -continuó el joven con su invocación-, ¡ayuda a tu siervo! Tú sabes bien cómo en tiempos pasados Gonra el de la espada, mi gran antepasado, murió ante tu altar, a manos de un puñado de bárbaros asesinos que intentaban profanar tu santidad. A través de las bocas de tus sacerdotes, prometiste ayuda a la raza de Gonra en todos los años futuros.

»¡Gran escorpión! jamás un hombre o mujer de mi sangre te ha recordado antes tu promesa! Pero ahora, en mi hora de más amarga necesidad, acudo ante ti y te conjuro para que recuerdes tu juramento, por la sangre bebida por la espada de Gonra, por la sangre derramada de las venas de Gonra.

»¡Gran escorpión! Thuron, el sumo sacerdote de la sombra negra, es mi enemigo. Kull, rey de Valusia, cabalga desde su ciudad de chapiteles púrpura, para arrasar a fuego y acero a los sacerdotes que le han desafiado y que siguen ofreciendo sacrificios humanos a los dioses antiguos de las sombras. Pero antes de que el rey pueda llegar y salvarnos, yo y la mujer que amo seremos colocados desnudos sobre el altar negro del templo de la oscuridad eterna. ¡Thuron lo ha jurado! Entregará nuestros cuerpos a las antiguas y horrendas abominaciones, y nuestras almas al dios que habita para siempre en las sombras negras.

»Kull se sienta en el trono de Valusia y ahora acude en nuestra ayuda, pero Thuron gobierna esta ciudad de las montañas y me persigue. ¡Ayúdanos, gran escorpión! Recuerda a Gonra, que entregó su vida por ti cuando los salvajes atlantes llevaron la espada y la antorcha a Valusia.

La delgada figura del muchacho se postró. y la cabeza se hundió sobre su pecho, en un gesto de desesperación. La gran imagen reluciente del altar le devolvió un brillo helado bajo la débil luz, y no mostró ninguna señal ante su devoto que indicara haber oído aquella invocación apasionada.

De repente, el joven se irguió, sobresaltado. Unos pasos rápidos sonaron sobre los anchos escalones, en el exterior del templo. Una joven se precipitó por la puerta envuelta en las sombras, como una llamarada blanca soplada por el viento.

-¡Thuron... viene hacia aquí! -balbuceó, arrojándose en los brazos de su amado.

El rostro del joven palideció y su abrazo se apretó alrededor de la muchacha, al tiempo que miraba receloso hacia la puerta. Unos pasos, pesados y siniestros, resonaron sobre los escalones de mármol y una figura amenazadora apareció bajo el dintel.

Thuron, el sumo sacerdote, era un hombre alto y flaco, como un gigante cadavérico. Sus ojos brillaban como feroces manchas, por debajo de las pobladas cejas, y la delgada línea de su boca se abrió en una risa silenciosa. La única vestimenta que llevaba era un taparrabos de seda, a través del cual se había introducido una cruel daga curvada, y portaba un látigo corto y pesado en su mano, delgada y poderosa.

Sus dos víctimas se aferraron la una a la otra, y miraron con los ojos muy abiertos a su enemigo, como pájaros que miraran hipnotizados a una serpiente. Y los movimientos lentos y ondulantes de Thuron al avanzar hacia ellos no fueron muy distintos del sinuoso deslizamiento de una serpiente.

-¡Thuron, lleva cuidado! -exclamó el joven con valentía aunque con voz vacilante, debilitada por el terror que se apoderaba de él-. Si no temes al rey, ni tienes piedad por nosotros, no te atrevas a ofender al gran escorpión, bajo cuya protección nos encontramos.

Thuron lanzó una risotada, poderoso y arrogante.

-¡El rey! -se mofó-. ¿Qué significa el rey para mí, cuando soy más poderoso que cualquier rey? ¿El gran escorpión? ¡Jo, jo! Un dios olvidado, una divinidad que ya sólo recuerdan los niños y las mujeres. ¿Te atreves a oponer tu escorpión contra la sombra negra? ¡Estúpido! ¡Ahora ya no podría salvarte ni el propio Valka, el dios de todos los dioses! Estás destinado a ser sacrificado al dios de la sombra negra.

Avanzó hacia los acobardados jóvenes y los agarró por los hombros, hundiendo en la carne blanda sus uñas, fuertes como garras. Trataron de resistirse, pero él se echó a reír y, con una fortaleza increíble, los levantó en el aire y los sostuvo así, con los brazos extendidos, como un hombre podría balancear a un bebé. Sus risotadas chirriantes y metálicas llenaron la estancia, arrancando ecos de maligna burla.

Sostuvo al joven entre las rodillas, al tiempo que ataba la mano y el pie de la muchacha, que sollozaba bajo sus garras crueles. Luego, tras dejarla despiadadamente en el suelo, ató del mismo modo al joven. Retrocedió entonces, y contempló su obra. Los sollozos asustados de la muchacha resonaban en el silencio, rápidos y jadeantes. Tras un momento de silencio, el sumo sacerdote habló:

-¡Habéis sido unos estúpidos al pensar que podríais escapar de mí! Los hombres de tu sangre siempre se me han enfrentado en el consejo y en la corte. Ahora, tú vas a tener que pagar por ello, y la sombra negra beberá tu sangre. ¡Jo, jo! Yo gobierno ahora la ciudad, sea quien fuere el rey.

»Mis sacerdotes pululan por las calles, armados hasta los dientes, y ningún hombre se atreve a desafiarme. Si el rey pudiera montar a caballo ahora mismo, no podría abrirse paso entre mis hombres y llegar a tiempo para salvaros.

Sus ojos recorrieron el interior del templo y se posaron finalmente sobre el altar dorado y el silencioso escorpión de cristal.

-¡Jo, jo! ¡Qué estúpidos sois al haber depositado vuestra fe en un dios al que los hombres han dejado de adorar desde hace mucho tiempo! Un dios que ni siquiera tiene un sacerdote que lo atienda, y al que sólo se le ha permitido tener un santuario debido al recuerdo de su antigua grandeza. Un dios al que sólo reverencian las gentes sencillas y las mujeres estúpidas.

»¡Los verdaderos dioses son oscuros y sangrientos! Recordad mis palabras cuando os encontréis, muy pronto, sobre un altar de ébano, tras el cual anida para siempre una sombra negra. Antes de morir, conoceréis a los verdaderos dioses, a los dioses poderosos y terribles que llegaron procedentes de mundos olvidados y de los ámbitos perdidos de la negrura. Dioses que nacieron en las gélidas estrellas, y que habitan en soles negros, mucho más allá de la luz de cualquier estrella. Conoceréis la terrible verdad del innombrable. ante cuya realidad no se encuentra similitud terrenal alguna, pero cuyo símbolo es la sombra negra.

La muchacha dejó de sollozar, helada, y guardó un aturdido silencio, como el joven. Por detrás de aquellas amenazas ambos percibían un foso horrible e inhumano de sombras monstruosas.

Thuron avanzó un paso hacia ellos, se inclinó y extendió las manos como garras para apoderarse de ellos y levantarlos sobre sus hombros. Lanzó una risotada cuando ellos trataron de retorcerse para alejarse de él. Sus dedos se cerraron como garfios sobre el delicado hombro de la muchacha...

Un grito agudo conmocionó el silencio de cristal, convirtiéndolo en añicos, al tiempo que Thuron daba un salto en el aire y caía de bruces al suelo, retorciéndose y rechinando los dientes. Una pequeña criatura se alejó, escurridiza, y desapareció por la puerta. Los gritos de Thuron se convirtieron en un gemido que se interrumpió en su nota más alta. Luego, el silencio cayó sobre ellos como una bruma mortal.

Finalmente, el joven habló en susurros, impresionado.

-¿Qué ha sido eso?

-Un escorpión -fue la respuesta de la muchacha, pronunciada en voz baja y trémula-. Se arrastró sobre mi pecho desnudo, sin hacerme el menor daño y, cuando Thuron me agarró, le picó.

Volvió a hacerse el silencio. Luego, el joven volvió a hablar, con voz vacilante.

-No se ha visto en esta ciudad ningún escorpión desde hace más tiempo del que pueden recordar los hombres.

-El gran escorpión llamó a éste para que acudiera en nuestra ayuda -susurró la muchacha-. Los dioses nunca olvidan, y el gran escorpión ha cumplido su juramento. ¡Demostrémosle nuestro agradecimiento!

Y atados como estaban, de pies y manos, los jóvenes amantes volvieron los rostros desde donde estaban y alabaron al gran escorpión silencioso y brillante que había sobre el altar. Permanecieron así durante mucho rato, hasta que el distante sonido de muchos cascos plateados y el fragor de las espadas les indicó la llegada del rey.

4-ABISMO NEGRO

1. Traición en Kamula

La mirada fría de Kull se nubló de perplejidad cuando el alto guerrero bronceado irrumpió en sus aposentos privados donde él permanecía ociosamente sentado, tomando vino de loto y contemplando desde la ventana de palacio las nubes blancas que se deslizaban sobre el mar azulado del cielo. A excepción del corto faldón de cuero, el guerrero iba tan desnudo como la larga espada de hierro que sostenía en el puño cubierto de cicatrices, y su rostro habitualmente impertérrito se hallaba cubierto ahora por una expresión de furia. Kull lanzó un suspiro y dejó la copa de vino a un lado.

Había momentos en que hasta un rey tan guerrero como Kull anhelaba algo de serenidad y de paz. Aquí, en Kamula, casi la había encontrado, pues esta ciudad de ensueño, llena de edificios de mármol blanco como la nieve y de lapislázuli, que se levantaba sobre lo alto de la montaña, era tan indolente y lánguida como si perteneciera a un sueño. Los días pasados aquí se habían visto llenos de alegrías placenteras y soñolientas, muy distintos de los que pasaba en la capital del sur, donde se veía constantemente importunado por conspiraciones y contraconspiraciones, por facciones e intrigas cortesanas de todo tipo. Aquí, en el norte,

en la ciudad de ensueño de Kamula, en medio de las montañas verdes de Zalgara, todo era paz y placer..., pero ahora, ¿qué ocurría ahora?

-¡Kull, quiero justicia! ¡Asesinato..., traición!

Kull volvió a emitir un suspiro. Conocía bien a estos salvajes pictos que servían a Valusia como aliados y mercenarios; comprendía la oscura furia que dormía en ellos, como duerme en todos aquellos que son verdaderos bárbaros, como de hecho dormía dentro de su propio corazón, pues a pesar de ser ahora rey de Valusia, Kull había nacido como un salvaje desnudo en la primitiva Atlantis, más allá del continente, y en el fondo de su alma anidaba el bárbaro rojo que era, a pesar de la superficie de la esplendorosa cultura valusa con la que se había revestido desde entonces.

Sus ojos fríos, tan grises como el hielo glacial, estudiaron con curiosidad el rostro del guerrero picto, que blandía su espada en lo alto, y temblaba como poseído por una furia apasionada.

-Durante mil años, el pueblo de las islas ha permanecido como aliado al lado de los hombres de Valusia -espetó el guerrero-. Ahora, en cambio, mis propios hermanos de tribu se ven apartados de mi lado por asesinos que permanecen escondidos y al acecho en medio de un palacio valuso.

Kull le miró asombrado, y se puso inmediatamente alerta.

-¿Qué estás diciendo, Brule? ¿Qué locura es ésta? ¿Hablas de uno de mis guerreros? ¿Quién se ha apoderado de él?

- ¡Sólo Valka lo sabe! -bramó el picto-. En un momento estábamos hablando juntos en la cámara. Grogar se apoyaba contra una de esas columnas de mármol de color melocotón, me volví para decirle algo a Monartho y..., ¡zas!, Grogar desapareció, se desvaneció en el aire, y sólo quedó en la estancia el eco de su grito de terror.

Las cejas de Kull se unieron en una expresión pensativa y hosca.

-¿Alguna disputa entre él y sus camaradas...?

-¡Nada de eso, oh, mi señor! Grogar era querido por todos.

-¿Un esposo celoso?

-Grogar nunca miraba a las mujeres valusas, demasiado blandas y lánguidas para él... Una o dos mujeronas gruesas y alegres de taberna, ésas eran las que le gustaban, y esa clase de mujeres no tienen maridos. Y tampoco podía soportar a estas mujeres de Kamula, tan sedosas y delicadas... ¡Bah! Aquí, hasta los hombres huelen a perfume. Y estas gentes de Kamula odian a los pictos. Lo sabemos. Lo vemos en la expresión de sus ojos cuando nos miran.

Kull emitió una risa bronca.

-¡Tú sueñas, Brule! Estas gentes son demasiado indolentes y melindrosas como para odiar a nadie. Lo único que saben hacer es cantar, hacer el amor, organizar fiestas, beber vino, componer versos. Supongo que no creerás que tu gran y corpulento Grogar haya sido arrebatado por el gracioso poeta Taligaro, por la delicada y pequeña bailarina Zareta o por el propio y melindroso príncipe Mandara, ¿verdad?

Brule observó al rey con gesto hosco y los ojos azules llameantes. Sabía que se estaba burlando de él. Bufó y escupió sobre el mármol veteado de rosa.

-No sé quién es el asesino, ni cómo o por qué ha decidido actuar, pero os digo esto, rey Kull, ¡llevad cuidado! Aquí, en esta lánguida ciudad de Kamula, se esconde la traición negra, y el asesinato rojo.

2. ¡Acero rojo!

Avanzaron juntos por el pasto tortuoso. Kull, el rey, y Brule, el asesino de la lanza, a quien el rey le había pedido que le mostrara el lugar donde Grogar había desaparecido de modo tan misterioso. Brule marchaba delante, indicándole el camino; cruzaron cámaras voluptuosas de las que colgaban tapices dorados que descendían ondulantes sobre las paredes, anchos pasillos curvados en cuyos nichos aparecían estatuas de alabastro y grandes urnas de jade llenas de flores. El aire olía a incienso, procedente de los incensarios de plata colgantes, y todo evidenciaba la existencia de una elevada cultura que se había hecho relajada y blanda, degenerada y débil, y que parecía hallarse al borde de la decadencia.

Aquellos dos hombres eran tan diferentes como pudieran serlo en su aspecto exterior. Kull se erguía como una estatua heróica de aspecto poderoso, de hombros anchos y pecho abultado, envuelto en una vistosa túnica de brocado que refulgía en una cascada de escarlata y púrpura, con su capa ondulante de tela plateada incrustada de hilo de oro, las gemas que despedían destellos desde la sortija que llevaba en el dedo, el brazalete de oro, la empuñadura y el cinto de la espada, y desde el delgado círculo de oro que le rodeaba las sienes, donde unos grandes y lustrosos ópalos brillaban lujosamente. De porte y semblante realmente regios, Kull se erguía tan recto como el mango de una lanza, tan ágil como un tigre que fuera de caza, tan impasible como un dios. Su cabello negro y cortado recto le caía sobre los hombros. tan áspero y espeso como una melena leonina, y sus ojos ardían con la frialdad del acero de una espada, tan brillantes y penetrantes como el hielo claro.

Brule, el picto, era más delgado, menos corpulento, de mediana estatura. Su fisico, de aspecto flexible, se hallaba moldeado con la elegante simetría y la salvaje economía de medios de una pantera. Su piel era atezada, bronceada por el sol, salpicada aquí y allá por las terribles cicatrices de viejas batallas y guerras ya olvidadas. Ni una sola joya perturbaba el aspecto de dignidad guerrera y espartana de este ser primitivo que despreciaba los lujos de la corte; lo único que llevaba era el faldón corto de cuero negro y el acero desnudo.

Diferentes, sí, y sin embargo iguales en su porte elegante y felino, en su actitud alerta, en la majestuosidad natural de sus movimientos y en aquella misma aura intangible de salvajismo primitivo que parecía rodear tanto al guerrero semidesnudo como al rey cubierto de joyas.

-Estábamos en el salón de las joyas -gruñó el picto-. Grogar, Monartho y yo. Acabábamos de terminar nuestra guardia y nos gastábamos bromas. Grogar se apoyaba contra la columna, como ya os he dicho. Me volví para decirle algo a Monartho y, al hacerlo, Grogar apoyó todo su peso contra la pared, y entonces oí el grito de angustia que se escapó de sus labios. Me volví... y ya no estaba. No pudimos ver más que un atisbo de negra oscuridad, como si una boca gigantesca se hubiera abierto, y percibimos una bocanada de aire maloliente, como procedente de un pozo lleno de osamentas podridas... Y desapareció como si la pared hubiera cobrado vida y se lo hubiera tragado.

-Un panel deslizante -dijo Kull mirando a su alrededor con ojos inquietos, receloso de encontrar la traición en cada sombra-. Alguna condenada trampa que se ha abierto. Tuvo que haber tocado accidentalmente algún resorte y la pared se abrió y se lo tragó.

-Quizá. O quizá hubiera un asesino oculto tras la pared. La verdad es que pudimos ver bien poca cosa... Monartho desenvainó la espada y la introdujo por la abertura, para que el panel no pudiera cerrarse por completo. Apoyamos sobre ella todo el peso de nuestros

cuerpos, pero no cedió ni un ápice, así que le dejé allí, con la hoja introducida en la grieta, y corrí a avisaros.

Entraron en la cámara denominada el salón de las joyas debido a los murales incrustados de gemas que representaban una variada serie de escenas de carácter amoroso en la vida de los héroes legendarios. Ahora se encontraban en las estancias más profundas del palacio, y Kull miró a su alrededor, extrañado. Esta estancia se había construido contra la roca sólida de la montaña sobre la que se levantaba la ciudad de Kamula. ¿Cómo podía haber allí un pasaje secreto?

-Justo en el momento en que se desvanecía y la pared se

cerraba, Monartho jura que oyó alguna clase de música que procedía del abismo oscuro hacia el que Grogar se vio arrastrado. Ahí lo tenéis ahora, con la oreja pegada a la grieta, tratando de escuchar algo. ¡Hola, Monartho!

Kull frunció el ceño, inquieto. El alto guerrero que se encontraba en la pared más alejada de la estancia no se volvió hacia ellos cuando Brule le dirigió el saludo, ni hizo el menor gesto que indicara que se hubiera dado cuenta de su presencia. Parecía estar limpiamente apoyado contra el panel, con una mano sujeta a la empuñadura de la espada que sobresalía de la grieta negra.

Kull se acercó al picto y le puso una mano impaciente sobre el hombro. Al contacto de su mano, Monartho se derrumbó por completo sobre el suelo de mármol. Sus ojos les miraron, helados y vacíos, sin vida. Del corazón sobresalía la empuñadura de una pequeña daga dorada. Aturdido, Kull se inclinó y extrajo el acero enrojecido de la carne del hombre muerto, que ya se enfriaba. Brule lanzó un juramento.

-¡Por Valka! ¡También lo han asesinado a él! He sido un estúpido al dejarle solo. El capitán de mis arqueros a caballo, y mi mejor lanzador de jabalina..., ¡muertos! Juro que encontraré a la serpiente que ha hecho esto, muerta o viva. Juro que la encontraré, aunque tenga que destrozar todo Kamula y no dejar piedra sobre piedra. ¡Por Valka! ¡Entregaré esta condenada ciudad a las llamas y las apagaré después con la sangre de sus habitantes!

3. La flauta del demonio

La hendidura recorría la pared como una barra de sombra. Kull se inclinó para examinarla. La empuñadura de la espada de Monartho sobresalía, sostenida por el peso de la piedra deslizante.

-Mira, Brule, alguien tiene que haber atacado a tu amigo con la daga a través de esta raja, desde el otro lado. Esa hoja es lo bastante estrecha y delgada para pasar por donde la espada no pudo. Me pregunto qué habrá al otro lado de esta pared...

-Locura y muerte -contestó Brule, ceñudo-. La muerte de dos buenos hombres, que vivieron, lucharon y murieron al servicio de Valusia.

-Es posible que Grogar todavía esté con vida-dijo Kull

Miró a través de la grieta, pero no pudo ver nada. La negrura del otro lado era intensa, casi palpable. Y desde aquella raja de oscuridad casi material llegó hasta él un maloliente olor fétido, como de cadáveres en putrefacción. La oscuridad parecía latir, como si fuera algo vivo y sensible.

Brule desvariaba, sin dejar de pronunciar feroces juramentos, pero Kull le sujetó por el brazo y le ordenó que guardara silencio. Se inclinaron juntos, forzando el oído junto a la abertura. Desde el otro lado de la pared llegó hasta ellos una música débil y lejana, como un

gemido tenue y escalofriante, una música extraña y misteriosa que se elevaba y descendía como el eco de una risa demoníaca. ¿Qué flauta espectral se ocultaba más allá de aquella puerta misteriosa, en la negrura viva?

Kull casi se estremeció ante aquella melodía horrible que parecía agarrarse a su cordura, tratando de arrancársela. Había odio en aquella música, una burla enloquecida llena de odio y vileza, más de lo que cualquier obscenidad humana pudiera imaginar. Todo el veneno de mil años de odio humano se hallaba concentrado en aquel escalofriante hilillo de música. De repente, Kull echó otro vistazo al rostro del guerrero muerto tendido a sus pies.

¡Sí! La expresión grabada en aquellos rasgos de la muerte era de horror y sorpresa, y también de dolor, pero había algo más en la expresión del cadáver, congelado en una expresión de... escucha.

La música demoníaca hizo que la piel le hormigueara. Hasta el inexorable Brule se puso pálido de náuseas cuando el sonido de la flauta demoníaca se filtró por la abertura.

-Parece la clase de música a cuyo sonido bailan los muertos en los suelos escarlata del infierno -dijo con un estremecimiento incontenible.

Kull se encogió de hombros y empujó la pared de mármol de color melocotón, que no se movió. Apoyó el hombro contra la pared y empujó. Unos poderosos haces de músculos se abultaron en su cuello y le recorrieron la espalda y el pecho como sinuosas serpientes, por debajo de los ropajes de brocado. Era como tratar de empujar un acantilado de granito puro. Brule añadió su propia fortaleza a sus intentos, pero tampoco eso sirvió de nada. Enojado ahora, Kull se quitó los lujosos ropajes, dejando al descubierto un torso poderoso que brilló como el bronce aceitado bajo la luz del sol.

Sujetó la empuñadura de la espada de Monartho y trató de hacerla servir como palanca, pero tampoco logró nada. Entonces, empezó a tantear con las manos a lo largo de la pared, junto a la columna contigua, en busca del resorte oculto con el que sin duda tuvo que haberse tropezado Grogar. De repente, oyó un clic metálico ahogado por la pared de piedra y el panel se apartó a un lado al deslizarse con suavidad y girar sobre un dispositivo de ruedas.

Un abismo negro se abrió ante ellos como la boca de un pozo que condujera al infierno de los mitos más oscuros. Desde el interior de aquella boca negra surgió una bocanada de aire nauseabundo y húmedo, cargado con un olor fétido indescriptible. Y la horrible flauta pareció sonar entonces con más fuerza, más cercana y misteriosa. Su sonido espectral arrancó un escalofrío glacial de la espalda de Kull. Toda su recia masculinidad se rebeló con repugnancia ante la infame y obscena alegría que se percibía en la música del misterioso flautista demoníaco.

Brule colocó un jarrón de bronce en la abertura, para que la puerta secreta no pudiera cerrarse.

-¿Qué hacemos, Kull? -preguntó-. ¿Queréis que vaya a buscar más hombres?

El rey negó con un gesto de la cabeza, haciendo oscilar la melena negra de un lado a otro.

-No podemos hacer eso, Brule. Mientras perdemos el tiempo aquí, Grogar podría estar enfrentándose a..., ¡sólo Valka sabe a qué!

Brule sonrió con una mueca felina y los dientes blancos llamearon en su rostro bronceado.

-Bien, de todos modos, ¿para qué necesitamos a los demás? Nos bastamos vos y yo, oh, rey, juntos y con las espadas en la mano.

Kull asintió con un gesto y sus ojos furiosos trataron de atravesar la negrura. Avanzó un paso hacia aquella oscuridad desconocida.

-¡Vamos!

4. En el abismo negro

Brule sólo se retrasó el tiempo que necesitó para tomar una antorcha resinosa del aro que la sostenía en la pared. La encendió con los carbones de uno de los incensarios de plata y luego se lanzó hacia la boca oscura de la puerta, tras los talones de Kull.

Se encontraron sobre una estrecha plataforma de piedra sólida. Por debajo, un abismo negro parecía caer y caer, como si descendiera hacia lo más profundo de las entrañas de la tierra. Unos escalones de piedra descendían en espiral hacia la garganta de aquel pozo negro. Desde las profundidades desconocidas del fondo llegaba hasta ellos un aire frío y nauseabundo, portando en sus alas invisibles aquella misteriosa melodía. El rey y el guerrero iniciaron el descenso de los escalones de piedra en espiral, moviéndose con una silenciosa cautela.

La escalera era vieja, muy vieja. Los pies de muchas generaciones habían desgastado la piedra durante siglos. Un limo pálido se aferraba a la piedra húmeda y resbaladiza de los escalones, por debajo de sus pies. Continuaron su descenso hacia la oscuridad, paso a paso, con la antorcha lanzando destellos de luz anaranjada que arrojaban una luz oscilante y engañosa ante ellos. Las sombras bailoteaban y brincaban contra la pared de basta piedra húmeda.

De vez en cuando, burdamente tallados en la pared, aparecían petroglifos monstruosos, vagamente blasfemos, misteriosamente extraños, que les producían escalofríos en la espalda. Era como si las manos que los hubiesen cincelado fueran tan alienígenas e inhumanas como las mentes en cuyas corrompidas profundidades se concibieron aquellos símbolos monstruosos. Brule se detuvo un instante para estudiar los signos tallados en la piedra, acercando a ellos la luz de la antorcha. Al hacerlo, contuvo una maldición, y lanzó un gruñido de sorpresa.

-¡Kull, mirad! ¿Conocéis estos glifos? -El rey los examinó, pero eran enigmas desconocidos para él. Sacudió la cabeza-. Yo sí que los he visto antes, o algo similar -musitó el asesino de la lanza-. Muy lejos de aquí, al occidente, en las viejas ciudades serpiente que se desmoronan entre las ruinas, en medio de los desiertos de Camoonia. Son los pentáculos de una oscura e innombrable brujería que creía desaparecida desde hacía tiempo de los lugares frecuentados por los hombres. Pero parece que aquí todavía pervive un horrible culto de los tiempos antiguos. El culto de...

Su voz se interrumpió bruscamente cuando Kull le sujetó por el brazo con la garra de hierro de su mano. El rey estaba tenso, sus ojos despedían frías llamaradas grises al tiempo que intentaba penetrar las oscuras profundidades de allá abajo.

-¡Escucha! ¿Qué ha sido eso?

El fantasmal ulular se había elevado en un crescendo de frenesí demoníaco, como un sonido chirriante y agudo que parecía querer desgarrar los nervios, como si los dedos dotados de garras de un arpista enloquecido pudieran rasgar y romper las cuerdas de su

instrumento. Y en lo más alto de este sonido agudo percibieron un grito fantasmal que les heló la sangre.

-¡Por Valka! -balbuceó Brule, aunque su exclamación fue casi más una oración.

Tenía los ojos encendidos y blancos bajo la luz de la antorcha.

El grito murió, convertido en un gorgoteo, ahogado por las flemas, como si hubiera sido estrangulado por una mano implacable. A ello siguió un silencio mortal mientras los ecos reverberaban por todo el pozo, y producían un torrente de ecos que lo engulló todo. El sonido de aquel grito hizo que se les helara la sangre en las venas. Era el último grito, lleno de desesperación, de un alma arrastrada hacia el borde definitivo del terror y la locura. Jamás habría imaginado Kull que de unos labios humanos pudiera surgir tal nota de angustia y pánico impotente. Apretó las mandíbulas y su poderosa mano aferró la empuñadura de la espada con una furia que le puso los nudillos blancos.

-¡Vamos! -gruñó.

Y continuó el descenso por los escalones cubiertos de limo resbaladizo.

5. La cosa sobre el altar

Finalmente, la escalera de caracol terminó en un suelo uniforme de piedra humedecida sumida en una negrura helada. El oscilante resplandor anaranjado de la antorcha reveló una doble hilera de columnas toscamente labradas que se extendían por la oscura caverna como una poderosa sala hipóstila de un templo oscuro de los dioses antiguos. Con las espadas empuñadas, los dos hombres descendieron con rapidez hacia esta nave de columnas, tan vastas y poderosas como los árboles más rectos y titánicos. Unos rostros monstruosos les contemplaban, profundamente tallados en las oscuras piedras erectas. No eran rostros humanos, observó Kull con aire ceñudo. Pero no se detuvo por ello.

Al final, la nave de columnas se abría a un enorme anillo de piedras erectas. En el centro había un altar de cristal negro; un cubo gigantesco de obsidiana resplandeciente. A cada uno de los lados, unas llamas azuladas gemelas parpadeaban en anchas urnas de latón, ardiendo en la oscuridad como los ojos encendidos de una bestia gigantesca e inimaginable.

Brule se agarró al brazo desnudo de Kull, haciendo esfuerzos por reprimir una exclamación.

Agazapado sobre los escalones que conducían al altar, desnudo como un niño, había un hombre sentado que tocaba una flauta. La cacofonía ululante y demoníaca de su enloquecedora melodía se elevaba, insoportablemente fuerte, batiendo el cerebro como martillos amortiguados que golpearan implacables la misma ciudadela de la razón. Kull emitió un gruñido desde lo más profundo de su garganta y vio, claramente revelado, el rostro del hombre. El flautista echó la cabeza hacia atrás, extasiado, al tiempo que elevaba el sonido de su canción demoníaca.

¡Era el poeta Taligaro!

Taligaro, el poeta consentido, sedoso y lánguido, cuyas rimas melindrosas hacían el furor de toda esta metrópoli de ensueño; Taligaro, el tímido y afectado poeta..., encogido ahora como un animal, desnudo, cubierto de sudor, tocaba la flauta como un bacante enloquecido, postrado servilmente ante un altar pagano.

Entonces aparecieron los otros fieles, que se deslizaron en grupos de dos y tres, surgiendo de entre las columnas. Iban envueltos en capas de terciopelo negro, con las

cabezas encapuchadas. Pero cuando la melodía enloquecedora se elevó en un atropellado frenesí, se quitaron las capas y empezaron a postrarse ante el reluciente cubo de cristal, del color del ébano.

Kull apenas si pudo contener un juramento, poseído por una rabia irracional. Allí estaban los nobles y señores de Kamula, hombres y mujeres con los que había participado en fiestas, con los que había conversado durante su prolongada estancia indolente en esta ciudad levantada sobre las montañas. Allí estaba el gordo Ergon, barón de la costa septentrional, moviéndose como un sapo desnudo, haciendo oscilar obscenamente su gruesa panza. Y allí estaba también Nargol, el vástago de una casa antigua y honrosa, completamente desnudo a la luz de las llamas gemelas de zafiro. ¡Nargol, que siempre era tan rígido y aristocrático!

A Kull le relampaguearon los ojos como si fuera un tigre de la jungla. Por detrás de su dorada máscara de languidez florida, la ciudad de Kamula se hallaba corrompida hasta lo más profundo de sus entrañas.

Una mujer desnuda irrumpió a través del círculo de fieles grotescamente inclinados. Delgada y de proporciones encantadoras, como una muñeca, su cuerpo esbelto pareció como la hoja afilada de una espada de plata. El cabello suelto le flotó a la espalda, como un estandarte ondulante de seda negra. Sus ojos relampaguearon lo mismo que negras joyas húmedas. Empezó a bailar ante el altar, y a Kull la sangre le hirvió en las venas mientras observaba; los brazos blancos de la joven trazaron en el aire redes de atractivo encanto; su boca roja era suave, invitadora y húmeda cual fruta madura; sus pechos virginales oscilaron, jadeantes de pasión, como rosas blancas sacudidas por la violencia de un viento negro.

¡Era Zareta, la bailarina! Apenas el día anterior había bailado ante el rey, en la fiesta del príncipe. Ahora, en cambio, se ondulaba con pagano abandono ante el escuálido altar de algún horrible dios-demonio. Kull sintió que aumentaba su furia.

Y fue entonces cuando vio lo que había sobre el altar negro.

Era Grogar, que yacía espatarrado, sujeto por argollas de hierro en los tobillos y las muñecas. Su cuerpo desnudo brillaba de humedad a causa de cientos de diminutos cortes que salpicaban su figura broncínea con el cálido líquido goteante de la sangre. Tenía el rostro vuelto hacia Kull, y cuando el rey contempló aquellos ojos de mirada fija y vacía, aquella mandíbula caída que dejaba abierta la boca, se dio cuenta, por la contractura de los labios, de dónde había surgido aquel grito horrible y agonizante, lleno de desesperación, que habían oído mientras bajaban por la escalera de piedra, después de haber tenido que soportar tormentos increíbles. Y aquella cosa desnuda y salpicada de sangre farfullaba estúpidamente y se deslizaba lentamente sobre el altar negro, como la esencia del condenado culebreo que se deslizara sobre los suelos al rojo vivo del propio infierno.

6. El gusano demonio

¡Dos ojos llamearon! Kull se puso rígido, y un sudor frío brotó en diminutas gotas sobre su torso desnudo. Desde lo alto del altar, brillaron dos esferas gemelas dotadas de una llama verde pálida..., ¡y se movieron!

La aguda y chirriante melodía de la flauta se elevó aún más, como si tratara de atraer algo. los bailarines se entregaron a una serie de movimientos salvajes, con los brazos

levantados y las cabezas echadas hacia atrás. Y la delgada llamarada encendida que era Zareta osciló de un lado a otro con una lánguida voluptuosidad. Aquel rito horripilante estaba a punto de alcanzar su momento cumbre.

Lentamente, con una ondulación que se hinchaba y se enroscaba sobre sí misma, el gigantesco gusano descendió, deslizándose por la piedra tosca de la más alta de las columnas. Nadie podría saber de qué grieta desconocida había podido surgir, pero la música y el movimiento frenético de los bailarines le habían hecho salir de su morada tenebrosa.

La brillante babosa negra, de treinta metros de longitud, era como un deslizante río de légamo gélido. Dos ojos como discos brillaban suavemente por encima de la mandíbula abierta, de la que babeaba un líquido corrompido y nauseabundo. Aquella cosa deslizante se dirigía lentamente hacia el altar.

Estremecido hasta lo más profundo de su alma, Kull se preguntó cuántos miles de veces, en las largas eras del pasado, se habría arrastrado esta pesadilla putrefacta fuera de su hedionda guarida para descender hacia el altar negro con la intención de... alimentarse.

No necesitó oír la apresurada y susurrada explicación de Brule para saber lo que era aquello. Los antiguos símbolos grabados en las paredes de roca del abismo no eran tan extraños para el rey, pues incluso en la lejana y salvaje Atlantis había oído pronunciar en voz baja aquel nombre terrible: ¡Zogthuu! Zogthuu, el que se desliza en la noche, el espantoso e inmortal dios gusano cuyo culto habían exterminado los primeros valusos con la antorcha y el hacha, la repugnante monstruosidad cuyo nombre había sido una leyenda de terror durante tres veces diez mil años..., ¡y que ahora aparecía vivo, en los negros abismos existentes bajo Kamula!

El maligno gusano, como un río fétido de aceite negro, se cernió sobre el altar, contemplando con los ojos semicerrados al picto desnudo. A pesar de su locura, Grogar vio y supo cuál sería el horror definitivo destinado a convertirse en su fin. Lanzó un grito terrible capaz de encoger el alma, que tuvo que haberle desgarrado el cuello...

¡Kull se lanzó entonces como un tigre enfurecido!

El salvaje rojo que había en él despertó en su pecho. Una furia incontenible se apoderó de él como una maldición carmesí, nubló su visión ya brumosa e hizo acudir a sus labios contraídos un gruñido de rabia bestial. Saltó como una pantera y se plantó en medio de los serviles bailarines postrados a su alrededor, con la poderosa espada desenvainada. Los fieles se lanzaron sobre él, pero su acero relampagueó a derecha e izquierda. una y otra vez, y los hombres cayeron hacia atrás, agarrándose los muñones de los que brotaba la sangre allí donde antes había habido manos.

Saltó hacia el pie del altar, donde Taligaro, con ojos de loco, le miró inexpresivamente. El frío acero cruzó el aire, como un relámpago, y su llamarada glacial se hundió en el pútrido corazón del poeta. La flauta demoníaca cayó de aquellos dedos que la sostenían débilmente, sin nervio.

Luego, se montó a horcajadas en lo alto del altar, situándose entre el impotente picto y la cabeza oscilante del gusano endiablado. Aquellos ojos relucientes e inhumanos le miraron, con una llamarada de un jade fosforescente de brillante intensidad. Kull devolvió la mirada, atravesando la penumbra que lo envolvía, mirando hacia las profundidades, hacia la misma alma de Zogthuu. Y allí, en lo más profundo de los ojos del monstruoso gusano, Kull vio algo que despertó un terror primigenio y petrificante en su propia alma, un terror como jamás había experimentado ningún otro hombre mortal; su carne se quedó paralizada, como si se encontrara sometido de pronto al soplido de un poderoso viento helado surgido de las

profundidades de pesadilla del abismo negro de los infiernos cósmicos, situados más allá del espacio y del tiempo.

Porque allí dentro, en los ardientes ojos del gusano monstruoso, brillaba una espantosa inteligencia, fría, solitaria y torturada más allá de todo tormento que pudiera imaginarse.

Una bilis agria se elevó, nauseabunda, en la garganta de Kull. Porque en aquella repugnante longitud de baba gelatinosa anidaba una mente pensante, consciente y horriblemente sensible.

Encerrar un cerebro vivo en la prisión fétida de esta cosa fantasmal constituía una idea que sobrepasaba los efectos de diez mil infiernos. A este castigo eterno e inmortal habían condenado los dioses supremos a uno de los suyos, que debía de haber cometido algún crimen innombrable cuya maldad sobrepasaba toda imaginación humana.

Kull golpeó como un hombre enloquecido. El brillante acero silbó y se hundió en la masa gelatinosa, que no le ofreció ninguna resistencia. Un enorme trozo de materia fétida se desprendió y cayó al suelo de piedra con un ruido sordo. Pero Zogthuu no pareció sentir nada; su palpitante carne ameboide no ofreció la menor resistencia al acero de Kull. Los mandobles, propinados uno tras otro como un martillo pilón, atravesaban al gusano demoníaco sin causarle daño alguno.

La petrificada tristeza que anidaba para siempre en aquellos ojos terribles e inteligentes no desapareció con ningún parpadeo de dolor. El reluciente y baboso cuerpo siguió deslizándose sobre el altar, y las mandíbulas babeantes y sin colmillos se abrieron, en busca de la carne de Kull.

Paso a paso, el rey se vio obligado a retroceder, hasta que sus hombros desnudos rozaron la superficie caliente de la alta urna de latón donde bailoteaban unas llamas azuladas. Un momento más, y el gusano estaría sobre él. Kull sabía que no podía rechazar aquella cosa deslizante que avanzaba implacable. Tampoco podía ayudarle Brule, pues en alguna parte, a su espalda, percibió el ruido de la lucha del guerrero picto, que mantenía a raya a la horda de fieles enloquecidos. ¡Su mente buscó desesperadamente una salida!

7. La muerte azul

Zogthuu continuó fluyendo hacia él como un río legamoso de aceite negro y entonces, de repente, un brillo de inspiración surgió en los ojos de Kull. Se volvió hacia un lado, en el momento en que el gusano demoníaco se lanzaba hacia adelante como una cobra. Agarró con las dos manos la urna de latón y la sacudió. desprendiéndola del pedestal e inclinándola sobre aquella cosa negra y reptante. La urna cayó de lleno sobre el lomo de Zogthuu.

El aceite se derramó de la pesada urna, empapando los ondulantes anillos negros de la bestia, y un instante después la llama siguió el rastro brillante del aceite derramado... ¡y Zogthuu se incendió como una gigantesca antorcha viviente!

Una llamarada azul envolvió toda la longitud retorcida de su cuerpo, de un extremo al otro, con llamas que chamuscaban y abrasaban como mil hierros de tortura al rojo vivo. Y ahora sí, ahora un dolor enloquecido apareció en los ojos relucientes del gusano. Durante todos los eones de pesadilla de su existencia eterna, Zoghtuu quizá no había experimentado nunca la furia acuciante de ningún dolor, a excepción del tormento interior de su alma, encerrada en la repugnante prisión de un cuerpo inimaginablemente asqueroso. Ahora, un

agudo dolor rojo llameó en sus grandes ojos, y las mandíbulas, sin colmillos ni lengua, se abrieron en un grito silencioso.

El aceite había empapado profundamente la carne esponjosa y gelatinosa. Al cabo de pocos instantes, el enorme gusano no era más que una masa de fluido ardiente, que inundaba el estrado, formando un enorme charco pútrido de légamo ardiente. Kull saltó como un resorte hacia donde se encontraba Brule, jadeante, rodeado por el montón de cuerpos ensangrentados de los fieles muertos.

-Ninguna esperanza queda para Grogar -gimió Brule-.Ese perro de Nargol me arrojó una daga, me agaché para esquivarla y la hoja se hundió en la garganta de Grogar.

-Que Valka acoja el espíritu del pobre diablo -dijo Kull, ceñudo-. Pero es mejor así. De haber vivido no habría sido más que un loco de atar. En cambio, una muerte limpia causada por una hoja de acero...

-¡Sí! ¡Es la muerte de un guerrero!

Kull señaló hacia la distante escalera.

-Salgamos de este pozo maldito antes de que nos asemos.

Mientras subían la escalera de caracol, la mente de Kull continuaba viéndose acosada por aquella cosa que había visto en los ojos moribundos de Zogthuu, apenas un instante antes de que el monstruo se desintegrara en una confusa mezcolanza de légamo hirviente.

Se preguntó si acaso aquella inteligencia torturada y triste que había existido durante eones incontables por detrás de aquellos ojos brillantes, dentro de su cuerpo pútrido de gusano, le había dirigido una última e inconmovible mirada de patética gratitud por haberle liberado, al fin, de su nauseabunda prisión, permitiéndole entrar así en la noche eterna de la muerte.

Quizá...

Por encima de ellos, a través de la puerta que todavía permanecía parcialmente abierta, se introducía el aire fresco y limpio del mundo superior, y la luz brillante del sol que alumbraba un mundo donde, seguramente, jamás podrían existir los horrores que habían presenciado allá abajo.

5 -LA GATA DE DELCARDES

En compañía de Tu, primer consejero del trono, el rey Kull acudió a ver a la gata parlante de Delcardes, pues aunque un gato pueda mirar a un rey, no a todos los reyes les es dado ver a una gata como la de Delcardes. Así, Kull se olvidó de las amenazas de Thulsa Doom, el nigromante, y acudió a ver a Delcardes.

Kull se mostraba escéptico, y Tu era cauteloso y se mostraba receloso sin saber por qué, pero años de contraconspiraciones e intrigas le habían agriado el ánimo. Juraba obstinadamente que una gata parlante no era sino un fraude, una estafa y un engaño, y afirmaba que si una cosa así existía de verdad, ello sería un insulto directo a los dioses, pues éstos habían dispuesto que sólo el hombre tuviera el poder de la palabra.

Pero Kull sabía que en los tiempos antiguos las bestias habían hablado con los hombres, pues había oído contar las leyendas, transmitidas de una generación a otra por sus antepasados bárbaros. Así, aunque escéptico, su mente se hallaba abierta a la convicción.

Delcardes ayudó a aumentar esa convicción. La dama se hallaba tendida con una sutil naturalidad sobre su diván de seda, como un gran y hermoso felino, y miró a Kull desde debajo de unas pestañas largas y curvadas, que proporcionaban un encanto inimaginable a sus ojos estrechos, atractivamente rasgados.

Tenía unos labios llenos y rojos, habitualmente curvados, como ahora, en una débil sonrisa enigmática. Su vestimenta de seda y sus ornamentos de oro y piedras preciosas ocultaban poco de su gloriosa figura.

Pero a Kull no le interesaban las mujeres. Gobernaba Valusia, cierto, pero aparte de eso seguía siendo un atlante y un salvaje a los ojos de sus súbditos. La guerra y la conquista atraían toda su atención, junto con la tarea de mantener los pies firmemente asentados sobre el siempre tambaleante trono de un imperio antiguo, y la de aprender las costumbres y la forma de pensar del pueblo que gobernaba.

Para Kull, Delcardes era una figura misteriosa, como una reina atractiva, pero rodeada por un halo de sabiduría antigua y de magia femenina.

Para Tu, en cambio, no era más que una mujer y. en consecuencia, fundamento latente de la intriga y el peligro.

Para Ka-nu, el embajador picto y más estrecho consejero de Kull, era como una niña ávida, que hacía ostentación de sus actitudes, pero Ka-nu no estaba presente cuando Kull acudió a ver a la gata parlante.

La gata se hallaba repantingada sobre un cojín de seda, en un pequeño diván propio, y observó al rey con ojos inescrutables. Se llamaba *Saremes*, y disponía de un esclavo, situado tras ella, dispuesto a satisfacer sus menores deseos; se trataba de un hombre larguirucho, que mantenía oculta la parte inferior de su rostro bajo un tenue velo que le caía hasta el pecho.

-Rey Kull -dijo Delcardes-. Debo pediros un favor antes de que *Saremes* empiece a hablar, ya que entonces deberé permanecer en silencio.

-Puedes hablar -dijo Kull.

La mujer sonrió ávidamente y entrelazó las manos.

-Os ruego que me permitáis casarme con Kulra Thoom de Zarfhaana.

Tu intervino antes de que Kull pudiera hablar.

-Mi señor, este tema ya ha sido largamente discutido antes. Ya me imaginaba yo que habría algún propósito oculto al pediros esta visita. Esta mujer tiene sangre real en sus venas, y va en contra de las costumbres de Valusia el permitir que las mujeres de sangre real se casen con extranjeros de rango inferior.

-Pero el rey puede dictaminar otra cosa si así lo desea -replicó Delcardes.

-Mi señor -dijo Tu, que movía las manos como alguien que se encuentra en las últimas fases de la irritación nerviosa-, si se le permite casarse de ese modo, probablemente eso será causa de guerra, rebelión y discordia durante los cien próximos años.

Pareció dispuesto a lanzarse a una disertación sobre el rango, la genealogía y la historia, pero Kull le interrumpió, agotada ya su breve reserva de paciencia.

-¡Por Valka y Hotath! ¿Acaso soy una anciana o un sacerdote para que se me importune con tales asuntos? Arregladlo entre vosotros y no me irritéis más con cuestiones matrimoniales. ¡Por Valka! En Atlantis, los hombres y las mujeres se casan con quienes les place, y con nadie más.

Delcardes puso mala cara y le dirigió un mohín a Tu, que se encogió; luego, sonrió encantadoramente y se volvió sobre el diván, con un movimiento ágil.

-Hablad con *Saremes*, Kull, antes de que sienta celos de mí. -Kull miró a la gata con desconcierto. Tenía un pelaje largo, sedoso y gris, y unos ojos rasgados y misteriosos-. Parece muy joven, Kull, pero en realidad es muy vieja -dijo Delcardes-. Es una gata de la vieja raza, que vivían hasta los mil años. Preguntadle su edad, Kull.

-¿Cuántos años has visto, *Saremes*? -preguntó Kull, distraído.

-Valusia aún era joven cuando yo ya era vieja -contestó la gata con una voz clara aunque curiosamente timbrada.

Kull se sobresalió violentamente.

-¡Por Valka y Hotath! -exclamó-. ¡Pero si habla!

Delcardes se echó a reír suavemente, regocijada, pero la expresión de la gata no se alteró.

-Hablo, pienso, sé y soy -añadió la gata-. He sido aliada de reinas y consejera de reyes desde mucho antes de que las playas blancas de Atlantis conocieran vuestros pies, rey de Valusia. Vi a los antepasados valusos cabalgar hacia el extremo más oriental para aplastar a los de la vieja raza, y ya estaba aquí cuando los de la vieja raza surgieron de los océanos, hace tantos eones que la mente del hombre se aturde al tratar de medirlos. Soy más vieja que Thulsa Doom, a quien pocos hombres han visto. He visto surgir los imperios y desmoronarse los reinos, a los reyes cabalgar en sus corceles y salir de sus guaridas. He sido una divinidad en mis tiempos, y extraños fueron los neófitos que se inclinaron ante mí, y terribles los ritos que se practicaron en mi honor. He sido respetada por seres exaltados de mi misma clase, seres tan extraños como sus hazañas.

-¿Puedes leer en las estrellas y predecir el futuro? -preguntó Kull, cuya mente de bárbaro se abalanzó de inmediato sobre ideas materiales y prácticas.

-En efecto, los libros del pasado y del futuro están abiertos ante mí, y le digo al hombre lo que es bueno que éste sepa.

-En tal caso -dijo Kull-, dime dónde he guardado la carta secreta que Ka-nu me envió ayer y que ya no encuentro.

-La guardasteis en el fondo de la funda de vuestra daga, y la olvidasteis de inmediato -contestó la gata.

Kull se sobresaltó, extrajo la daga y sacudió la funda, de la que cayó una delgada tira de pergamino.

-¡Por Valka y Hotath! -exclamó-. *Saremes*, ¡eres la bruja de los gatos! ¡Observa esto, Tu!

Pero Tu mantenía los labios apretados, formando una línea de expresión desaprobadora, y miró tenebrosamente a Delcardes. Ella le devolvió la mirada sin vacilar y el consejero se volvió a Kull, con irritación.

-¡Reflexionad, mi señor! Esto no es más que alguna clase de farsa ridícula.

-Tu, nadie me vio guardar esta carta aquí, pues hasta yo mismo lo había olvidado.

-Mi señor, cualquier espía habría podido...

-¿Espía? No seas más estúpido de lo que ya eres, Tu. ¿Acaso crees que una gata puede enviar espías para que vean dónde oculto una carta?

Tu emitió un suspiro. A medida que se iba haciendo más viejo, cada vez le resultaba más difícil contener las demostraciones de exasperación ante los reyes.

-Pensad, mi señor, en los humanos que puede haber detrás de la gata.

-Mi señor Tu -intervino Delcardes con un tono de suave reproche-, vuestras palabras me avergüenzan y ofenden a *Saremes.*

Kull se sintió vagamente enojado con Tu.

-La gata, al menos, habla -le dijo a Tu-. Eso no puedes negarlo.

-Tiene que haber algún truco -sostuvo Tu con obstinación-. El hombre habla. las bestias no pueden.

-Las cosas no son así -dijo Kull, convencido de la realidad de la gata parlante, ávido por demostrar que tenía razón-. Un león le habló a Kambra, y los pájaros han hablado con los ancianos de la tribu de la montaña del mar, diciéndoles dónde se ocultaba la caza. Nadie niega que las bestias puedan hablar entre ellas. Más de una noche me he deslizado por las faldas de las montañas cubiertas por los bosques, o he salido a las praderas cubiertas de hierba, y he oído a los tigres rugirse los unos a los otros, bajo la luz de las estrellas. Si eso es así, ¿por qué no habrían podido aprender algunas bestias a hablar con el hombre? Hubo un tiempo en que casi podía comprender los rugidos de los tigres. El tigre es mi tótem, y es tabú para mí, como no sea en caso de autodefensa -añadió, sin darle importancia.

Tu se sintió violento. Que este jefe salvaje hablara de tótem y tabú estaba muy bien, pero le irritaba extremadamente oír tales observaciones de labios del rey de Valusia.

-Mi señor, una gata no es un tigre -dijo.

-Eso es muy cierto -admitió Kull-. Y ésta es mucho más sabia que todos los tigres.

-Eso no es más que la verdad -dijo *Saremes* con serenidad-. Señor consejero, ¿creeríais si os dijera lo que sucede en este momento en el tesoro real?

-¡No! -exclamó Tu-. Por lo que he descubierto, los espías astutos son capaces de enterarse de cualquier cosa.

-Ningún hombre puede convencerse si no quiere –dijo *Saremes* imperturbablemente, citando un viejo dicho valuso-. Y, sin embargo, señor Tu, debéis saber que se ha descubierto un sobrante de veinte tales de oro, y que en estos precisos momentos un mensajero cruza presuroso las calles para comunicároslo. Ah, ahí creo que llega -añadió cuando unos pasos sonaron en el pasillo exterior.

Un delgado cortesano, vestido con los alegres ropajes de la tesorería real, entró en la estancia, se inclinó profundamente y pidió permiso para hablar. Una vez que Kull se lo hubo dado, el hombre dijo:

-Poderoso rey y señor Tu, en el tesoro real acabamos de encontrar un sobrante de veinte tales de oro.

Delcardes se echó a reír y aplaudió, encantada. Tu, en cambio, se limitó a preguntar:

-¿Cuándo lo han descubierto?

-Hace apenas media hora -fue la respuesta.

-¿Cuántos estaban enterados de ello?

-Nadie, mi señor. Sólo yo y el tesorero real lo sabíamos hasta el instante en que os lo he comunicado.

-¡Eso ya lo veremos! -exclamó Tu, que despidió al hombre con un gesto de acritud-. Vete. Ya me ocuparé más tarde de este asunto.

-Delcardes dijo Kull-, esta gata es tuya, ¿verdad?

-Mi señor, nadie posee a *Saremes* -contestó la mujer-. Ella es mi invitada. Es su propia dueña, como lo ha sido durante mil años.

-Me gustaría tenerla en el palacio -dijo Kull.

-*Saremes* -dijo Delcardes con deferencia-, al rey le gustaría que fueras su invitada.

-Iré con el rey de Valusia -dijo la gata con dignidad-, y permaneceré en el palacio real hasta que llegue el momento en que me plazca ir a cualquier otra parte, pues soy una gran viajera, rey Kull, y a veces me agrada salir al mundo y recorrer las calles de las ciudades situadas en los mismos lugares donde hace mucho tiempo vagaba por los bosques, y visitar

las arenas de los desiertos donde, también hace mucho tiempo, se levantaron calles imperiales.

De ese modo, *Saremes*, la gata parlante, llegó al palacio real de Valusia, acompañada por su esclavo. Se le asignó una espaciosa cámara cubierta con divanes exquisitos y almohadones de seda. Diariamente se colocaban ante ella las mejores viandas de la mesa real, y todo el personal del servicio del rey le rendía homenaje, excepto Tu, que gruñía al ver exaltada de ese modo a una gata, aunque pudiera hablar. *Saremes* le trataba con un divertido desprecio, pero admitía a Kull a un nivel de dignificada igualdad.

Acudía a menudo al salón del trono, transportada por su esclavo, sobre un cojín de seda, pues éste siempre la acompañaba a donde fuera.

En otras ocasiones era el propio Kull quien acudía a su cámara, y ambos hablaban hasta las oscuras horas del alba, y fueron muchas las historias que la gata le contó, y muy antigua la sabiduría que le impartió. Kull la escuchaba con interés y atención pues, evidentemente, esta gata era mucho más sabia que la mayoría de sus consejeros, y había tenido más sabiduría antigua que todos ellos juntos. Sus palabras eran sentenciosas y oraculares, pero se negaba a emitir profecías sobre los asuntos menores que se producían en la vida cotidiana del palacio o del reino, salvo por el hecho de que le advirtió que se guardara de Thulsa Doom, que había enviado una amenaza contra Kull.

-Pues yo, que he vivido muchos más años que minutos hayáis vivido vos -dijo-, sé que el hombre se siente mejor sin saber las cosas que aún han de sucederle, porque lo que ha de ser, será, y el hombre no puede impedirlo ni acelerarlo. Es mejor caminar en la oscuridad cuando el camino tiene que pasar ante un león y no hay otra vía.

-Entonces -dijo Kull-, silo que tiene que suceder termina por suceder, algo que dudo, y si un hombre al que se le dicen las cosas que han de pasar ve por ello debilitado o fortalecido su brazo, ¿quiere decir que eso también estaba predestinado?

-Si él estaba predestinado a que se le dijera, sí-contestó *Saremes*, aumentando la perplejidad y la duda de Kull-, Sin embargo, no todos los caminos de la vida se establecen previamente, pues un hombre puede hacer esto o puede hacer aquello, y ni siquiera los dioses conocen lo que hay en la mente de un hombre.

-En tal caso, no todas las cosas se hallan predestinadas si el hombre puede seguir más de un camino -reflexionó Kull, dubitativo-. ¿Cómo se pueden profetizar entonces los acontecimientos?

-La vida tiene muchos caminos, Kull -contestó *Saremes*-. Yo me encuentro en las encrucijadas del mundo, y sé lo que hay en cada uno de los caminos. Sin embargo, ni los dioses saben qué camino tomará el hombre, si el de la derecha o el de la izquierda, una vez que haya llegado a la encrucijada que los divide. Y una vez que haya iniciado el recorrido de uno de ellos, ya no puede rehacer sus pasos.

-Entonces, en nombre de Valka, ¿por qué no indicarme los peligros o las ventajas de seguir uno u otro camino cuando llegue la hora de elegir? -preguntó Kull.

-Porque incluso los poderes de alguien como yo tienen también sus límites -contestó la gata-, y no podemos impedir el funcionamiento de la alquimia de los dioses. No podemos destapar por completo el velo que cubre los ojos de los humanos, no sea que los dioses nos quiten nuestro poder y que causemos daño al hombre. Así, la esperanza enciende su lámpara a lo largo del camino que sigue el hombre, aunque cabe que ese camino sea el peor de todos. -Al ver que Kull tenía dificultades para comprender sus palabras, siguió diciendo-

: Como veis, mi señor, nuestros poderes también tienen que hallarse sujetos a límites, pues de otro modo seríamos demasiado poderosos y amenazaríamos a los mismos dioses. Así, un conjuro místico se ha lanzado sobre nosotros, y aunque podemos abrir los libros del pasado, no podemos sino ofrecer fugaces visiones del futuro, a través de la bruma que lo vela.

De algún modo, a Kull le pareció que la argumentación de *Saremes* era bastante endeble e ilógica, y que olía a brujería y a farsa, pero al ver que los ojos fríos y oblicuos de la gata le miraban sin parpadear, no se sintió inclinado a oponer objeción alguna, aunque se le hubiese ocurrido.

-Y ahora -dijo la gata-, haré a un lado el velo, aunque sólo sea por un instante. porque es por vuestro propio bien... Permitid que Delcardes se case con Kulra Thoom.

Kull se levantó con un encogimiento de impaciencia de sus poderosos hombros.

-No quiero tener nada que ver con la boda de una mujer. Que Tu se ocupe de eso.

Kull, sin embargo, consultó esa idea con la almohada, y su voluntad sobre el asunto se fue debilitando a medida que *Saremes* entretejía hábilmente el consejo en las conversaciones filosóficas y morales que iban teniendo lugar.

Resultaba verdaderamente extraño ver a Kull, con la barbilla apoyada sobre su enorme puño, inclinado hacia adelante para beber en las claras entonaciones de las palabras de la gata *Saremes*, enroscada sobre un cojín de seda, o extendida lánguidamente sobre un diván, enfrascada en hablar sobre temas misteriosos y fascinantes, con los ojos brillándole extrañamente, sin mover apenas los labios, si es que los movía, mientras el esclavo Kuthulos permanecía en pie tras ella, como una estatua, inmóvil y silencioso.

Kull valoraba mucho las opiniones de la gata, y se mostraba inclinado a pedirle consejo sobre temas de gobierno, que ella le daba cautelosamente, o que no le daba. Sin embargo, los consejos que recibía Kull solían coincidir con sus deseos más íntimos, y empezó a preguntarse si acaso aquella gata no sería capaz también de leer en las mentes de los hombres.

La presencia de Kuthulos le irritaba, con su aspecto tan adusto, su inmovilidad y silencio, pero *Saremes* no permitía que ningún otro la atendiera. Kull trató de penetrar con la mirada el velo que enmascaraba las facciones del hombre, pero, a pesar de ser bastante tenue, no distinguió nada en el rostro que se ocultaba tras él y, por cortesía con *Saremes*, nunca le pidió a Kuthulos que se lo quitara.

Un día, Kull acudió a la cámara de *Saremes* y la gata le miró con ojos enigmáticos. El esclavo enmascarado se hallaba de pie tras ella, como una estatua.

-Kull -dijo la gata-, apartaré el velo para vos. Brule, el asesino picto de la lanza, el guerrero de Ka-nu y vuestro amigo, acaba de ser asaltado por un monstruo horrible, de la superficie de las aguas del lago prohibido.

Kull se puso en pie de un salto, rabioso y alarmado.

-¿Qué? ¿Brule? En el nombre de Valka! ¿Qué está haciendo en el lago prohibido?

-Estaba nadando en sus aguas. Apresuraos. porque todavía podéis salvarle, aun cuando sea arrastrado hacia el país encantado, que se encuentra bajo el lago.

Kull se precipitó hacia la puerta. Se sentía perplejo, pero no tanto como se habría sentido si el nadador hubiera sido otro, porque conocía la implacable irreverencia del jefe picto, uno de los más poderosos aliados de Valusia.

Empezó a gritar, llamando a los guardias, pero la voz de *Saremes* le interrumpió.

-No, mi señor. Será mejor que vayáis solo. Ni siquiera vuestras órdenes inducirían a ningún hombre a acompañaros a las aguas de ese lago cruel y, según la leyenda de Valusia, es la muerte lo que le espera a cualquiera que entre en sus aguas, salvo al rey.

-Está bien, iré yo solo -asintió Kull-, y así salvaré a Brule de las iras del pueblo en el caso de que escape de las garras de los monstruos. Informa a Ka-nu.

Kull rechazó con gruñidos sin palabras las respetuosas preguntas que se le hicieron, montó en su gran corcel y salió de Valusia a toda velocidad. Cabalgaba solo, pues había ordenado que nadie le siguiera. Lo que tenía que hacer, podía hacerlo solo, y no deseaba que hubiera nadie presente cuando sacara a Brule, o el cadáver de Brule, de las profundidades del lago prohibido. Maldijo la implacable desconsideración del picto, y también maldijo el tabú que pendía sobre el lago, y cuya violación bien podía causar una rebelión entre los valusos.

El crepúsculo descendía por las montañas de Zalgara cuando Kull detuvo su caballo junto a la orilla del lago, que se extendía en medio de un bosque grande y solitario. Desde luego, no había nada de prohibido en su aspecto, pues las aguas se extendían, azules y plácidas, de una playa blanca a otra, y las diminutas islas que se elevaban de su fondo parecían más bien como pequeñas gemas de esmeralda y jade. Una débil y trémula neblina se elevaba de ellas, lo que daba al aire un hálito de irrealidad que se extendía por todas las zonas circundantes del lago. Kull escuchó con atención durante un momento y tuvo la impresión de que una música débil y lejana surgía de las aguas de color zafiro.

Lanzó una maldición impaciente, y se preguntó si acaso no estaría siendo embrujado. Se quitó todos los ropajes y ornamentos, a excepción del cinto, el taparrabos y la espada, y se introdujo en las trémulas aguas azules hasta que éstas le llegaron a la altura de los muslos. Luego, sabiendo que la profundidad aumentaba con rapidez, aspiró una intensa bocanada de aire y se zambulló.

Mientras descendía a través del brillo de color zafiro, tuvo tiempo para pensar en que aquélla era quizá una misión estúpida. Debería haberse tomado el tiempo necesario para averiguar por *Saremes* dónde había nadado Brule en el momento de verse atacado, y si sus propios esfuerzos se hallaban destinados a rescatar al guerrero o no. Sin embargo, pensó que quizá la gata no se lo hubiera dicho y que, aun cuando le hubiera asegurado el más estrepitoso de los fracasos, él habría intentado de todos modos lo que intentaba hacer ahora. Por lo visto, había algo de verdad en las palabras de *Saremes* cuando afirmaba que era mejor no contar a los hombres nada sobre su futuro.

En cuanto al lugar donde hubiera estado nadando Brule, daba igual, porque el monstruo podría haberle arrastrado hacia cualquier parte. Así pues, Kull se propuso explorar todo el lecho del lago hasta que...

Mientras reflexionaba en todas estas cosas, una sombra pasó relampagueante junto a él, como un vago temblor en el tremolar de jade y zafiro del lago. Fue consciente de que otras sombras pasaban también a su lado, desde todos los puntos, pero no pudo distinguir sus formas.

Por debajo de él, empezó a vislumbrar el fondo del lago, que parecía emitir una extraña radiación. Ahora, las sombras le rodeaban por completo. tejiendo una red serpentina sobre él, una red de colores de mil matices distintos, siempre cambiantes. Aquí, las aguas adquirieron el color del topacio, y aquellas cosas se ondularon y parpadearon en su mágico esplendor. Al igual que los tonos y las sombras de colores, eran vagas e irreales, opacas y, al mismo tiempo, brillantes.

Tras haber decidido que no tenían la intención de causarle ningún daño, Kull no les prestó mayor atención, y dirigió la mirada hacia el lecho del lago, que ahora rozó ligeramente con los pies. Se sobresaltó por un momento, pues casi podría haber jurado que

acababa de posarse sobre una criatura viviente, ya que percibió un movimiento rítmico por debajo de sus pies desnudos.

El débil resplandor era evidente allá, en el fondo del lago; por lo que podía ver el lecho del lago se extendía hacia todos lados, hasta que se desvanecía en las tranquilas sombras de zafiro, y formaba una superficie sólida que se apagaba y se encendía con una inquietante regularidad. Kull se inclinó para mirar con más atención; el suelo se hallaba cubierto por una especie de sustancia como de musgo, que brillaba como una llama blanca. Era como si el lecho del lago lo formaran miríadas de luciérnagas que abrieran y bajaran sus alas al unísono. Y este musgo parecía palpitar bajo sus pies como algo vivo.

Ahora, Kull empezó a nadar de nuevo hacia la superficie. Criado entre las montañas del mar de Atlantis, era casi como una criatura marina. Se sentía tan a gusto entre las aguas como cualquier lemur, y era capaz de permanecer bajo la superficie el doble de tiempo que cualquier nadador ordinario, pero este lago era algo profundo, y deseaba conservar toda su fortaleza.

Llegó a la superficie, se llenó de aire el enorme pecho, y volvió a bucear. Las sombras volvieron a rodearle, casi aturdiendo su visión con sus brillos fantasmagóricos. Esta vez nadó con mayor rapidez y, al llegar al fondo, empezó a caminar por él todo lo a prisa que le permitía aquella sustancia pegajosa que rodeaba sus pies, mientras el musgo de fuego parecía respirar y encenderse, aquellas cosas de colores relampagueaban a su alrededor y unas sombras monstruosas y de pesadilla surgían detrás de su hombro para caer sobre el ardiente fondo.

El musgo se hallaba cubierto por los huesos y las calaveras de los hombres que se habían atrevido a nadar en el lago prohibido. De repente, con una silenciosa agitación de las aguas, algo se precipitó hacia Kull. Al principio, el rey creyó que se trataba de un pulpo gigante, pues el cuerpo era el de un pulpo, dotado de largos y ondulantes tentáculos; pero al cargar contra él se dio cuenta de que tenía las piernas de un hombre, y que un espantoso rostro semihumano le miraba entre los brazos retorcidos y serpentinos del monstruo.

Kull afianzó los pies y al notar que los crueles tentáculos se le enroscaban en las piernas, dio una embestida con la espada, que golpeó con una fría exactitud en medio de aquel rostro demoníaco, con lo que la criatura se desmoronó y murió a sus pies, entre crueles y silenciosos estremecimientos. La sangre se extendió como una niebla a su alrededor y con un fuerte impulso de sus piernas contra el fondo, Kull ascendió de nuevo hacia la superficie.

Su cabeza surgió con violencia a la luz, que se desvanecía con rapidez, y en ese mismo instante una gran forma avanzó espumeante hacia él; era una araña de agua, pero más grande que un cerdo, y sus ojos fríos brillaban con una mirada infernal. Kull se mantuvo a flote con movimientos de los pies y de una mano y levantó la espada cuando la araña se precipitaba sobre él; la hoja partió el cuerpo en dos, y el monstruo se hundió en silencio.

Un ligero sonido le hizo volverse a tiempo de ver que otra, más grande aún que la primera, estaba ya casi sobre él. El monstruo extendió sobre los brazos y los hombros del rey unos pegajosos hilos de telaraña que habrían significado la perdición para cualquiera que no fuera un gigante como el rey. Pero Kull cortó las crueles cadenas como si hubieran sido cuerdas, sujetó una pata de aquella cosa que se cernía sobre él y atravesó al monstruo una y otra vez hasta que lo notó debilitado, lo soltó y el animal flotó, alejándose, enrojeciendo las aguas a su alrededor.

-¡Por Valka! -murmuró el rey-. Parece que no voy a quedarme sin nada que hacer. Y, sin embargo, me resulta fácil matar a estas cosas. ¿Cómo habrán podido superar a Brule, que sólo se ve superado por mí en combate en todos los Siete Reinos?

Pero Kull no tardaría en descubrir que otros espectros más crueles poblaban los abismos surcados de muerte del lago prohibido. Buceó de nuevo, y su mirada sólo encontró esta vez las sombras de colores y los huesos de hombres olvidados. Volvió a nadar hacia la superficie en busca de aire y luego buceó por cuarta vez.

No se encontraba lejos de una de las islas y, al descender, se preguntó qué cosas extrañas se ocultarían tras el denso follaje esmeralda que cubría las islas. Según decía la leyenda, allí se habían levantado templos y santuarios que no fueron construidos por manos humanas, y en ciertas noches, los seres del lago surgían de las profundidades para realizar allí sus ritos misteriosos.

La agitación se produjo justo en el momento en que sus pies tocaban el musgo. Procedía de atrás y Kull, advertido por un instinto primigenio, se volvió justo a tiempo para ver a una gran forma que se cernía sobre él, una forma que no era ni de hombre ni de bestia, sino una horrible mezcolanza de ambos. Sintió entonces que unos dedos gigantescos se cerraban sobre su brazo y su hombro.

Forcejeó salvajemente, pero aquella cosa le aferró con firmeza el brazo que sostenía la espada, dejándole impotente, y sus garras se hundieron profundamente en el antebrazo izquierdo. Tomando un impulso volcánico, se retorció para darse media vuelta y poder ver por fin a su atacante. Aquella cosa era parecida a un tiburón monstruoso, pero dotado de un cuerno largo y cruel, que se curvaba como un sable y le sobresalía del hocico. Tenía cuatro brazos, de forma humana, pero era inhumano en cuanto a su tamaño y en cuanto a la fortaleza que había en las garras engarfiadas de sus dedos.

Con sólo dos brazos el monstruo inmovilizaba a Kull, mientras que con los otros dos le inclinaba la cabeza hacia atrás, para romperle la nuca. Pero ni un ser tan tenaz como éste, por mucho que fuera su poder, podía conquistar tan fácilmente a Kull de Atlantis. Una salvaje rabia se apoderó de él y el rey de Valusia se puso furioso.

Afianzó los pies sobre el musgo, liberó el brazo izquierdo con una poderosa contorsión y tirón del hombro y, con la velocidad de un felino, trató de pasarse la espada de la mano derecha a la izquierda. Al ver fracasado su intento, golpeó salvajemente al monstruo con el puño. Pero la burlona materia de color zafiro que le rodeaba le engañó y amortiguó la fuerza de su golpe. El hombre tiburón hizo descender su hocico pero, antes de que pudiera golpear hacia arriba, Kull agarró el cuerno con la mano izquierda y lo sostuvo con firmeza.

A ello siguió una verdadera prueba de poder y resistencia. Kull, incapaz de moverse con rapidez en el agua, sabía que su única esperanza consistía en permanecer cerca de su enemigo, para forcejear con él y contrarrestar así la mayor rapidez del monstruo. Se esforzó desesperadamente por liberar el brazo que sostenía la espada, hasta el punto de que el hombre tiburón se vio obligado a sujetárselo con las cuatro manos de que disponía. Kull seguía sujetando firmemente el cuerno, sin atreverse a soltarlo para que no le desgarrara con su terrible embestida hacia arriba, mientras que el hombre tiburón tampoco se atrevía a apartar una sola de sus manos del brazo de Kull, que sostenía la larga espada.

Así enzarzados, forcejearon y se retorcieron. Pero Kull no tardó en darse cuenta de que estaba condenado si continuaban de aquella manera, porque ya empezaba a sufrir los efectos de la falta de aire. El brillo que observó en los fríos ojos del hombre tiburón le indicó que él también se había dado cuenta de que sólo tenía que sujetar de ese modo a Kull, bajo la superficie del agua, hasta que se ahogara.

Era una situación realmente desesperada para cualquier hombre. Pero Kull de Atlantis no era un hombre ordinario. Entrenado desde la niñez en una dura y sangrienta escuela, dotado de unos músculos de acero y un cerebro impávido, añadía a todo ello la coordinación de movimientos que distingue al superluchador, un valor que nunca se amilanaba, y una rabia felina que, en ocasiones, le empujaba a realizar hazañas sobrehumanas.

Ahora, consciente de que el fin se aproximaba con rapidez, e impulsado frenéticamente por su propia impotencia, decidió emprender una acción tan desesperada como la necesidad en que se hallaba. Soltó el cuerno del monstruo al mismo tiempo que inclinaba todo o que podía el cuerpo hacia atrás, y con la mano libre agarraba el brazo más cercano de aquella cosa.

El hombre tiburón golpeó al instante y el cuerno rozó desgarradoramente uno de los muslos de Kull, cuando de pronto, ¡afortunado atlante!, se enganchó en el pesado cinto del rey. Mientras el monstruo pugnaba por liberar el cuerno, Kull imprimió toda la potencia a los dedos que sujetaban uno de los brazos de aquella cosa y aplastó una carne fría y húmeda, junto con unos huesos inhumanos, como si se tratara de una fruta madura.

La boca del hombre tiburón se abrió en silencio a causa del tormento que sufría, y, liberado ya el cuerno, volvió a golpear salvajemente. Kull evitó el golpe, pero perdió entonces el equilibrio y ambos cayeron juntos, medio tragados por la superficie de jade sobre la que se movían. Y mientras seguían forcejeando allí, Kull liberó por fin el brazo que sostenía la espada, apartándolo de las debilitadas garras del monstruo, y lanzó un mandoble hacia arriba, rajando al monstruo y abriéndolo en dos.

Toda la batalla había consumido apenas un momento, pero a Kull le parecieron horas mientras nadaba a toda velocidad hacia arriba, luchando contra el mareo que se apoderaba de su cabeza y contra el gran peso que parecía querer aplastarle las costillas. Vio débilmente que el fondo del lago se elevaba de repente, a su lado, y se dio cuenta de que formaba un declive que daba a una isla. Luego, el agua pareció cobrar vida a su alrededor, y se sintió azotado desde los hombros hasta los talones por unos gigantescos anillos que ni siquiera sus músculos de acero pudieron quebrar. Empezaba a fallarle la conciencia, sentía que se agotaba a una velocidad terrible, notó en su cabeza el sonido de muchas campanillas y entonces, de repente, se encontró con la cabeza por encima del agua y sus torturados pulmones absorbieron el aire en grandes cantidades. Se agitó, envuelto en la mayor oscuridad, y sólo tuvo tiempo de aspirar una prolongada bocanada de aire antes de verse arrastrado de nuevo hacia el fondo.

La luz volvió a brillar a su alrededor y vio de nuevo el musgo de fuego palpitando allá a lo lejos, en el fondo. Se había visto atrapado por una gran serpiente que le había rodeado varias veces con los anillos de su sinuoso cuerpo, como enormes cables, y que ahora le arrastraba hacia un destino que sólo Valka podía conocer.

Esta vez, Kull no forcejeó, y prefirió conservar su fortaleza. Si la serpiente no le mantenía bajo el agua el tiempo suficiente como para morir ahogado, sin duda alguna se presentaría una oportunidad de combatir cuando la criatura llegara a su guarida o al lugar hacia donde le llevaba. Tal y como se hallaba atrapado, las extremidades de Kull se encontraban tan aprisionadas que no habría podido ni liberar un brazo, ni mucho menos huir de ella.

La serpiente, que avanzaba con rapidez a través de las azules profundidades, era la más grande que Kull hubiera visto jamás, pues medía sus buenos sesenta metros cubiertos de escamas de color jade y dorado, vívidas y maravillosamente coloreadas. Sus ojos, cuando

se volvió hacia él, eran de un intenso fuego helado si es que algo así pudiera concebirse. A pesar de lo comprometido de su situación, el alma imaginativa de Kull no pudo dejar de maravillarse ante aquella escena tan extraña: la gran forma verde y dorada volando a través del ardiente topacio del lago, mientras que los colores de las sombras ondulaban lánguidamente a su alrededor.

El fondo, que parecía una gema encendida, volvió a curvarse hacia arriba, como si se acercaran a una isla, o a la orilla del lago, cuando, de pronto, una gran caverna apareció ante ellos. La serpiente se deslizó en el interior, desapareció de improviso el musgo de fuego, y Kull se encontró parcialmente por encima de la superficie del agua, envuelto por la oscuridad. Fue transportado de este modo durante lo que pareció un largo rato, y luego el monstruo volvió a zambullirse.

Salieron de nuevo a la luz, pero una luz como Kull no había visto jamás. Era un brillo luminoso que tremolaba crepuscularmente sobre la superficie de las aguas, que permanecían quietas y oscuras. Kull supo entonces que se hallaba en el reino encantado, por debajo del fondo del lago prohibido, pues ésta no era ninguna radiación terrenal, sino una luz negra, más negra que cualquier oscuridad, a pesar de lo cual iluminaba aquellas aguas impías lo suficiente como para poder ver el brillo opaco de las aguas y su propio reflejo oscuro en ellas. Le repente, los anillos se aflojaron alrededor de sus miembros y se impulsó rápidamente hacia un enorme bulto que había surgido de entre las sombras, frente a él.

Nadó con fuerza y se aproximó a lo que en algún tiempo había sido una gran ciudad. Se elevaba más y más arriba, sobre una gran superficie de piedra negra, hasta que sus sombríos chapiteles se perdían en la negrura, por encima incluso de aquella luz profana que, también negra, parecía tener una tonalidad diferente. Se trataba de enormes edificios cuadrados, de construcción maciza; de poderosos bloques basálticos que salieron a su encuentro cuando surgió de entre las pegajosas aguas y empezó a subir los escalones tallados en la piedra, como los que se hubieran podido tallar en la roca viva de un acantilado. Unas columnas gigantescas se elevaban entre los edificios.

Ningún resplandor de luz terrenal aliviaba la macabra visión de esta ciudad inhumana, pero la luz negra brotaba de sus muros y torres para derramarse sobre las aguas, en vastas oleadas palpitantes.

Kull se dio cuenta de que una enorme multitud de seres parecían esperarle en un amplio espacio que se extendía ante él, abierto entre los edificios que se retiraban hacia los lados. Parpadeó, e hizo esfuerzos por acostumbrar su visión a esta extraña iluminación. los seres se acercaron más, y un susurro recorrió sus filas, como el ondear de la hierba bajo el viento nocturno. Eran lumínicos y sombreados, relucientes contra la negrura de su ciudad, y sus ojos eran fantasmagóricos y luminosos.

Entonces, el rey vio que uno se destacaba de los demás, ante él. Este se parecía mucho a un hombre, y poseía un rostro barbudo, altivo y noble, aunque un ceño fruncido se extendía sobre sus magníficas cejas.

-Vienes como un heraldo de todos los de tu raza -dijo de repente este hombre lacustre-. Ensangrentado y sosteniendo una espada enrojecida.

Kull se echó a reír enojado ante esta evidente injusticia.

- ¡Por Valka y Hotath! -exclamó el rey-. La mayor parte de esa sangre es mía y ha sido derramada por los bichos de vuestro maldito lago.

-La muerte y la ruina siguen el curso de tu raza -dijo sombríamente el hombre lacustre-. ¿Acaso no lo sabemos? Claro que sí, nosotros mismos reinamos en el lago de aguas azules antes de que la humanidad fuera siquiera un sueño de los dioses.

-Nadie os molesta... -empezó a decir Kull.

-Porque temen hacerlo. En los viejos tiempos, los hombres de la tierra intentaron invadir nuestro reino de oscuridad. Los matamos, y se entabló la guerra entre los hijos del hombre y el pueblo de los lagos. Salimos de nuestro mundo y esparcimos el temor entre los terrenos, pues sabíamos que sólo podían significar muerte para nosotros, y que sólo se sienten inclinados a matar. lanzamos conjuros y encantos, hicimos reventar sus cerebros y conmocionamos sus almas con nuestra magia, hasta que se vieron obligados a rogarnos la paz. A partir de entonces, los hombres de la tierra impusieron un tabú sobre este lago, de modo que ningún hombre puede llegar hasta aquí, salvo el propio rey de Valusia. Eso ocurrió hace miles de años y, desde entonces, ningún hombre ha llegado al país encantado y ha podido salir de él, salvo como un cadáver flotante sobre las tranquilas aguas del lago superior. Rey de Valusia, o quienquiera que seas, estás condenado.

Kull le miró, desafiante.

-No he venido a buscar vuestro condenado reino -espetó-, sino que busco a Brule, el asesino de la lanza, a quien habéis arrastrado hasta aquí abajo.

-Mientes -dijo el hombre lacustre-. Ningún hombre se ha atrevido a meterse en este lago desde hace más de cien años Has venido a buscar tesoros, o a saquear y matar como todos los de tu sangriento linaje. ¡Y morirás por ello!

Kull sintió entonces los susurros de los encantos mágicos que le rodeaban, que llenaban el aire y adoptaban forma física, flotando en la trémula luz como telarañas muy tenues que se aferraran a él con vagos tentáculos Pero él emitió una imprecación impaciente y los apartó a un lado con el movimiento de la mano desnuda, haciéndolos desaparecer. Porque, según la feroz lógica elemental del salvaje, la magia de la decadencia no posee fuerza alguna.

-Eres joven y fuerte -dijo el rey lacustre-. La podredumbre de la civilización todavía no ha penetrado en tu alma y es posible que nuestros encantamientos no te hagan el menor daño, porque no los comprendes. En tal caso, debemos intentar otras cosas.

Los seres lacustres que le rodeaban sacaron sus dagas y se lanzaron sobre él. El rey se echó a reír, apoyó la espalda contra una columna y aferró la empuñadura de su espada hasta que los músculos de su brazo derecho sobresalieron como grandes bultos.

-Éste sí es un juego que entiendo bien, fantasmas - dijo con una nueva risotada.

Todos se detuvieron de pronto.

-No trates de evadir tu destino -dijo el rey del lago-, pues somos seres inmortales y no podemos morir a manos de un mortal.

-Ahora eres tú el que miente -replicó Kull con la astucia propia del bárbaro-, puesto que, según tus propias palabras, temíais la muerte que podrían causaros los de mi propia raza. Es posible que podáis vivir interminablemente, pero el acero puede con vosotros. Sería bueno que os lo pensarais mejor. Sois blandos, débiles y no estáis acostumbrados a combatir; ni siquiera sabéis sostener las armas como es debido. Yo, en cambio, nací y me educaron para matar. Podéis acabar conmigo, puesto que sois miles y yo sólo uno, pero vuestros encantamientos han fracasado conmigo y os aseguro que muchos de vosotros moriréis antes de que yo caiga. Os voy a diezmar en grandes cantidades, así que pensároslo mejor, hombres del lago, ¿valdrá la pena matarme, a cambio de tantas de vuestras vidas?

Kull sabía muy bien que todos aquellos seres capaces de matar con el acero, podían morir por el acero. Por eso no sentía el menor miedo. Su figura, amenazadora y tenebrosa, sangrienta y terrible, se erguía sobre todos ellos.

-Reflexionad -repitió-. Es mucho mejor que me traigáis a Brule y ambos nos marcharemos en paz. En caso contrario, mi cadáver se verá rodeado por montones de vuestros muertos cuando la batalla haya terminado. Además, si muero aquí habrá pictos y lemures que seguirán mi rastro, incluso bajo las aguas del lago prohibido, hasta empapar este país encantado con vuestra sangre o lo que tengáis en las venas. Ellos tienen sus propios tabúes, y no retroceden ni se dejan amilanar por los tabúes de las razas civilizadas, ni les importa lo que pueda sucederle a Valusia, sino que sólo pensarían en mí, que soy de sangre bárbara, como ellos mismos.

-El viejo mundo continúa su marcha por el camino de la ruina y el olvido -dijo el rey lacustre con tristeza-. Y nosotros, que fuimos todopoderosos en tiempos pasados, tenemos que soportar ahora el desafío de un salvaje arrogante en nuestro propio reino. Jura que jamás volverás a hollar el lago prohibido, que nunca permitirás que sean otros los que contravengan el tabú, y serás libre.

-Antes traed a mi lado al asesino de la lanza.

-Ningún hombre así ha llegado nunca a este lago.

-¿No? La gata *Saremes* me dijo...

-¿*Saremes*? Sí, la conocíamos de los viejos tiempos, cuando atravesó a nado las aguas verdes y habitó durante unos siglos en las cortes del país encantado; posee la sabiduría que sólo da el tiempo, pero no sabía que hablara el lenguaje de los hombres terrenales. En cualquier caso, aquí no está ese hombre, y te juro...

-No me jures por los dioses o los demonios -le interrumpió Kull-. Sólo quiero tu palabra de hombre.

-Te la doy -dijo el rey lacustre.

Y Kull le creyó, pues había en aquel rey un porte majestuoso que le hacía sentirse extrañamente pequeño y rudo.

-Y yo, por mi parte -dijo Kull-, te doy mi palabra, que nunca he roto, de que ningún hombre romperá el tabú ni os volverá a molestar de ningún modo.

-Y yo te creo, pues eres un hombre terrenal diferente de todos los que he conocido hasta ahora. Eres un rey real y, lo que es más importante, un verdadero hombre.

Kull le dio las gracias y envainó la espada. Luego, se volvió hacia los escalones.

-¿Sabes cómo llegar al mundo exterior, rey de Valusia?

-En cuanto a eso -contestó Kull-, supongo que si nado el tiempo suficiente terminaré por encontrar el camino. Sé que la serpiente me trajo a través de las aguas pasando por debajo de una isla y posiblemente muchas, y que nadamos en una cueva durante largo rato.

-Eres franco -dijo el rey lacustre-, pero podrías pasarte toda la eternidad nadando en la oscuridad. -Levantó las manos y una criatura grotesca nadó hasta el pie de los escalones-. Eso es un corcel cruel -añadió-, pero te llevará a salvo hasta la misma orilla del lago superior.

-Un momento -dijo Kull-. ¿Me encuentro ahora bajo una isla, bajo la tierra firme, o se encuentra este territorio realmente bajo el fondo del lago?

-Te encuentras en el centro del universo, como has estado siempre. El tiempo, el lugar y el espacio no son más que ilusiones, no tienen existencia más que en la mente del hombre, que debe establecer limites y fronteras para poder comprender. Sólo existe la realidad subyacente, de la que todas las apariencias no son más que una manifestación exterior, del

mismo modo que el lago superior se ve alimentado por las aguas que surgen de éste, que es el verdadero lago. Vete ahora, rey, pues eres un hombre verdadero aunque sólo seas el primero de una marea que empieza, llena de salvajismo, que terminará por arrollar el mundo a medida que éste se encoge.

Kull prestó una atención respetuosa a aquellas palabras que comprendió poco, aunque no dejó de darse cuenta de que eran muy mágicas. Le estrechó la mano al rey lacustre, estremeciéndose un poco al contacto de algo que era carne, pero no humana. Luego, observó una vez más los grandes edificios negros que se elevaban silenciosos, contempló las formas como luciérnagas, que murmuraban entre sí, extendió la mirada por encima de la brillante superficie de las aguas, surcadas por olas de luz negra que parecían arrastrarse como arañas, y finalmente se volvió, bajó los escalones que conducían al borde del agua, y montó sobre el corcel lacustre que le esperaba.

Transcurrieron eones llenos de cuevas oscuras y aguas que se precipitaban, del susurro de monstruos gigantescos que no podía ver; unas veces por encima de la superficie y otras por debajo del agua, el corcel transportaba al rey, hasta que finalmente apareció el musgo de fuego y ascendieron a través del azul del agua ardiente. Luego, Kull avanzó hacia la tierra, vadeando.

El brioso caballo de Kull esperaba impaciente allí donde el rey lo había dejado. La luna empezaba a levantarse sobre el lago y Kull no pudo reprimir su sorpresa.

-¡Por Valka! Hace apenas una hora desmonté aquí mismo. Creía que habían transcurrido muchas horas, e incluso días, desde entonces.

Montó y regresó a caballo a la ciudad de Valusia, sin dejar de pensar que quizá hubiera algún significado oculto en las observaciones del rey lacustre sobre la ilusión del tiempo.

Kull se sentía fatigado, enojado y aturdido. El viaje a través del lago le había limpiado de la sangre, pero el movimiento sobre el caballo le abrió la herida del muslo, que empezó a sangrar de nuevo. Además, la pierna estaba rígida y le irritaba algo. No obstante, su principal pensamiento era el hecho de que *Saremes* le había mentido, ya fuera por ignorancia o con maliciosa intencionalidad, algo que había estado a punto de costarle la vida. ¿Por qué razón?

Lanzó una maldición y pensó en lo que diría Tu. Pero hasta una gata parlante podía equivocarse inocentemente. De todos modos, decidió no hacer caso de sus palabras.

Cruzó en silencio las calles plateadas de la antigua ciudad, y los hombres que montaban la guardia ante palacio se quedaron boquiabiertos al verle aparecer pero, prudentemente, no le hicieron preguntas.

Encontró el palacio alborotado. Lanzó un juramento y se dirigió con paso airado a la sala del consejo y de allí a la cámara de la gata *Saremes*. Estaba enroscada, imperturbable, sobre un cojín; agrupados en la cámara se encontraban Tu y los principales consejeros, cada uno de ellos tratando de convencer a los demás. El esclavo Kuthulos no se veía por ninguna parte.

Kull se vio saludado por una explosiva aclamación de gritos y preguntas, pero él se dirigió directamente hacia el cojín que ocupaba *Saremes* y la observó con la mirada brillante.

-*Saremes* -dijo el rey-, me has mentido.

La gata le miró fríamente, bostezó y no contestó. Kull permaneció ante ella, enojado, y Tu le tomó por un brazo.

-Kull, ¿dónde habéis estado, en nombre de Valka? ¿De dónde procede esta sangre?

Kull se sacudió la mano, con irritación.

-Dejadme -espetó-. Esta gata me ha enviado a cumplir una misión estúpida... ¿Dónde está Brule?

-¡Kull!

El rey se volvió en redondo y vio a Brule que en ese momento entraba en la estancia, con sus escasas ropas manchadas por el polvo, como si hubiera cabalgado duramente. los rasgos de bronce del picto aparecían impertérritos, pero en sus ojos oscuros surgió una expresión de alivio.

-¡En el nombre de los siete diablos! -exclamó el guerrero, malhumorado para ocultar la emoción que le embargaba-. Mis jinetes han peinado las montañas y los bosques. ¿Dónde estabais?

-Buscando tu valioso cadáver en las profundidades del lago prohibido -contestó Kull con una expresión de alegría al ver la perturbación reflejada en el rostro del picto.

-¡El lago prohibido! -exclamó Brule con la libertad propia del salvaje-. ¿Estáis en vuestros cabales? ¿Qué iba a hacer yo allí? Ayer acompañé a Ka-nu hasta la frontera zarfhaana, y al regresar me enteré de que Tu había puesto a todo el ejército en pie de guerra para que os buscara. Desde entonces, mis hombres se han desparramado en todas direcciones, excepto la del lago prohibido, donde jamás se nos habría ocurrido buscaros.

-*Saremes* me mintió... -empezó a decir el rey.

Pero su voz se vio ahogada por una explosión de voces que le reprendían, y cuyo tema principal consistía en decir que un rey no debía desaparecer nunca sin ceremonia alguna y dejar que el reino cuidara de sí mismo.

-¡Silencio! -rugió por fin Kull con los brazos levantados y un brillo peligroso en la mirada-. ¡Por Valka y Hotath! ¿Acaso soy un mocoso como para tener que pedir permiso? Tu, cuéntame lo que ha ocurrido aquí.

Tras el repentino silencio que se hizo después de esta explosión de cólera regia, Tu empezó a explicarse.

-Mi señor, hemos sido embaucados desde el principio. Esta gata no es mas que un engaño y un fraude peligroso, tal y como yo había afirmado.

-Y sin embargo...

-Mi señor, ¿no habéis oído hablar nunca de hombres capaces de disfrazar sus voces en la distancia, haciéndolas aparecer como si fuera otro el que hablara, o como si sonaran palabras pronunciadas por seres invisibles?

-¡Claro! ¡Por Valka! -exclamó Kull de pronto, ruborizándose-. He sido un estúpido por haberlo olvidado. Un viejo brujo de Lemuria poseía ese don. No obstante, ¿quién hablaba...?

-¡Kuthulos! -exclamó Tu-. También yo fui un estúpido al no recordar a Kuthulos, un esclavo, sí, pero el más grande erudito y el hombre más sabio de los Siete Imperios. Esclavo de esa desalmada de Delcardes que debe de estar ahora retorciéndose a causa de los tormentos. -Kull le dirigió una penetrante exclamación-. Sí, mi señor -siguió diciendo Tu, ceñudo-. Cuando llegué aquí y descubrí que os habíais marchado solo, y nadie supo decirme adónde, sospeché de inmediato una traición. Me senté entonces a reflexionar. Y recordé a Kuthulos y su arte de fingir voces, y cómo esa gata falsa os había estado diciendo cosas pequeñas, sin haceros ninguna gran profecía, ofreciendo falsos argumentos con la intención de refrenaros. Me di cuenta entonces de que Delcardes os había enviado a esta gata y a Kuthulos para engañaros, para que se ganaran vuestra confianza. Envié a buscar a

Delcardes y la sometí a tortura, para que lo confesara todo. Había planeado las cosas muy astutamente. Ah, claro, *Saremes* debía llevar siempre consigo a su esclavo Kuthulos... para que él pudiera hablar con su voz fingida e inducir extrañas ideas en vuestra mente.

-Entonces, ¿dónde está Kuthulos? -preguntó Kull.

-Había desaparecido cuando llegué a la cámara de *Saremes* y...

-¡Os saludo, Kull! -exclamó entonces una voz alegre desde la puerta, por la que entró en la estancia una figura barbuda, como un duende, acompañada por una delgada y aparentemente asustada muchacha.

-¡Ka-nu! ¡Delcardes! ¿De modo que finalmente no te han torturado?

-¡Oh, mi señor! -exclamó la joven, que se hincó de rodillas ante él, abrazándose a sus piernas-. Soy culpable de haberos engañado, mi señor, pero no pretendía causaros ningún daño. ¡Yo sólo deseaba casarme con Kulra Thoom!

Kull la tomó por los hombros e hizo que se incorporara, perplejo, pero apiadado al ver el evidente terror y remordimiento de aquella mujer.

-Kull -dijo Ka-nu-, es una suerte que haya vuelto cuando lo he hecho, a tiempo para impedir que vos y Tu arrojéis el reino al mar. -Tu emitió un gruñido sin palabras, siempre celoso del embajador picto, que también era consejero de Kull-. He encontrado todo el palacio alborotado a mi regreso; los hombres iban de un lado a otro, tropezaban los unos con los otros sin saber qué hacer. Envié a Brule y a sus jinetes a buscaros, y me dirigí a la cámara de torturas..., naturalmente, eso fue lo primero que hice, puesto que Tu había quedado a cargo de todo... –El primer consejero le miró con una mueca-. El caso es que acudí a la cámara de torturas -siguió diciendo Ka-nu plácidamente-, y los encontré a punto de torturar a la pequeña Delcardes, que no hacía sino llorar y contarles todo lo que tenía que contar, a pesar de lo cual ellos no la creían. Sólo es una muchacha inquisitiva, Kull, a pesar de toda su belleza. Así que la traje aquí. Delcardes os ha dicho la verdad, Kull, al informaros de que *Saremes* era su invitada y que se trataba de una gata muy antigua. Eso es cierto. Es, en efecto, una gata de la raza antigua, más sabia que otros gatos, y va y viene a donde quiere, como le place..., pero no es más que eso, una simple gata. Delcardes tenía en palacio espías que le informaron de detalles tan poco importantes como el lugar donde habíais guardado una carta, en la funda de vuestra daga, o del sobrante encontrado en el tesoro... El cortesano que os informó de ello era precisamente uno de esos espías, y se lo comunicó a ella antes de decírselo al tesorero real. Sus espías eran vuestros servidores más leales y cercanos; las cosas que le contaban no podían haceros daño alguno y, en cambio, la ayudaban a ella, a quienes todos quieren, porque no tiene la intención de causar daño a nadie. Su idea consistía en hacer que Kuthulos hablara a través de la boca de *Saremes*, se ganara vuestra confianza mediante pequeñas profecías y hechos de los que cualquiera podría estar enterado, como advertiros en contra de Thulsa Doom. Luego, mediante el constante planteamiento de la cuestión, pretendía obtener de vos el permiso para que Kulra Thoom se casara con Delcardes. Ése era el único deseo de la muchacha.

-Y entonces Kuthulos se convirtió en un traidor -dijo Tu.

En ese momento se produjo un ruido en la puerta de la estancia y entraron unos guardias, arrastrando por los brazos a una figura larguirucha que llevaba el rostro cubierto por un velo y las manos atadas a la espalda.

-¡Kuthulos!

-Sí, Kuthulos -asintió Ka-nu, aunque no parecía sentirse muy tranquilo, pues sus ojos se movían inquietos-. Kuthulos, sin duda, con el velo sobre el rostro, para ocultar así los movimientos de su boca y de su cuello al hablar a través de *Saremes*.

Kull observó a la figura silenciosa que se hallaba de pie ante él, como una estatua. Un profundo silencio se hizo entre el grupo, como si un viento frío hubiera pasado entre ellos. Había una gran tensión en el ambiente. Delcardes miró a la silenciosa figura y sus ojos se abrieron desmesuradamente mientras los guardias explicaban cómo habían capturado al esclavo, que intentaba escapar de palacio deslizándose por un pequeño y viejo corredor.

Volvió a hacerse el silencio Kull se adelantó y extendió una mano para arrancar el velo que cubría el rostro oculto. A través de la tenue tela, Kull sintió como si dos ojos le traspasaran hasta la conciencia. Sin que nadie se diera cuenta, Ka-nu cerró las manos y las convirtió en puños, poniéndose todo tenso, como si se preparara para una lucha terrible.

Luego, cuando la mano de Kull casi tocaba el velo, un sonido repentino quebró el tenso silencio..., un sonido como el que podría producir un hombre al golpear el suelo con la frente o con un codo. El ruido parecía proceder de detrás de una pared. Kull cruzó la estancia en dos zancadas y golpeó un panel, por detrás del cual surgía el sonido. Una puerta oculta se deslizó hacia el interior, y dejó al descubierto un corredor polvoriento, en cuyo suelo se encontraba la figura de un hombre atado y amordazado.

lo sacaron a rastras hacia la estancia, lo pusieron de pie y lo desataron.

-¡Kuthulos! -gritó Delcardes.

Kull lo miró fijamente. El rostro del bombre, ahora revelado, era delgado y de expresión afable, como el que pudiera tener un maestro de filosofía y de moral.

-Sí, mis señores y mi señora -dijo-. Ese hombre que lleva ahora mi velo se abalanzó sobre mí y me ocultó tras esa puerta secreta, después de golpearme y atarme. He permanecido ahí, oyendo como enviaba al rey hacia lo que él creía que sería su muerte segura, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

-Entonces, ¿quién es él?

Todas las miradas se volvieron hacia la figura de rostro todavía cubierto por el velo. Kull se adelantó hacia él.

-¡Llevad cuidado, mi señor! -exclamó el verdadero Kuthulos-. Ese hombre...

Con un solo movimiento de la mano, Kull arrancó el velo del hombre, y se quedó boquiabierto. Delcardes lanzó un grito y sus rodillas cedieron y cayó al suelo. los consejeros retrocedieron, pálidos, y los guardias soltaron los brazos que sujetaban y se encogieron, horrorizados.

El rostro del hombre no era más que una calavera pelada y blanca, en cuyas cuencas ardía un fuego vivo.

-¡Thulsa Doom! Eso era lo que me había imaginado -exclamó Ka-nu.

-En efecto, Thulsa Doom, estúpidos -repitió una voz cavernosa-. El más grande de todos los brujos, y vuestro enemigo eterno, Kull de Atlantis. Habéis ganado esta partida, pero habrá otras, os lo advierto.

Se liberó de las ligaduras que le sujetaban los brazos con un solo y despreciativo gesto y se encaminó hacia la puerta, haciendo retroceder a los presentes.

-Sois un estúpido sin discernimiento alguno, Kull -dijo-. De no ser así, no me habríais tomado nunca por ese otro estúpido de Kuthulos, ni siquiera con el velo y sus vestiduras.

Kull se dio cuenta de que era así, pues aunque los dos tenían, en general, una figura y una altura similares, la carne del brujo con rostro de calavera era como la de un hombre muerto hacía ya mucho tiempo.

El rey se había quedado allí de pie, no temeroso, como los demás, sino simplemente atónito ante el giro que habían tomado los acontecimientos. Luego, cuando ya se disponía a saltar hacia adelante como un hombre que acabara de despertar de un sueño, Brule se lanzó

a la carga con la silenciosa ferocidad de un tigre, haciendo que su espada curvada emitiera destellos bajo la luz Como si de un rayo de luz se tratara, la hoja de la espada atravesó las costillas de Thulsa Doom, de modo que la punta le sobresalió entre los hombros.

Brule recuperó la hoja de un rápido tirón, retrocedió y se agachó, dispuesto a lanzarse de nuevo al ataque en caso de que fuera necesario. Entonces se detuvo, atónito. Ni una sola gota de sangre brotó de una herida que en cualquier hombre vivo habría sido necesariamente mortal. Aquel ser con rostro de calavera no hizo sino echarse a reír.

-¡Hace ya mucho tiempo que morí como mueren los hombres! -se burló-. No, pasaré a alguna otra esfera cuando llegue mi tiempo, pero no antes. Yo no sangro, puesto que mis venas están vacías, y no experimento más que una ligera frialdad en esa herida, que se me pasará en cuanto se cierre, como ya lo está haciendo ahora mismo. ¡Atrás, estúpidos, porque vuestro amo se marcha! Pero volveremos a vernos, y entonces gritarás, te estremecerás de dolor y morirás. ¡Yo te saludo, Kull!

Y mientras Brule vacilaba, acobardado, y Kull se mantenía inmóvil, atónito e indeciso, Thulsa Doom cruzó la puerta y se desvaneció ante las miradas de todos los presentes.

-Al menos habéis ganado vuestro primer encuentro con ese rostro de calavera, como él mismo admitió -le dijo Ka-nu a Kull algo más tarde-. La próxima vez debemos ser mucho más cautelosos, puesto que se trata de un enemigo desencarnado poseedor de una magia negra e impía. Os odia, pues no es más que un acólito de la gran serpiente cuyo poder habéis quebrantado. Tiene el don de provocar la ilusión y la invisibilidad, algo que sólo él posee. Es un ser cruel y terrible.

-No le temo -dijo Kull-. La próxima vez estaré preparado, y mi respuesta será un buen mandoble, aunque no pueda ser atravesado, cosa que dudo mucho. Brule no le acertó en las partes vitales que hasta un muerto viviente debe de tener. Eso es todo. -Se volvió entonces hacia Tu y añadió-: Parece que las razas civilizadas también tienen sus tabúes, puesto que el lago azul está prohibido para todos, salvo para mí

Tu replicó con gesto malhumorado, enojado por el hecho de que Kull le hubiera dado permiso a la feliz Delcardes para casarse con quien ella deseara.

- Mi señor, no es ése un tabú pagano como aquellos ante los que se inclinan los de vuestra tribu. Aquí se trata de una cuestión de estado, necesaria para preservar la paz entre Valusia y los seres lacustres, que son magos.

-Nosotros, en cambio, mantenemos los tabúes para no ofender a los espíritus invisibles de los tigres y las águilas –dijo Kull-. En verdad que no veo ninguna diferencia.

-En cualquier caso -añadió Tu-, debéis llevar mucho cuidado con Thulsa Doom, porque se ha desvanecido para pasar a otra dimensión, y mientras se encuentre allí será invisible e inofensivo para nosotros, pero estoy seguro de que volverá.

-Ah, Kull -suspiró el viejo bribón de Ka-nu-, la mía es una vida muy dura en comparación con la vuestra. Brule y yo nos emborrachamos en Zarfhaana y me caí por un tramo de escalera, lo que me ha dejado unos condenados moretones en las espinillas. Y, mientras tanto, vos no hacíais otra cosa que solazaros en la pecaminosa indolencia rodeada de sedas, tan propia de los reyes.

Kull le miró intensamente, sin decir nada. Finalmente, se volvió, dándole la espalda, para desviar su atención hacia *Saremes*, que dormitaba.

-No es ninguna bestia embrujada, Kull -dijo el asesino de la lanza-. Es un animal sabio, pero simplemente expresa su sabiduría con la mirada y, desde luego, no habla. Sus ojos, sin embargo, me fascinan con toda la antigüedad que expresan. En cualquier caso, no es más que una gata.

-De todos modos, Brule -dijo Kull acariciando el sedoso pelaje-, sigue siendo una gata muy antigua... Mucho.

6 - EL ESPECTRO DEL SILENCIO

Los hombres todavía siguen denominándolo «el día en que el rey tuvo miedo», pues Kull, rey de Valusia, no era, al fin y al cabo, más que un hombre. Nadie había conocido a otro más valiente que él, pero todas las cosas humanas tienen sus límites, incluso el valor.

Naturalmente, Kull había conocido momentos de recelosa inquietud, había experimentado los fríos susurros del pavor, los repentinos sobresaltos del horror, y hasta la sombra de un terror desconocido. Pero aquellas experiencias no habían sido sino sobresaltos sentidos en lo más profundo de la mente, causados sobre todo por la sorpresa, por algún misterio repugnante o por alguna cosa antinatural. Se trataba, por tanto, más de repugnancia que de verdadero temor, pues el temor real era algo tan raro en él que. cuando lo experimentó, los hombres marcaron el día.

Y, sin embargo, llegó un momento en que Kull conoció el temor, un temor espantoso, terrible e irrazonable, hasta el punto de que su médula se debilitó y la sangre se le heló en las venas. Así, los hombres hablaron desde entonces del día en que el rey Kull tuvo miedo, aunque no hablan de eso con burla, ni el propio Kull siente vergüenza por ello. No, porque, tal y como sucedieron las cosas, el asunto no hizo sino aumentar aún más su gloria imperecedera.

Así fue como sucedieron las cosas.

Kull se hallaba sentado en el trono del salón social, sin prestar mucha atención a la conversación de Tu, su primer consejero; de Ka-nu, el embajador picto; de Brule, el hombre de confianza y mano derecha de Ka-nu; y de Kuthulos, el esclavo, que era también el mayor erudito de los Siete Imperios.

-Todo es ilusión -dijo Kuthulos-. Todo son manifestaciones externas de la realidad subyacente, que está más allá de toda comprensión humana, puesto que no hay cosas relativas mediante las que la mente finita del hombre pueda medir lo infinito. Lo uno puede subyacer en todo, o bien cada ilusión natural puede poseer una entidad básica. Todas estas cosas ya eran conocidas por Raama, la mayor mente de todos los tiempos, que hace eones liberó a la humanidad de las garras de demonios desconocidos, y permitió así que la raza se elevara hacia las alturas.

-Fue un nigromante muy poderoso -asintió Ka-nu.

-No era ningún brujo -dijo Kuthulos-. No era ningún encantador, ni conjurador que buscara la divinización en el hígado de las serpientes. No había nada de falso en Raama. Había logrado comprender los cinco grandes principios, conocía los elementos y sabía que las fuerzas naturales, estimuladas por causas naturales, producían resultados naturales. Lograba sus aparentes milagros mediante el ejercicio de sus poderes de una forma natural, tan sencilla para él como lo es para nosotros encender una hoguera, y tan lejana de nosotros como lo habría sido encender esa misma hoguera para nuestros antepasados, los monos.

-Entonces, ¿por qué no transmitió todos sus secretos a la raza humana? -preguntó Tu.

-Sabía que no es bueno que el hombre sepa demasiado. Algún villano habría podido sojuzgar así a toda la humanidad, e incluso todo el universo, de haber sabido lo que sabía Raama. No, el hombre debe aprender por sí mismo, y expandir su alma a medida que lo hace.

-Sí, dices que todo es una ilusión -insistió Ka-nu, astuto en las artes de gobierno. pero ignorante en filosofía y ciencia, por lo que respetaba mucho a Kuthulos o sus conocimientos-. ¿Cómo puede ser? ¿Acaso no oímos, vemos y palpamos?

-¿Qué es la visión? ¿Qué el sonido? -replicó el esclavo-. ¿Acaso no es el sonido la ausencia de silencio, y el silencio la ausencia de sonido? Pero la ausencia de algo no es una sustancia material. Es... nada. ¿Y cómo puede existir algo que es nada?

-En tal caso, ¿por qué son las cosas lo que son? –preguntó Ka-nu, tan extrañado como un niño.

-No son más que apariencias de la realidad. Como el silencio; en alguna parte existe la esencia del silencio, el alma del silencio. En alguna parte hay una nada que es algo. ¿Cuántos de vosotros habéis percibido el más completo silencio? ¡Ninguno de nosotros! Siempre hay algún ruido, el susurro de la brisa, el revoloteo de un insecto, hasta el crecimiento de las hojas de hierba o, en el desierto, el murmullo de la arena al deslizarse Pero en el centro del silencio no hay el menor sonido.

-Hace mucho tiempo -dijo Ka-nu-, Raama encerró un espectro de silencio en un gran castillo, y lo selló allí para la eternidad.

-En efecto -asintió Brule-. Yo mismo he visto ese castillo. Es una gran mole negra que se levanta sobre una montaña solitaria, en una región salvaje de Valusia. Se le conoce desde tiempos inmemoriales como Espectro del Silencio.

-¡Ja! -exclamó Kull, repentinamente interesado por la conversación-. Amigos míos, eso sí que es algo a lo que me gustaría eche un vistazo.

-Mi señor -dijo Kuthulos-, no es bueno entrometerse en las cosas que hizo Raama, pues él era más sabio que cualquier otro hombre. He oído contar la leyenda según la cual, y gracias a sus artes, logró aprisionar a un demonio; bueno, no con sus artes, sino mediante sus conocimientos de las fuerzas naturales, y no un demonio, sino algún elemento que amenazaba la propia existencia de la raza. El poder de ese elemento queda evidenciado por el hecho de que ni siquiera Raama fue capaz de destruirlo; lo único que pudo hacer fue aprisionarlo.

-Ya basta -dijo Kull con impaciencia-. Raama está muerto desde hace tantos milenios que hasta me aturde pensar en ello. Cabalgaré para ir al encuentro del Espectro del Silencio. ¿Quién me acompaña?

Todos los que oyeron sus palabras, junto con cien asesinos rojos, la fuerza de combate más poderosa de Valusia, acompañaron a Kull cuando éste abandonó a caballo la ciudad real, a primeras horas del alba. Cabalgaron entre las montañas de Zalgara, y después de muchos días de marcha se encontraron ante una montaña solitaria, que se elevaba sombríamente sobre la meseta, y en cuya cúspide se levantaba la gran mole de un castillo tan negro como la noche.

-Éste es el lugar -dijo Brule-. Nadie vive en cien leguas a la redonda de este castillo, ni ha vivido aquí desde que el hombre es capaz de recordar. Todo esto se halla abandonado, como una región maldita.

Kull detuvo a su gran caballo y miró. Nadie dijo nada, y el rey se dio cuenta de aquella extraña quietud, casi intolerable. Cuando habló, todos se sobresaltaron. Al rey le parecía que unas oleadas de quietud mortal emanaban de aquel tenebroso castillo que se levantaba

sobre la montaña. Ningún pájaro cantaba en los alrededores, ningún soplo de viento movía las ramas de los escuálidos árboles. Mientras los jinetes de Kull subían por la pendiente, el ruido de los cascos de los caballos sobre las rocas pareció resonar terriblemente en la lejanía, hasta morir sin eco.

Se detuvieron ante el castillo que se elevaba allí como un monstruo oscuro, y Kuthulos trató nuevamente de convencer al rey.

-¡Reflexionad, Kull! Si rompéis ese sello, podéis dejar suelto en el mundo a un monstruo cuyo poder y frenesí sean irresistibles para los hombres.

Kull, impaciente e incapaz de contenerse por más tiempo, le apartó a un lado. Se sentía poseído por una caprichosa perversidad, un defecto muy común entre los reyes, y aunque habitualmente se mostraba razonable, ahora ya había tomado su decisión y no estaba dispuesto a permitir que nada ni nadie le apartara del camino elegido.

-Hay inscripciones antiguas en ese sello, Kuthulos. Léeme lo que dicen.

De mala gana, Kuthulos desmontó y los demás le imitaron, excepto los soldados, que permanecieron montados en sus caballos como imágenes de bronce, impertérritos bajo la pálida luz del sol. El castillo se cernía sobre ellos como una calavera sin cuencas, pues no se veía ventana alguna por ninguna parte, y sólo había una gran puerta de hierro, asegurada con un cerrojo sellado. Al parecer, el edificio no tenía más que una sola cámara.

Kull dio unas pocas órdenes relativas a la disposición de las tropas, y se mostró irritado al descubrir que tenía que levantar la voz de una forma desproporcionada para que los comandantes comprendieran sus palabras. Las respuestas que le dirigieron llegaron hasta él como apagadas y lejanas.

Se aproximó a la puerta, seguido por sus cuatro camaradas. Allí, de una estructura existente junto a la puerta, colgaba un gong de curioso aspecto, aparentemente de jade, de un color verdusco, aunque Kull no pudo estar seguro de cuál era el color pues éste cambió y se transformó ante su misma mirada atónita, de modo que a veces su mirada parecía hundirse en las profundidades de algo, mientras que otras veces tenía la impresión de estar mirando sólo lo superficial. Junto al gong, había un mazo compuesto del mismo y extraño material. Lo tomó, golpeó con él ligeramente y se quedó boquiabierto y casi ensordecido por el estruendo que siguió, como si se hubiera concentrado allí todo el sonido de la Tierra.

-Lee las inscripciones, Kuthulos -ordenó de nuevo.

El esclavo se inclinó hacia adelante, con una expresión de considerable respeto, pues no cabía duda de que aquellas palabras habían sido esculpidas sobre la piedra por el propio Raama.

-Que aquello que fue, vuelva a ser -entonó-. ¡Llevad cuidado, hijos de los hombres! -Se irguió, con una expresión temerosa en el rostro-. ¡Es una advertencia! ¡Una advertencia del propio Raama! ¡Llevad cuidado, Kull! ¡Llevad cuidado!

Pero Kull emitió un bufido, desenvainó la espada, cortó el sello y luego golpeó la gran barra de metal. Golpeó una y otra vez, apenas consciente del silencio comparativo con que caían sus golpes. Finalmente, la barra cayó y la puerta se abrió.

Kuthulos lanzó un grito. Kull retrocedió. sobresaltado... ¿Estaba vacía la cámara? ¡No! No vio nada, no había nada que ver y, sin embargo, sintió latir el aire a su alrededor, como si algo se ondulara desde el fondo de aquella cámara nauseabunda, produciendo grandes oleadas invisibles. Kuthulos se apoyó sobre su hombro y le gritó, y sus palabras llegaron hasta él como si hubieran tenido que salvar una distancia cósmica.

-¡El silencio! ¡Esto es el alma de todo el silencio!

El sonido cesó por completo. los caballos cayeron, y los jinetes se desmoronaron de bruces al suelo y permanecieron tendidos sobre el polvo, agarrándose la cabeza con las manos, profiriendo gritos que no producían sonido alguno.

Sólo Kull permaneció erguido, con la inútil espada adelantada ante él. ¡Silencio! ¡El más profundo y absoluto de los silencios! Oleadas palpitantes y ondulantes del más inmóvil de los horrores. Los hombres abrieron las bocas y gritaron, a pesar de lo cual no producían ningún sonido.

El silencio penetró en el alma de Kull; engarzó sus garfios alrededor de su corazón, envió tentáculos de acero hacia su cerebro. Se agarró la frente, atormentado; el cráneo parecía querer explotarle, hacerse añicos. En la oleada de horror que le envolvió, Kull tuvo visiones rojizas y colosales: el silencio extendiéndose por toda la Tierra, por el universo entero. Hombres que morían en silencio, emitiendo balbuceos ininteligibles; el rugido de los ríos, el estallido de las olas de los mares, el sonido de los vientos, todo se desvaneció y dejó de existir. Todo sonido quedó ahogado por el silencio. Un silencio que destrozaba el alma, que hacía añicos el cerebro, que hacía desaparecer todo signo de vida sobre la Tierra, que se elevaba monstruosamente hacia los cielos, aplastando el mismo canto de las estrellas.

Y fue entonces cuando Kull conoció un miedo, un horror, un terror insuperables, algo cruel, asesino del alma. Enfrentado a su visión fantasmagórica, vaciló y se tambaleó como un borracho, fuera de sí a causa del miedo. ¡Oh, dioses! Que hubiera un sonido, aunque sólo fuera el más leve, el más débil de los ruidos. Kull abrió la boca como los demás maníacos que aullaban detrás de él, y el corazón casi se le salió del pecho en su esfuerzo sobrehumano por gritar.

La quietud palpitante se mofó de él. Kull castigó con la espada el umbral de hierro de la puerta. Y las oleadas palpitantes seguían fluyendo de la cámara, agarrándole, desgarrándole, mofándose de él como un ser sensible lleno de vida.

Ka-nu y Kuthulos permanecían inmóviles. Tu se retorcía sobre su vientre, sujetándose la cabeza con las manos, aullando sin sonido alguno, como un chacal moribundo. Brule se revolvía sobre el polvo, como un lobo herido, y aferraba ciegamente la vaina de su espada.

Ahora, Kull casi pudo ver la forma del silencio, el terrible silencio que surgía de su espectro para hacer estallar los cráneos de los hombres. Se retorcía. se revolvía en espasmos y sombras impías, ¡y se reía de él! ¡Vivía! Kull se tambaleó y perdió el equilibrio y, al caer, su brazo extendido alcanzó a golpear el gong. No oyó ningún sonido, pero percibió un claro palpitar, un sobresalto de las oleadas que le rodeaban, una ligera retirada involuntaria de éstas, como la mano del hombre que se aparta de un tirón de las llamas.

¡Ah, el anciano Raama había dejado una salvaguarda para la raza. incluso después de su muerte! De repente, el aturdido cerebro de Kull comprendió el enigma. ¡El mar! El gong era como el mar; cambiaba sus tonalidades verdes, nunca se estaba quieto, lo mismo parecía profundo que superficial, y nunca permanecía en silencio.

¡El mar! Vibrante, pulsante, restallante día y noche, sin descanso; ése era el mayor enemigo del silencio. Mareado, sintiendo profundas náuseas, logró agarrar el mazo de jade. Las rodillas se le doblaron, pero se afianzó, sujetándose con una mano al marco de la puerta, sosteniendo con la otra el mazo, sujetándolo con una mortal desesperación. El silencio volvió a surgir, colérico, envolviéndole.

Mortal, ¿quién eres tú para oponerte a mí, que soy más viejo que los dioses? Antes de que hubiera vida yo ya existía, y seguiré existiendo mucho después de que haya muerto la vida. Antes de que naciera el sonido invasor, el universo estaba en silencio, y volverá a

estarlo, pues yo me extenderé por todo el cosmos y mataré el sonido..., mataré el sonido..., ¡mataré el sonido! ¡mataré el sonido!

El rugido del silencio reverberó por las cavernas del derrumbado cerebro de Kull, como un cántico monótono y abismal, mientras él golpeaba el gong una y otra... y otra y otra vez.

Y a cada golpe que daba, el silencio retrocedía, centímetro a centímetro iba retrocediendo. Atrás, atrás, atrás. Kull renovó la fuerza de los golpes que daba con el mazo. Ahora ya pudo percibir débilmente el lejano tintineo del gong por encima de vacíos inimaginables de quietud, como si alguien, en el otro extremo del universo, golpeara una moneda de plata con la tachuela de una herradura de caballo. Y a cada diminuta vibración de sonido el vacilante silencio se sobresaltaba y se encogía. los tentáculos se acortaban, las oleadas se contraían, el silencio se encogía.

Atrás, atrás, cada vez más atrás. Ahora, los fragmentos que quedaban se cernieron en el umbral y, por detrás de Kull, los hombres susurraban y se ponían de rodillas, con mandíbulas colgantes y ojos de miradas vacías. Kull arrancó el gong de la estructura que lo sostenía, y avanzó hacia la puerta. Era como el combatiente que se dispone a asestar el último golpe. No había compromiso posible para él. Esta vez, la gran puerta se cerraría para siempre sobre el horror. Todo el universo debería haberse detenido para contemplar a un hombre que, por sí solo, justificaba la existencia de la humanidad y que escalaba las sublimes alturas de la gloria en su suprema expiación.

Se detuvo en el umbral de la puerta, confrontado con las oleadas que todavía pendían allí, sin dejar de golpear el gong. Todo el infierno pareció fluir para salir a su encuentro desde aquella terrible cosa cuya última fortaleza él invadía. Ahora, todo el silencio volvía a encontrarse encerrado en la cámara, obligado a retroceder por los estruendos inconquistables del sonido, un sonido concentrado a partir de todos los ruidos y sonidos de la Tierra, aprisionado por la mano maestra que hacía tiempo había conquistado tanto al sonido como al silencio.

Y aquí, el silencio reunió las fuerzas que le quedaban para lanzar un último ataque. Infiernos de frío silencioso y de llamaradas sin ruido se arremolinaron alrededor de Kull. Aquí había una cosa, elemental y real. El silencio era la ausencia de sonido, había dicho Kuthulos, el esclavo que ahora se arrastraba y balbuceaba en una nada vacía.

Aquí había algo más que una ausencia, porque se trataba de una ausencia cuya máxima ausencia se convenía en una presencia, una ilusión abstracta transformada en una realidad material. Kull no retrocedió; ciego, aturdido, pasmado, casi insensible a la furiosa embestida de las fuerzas cósmicas sobre él, sobre su alma, su cuerpo y su mente. Envuelto por los ondulantes tentáculos, el ruido del gong murió de nuevo, pero Kull no dejó de golpearlo con el mazo. Su torturado cerebro se tambaleó, pero afianzó los pies contra el marco de la puerta y se impulsó poderosamente hacia adelante. Encontró una verdadera resistencia material, como una oleada de fuego sólido, más caliente que la misma llama, y más frío que el propio hielo. A pesar de todo, siguió empujando y sintió que aquello cedía..., cedía.

Centímetro a centímetro, paso a paso, se fue abriendo camino en el interior de la cámara de la muerte, empujando al silencio ante él, obligándolo a retroceder más y más. A cada paso que daba sentía una tortura demoníaca que le hacía gritar; cada uno de sus pasos era un infierno que le destrozaba. Con los hombros hundidos, la cabeza baja, los brazos levantándose y cayendo con un ritmo espasmódico, como a tirones, Kull siguió abriéndose camino, y grandes gotas de sangre se acumularon sobre su frente y descendieron incesantemente.

Librodot

Tras él, los hombres empezaban a incorporarse, tambaleantes y aturdidos, débiles y mareados por el silencio que había invadido sus cerebros. Miraron hacia la puerta, donde el rey seguía librando su mortal batalla por el universo. Brule se arrastró ciegamente hacia adelante, llevando consigo la espada, todavía aturdido. dejándose llevar únicamente por su tenaz instinto que le impulsaba a seguir al rey, aunque aquel camino condujera al infierno.

Kull obligó al silencio a retroceder más y más, paso a paso, y sintió que se debilitaba poco a poco, que se hacía cada vez más pequeño. Ahora, el sonido del gong se había incrementado, y seguía aumentando su potencia. Llenaba la estancia, la Tierra, el cielo entero. El silencio se encogía ante él, y a medida que disminuía, que se veía obligado a encogerse sobre sí mismo, fue adquiriendo una forma horrible que Kull percibió sin poderla ver. Su brazo parecía muerto, pero realizó un poderoso esfuerzo y redobló la potencia de los golpes. Ahora el silencio se hallaba acurrucado en un rincón, empequeñeciéndose cada vez más. ¡Un último golpe más! Y todo el sonido del universo se acumuló en un solo rugido, en un aullido, en una explosión conmocionante que lo abarcó todo. El gong estalló en un millón de diminutos fragmentos, ¡y el silencio gritó!

El gorjeo alegre de los pájaros y el susurro del viento entre las hojas nunca le habían parecido a Kull tan agradables de oír. Se dejó hundir en aquellos débiles sonidos de fondo, y bebió en ellos con avidez, como un hombre sediento que trasiega el vino fresco. El silencio, aquel silencio capaz de ensordecer la mente, había desaparecido para siempre, empujado por el poder del gong de jade, proscrito ahora al infierno ultracósmico al que se hubiera visto obligado a retirarse, fuera cual fuese.

Mientras sus guerreros se iban incorporando uno tras otro, pálidos y conmocionados, Kull cerró las puertas de hierro con un poderoso tirón de sus musculosos hombros. La enorme puerta se cerró con un pesado sonido metálico. Observó con una mueca el pesado anillo de metal y ante una sola palabra suya Tu se adelantó y le tendió el gran sello de Valusia.

-El sello de Raama permaneció intocado durante siete mil años antes de que nosotros, en nuestra estupidez, lo quebrantáramos -gruñó Kull. Colocó el anillo sobre la cerradura y estampó la insignia real de Valusia sobre el metal, con un solo y terrible golpe-. ¡Que todos los hombres lo sepan! Ahora. el sello de Kull cierra esta puerta. Que ningún estúpido la abra en todas las incontables eras de la eternidad, hasta que la propia y gran Valusia se haya hundido bajo las aguas verdes del océano, en eones que todavía no han nacido, y que el silencio no vuelva a regresar jamás para atormentar las almas de los hombres.

Los asesinos rojos lanzaron un potente grito, al unísono, ante las palabras del rey, que luego cabalgó de regreso, `bajo el brillante sol de la mañana, hacia la Ciudad de las Maravillas, mientras todavía resonaba en sus oídos la alegre música de aquel grito de sus hombres.

7 - JINETES DEL SOL NACIENTE

-Y así -concluyó Tu, el primer consejero-, Lala-ah, condesa de Vanara, huyó con su amante, Felnar, el aventurero de Farsun. Y así ha traído ella la vergüenza sobre su futuro esposo, y sobre el mismo trono de Valusia.

Kull, el rey, que había permanecido sentado, escuchando, con el puño sosteniéndole la barbilla, emitió un gruñido. Había escuchado con escaso interés mientras el viejo consejero narraba la historia de la joven condesa de Vanara y de cómo había abandonado a un noble de Valusia, que esperaba para casarse con ella en la misma escalinata de acceso al templo de Merama, mientras ella huía con su amante. Kull no comprendía por qué Tu concedía tanta importancia a estos hechos un tanto sórdidos, pero al fin y al cabo habituales.

-Sí, comprendo -dijo Kull con impaciencia-, pero ¿qué tienen que ver conmigo las aventuras de esa condesa fugitiva? ¿O qué tienen que ver con el trono de Valusia? No le echo la culpa por haber escapado de Ka-yanna. ¡Por Valka! Él no es más que un pobre y feo diablo y muestra una conducta tan abominable como la de ella. ¿Por qué importunar mis oídos con el relato de esta historia?

-No habéis terminado de comprender todas las implicaciones, mi señor -dijo el viejo consejero, con la paciencia que uno debe tener con un guerrero bárbaro que resulta ser un rey-. Procedéis de la lejana Atlantis, y todavía no os habéis familiarizado con las costumbres de la gran Valusia. Permitidme que os lo explique. Al abandonar a su prometido en los mismos cuernos del altar donde se iban a solemnizar sus nupcias, Lala-ah ha cometido la mayor de las ofensas contra las más elevadas tradiciones de Valusia. Su acción constituye un insulto para Valusia y para el rey de Valusia. Por ello, la ley real decreta que tenga que ser conducida de regreso a la Ciudad de las Maravillas, para ser sometida a juicio. Además, es una condesa y no puede casar con ningún extranjero si no es con el consentimiento del rey, pues también tenemos vigente una ley que regula el matrimonio de los nobles. Y, en este caso, no habéis otorgado vuestro consentimiento real, que, por otra parte, ni siquiera se os ha pedido. Valusia se convertirá así en objeto de escarnio en los Siete Imperios, si éstos ven que permitimos a los aventureros extranjeros llevarse a nuestras mujeres con total impunidad, y si permitimos que hasta los valusos de nacimiento noble y con título transgredan las leyes antiguas sin recibir por ello ningún castigo.

Kull se frotó la barbilla, y reflexionó acremente sobre las mil y una tareas innobles que debía emprender un rey. Ahora, debía romper el matrimonio de aquella mujer por ninguna otra razón que la existencia de una ley inscrita desde hacía muchos años, por algún balbuceante hombre de barba gris, en un pergamino seguramente ya podrido. Una ley que había que obedecer.

-En el nombre de Valka -gruñó, removiéndose inquieto sobre el poderoso trono-. Vosotros, los valusos, armáis mucho jaleo por estas cosas..., las costumbres y la tradición. De pocas cosas más he oído hablar desde que me he sentado en el trono topacio. ¡No me gusta, Tu! En mi tierra, las mujeres se casan con los hombres que ha elegido su corazón. Claro que nosotros sólo somos salvajes...

Tu asintió con una sabia expresión.

-En efecto, Kull. Pero aquí nos encontramos en un ámbito civilizado donde todos obedecemos las leyes. En vuestra tierra de Atlantis, los hombres y las mujeres se desbocan, sin verse obstaculizados por los precedentes y por la tradición. Pero aquí disponemos de una civilización. Y las civilizaciones no son otra cosa que tejidos enmarañados hechos a base de costumbres y regulaciones, mediante los que se imponen estrictos límites a la gente, para que todos podamos convivir en paz y seguridad.

-¡Seguridad! -gruñó Kull-. Me importa bien poco la seguridad que tiene que imponerse mediante leyes polvorientas. Dadme la seguridad que puede ofrecer un guerrero fuerte y

bien entrenado, el denuedo de sus habilidades de combate y el borde afilado de su espada ¡Ésa es la idea que tiene Kull sobre la seguridad!

-En efecto, mi señor -dijo Tu con palabras suaves-. Si me permitís expresarlo así, ése es el concepto propio de un hombre criado en el salvajismo.

Kull lanzó una risotada.

-Cuanto más veo de lo que tú llamas civilización, tanto mejor es mi opinión sobre lo que llamas salvajismo. Pero continúa, Tu, porque me parece que todavía no has terminado de exponer tu argumentación.

-Sólo queda un argumento más, oh, mi señor –continuó Tu-. Y es el siguiente: la condesa poseía en sus venas sangre real, puesto que su madre fue prima de Borna, el rey al que vos depusisteis para apoderaros del trono de Valusia. En consecuencia, posee un cierto aunque tenue derecho a la sucesión del trono, y ese derecho puede ser aprovechado por Felnar de Farsun, si es lo bastante ambicioso para ello, como suelen ser todos los de su ralea. ¿Nos atreveremos..., os atreveréis a correr el riesgo de que un rival reclame un derecho sobre el trono de Valusia?

Una luz feroz cruzó relampagueante por los ojos felinos de Kull. ¡Eso sí que era un argumento! Se había apoderado del trono topacio y tenía toda la intención de conservarlo. Un gruñido inarticulado surgió de lo más profundo de su nudosa garganta. Tu al observar aquellas señales que tan bien conocía, sonrió suavemente para sus adentros, y añadió el toque final a su argumentación:

-Después de verse abandonado por su prometida, Ka-yanna salió a caballo, acompañado por un grupo de hombres armados. Uno de ellos espera afuera, portador de un mensaje para vos que os envía el aventurero de Farsun. Creo que deberíais oír lo que tenga que deciros, mi señor.

-En tal caso, que entre y que hable -gruñó Kull.

Tu regresó al cabo de un momento, seguido por un joven jinete cuya bolsa se veía manchada por el polvo de los caminos. El joven se inclinó humildemente, como muestra de obediencia, ante el rey guerrero de Valusia.

Kull lo miró con una expresión de ferocidad.

-¿Cómo es que traes noticias de ese tal Felnar? ¿No te has abalanzado sobre el tipo si estuviste lo bastante cerca como para intercambiar palabras con él?

-No, mi señor, yo no le he visto directamente. Pero hablé con un guardia de las fronteras de Zarfhaana, a quien este Felnar entregó un mensaje, con el ruego de que se lo repitiera a cualquier valuso que apareciera para perseguirle. El mensaje es el siguiente: «Dile al cerdo bárbaro que ha usurpado el trono sagrado de Valusia que yo lo considero un bribón, un canalla y un vil usurpador. Dile que algún día yo y mi esposa, cuyo derecho al nombre real es mucho más puro que el de él, regresaremos acompañados por mil espadas para arrojarlo del alto puesto que ahora ocupa. Cubriré el cuerpo cobarde de Kull con vestimentas de mujer, y lo pondré a cuidar de los caballos de mi carruaje, que es una tarea mucho más adecuada para su baja condicion».

Tras aquellas palabras, se produjo un tenso silencio que se extendió por toda la sala del trono, a punto de quebrarse.

Luego, la poderosa corpulencia de Kull se incorporó, y su cetro de mando se estrelló contra las losas de mármol. Permaneció un momento sin decir nada. con el rostro encendido por la furia y los ojos relampagueantes como antorchas llameantes. Finalmente, encontró la voz para emitir un rugido sin palabras que hizo retroceder, tambaleantes, a Tu y al joven

jinete que se encontraban ante él, como pueden retirarse los hombres ante el rugido del tigre al que han molestado sin darse cuenta.

-¡Valka! ¡Holgar! ¡Honen y Hotath! -rugió, con la voz llena de rabia, mezclando los nombres de las divinidades, los ídolos paganos y los demonios del averno, en una blasfema proximidad que produjo un estremecimiento en Tu.

El rey blandió sus poderosos brazos y su puño de hierro descendió sobre la hoja de la mesa, con un golpe de una fuerza tan tremenda que hasta las pesadas patas se doblaron como el papel. Tu retrocedió, encogido, hacia la pared, mientras que el joven jinete, tan pálido como la leche, se tambaleó hacia atrás, en dirección a la puerta. Se había atrevido a mucho al comunicar a Kull el insultante mensaje del farsuno, y ahora temía por su vida. Pero Kull era demasiado salvaje como para identificar el insulto con quien se lo transmite, ya que sólo el monarca civilizado descarga su venganza sobre el correo por comunicarle un insulto de su amo.

Kull se arrancó las vestiduras incrustadas de piedras preciosas y las arrojó a través de la estancia. A ellas siguió la corona, que chocó con ruido metálico contra la pared más alejada, desprendiendo sus resplandecientes ópalos a causa de la furia del gesto. Tomó entonces la gran espada y se sujetó el cinto alrededor de su torso desnudo.

-¡Caballos! ¡Llamad a los asesinos rojos y ordenadles que monten y cabalguen! ¿Dónde está Brule, el picto? ¡Moveos de una vez, que sois unos lentos boquiabiertos y unos zoquetes...!

Tu salió volando del salón del trono, con la túnica ondeándole alrededor de las piernas huesudas, empujando ante él al pálido jinete.

-¡Tocad las trompetas de guerra! ¡Rápido! ¡Decidle a Brule, el asesino de la lanza, que acuda inmediatamente ante el rey, antes de que nos mate a todos!

Cuatrocientos guerreros, vestidos de pies a cabeza con adornos de color carmesí, permanecían montados en sus caballos en la amplia plaza situada ante el palacio de los reyes cuando Kull salió del edificio y caminó hacia ellos con grandes zancadas. Las espadas chocaron contra los escudos, y los caballos se levantaron sobre los cuartos traseros cuando los asesinos rojos ofrecieron al rey el saludo debido a la corona. Los penetrantes ojos de Kull recorrieron con orgullo y ferocidad las filas de sus hombres, devolviéndoles el saludo.

Eran los soldados más terribles de la Tierra, la caballería de Kull, elegida por el propio rey entre los guerreros de las montañas de Valusia, los combatientes más fuertes y vigorosos de una raza que había ido degenerando. Aquí estaban también los pictos, salvajes ágiles y desnudos, hombres de la tribu heroica de Brule, que permanecían sobre sus monturas como centauros, y que eran capaces de luchar como demonios desde los pozos escarlata del infierno.

Kull avanzó hacia su gran caballo de guerra, tomó a la medio domada bestia por el bocado y la obligó a ponerse de rodillas, en una demostración de fuerza que dejó respetuosamente boquiabiertos incluso a los más fuertes de sus guerreros. Luego, saltó sobre la silla, pertrechado con todas sus armas, e hizo levantar al caballo, que resoplaba, con un potente tirón de las riendas. Brule, el jefe de los más formidables aliados de Valusia, y amigo personal de Kull, se situó al lado de su monarca, acompañado por Kelkor, el segundo al mando de los asesinos rojos.

-¿Hacia dónde cabalgamos, mi señor?

-¡Por Valka que cabalgaremos duro y lejos! Iremos primero a Zarfhaana. y luego más allá. hacia las tierras de la nieve. de los ardientes desiertos, o hasta las fauces escarlata del propio infierno si fuera necesario, ¡no lo sé!

El primer acceso de furia ardiente de Kull se había enfriado y endurecido, para transformarse en una rabia fría y acerada. En un rostro de bronce impasible, sus ojos relampagueaban como el acero desnudo de la espada. Brule le miró con una mueca lobuna.

-¿Qué vamos a buscar allí? -preguntó.

-El rastro de Felnar, un aventurero de Farsun que se ha ocultado, llevando consigo a una mujer valusa. Seguiremos el rastro de ese zorro fársuno hasta su guarida, y reduciremos la mitad de la tierra a polvo si es necesario para encontrarle.

Tu, que todavía temblaba de temor, había seguido a Kull hasta la plaza.

-¡Oh, mi señor! -se aventuró a exclamar con voz temblorosa-. Esto no es prudente. El emperador de Zarfhaana nunca permitirá que una fuerza así atraviese a caballo su reino. Olvidad las fútiles amenazas de ese fanfarrón ladrón de novias...

Kull lo atravesó con una mirada feroz.

-¿No fuiste tú el primero que me urgió a buscarle? ¡Pues guarda silencio ahora! Tu, dejo Valusia en tus manos hasta mi regreso. Y sólo regresaré cuando haya medido mi espada con ese farsuno, o no regresaré jamás. En cuanto a los zarfhaanos, si nos prohíben el paso cabalgaré sobre los restos de sus ciudades destruidas -fue la cruel respuesta de Kull-. En Atlantis, los hombres vengan los insultos. Y aunque ya he dejado de ser un atlante, ¡por Valka que sigo siendo un hombre!

Dirigió un gesto feroz a sus hombres, indicándoles que emprendieran la marcha hacia el este. Kelkor gritó una orden, se levantaron las trompetas, que destellaron bajo el sol y sonaron con un estruendo metálico. Los asesinos rojos se pusieron en movimiento, avanzaron como una marejada de acero y carmesí por las amplias avenidas, y salieron de la magnifica ciudad.

Las gentes miraron con curiosidad desde los balcones, los tejados y las ventanas, para contemplar a la poderosa caballería que pasaba con estruendo para hacer la guerra. Observaron a los caballos engualdrapados, que agitaban sus crines sedosas y ondulantes; oyeron el sonido de los cascos de plata que repiqueteaban sobre el empedrado como una horda de herreros fantasmales; vieron los estandartes y pendones ondeantes al aire, sujetos a las puntas de las lanzas. El sol refulgió sobre las armaduras de bronce de los guerreros. Las capas flotaban al viento, como estandartes escarlata. El recio desfile de hombres de armas descendió por la avenida, salió de la ciudad por la gran puerta oriental, y desapareció de la vista.

Y, poco a poco, las gentes de la ciudad abandonaron sus puestos de observación y volvieron a enfrascarse en sus pequeñas tareas cotidianas, como hace siempre la gente, sean cuales fueren las portentosas hazanas que realicen los reyes y los guerreros.

La noche los encontró acampados en las laderas de las montañas, más allá de Valusia. Las gentes de las montañas acudieron a ofrecerles comida y vino. Ahora que ya habían dejado bien atrás la Ciudad de las Maravillas, los orgullosos guerreros dejaron de lado los frenos que experimentaban cuando se encontraban en cualquier ciudad del mundo. y conversaron libremente con los montañeses, muchos de los cuales eran parientes suyos Entonaron viejas canciones con ellos, frente a las hogueras del campamento, y repitieron las viejas bromas.

Kull, con el semblante ceñudo y el ánimo inquieto, paseaba aparte, más allá del resplandor de las hogueras, bajo los cielos tachonados de estrellas, mientras contemplaba el místico escenario de las escarpaduras peladas y el valle florido. Las duras lineas de las laderas se veían suavizadas por el follaje y los pastos verdes, y los profundos valles parecían pozos tenebrosos bajo la luz de las estrellas, ámbitos de sombras llenos de una antigua magia y misterio. Pero la cadena de montañas se elevaba nítida y clara bajo la luna plateada.

Estas montañas de Zalgara siempre habían ejercido una gran fascinación sobre Kull. Le hacían recordar las alturas nevadas de Atlantis, que había escalado cuando era un muchacho, antes de abandonarlas para salir a la gran luz del sol del mundo, para inscribir su nombre en las estrellas y ocupar el antiguo trono.

Sin embargo, estas montañas eran diferentes. Las escarpadurras de Atlantis se elevaban, duras y adustas, brutales y terribles con su juventud, como el propio Kull. La edad todavía no había suavizado los bordes acuchillados de su fortaleza; las estrellas desnudas parecían quedar empaladas sobre sus picos, afilados como colmillos.

Las montañas de Zalgara, en cambio, eran más antiguas, más redondeadas. Se elevaban al cielo como dioses alables. Grandes árboles y arboledas poblaban risueñamente sus hombros. Sus vertientes angulosas se veían cubiertas por extensiones de hierba y prados verdes que parecían de terciopelo, como espesas vestimentas. Todo era viejo, muy viejo, pensó Kull. El paso de más de un siglo había terminado por gastar el esplendor de las cumbres afiladas del pasado, y ahora aparecían, suavizadas y hermosas por la edad, como si soñaran con viejos tiempos y con antiguos reyes cuyos pies habían hollado su césped.

El recuerdo del insulto de aquel fantarrón volvió a apoderarse de él como una oleada roja, apartando sus pensamientos melancólicos y volviendo a encender la furia con el recuerdo. Kull echó hacia atrás sus anchos hombros y observó el ojo sereno de la luna.

-¡Que Valka y Hotath condenen mi espíritu al fuego eterno si no logro descargar mi venganza sobre ese farsuno! -rugió.

Y el viento de la noche susurró entre los árboles como si se
burlara de su juramento.

El amanecer escarlata pareció explotar como una conflagración sobre las montañas de Zalgara cuando ya Kull se hallaba sobre su caballo, al frente de su caballería. Los destellos del amanecer arrancaron llamaradas de las puntas de las lanzas, de los cascos y escudos, a medida que la columna de los asesinos rojos se desplazaba como una serpiente escarlata y acerada entre los valles verdes y las ondulantes colinas, cubiertas por las perlas del rocío.

-Cabalgamos hacia el sol naciente -comentó Kelkor.

-En efecto -asintió Brule con un encogimiento de hombros-, y algunos de nosotros cabalgaremos más allá.

Ahora fue Kelkor quien se encogió de hombros.

-Será lo que tenga que ser. Ése es el destino del guerrero.

Kull observó todo esto desde la máscara de bronce que era su rostro, en la que únicamente los ojos parecían estar con vida. Miró a Kelkor pensativamente. la costumbre decretaba que el comandante de la hueste fuera de sangre valusa, y Kelkor... era lemur. Su destreza en la guerra, su valentía en el combate y su sabiduría en el consejo habían hecho destacar a este guerrero de entre las filas desconocidas de mercenarios, hasta ocupar el

segundo puesto en el mando de las huestes de Valusia. Sólo ese detalle de nacimiento le impedía alcanzar el más alto rango.

Recto como una lanza, Kelkor cabalgaba con porte inflexible, tan erguido como una estatua de acero. Hombre de ánimo feroz, que se veía poseído de una gran furia cuando se enfrentaba al enemigo, Kelkor mostraba una helada serenidad en otras ocasiones. El control absoluto que ejercía sobre sí mismo le señalaba como alguien nacido para mandar a los demás. Kull maldijo una vez más esta ciega aceptación de las costumbres regias que gobernaban en Valusia con un poder que sobrepasaba incluso a la voluntad del propio rey.

El amanecer del día siguiente les sorprendió cuando descendían por las laderas de las montañas, hacia el amarillento misterio del desierto de Camoonia. Durante el resto del día, cabalgaron a través de aquella terrible y vasta extensión de matices azafranados, donde no crecía un solo árbol, matojo u hoja de hierba, y donde no se veían más que las eternas y ondulantes arenas amarillentas, que se elevaban y descendían en las dunas.

Al mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto, acamparon brevemente para protegerse de su firmeza. El calor era intolerable, y caía ardiente desde el cuenco de latón en que parecía haberse convertido el cielo. Continuaron la marcha a través de oleadas de luz desgarradora. Ni una sola gota de agua humedecía la soledad salina. Ningún ave revoloteaba bajo las bóvedas ardientes del cielo. Ningún sonido interrumpía el gemido del viento, perpetuamente caliente, salvo el crujido de los cueros, el entrechocar de los aceros, el rumor de la arena al ser desplazada por los cascos de los caballos, que avanzaban fatigosamente. Hasta el propio Brule parecía debilitarse bajo aquel calor ígneo; se desató el peto defensivo y lo colgó de uno de los caballos que acarreaban la impedimenta. Kelkor, sin embargo, continuó su avance impertérrito, erguido bajo la carga de la armadura completa, aparentemente incólume bajo el calor ardiente del día. Ni siquiera una pequeña gota de sudor humedecía su correoso rostro.

-Es como el acero más puro -murmuró Kull, admirado.

Entregado él mismo a la ciega rabia, envidiaba el control de hierro que ejercía el lemur sobre sí mismo.

Dos días de un viaje agotador y chamuscante les permitió salir de las arenas de Camoonia y llegar a las bajas colinas verdes que marcaban los limites de Zarfhaana. Aquí, se detuvieron ante dos guardias zarfhaanos, y Kull se adelantó para parlamentar con estos centinelas.

-Soy Kull, rey de Valusia -dijo bruscamente-. Seguimos el rastro de Felnar, un secuestrador de mujeres. No intentéis detenerme ni impedírmelo. Yo seré responsable ante vuestro emperador.

Los dos centinelas se hicieron a un lado, y saludaron a la hueste armada. Una vez que ésta hubo desaparecido en la distancia, uno de ellos se volvió hacia el otro con una mueca burlona.

-¡Te he ganado la apuesta! El propio rey de Valusia le sigue el rastro a Felnar.

-Así es -asintió el otro-. Estos bárbaros son muy ardientes en cuestiones de honor, siempre ávidos por vengar sus agravios. ¡Por todos los dioses!, si hubiera sido un verdadero valuso, habrías perdido la apuesta.

El retumbar de las monturas de los jinetes de Kull arrancó ecos en los valles de Zarfhaana. Se detuvieron para enviar un mensaje al emperador zarfhaano y asegurarle sus propósitos pacíficos, y fue aquí donde alcanzaron a Ka-yanna, el vengativo y traicionado novio.

Mientras se detuvieron brevemente para conferenciar, se extendió por todas partes la noticia de que el rey de Valusia cabalgaba hacia el sol naciente. Los pacíficos habitantes de las aldeas acudieron en tropel para ver a los poderosos valusos.

-De modo que según tus informes, el secuestrador nos lleva muchos días de ventaja -musitó Kull con expresión ceñuda-. Tenemos que seguirle la pista de cerca. No vale la pena interrogar a estos campesinos, pues Felnar los habrá sobornado con mucho oro para que nos den pistas falsas y nos mientan.

Ka-yanna torció sus delgados labios en una sonrisa maliciosa.

-Permitidme que sea yo quien les interrogue, mi señor. Les arrancaré la verdad del mismo modo que se saca el agua de un paño retorcido.

Kull ni siquiera se tomó la molestia de ocultar su desprecio.

-¿Mediante la tortura? Mantenemos relaciones amistosas con los zarffhaanos. Su señor nos permite el paso pacífico por sus dominios; cabe esperar que sería demasiado hacerle tragar la tortura a sus campesinos.

-¿Qué le importa al emperador unos pocos aldeanos maltratados?

Kull lo apartó a un lado, impaciente.

-Ya basta. Kelkor..., veamos ese mapa.

Se inclinaron sobre el pergamino donde aquellas tierras aparecían dibujadas con tintas de color azul, carmesí y verde.

-No es muy probable que se haya aventurado hacia el norte -reflexionó Kull en voz baja-, ya que en esa dirección, y más allá de Zarfhaana, sólo está el mar, infestado de bribones y piratas.

-Tampoco hacia el sur -observó Kelkor con firmeza-, porque allí se encuentra Thurania, enemiga hereditaria de su nación.

-En mi opinión -dijo Brule tras reflexionar un momento-, continuará hacia el este, tal y como ha venido haciendo hasta ahora. Eso significa que cruzará la frontera oriental de Zarfhaana en algún punto situado cerca de la ciudad fronteriza de Talunia, para entrar en las zonas desérticas de Grondar. Entonces, probablemente se dirigirá hacia el sur, en busca de un camino abierto que le conduzca a su propio país, Farsun, que se encuentra al oeste de Valusia. Se abrirá paso a través de los pequeños principados situados al sur de Thurania. No puede ir a ninguna otra parte.

-En efecto -asintió Kull, mostrándose de acuerdo-. Pero aquí hay algo extraño. Si su objetivo consistió desde el principio en llegar a Farsun, ¿por qué dirigirse hacia el este, en la dirección opuesta?

-Probablemente, señor, porque en estos tiempos inciertos todas las fronteras de Valusia se hallan cerradas, a excepción de la oriental. Jamás habría podido cruzar los caminos estrechamente vigilados sin disponer de un salvoconducto del rey. Y mucho menos habría podido hacer pasar a la condesa al otro lado de las fronteras.

Así pues, continuaron cabalgando hacia el este durante largos y fatigosos días. Las afables gentes del campo festejaban su llegada cada vez que se detenían, ofreciéndoles gran cantidad de alimentos zarfhaanos, y rechazando el pago que se les ofrecía por ellos. Era un territorio suave y lánguido, pensó Kull, tan impotente como una muchacha de ojos muy abiertos que contemplara la llegada de un conquistador despiadado.

Los cascos de los caballos arrancaban una música acerada que se extendía sobre los valles de ensueño y los bosques verdeantes. Kull conducía a los asesinos rojos con dureza, y les ofrecía apenas un mínimo de merecido descanso. Pues justo delante de él, como un fantasma burlón, aleteaba el rostro elusivo de Felnar. El corazón de Kull ardía con el placer

Librodot

de hierro al rojo de la venganza, con el odio implacable del salvaje ante el que ceden todos los demás deseos.

Al amanecer llegaron a la ciudad fronteriza de Talunia. La hueste estableció su campamento en la linde del bosque, y Kull entró en la ciudad, acompañado únicamente por Brule. Las puertas se abrieron a la vista de la enseña real de valusia y el símbolo del paso libre que le había enviado el propio emperador de Zarfhaana, compuesto por un sello dorado en el que se veía a un grifo de aspecto feroz, con un león en su pico ganchudo.

-Te saludo -dijo Kull llevando a un lado al comandante de la guardia de las puertas de Talunia-. ¿Está en la ciudad un tal Felnar de Farsun, y Lala-ah de Valusia? Deberían haber llegado, procedentes del oeste, hace unos tres días.

El comandante asintió con un gesto.

-En efecto. Entraron hace unos días por esta misma puerta, pero no sabría deciros si han abandonado la ciudad o no.

Kull depositó en su mano un brazalete de piedras preciosas que se quitó de su propio antebrazo.

-Escúchame entonces, y atiende a lo que te digo: no soy más que un noble valuso errante, acompañado por un esclavo picto. Nadie necesita saber más que eso, ¿entendido?

El soldado miró con avidez el valioso brazalete y se lo guardó.

-Desde luego, mi señor. Pero ¿qué decir de vuestros guerreros, acampados junto al bosque?

-Su campamento no puede verse desde la ciudad, puesto que un brazo del bosque se interpone. Ese brazalete también pagará tu desconocimiento sobre la presencia de mi hueste armada, ¿de acuerdo?

-¡En el nombre de Valka! Soy un soldado de Zarfhaana, mi señor. ¿Cómo puedo ser tan falso ante mi emperador y su virrey, que gobierna la ciudad, y fingir ignorancia ante la presencia de un ejército extranjero? No creo que tengáis planeada ninguna traición, pero aun así...

En los ojos de Kull apareció una llamarada gris.

-El propio sigilo del emperador te obliga a obedecer. Mantén la boca cerrada, y todo saldrá bien. Sólo busco a un traidor de Valusia, y no pretendo causar el menor daño a Zarfhaana.

De mala gana, el comandante de la puerta obedeció y Kull y su camarada picto entraron en la ciudad. Ya se observaba una gran agitación en el bazar, a pesar de que los brillantes estandartes del amanecer todavía no se habían desplegado por el cielo. La estatura gigantesca de Kull y la desnudez broncínea de Brule atrajeron las miradas de los curiosos, pero aquélla era una reacción muy natural. Kull se había echado una capa polvorienta sobre su armadura real, y confiaba de ese modo en no despertar comentarios indebidos.

Encontraron una pequeña taberna y se sentaron ante una mesa, cómodamente instalados en el local de techo bajo para beber cerveza ante la chimenea encendida, atentos para ver si podían enterarse de alguna noticia de lo que andaban buscando. Kull ya había estado en la sociedad civilizada el tiempo suficiente para saber que puede conseguirse más información en una taberna que en la cámara del espía jefe de un rey.

Bebieron, e invitaron a otros a un trago de vino, y así transcurrió el largo día, pero no llegó a sus oídos una sola palabra sobre la pareja de fugitivos, a pesar de todas las preguntas que hicieron. Si Felnar de Farsun y la condesa de Vanara se hallaban todavía en la ciudad, desde luego ocultaban muy bien su presencia. A Kull le había parecido que la presencia de un galante petimetre y una hermosa heredera de sangre real habría sido suficiente para

desatar las lenguas de uno a otro extremo de la ciudad, pero no fue ése el caso. ¿Se equivocaba entonces en sus conjeturas? ¿había continuado la pareja su huida, en lugar de quedarse allí a descansar?

La noche ya caía, envolviendo las calles en colores purpúreos, cuando Brule y su señor abandonaron la taberna para buscar la información en las calles. Las estrechas vías de la vieja ciudad aparecían abarrotadas por una multitud de juerguistas nocturnos. Las antorchas y las linternas refulgían y resistían los soplidos del viento nocturno.

De pronto, Brule sujetó un brazo de Kull con su dura mano e indicó con un gesto hacia la izquierda, donde se abría la boca oscura de un callejón. Dentro del callejón estaba de pie una figura encogida que les hacía señas con una mano, similar a una garra. Tras intercambiar una rápida mirada y soltar las dagas en sus vainas, se encaminaron hacia el oscuro callejón.

Se trataba de una vieja arrugada, de ojos legañosos, encorvada por la edad y envuelta en un manto raído y sucio que le caía de los hombros inclinados.

-Kull..., Kull..., ¿qué buscáis en las calles tortuosas de Talunia? preguntó con una voz susurrante y aguda.

Los dedos de Kull se cerraron con fuerza sobre la empuñadura de su daga.

-¿Cómo sabes mi nombre, vieja madre? -preguntó.

La anciana emitió una risa aguda.

-En el mercado hay muchos ojos que ven, y muchas lenguas que susurran, y aunque bien es verdad que soy vieja, tengo buenos oídos.

Brule lanzó un juramento apenas contenido y sujetó a la vieja por el brazo.

-También tienes un cuello que se puede rebanar, a menos que nos digas lo que queremos saber, vieja bruja.

La anciana no prestó la menor atención a la amenaza Sus pequeños ojos legañosos le miraron astutamente desde las oscuras sombras.

-Esta. bien, Kull, puedo conduciros ante quienes buscáis, pero... ¿tenéis oro?

-Lo suficiente como para que lleves una vida llena de comodidades -contestó el rey.

-¡Bien! ¡Eso está muy bien! Ya es lo bastante duro ser vieja como para encima ser pobre. Escuchadme bien. Los dos que buscáis saben que estáis rondando por aquí. En estos momentos se preparan para huir en cuanto haya oscurecido lo suficiente. Se ocultan en una cierta casa, y pronto, muy pronto, se marcharán...

-¿Cómo? -preguntó Brule con recelo-. ¡Las puertas de Talunia se cierran a la puesta del sol!

-Sí, en efecto, pero unos caballos les esperan apostados junto a un postigo de la puerta oriental. La guardia ha sido sobornada... Ah, el joven Felnar cuenta con muchos amigos en la ciudad de Talunia.

-¿Dónde está esa casa? -quiso saber Kull.

La anciana extendió hacia él la palma de una mano sucia.

-Dadme una prueba de vuestra buena voluntad, señor. Dejadme ver el color de vuestro oro. -Kull colocó un grueso disco de oro en la mano nudosa. La anciana se lo acercó a los ojos, lo mordió y pareció sentirse satisfecha. Se echó a reír agudamente y se desplazó hacia atrás y hacia adelante, en una grotesca parodia de una reverencia-. Por aquí Seguidme por aquí...

Caminó cojeante por el oscuro callejón, seguida de cerca por Kull y el picto, que avanzaban con aspecto ceñudo, muy conscientes de que la más vil de las traiciones podía esperarles oculta en aquellas guaridas y recovecos. Siguieron su figura inclinada, que se desplazaba arrastrando los pies, y pasaron de una calleja polvorienta a otra, junto a pordioseros pedigüeños y quejosos, que miraban sus figuras robustas y les dirigían sonrisas afectadas.

Finalmente, se detuvieron en la zona más pobre de la ciudad, ante una enorme casa oscura de ventanas cerradas y fantasmales paredes negras. La vieja les susurró, con un hálito fétido de su respiración, que Felnar y la condesa se habían alojado en una estancia, situada en lo alto de la escalera. Kull asintió con un gesto hosco, mientras los pensamientos cruzaban aceleradamente por su mente.

-Brule, sigue a esta mujer hasta el lugar donde esperan los caballos. Conozco ese postigo; lo he visto cuando reconocimos las murallas. Yo entraré ahí.

-Pero Kull -protestó Brule-, ¡no podéis entrar solo en ese lugar negro! Pensadlo bien, puede ser una emboscada.

-Haz lo que te digo, y espérame sin perder de vista los caballos. Me reuniré contigo allí Felnar se me podría escapar. Tú estarás vigilante para atraparle si aparece antes de que yo lo encuentre.

-¿Y mi oro? ¿Dónde está mi oro? -lloriqueó la vieja.

Kull la miró con ferocidad.

-Lo recibirás cuando esté seguro de que me has conducido a la guarida de Felnar. Y ahora, vete con Brule.

En cuanto se hubieron fundido con las sombras, Kull entró en la casa negra, tratando de penetrar la oscuridad con sus lobunos ojos grises, de percibir el menor rastro de luz. Con la daga en la mano, preparada, ascendió con cautela por la crujiente y vieja escalera. A pesar de su vasto corpachón, Kull se movió tan rápida y silenciosamente como un leopardo que estuviera de caza, un truco aprendido de los tiempos en que, siendo muchacho, cazaba en los bosques de Atlantis.

Aunque el vigilante que estaba sentado en el rellano de la escalera hubiera estado despierto, cabe dudar que hubiera podido oír a Kull acercarse. Tal y como sucedieron las cosas, sólo despertó cuando una mano de hierro se cerró sobre su boca, para caer de inmediato en un sueño mucho más profundo, después de que la pesada empuñadura de la daga se estrellara contra su sien.

Kull se inclinó por un momento sobre el vigilante inconsciente, con el oído atento, tratando de percibir un atisbo de movimiento en el silencio. Un silencio que parecía dominarlo todo. Se acercó a la puerta de la cámara que la vieja le había indicado. ¡Allí dentro había alguien! A sus oídos tensos llegó el susurro de unas débiles palabras, el crujido de las tablas del suelo.

Entonces, con un rápido salto felino, Kull derribó la puerta de un solo empellón y se encontró en el interior de la estancia que había al otro lado. Sólo se detuvo un instante, para sopesar rápidamente las posibilidades. Por lo que sabía o le importaba, le daba igual que hubiera estado esperando su llegada un puñado de asesinos armados.

La habitación estaba tan oscura como un pozo, a excepción del trazo plateado de la luna sobre el suelo y de la ventana abierta. Dos figuras negras se recortaban sobre el rectángulo blanco de la ventana. ¡Se disponían a escapar! Bajo el frío resplandor de la luna plateada captó la visión fugaz de unos ojos negros en el rostro hermoso de una mujer, y el rostro sonriente de un hombre oscuramente atractivo.

Un rugido de furia bestial se escapó de sus labios al tiempo que cruzaba de un solo salto la habitación vacía y llegaba ante la ventana, donde sólo encontró la cuerda por la que habían descendido aquellos dos.

Una vez que se encontró en el callejón situado tras la casa. todavía pudo ver a las dos figuras confundirse con las sombras del laberinto de callejas. Echó a correr tras ellos, pero el pasar de la brillante luz de la luna a la más penetrante oscuridad confundió su visión, y una risa burlona quedó flotando en el aire y llegó hasta él, mientras que otra risotada, ésta a pleno pulmón, parecía expresar la diversión de un hombre. No perdió el tiempo en seguirles la pista a través del laberinto de callejas tortuosas, sino que echó a correr directamente hacia el postigo donde debían de estar esperándoles los caballos.

Y encontró los caballos allí, en efecto, y también a Brule y a la vieja, pero ni el menor rastro de los dos fugitivos burlones. Kull maldijo como un loco. Felnar,. aquel bribón traicionero que se movía furtivamente, había sabido engañarle. Ahora se daba cuenta de que la presencia de los caballos no era más que un señuelo. La pareja había escapado por alguna otra ruta. En tal caso, quizá pudiera atraparles todavía.

-¡Rápido! -exclamó montando de un salto sobre uno de los caballos de Felnar-. Ve al campamento y alerta a los asesinos rojos. ¡Yo seguiré el rastro de Felnar! ¡Seguidme después con todos los hombres!

Y, tras arrojar una abultada bolsa hacia la vieja. se perdió al galope, envuelto por las sombras de la noche.

Kull cabalgó durante toda la noche como un demonio, esforzándose por acortar los preciosos momentos que Felnar y la condesa le habían ganado. Su rastro conducía hacia el este, en dirección a Grondar, tal y como había predicho Brule. Se mantenía muy inclinado sobre el cuello del animal, cuyas crines al viento le azotaban el rostro, y le hincaba las espuelas en los flancos. ¡Hacia el este, a Grondar, el Reino de las Sombras!

Las estrellas empezaban a palidecer en el oeste, y el amanecer surgió por los cielos orientales cuando el jadeante corcel de Kull ascendió las estribaciones de las montañas orientales y se detuvo al llegar a lo alto, donde el gran paso hendía las montañas como una raja gigantesca, como el corte hecho por una magnifica cimitarra de los dioses. El farsuno y la mujer tenían que haber seguido este camino, pues no había otro paso que atravesara esta muralla de escarpaduras que se extendía a lo largo de mil millas, formando así una frontera natural entre Zarfhaana y Grondar. Obligó a su fatigado caballo a dirigirse hacia la parte más alta del paso, y se quedó a descansar allí, con las manos apoyadas sobre los cuernos de la silla, oteando el horizonte.

Allí estaba Grondar, una extensión envuelta en un crepúsculo purpúreo, a la espera del amanecer que ya perlaba el horizonte. Formaba el reino más oriental de los Siete Imperios, la última fortaleza de la humanidad, y más allá no había nada, excepto el más vacío de los desiertos, que se extendía hasta los mismos confines del mundo. Seguramente, muy pronto se enfrentaría con el farsuno, ¡espada contra espada! Porque Felnar no podía seguir cabalgando mucho más hacia el este.

Más allá de la pendiente, allá abajo, Kull vigilaba el camino. Las escarpaduras caían a pico sobre la vasta planicie, formada por millas y millas de terrible sabana, donde la hierba corta se inclinaba a impulsos del viento. Y allí..., aquel punto que se alejaba por el camino... ¡Felnar!

Se lanzó hacia adelante, bajando hacia el paso, por entre los riscos, dirigiéndose hacia las brumosas planicies de Grondar. No tenía tiempo que perder, no podía esperar a que le alcanzaran Brule, Kelkor y los asesinos rojos. Los dos que buscaba sólo le llevaban una ligera ventaja. Cierto que su caballo estaba agotado, pero el de Felnar debía de estar tan fatigado como el suyo y mucho más, puesto que llevaba una doble carga.

El paso se hallaba protegido por una solitaria torre de vigilancia en la que dos zarfhaanos montaban la guardia. Le saludaron y le gritaron mientras él pasaba a uña de caballo, pero no se molestó en responder y los dos hombres no le siguieron. Salieron de la torre, con expresiones de sueño, y se quedaron mirándole alejarse por el camino blanco, dejando una nubecilla de polvo tras los cascos del caballo. El sol apareció sobre el horizonte misterioso del este más lejano, como una bola de fuego rojo. La neblina que cubría el terreno de hierba pareció captar aquel fuego y adquirió una tonalidad carmesí, sobre la que cabalgó Kull, como una figura negra, jinete y caballo confundidos en uno solo, como una estatua de basalto negro que contrastara con las puertas del amanecer.

-Ahí va otro -comentó lacónicamente uno de los guardias.

-Sí - asintió apagadamente su compañero.

-Cabalga hacia el sol naciente. ¡Estúpido!

-Así es -repitió el otro emitiendo una risa baja.

-Cabalgan hacia el sol naciente, ¿y quién ha regresado nunca de ahí? En todos los años que llevamos aquí de vigilancia, ¿quién ha vuelto por ahí?

-Ninguno.

Brule y la hueste de hombres armados alcanzaron a Kull a media mañana. Se había detenido y estaba de pie, esperándoles, con una expresión ceñuda en el rostro, cubierto de pies a cabeza por el polvo del camino, junto al cadáver del caballo.

-Estuve a punto de alcanzarle -gruñó Kull al tiempo que montaba sobre uno de los caballos de los asesinos rojos-. Pero se volvió en la silla y disparé una flecha, que alcanzó al caballo. ¡Maldita suerte! Pero sigue avanzando hacia el este, siempre hacia el este.

Los hombres continuaron su avance a través de la planicie ondulante por la hierba. Se desplegaron en un amplio frente, con la mirada atenta para descubrir cualquier signo que les indicara la presencia de los dos que perseguían. Ahora, Kull sospechaba que Felnar y la condesa intentarían desviarse en cualquier momento hacia el sur, pues nadie podía querer seguir penetrando más profundamente en Grondar, el Reino de las Sombras, cubierto de leyendas. Así, cabalgaron en formación abierta, mientras los pictos de Brule se desplegaban ampliamente, como lobos en descubierta, hacia el norte y el sur.

Pero las huellas del caballo de Felnar seguían alejándose hacia el este, y se dirigían directamente hacia el sol naciente.

Empezaron a sentirse inquietos en este terreno misterioso. Los hombres se susurraban extraños rumores sobre Grondar, en el extremo del mundo. Los viajeros nunca llegaban hasta aquí, pues Grondar era un territorio misterioso y los hombres que lo habitaban, si es que eran realmente hombres y no formas oscuras disfrazadas de hombres, tenían muy poco o nada que ver con las tierras occidentales. Kull ni siquiera se molestó en enviarle un mensaje al rey de Grondar para solicitar paso libre, como había hecho en Zarfhaana, pues corría el oscuro rumor de que Grondar no tenía rey, sino que, según decían los hombres, era gobernado por los hechiceros, mientras que otros aseguraban que eran los demonios

quienes gobernaban allí Cualquier territorio que se encontrara tan cerca del fin del mundo bien podía ser gobernado por cosas que habitaran... más allá.

Cabalgaron sin descanso ni pausa durante toda la mañana, hasta que los caballos quedaron exhaustos. Sus pesados flancos estaban cubiertos de sudor, y la espuma brotaba de sus mandíbulas abiertas, mientras que los ojos rodaban en blanco en sus órbitas. Pero eran caballos de guerra de Valusia, descendientes de linajes nobles que habían sido criados y cruzados durante mil años, y continuaron la marcha.

A Kull empezaba a resultarle un verdadero misterio comprender cómo podía Felnar mantener su estrecha ventaja, montado como iba en un solo caballo. Empezó a sospechar cosas extrañas, cosas oscuras. Quizá este misterioso territorio de Grondar le estaba afectando los nervios, ya bastante tensos, y toda esta desolación fantasmal e infinita llanura brumosa arrojaba un hechizo sobre su mente. Pero lo cierto fue que empezó a sospechar un acto de brujería.

Los vieron hacia el mediodía del segundo día. Formaban una oscura banda de hombres, montados en ponies negros y esqueléticos. Permanecían mortalmente silenciosos, como a la espera de que se acercaran los valusos. Kull ladró tensas órdenes a sus agotados hombres, exigiéndoles cautela y valor.

Cabalgaron hacia donde esperaban los grondaros, con Kull al frente y Kelkor y Brule a cada lado. Luego, hizo una señal a sus hombres para que se detuvieran y los tres se destacaron de entre el grupo, dirigiéndose hacia la línea que formaban los grondaros. Kull los estudió con ojos entrecerrados. Eran hombres extraños y silenciosos, que formaban una hueste de unos cuatrocientos, de aspecto guerrero a juzgar por su apariencia, con rostros morenos y enjutos y cabellos negros y enmarañados que oscilaban al viento. Hombres silenciosos y feroces, ágiles y duros, toscamente vestidos en brillante cuero negro, con relucientes espadas que despedían destellos bajo la luz cenital, hasta el punto de causar daño a la vista sólo de mirarlos. Hombres oscuros y silenciosos, de ojos amarillos y escudos de piel de búfalo, donde mostraban, pintados. toscos símbolos de terribles rostros demoniacos y monstruos como ninguno de los que hubieran oído hablar, ni siquiera en las fábulas más crueles, o en los mitos más negros transmitidos en voz baja.

El jefe de aquellos hombres era un anciano; los años pesaban mucho sobre él, y la barba y la cabellera flotante al viento era gris, como la piedra gastada por el paso del tiempo.

-Extranjeros, ¿qué hacéis en estas tierras? -preguntó con un tono de voz bajo y pesado, como una tormenta distante percibida en un día caluroso.

-Perseguimos a unos fugitivos de la justicia que huyeron de nuestra nación -contestó Kull con un tono de voz uniforme.

Los ojos fríos y amarillos del anciano le miraron con una extraña expresión de burla.

-¿La justicia? ¿Hablas de justicia, extranjero? He oído pronunciar esa palabra antes de ahora, pero aquí, en Grondar, en los confines del mundo, hablamos poco de justicia. Preferimos hablar de la voluntad de los dioses, o de los demonios de la oscuridad, según cuál sea la voluntad más fuerte.

-Que sea así -asintió Kull con una voz sin inflexión alguna-, pero queremos continuar nuestro camino. No tenemos ninguna disputa pendiente con Grondar o con sus dioses. Sólo buscamos a los dos que siguen cabalgando hacia el este.

Los ojos amarillos del anciano flamearon en su rostro gastado y correoso.

-¿Hacia el este has dicho, extranjero? ¿Cabalgas hacia el este?

-Sí, hasta que hayamos alcanzado a los dos que perseguimos -dijo Kull.

Y se preguntó por qué razón sus palabras arrancaron risas entre los enjutos y silenciosos hombres de Grondar. El anciano jefe también se echó a reír, con una estridente risotada salvaje, como de loco, llena de una fría crueldad y burla, terrible de oír, procedente de unos labios humanos.

-En tal caso, continúa tu camino, extranjero. Sigue cabalgando..., ¿hacia el este, has dicho? Si, continúa, y que al final de tu viaje se cumpla la voluntad de los dioses, o la de los demonios de la gran oscuridad..., según la que sea más fuerte.

La risa estridente y fría del anciano siguió a Kull cuando regresó para reunirse con sus tropas. Cabalgaron en silencio, pasaron ante las huestes de Grondar y se perdieron entre las brumas mediodía, después de que el viejo les dirigiera un último grito burlón:

-¡Cabalgad, estúpidos, cabalgad! Porque quienes cabalgan más allá del sol naciente... no regresan jamás.

Continuaron avanzando en silencio durante toda la tarde, a través de la susurrante hierba, y ya no volvieron a ver a los grondaros. Era como si se los hubieran tragado las brumas y las hierbas, o el eco de los silencios del Reino de las Sombras.

Hacia el amanecer del siguiente día llegaron ante un gran río que atravesaba la oscura llanura como un enorme foso que rodeara un castillo de los dioses. Era una vasta extensión de agua pálida, que se deslizaba lentamente, y de la que brotaba una neblina baja, mientras el rojo sol naciente se reflejaba en las ondulantes aguas hasta hacerlo parecer casi un río de lava ardiente. Allí se detuvieron. No podían continuar. Y sin embargo, el rastro del farsuno se perdía directamente en la orilla de crecidos juncos.

Entonces, de entre el sol naciente, surgió una deslizante balsa plana que cruzaba las aguas de oscuro color carmesí, dirigida por un viejo. Era viejo, sí, pero poseía una poderosa estructura y era incluso más corpulento que el propio Kull. Demostraba tener una trasnochada fortaleza, como las ruinas de un castillo real que el paso del tiempo hubiera desgastado, sin llegar a derribar del todo. No era grondaro, pues su rostro, aunque enjuto, era pálido, y sus ojos, por debajo de unas pobladas cejas blancas, no eran sesgados y amarillentos como los hombres oscuros de Grondar, sino que formaban grandes y luminosas órbitas en las que brillaba una extraña sabiduría.

-Extranjeros, ¿queréis cruzar las aguas hacia lo que hay en la otra orilla? -preguntó con voz profunda y serena.

-Sí, eso queremos hacer -contestó Kull.

-Entonces venid, rey, pues percibo que sois regio y poderoso, según miden los mortales el poder y la realeza. Venid..., pero solo, porque mi balsa sólo puede transportar a uno hacia el sol naciente.

Kull observó con atención al viejo de la balsa.

-¿Qué hay más allá del sol naciente, anciano? ¿Una ciudad?

-No, aquellos que pasan las aguas del Stagus dejan las ciudades atrás. Ningún hombre sabe lo que hay más allá, pues esto es el fin de Grondar, la parte oriental más extrema de todos los territorios humanos, y el confín de los Siete Imperios. Más allá del río no hay otra cosa que el extremo del mundo, los límites de la tierra.

Un murmullo recorrió las filas de los asesinos rojos ante estas ominosas palabras. Brule lanzó un juramento, y le rogó a Kull que se quedaran allí, para regresar y dejar que el

farsuno y la mujer corrieran el oscuro destino que sin duda les estaba reservado más allá del sol naciente. Pero Kull se mostró inexorable.

-Si he llegado hasta tan lejos, terminaré la búsqueda -dijo Kull.

-Vamos entonces -dijo el viejo de la balsa, y sus grandes ojos grises brillaron con una extraña luz.

Kull subió a la balsa, y el viejo, ayudándose con una vara, apartó la balsa de la orilla, donde se quedaron los guerreros valusos, envueltos en el silencio. Flotaron sobre las anchas aguas carmesíes del Stagus, y las brumas del amanecer no tardaron en ocultar la orilla que habían dejado atrás. Kull observó con recelo la figura mística del anciano.

-¿Quién eres, anciano, dedicado a transportar a los viajeros hasta los confines del mundo?

El hombre le sonrió a través de los jirones de niebla, y su voz sonó como el trueno distante en las colinas.

-Soy de la raza antigua, la que gobernó este continente de Thuria antes de que existiera Valusia, el Reino de las Sombras de Grondar, o cualquier otro de los reinos que conocéis -contestó con naturalidad.

Kull experimentó un escalofrío de respeto y admiración, porque Valusia era tan antigua como el tiempo; Valusia ya era antigua cuando los picos de Atlantis y de la vieja Mu no eran más que islas perdidas en el mar. Un estremecimiento de una emoción más fuerte que el respeto recorrió la poderosa estructura de Kull, pues sabía que pueblos oscuros y terribles habían gobernado Valusia en los tiempos oscuros, antes de que los hombres mortales llegaran a aquellas tierras. Entre aquellos pueblos se encontraban los terribles hombres serpiente, que en realidad no eran hombres sino cosas demoníacas que se disfrazaban de humanos; aquellos seres habían sido expulsados de Valusia cuando el reino cayó en sus manos, pero, por lo que sabía, continuaban viviendo y habitando en rincones ocultos repartidos por los Siete Imperios.

El viejo de la balsa adivinó sus pensamientos y le sonrió.

-No, rey de los hombres, yo no soy uno de esos sirvientes de la serpiente. Ellos también llegaron después de que gobernara la raza antigua. La tierra era nuestra desde hacia mucho más tiempo, aunque ahora nos hemos alejado de ella para regresar a aquel reino legendario del que procedíamos, hacia el este, más allá del sol naciente. Fue precisamente desde el este, ¿sabéis?, desde donde surgió el primer amanecer del tiempo, creado por el gran Ka, el ave de la creación, para que se extendiera por las tierras de los hombres. Nosotros vimos volar a Ka, con sus alas de ébano ensombreciendo las estrellas del amanecer del tiempo, y volveremos a ver su regreso por el este, con el sol poniente del tiempo, cuando terminen todas las cosas.

Más allá de las aguas carmesíes del Stagus el terreno se extendía plano y terrible, como las llanuras del infierno. Kull echó a caminar por entre los jirones de niebla, y dejó atrás la figura inmóvil del anciano de la balsa, que se quedó allí de pie, alto y terrible, mirándole con ojos luminosos en los que alumbraba una sabiduría sin límites, como un sueño de los tiempos antiguos.

El terreno desierto se elevaba lentamente y formaba suaves colinas. El amanecer relumbraba sobre la cabeza, pero este territorio misterioso, situado más allá del río, se hallaba cubierto por las nieblas y el rey ni siquiera podía ver el cielo que se elevaba sobre él. Continuó su marcha implacablemente.

Y allí estaban, esperándole, sobre la cresta de una colina. Ya no huyeron más al verle llegar, sino que permanecieron allí de pie, en silencio, la mujer y su amante. Kull experimenté una sensación de irrealidad. Tenía la impresión de haber pasado eras enteras buscando a aquellos dos fugitivos, y de que ellos siempre habían logrado escapar antes de su llegada. Ahora, en cambio, se quedaban allí, esperándole, y una espada relucía en la mano derecha de Felnar.

Kull se acercó a ellos y les miró por entre la niebla, que se arremolinaba a su alrededor. La rabia y la alegría hinchaban su corazón y espesaban su garganta.

- ¡Por fin, perro de Farsun! ¡Ahora ya no huyes!

-En efecto, Kull -dijo el hombre de rostro delgado y moreno al tiempo que lanzaba una risotada que hizo hormiguear la espina dorsal de Kull con una sospecha, como si unos dedos helados la recorrieran-. La huida ha terminado, lo mismo que la búsqueda. ¡Esta mascarada ha concluido!

Su voz se elevó como un grito de triunfo y su espada, al levantarla, relampagueó con un terrible brillo de llamarada verde, como si se tratara de una antorcha encantada. Bajo la misteriosa luz esmeralda, Kull pudo ver bien a la mujer... justo en el momento en que se desvanecía y desaparecía en el aire, como un jirón más de niebla, con una sonrisa de burla sobre sus rasgos pálidos.

-¡En nombre de Valka! -exclamó sintiendo que se le ponían de punta los pelos de la nuca-. ¿Qué clase de brujería demoníaca es ésta?

La tormentosa risotada de Felnar retumbó a su alrededor, la forma del hombre se convirtió en una sombra que se fue haciendo más y más grande en medio de la tenue neblina, mientras su rostro cambiaba...

-En efecto, ha sido la brujería, oh, Kull, lo que te ha engañado para atraerte hasta el fin del mundo, donde tus dioses ya no pueden protegerte, y donde no cuentas con ayuda alguna contra mi cólera.

La neblina se aclaró entonces y Kull vio el rostro del hombre. No era un rostro, ¡sino una máscara de hueso blanco y desnudo! Una calavera sin carne, que parecía sonreír con una mueca, y que se levantaba sobre la estructura de un guerrero que poseía un cuerpo poderoso. Una calavera de marfil, en cuyas cuencas huecas, vacías y sombreadas ardían dos lenguas lívidas de llamas bailoteantes, que ocupaban el lugar de unos ojos humanos.

- ¡Thulsa Doom!

La máscara de la muerte le miró como un fantasma de pesadilla desde aquellos pozos escarlata del infierno, y la espada flameó con una radiación verdosa que pareció lamer los blanqueados huesos, otorgándole una ilusión de vida y movimiento.

-Así es, Kull de Valusia. Soy Thulsa Doom, ¡el más poderoso de los brujos de la tierra! La última vez que nos encontramos ya te advertí que volveríamos a enfrentarnos..., ¡y esa hora ha llegado!

Una horrible risotada helada brotó de entre las mandíbulas abiertas de la calavera, y Kull sintió que la sangre se le helaba en las venas. ¡Thulsa Doom! ¡El más poderoso maestro de la magia negra que existía en los Siete Imperios! En cierta ocasión había atraído a Kull hacia las aguas mortales del lago prohibido, empleando para ello un truco similar a éste. Kull recordaba bien a la gata de Delcardes, su antigua sabiduría y su voz susurrante. Gracias a la buena suerte de Kull, o a la mano protectora de los dioses que habían intervenido para salvarle, había logrado escapar de la trampa tendida por el brujo. Pero ahora se encontraban frente a frente, en los oscuros territorios situados en el fin del mundo, donde ningún dios podía intervenir.

-Yo, que en otros tiempos serví a la serpiente, juré acabar contigo, perro salvaje atlante, y ahora ha llegado ese momento. Has sido un estúpido al confiar en lo que te dictaban tus sentidos... La condesa sigue viviendo en Valusia, sumida en un sueño encantado, y no fue más que un demonio de niebla del fin del mundo el que cabalgó conmigo, a la grupa de mi caballo, como un fantasma brumoso que se parecía a ella, mientras que yo adoptaba una figura semejante a la de un farsuno. Pero ahora ya nos hemos encontrado, Kull, y de este encuentro sólo uno de los dos regresará desde el sol naciente.

Lucharon allí mismo, envueltos por la niebla, espada contra espada, y el brujo era fuerte e incansable como una estatua de hierro negro, mientras que Kull se hallaba agotado por los incontables días de búsqueda, por la dura cabalgada y las noches sin descanso. El acero chocó contra el acero y en cada uno de los golpes que propinaba contra la espada de fuego verde, Kull sentía que la fortaleza abandonaba su cuerpo. los brazos le pesaban como si fueran de plomo, el cerebro se le apagaba a causa del agotamiento, su poderoso pecho jadeaba en busca de aire limpio, como si se encontrara luchando por debajo de unas frías aguas muertas que se aplastaran contra él, entumeciéndole la carne.

Se dio cuenta entonces de que el brujo cadavérico luchaba con un arma mágica. Pero, a pesar de todo, siguió luchando, extrayendo fuerzas de pozos de fortaleza que nunca se había visto obligado a utilizar hasta entonces. Y, mientras luchaba, la voz fría del brujo resonaba burlonamente en sus oídos.

- ¡Así, Kull, lucha, lucha! Lucha hasta que agotes la última gota de fortaleza que te quede, y caigas a mis pies como una estatua de piedra, incapaz de moverte más. Porque a cada golpe que das, atlante, mi espada encantada extrae la fortaleza de tu brazo y la vierte sobre el mío. Y debes saber, Kull, que luches como luches, no podrás acabar conmigo, pues yo ya he muerto hace mucho tiempo, según la muerte que conocen los hombres, y no se sabe que la vida pueda morir dos veces.

El agotamiento pendía sobre Kull como si llevara puesta una espesa armadura de plomo sólido. Aunque los jirones de niebla eran fríos y húmedos, el sudor le brotaba del rostro, escociéndole en los ojos. Parecía como si tuviera los pulmones llenos de fuego, y la garganta tan reseca como si fuera una momia polvorienta. Habría cambiado sus posibilidades de alcanzar el paraíso por un buen trago de vino tinto fresco.

Y entonces, desde alguna parte, más allá de la niebla que se arremolinaba, surgió una voz que pronunció su nombre con tono de urgencia.

-¡La espada, Kull! ¡Cambia de espada con el diablo! ¡Arráncasela de la mano!

No sabía de dónde habían podido surgir aquellas palabras pero, a pesar de su agotamiento, sus manos exhaustas obedecieron a la voz sin pensarlo ni un momento. Golpeó con dureza y sintió que la fortaleza se le escapaba y le dejaba casi paralizado en el momento en que la espada verde detuvo el golpe de la suya. Luego, le hizo dar la vuelta hacia arriba y hacia fuera, con aquella finta que sólo conocían los buenos espadachines para trabar las hojas y desarmar al enemigo..., ¡y allá fue!, la espada verde salió volando y Thulsa Doom quedó desarmado.

A través de la niebla apareció entonces la figura inesperada de Kelkor, el lemur, húmedo de la cabeza a los pies, pues había cruzado a nado el ancho Stagus, incapaz de permitir que el rey afrontara solo aquel combate en un terreno desconocido. Recogió con una mano la espada de fuego verde y se la arrojó al debilitado Kull, que la agarró por la empuñadura y experimentó de inmediato un estremecimiento de pura fuerza que le recorrió el brazo desde la punta de la espada. Emitió una dura risotada y le lanzó su propia espada a Thulsa Doom.

-¡Has caído en tu propia trampa, brujo! ¡Veamos ahora cómo funcionan tus trucos mágicos! -graznó, con la lengua reseca.

Volvieron a luchar, envueltos por aquella neblina intemporal, pero ahora la situación había cambiado por completo. Cada vez que la espada flamígera de Kull se encontraba con el acero del brujo, un ramalazo de fortaleza fluía por su debilitado cuerpo. El cansancio desapareció de sus doloridos músculos, la visión se le aclaró, y su cerebro hasta entonces obnubilado se puso alerta. La apagada y pesada armadura del agotamiento le abandonó, trozo a trozo, y luchó de una forma extraordinaria, haciendo retroceder al brujo, ahora silencioso, hasta obligarle a caer de rodillas.

Ahora le tocó el turno a Thulsa Doom de sentir el frío hálito del destino soplando sobre su desnudez. Le brillaban las extremidades a causa del sudor, temblaba de agotamiento, y su pecho se agitaba, jadeante, ávido por aspirar el aire. Por muy muerto que estuviera, por mucha fuerza mágica vital que poseyera, el brujo sintió que su vida artificial se le escapaba gota a gota de su cuerpo, ante el avance implacable del atlante. Llamó en su auxilio a la serpiente, su voz se elevó en un grito agudo de enloquecido terror, invocó a los demonios que otras veces le habían servido, pero supo, de una forma terrible y despiadadamente definitiva, que a un truco se le pueden dar las tornas para volverse contra quien lo ha empleado primero, pues aquí, en el Reino de las Sombras, en los confines del mundo, donde ni dioses ni demonios tenían poder alguno, sus demonios no podían ayudarle, del mismo modo que los dioses de Kull tampoco le habían servido de nada al atlante.

La lucha no terminó con rapidez, pero terminó al fin. Kull traspasó el pecho de Thulsa Doom con la hoja verdosa. Le atravesó el corazón, y Kull la dejó allí, para que absorbiera la poca fortaleza que le quedaba al brujo, mientras la radiación verde brillaba más y más, a medida que la vida se desvanecía del cuerpo del brujo, que se fue encogiendo lentamente, hasta quedar convertido únicamente en un pequeño montón de polvo gris.

Kull dejó la espada donde la había hincado y se volvió para tomar a Kelkor firmemente de la mano.

-Puedes pedirme el alto mando de los asesinos rojos, tanto si eres lemur como si no -le dijo, dándole unas palmadas en el hombro-. Si he podido derrotar aquí la magia de un demonio, dudo mucho que no pueda rechazar una ley vacía de contenido en Valusia.

Brule salió a su encuentro, en la orilla del río, cuando regresó en compañía de Kelkor, después de haber cruzado a nado las ondulantes aguas del Stagus.

-¿Habéis llegado hasta el fin del mundo, Kull? –preguntó una vez intercambiados los saludos.

El rey emitió una risa hueca.

-¡En el nombre de Valka, picto! No, no lo he visto, pero en lugar de eso llegué hasta el fin de la vida.

-¿Qué hacemos ahora, Kull? ¿Hacía dónde nos dirigimos?

El rey vació un pellejo de vino, se limpió y emitió un gran suspiro de alivio.

-Nos volvemos por donde hemos venido. Es un largo camino, pero el terreno se extiende libre ante nosotros. Según dicen, nadie ha regresado de más allá del sol naciente. Quizá, pero ya hemos hecho añicos otros mitos antes de ahora.

Poco después, la voz de Kelkor resonó como el hierro.

-¡Adelante.... asesinos rojos!

Y las trompetas resonaron.

El camino de regreso hacia el oeste fue largo, duro y agotador, pero terminó por fin. Y al final del camino esta vez se encontraba Valusia, un hogar.

8 - ¡CON ESTA HACHA GOBIERNO!

1. «Mis canciones son clavos para el ataúd de un rey»

-¡El rey debe morir a medianoche!

Quien así había hablado era alto, enjuto y moreno; una cicatriz encorvada cerca de su boca le daba un aspecto insólitamente siniestro. Quienes le escuchaban asintieron, con miradas brillantes. Eran cuatro: un hombre bajo y grueso, con un rostro tímido, una boca débil y unos ojos abultados que le daban un aspecto de permanente curiosidad; un sombrío gigante, peludo y primitivo; un hombre alto y nervudo, con los ropajes de un bufón, cuyos ardientes ojos azules despedían un brillo que no parecía ser del todo cuerdo; y un fornido enano, anormalmente ancho de hombros y largo de brazos.

El que había hablado primero sonrió de una forma glacial.

-Hagamos el juramento que no puede ser roto, el juramento de la daga y la llama. Confío en vosotros, oh, sí, claro que sí. Pero es mucho mejor que cada uno de nosotros tenga la seguridad más absoluta. Observo temblores en algunos de vosotros.

-Está muy bien que lo digas tú, Ardyon -dijo el hombre bajo y grueso-. De todos modos, ya eres un proscrito, un fuera de la ley a cuya cabeza se le ha puesto precio. Tienes mucho que ganar en esto, y nada que perder, mientras que nosotros...

-Tenéis mucho que perder, y mucho más que ganar -le interrumpió el proscrito, imperturbable-. Me habéis llamado, me habéis hecho salir de mi escondite en las montañas para que os ayudara a derrocar al rey. He preparado los planes, he puesto la trampa, alimentado el cebo y estoy preparado ahora para destruir a la presa, pero para ello tengo que estar seguro de vuestro apoyo. ¿Lo juraréis?

-¡Ya basta de estupideces! -exclamó el hombre de los intensos ojos azules-. Sí, lo juraremos este amanecer, y por la noche tendremos a un rey bailando en la cuerda. «¡Oh, el canto de los carros de guerra, y el rumor de las alas de los buitres!»

-Puedes ahorrarte tus canciones para otro momento, Ridondo -dijo Ardyon con una risotada-. Éste es momento para usar las dagas, no las rimas.

-¡Mis canciones son clavos para el ataúd de un rey! -exclamó el juglar, al tiempo que extraía una daga larga y fina-. Varlets, trae aquí una vela. ¡Yo seré el primero en prestar el juramento!

Un esclavo silencioso y sombrío trajo un cirio, y Ridondo se pinchó en la muñeca e hizo brotar la sangre. Uno tras otro, todos los demás imitaron su ejemplo y luego sostuvieron cuidadosamente las muñecas ensangrentadas para que la sangre no goteara todavía. Se tomaron después de las manos y formaron un círculo, con el cirio encendido en el centro, e hicieron avanzar las muñecas hacia él, de modo que las gotas de sangre cayeron encima y, al tiempo que la llama siseaba, repitieron:

-Yo, Ardyon, un hombre sin tierra, juro cumplir lo prometido y guardar silencio, y que mi juramento sea inquebrantable.

-¡Y también lo juro yo, Ridondo, primer juglar de la corte de Valusia!

-¡Y lo mismo juro yo, Enaros, comandante de la legión negra! -dijo el gigante.

-¡Y lo mismo juro yo, Ducalon, conde de Komahar! -dijo el enano.

-¡Y lo mismo juro yo, Kaanuub, barón de Blaal! -dijo el hombre bajo y gordo, con un trémulo *falsetto*.

La luz del cirio parpadeó y se apagó, aplastada por las gotas de color rubí que cayeron sobre ella.

-Que así se apague la vida de nuestro enemigo -concluyó Ardyon.

Soltó las manos de sus camaradas y les miró uno tras otro, con un desprecio cuidadosamente velado. El proscrito sabía que los juramentos podían romperse, incluso los «inquebrantables», pero también sabia que Kaanuub, de quien desconfiaba más, era un hombre supersticioso. Valía la pena tener en cuenta cualquier posible salvaguarda, por muy ligera que pudiera parecer.

-Mañana -dijo Ardyon bruscamente-, o más bien hoy mismo, pues ya amanece, Brule, el asesino de la lanza y mano derecha del rey, parte en dirección a Grondar, en compañía de Ka-nu, el embajador picto; irán acompañados por una escolta de pictos y un buen número de los asesinos rojos, la guardia personal del rey.

-En efecto -asintió Ducalon con cierta satisfacción-, ese plan fue tuyo, Ardyon, pero yo lo hice funcionar. Dispongo de un pariente en el consejo de Grondar, y resultó bastante sencillo convencer indirectamente al rey de Grondar para que solicitara la presencia de Ka-nu. Y, claro está, como quiera que Kull honra a Ka-nu por encima de cualquier otro, debe ir acompañado de una escolta suficiente.

El fuera de la ley asintió con un gesto.

-Bien. Por fin, a través de Enaros, he logrado corromper a un oficial de la guardia roja. Esta noche, justo antes de la medianoche, ese oficial alejará a sus hombres del dormitorio del rey, con el pretexto de investigar algún ruido sospechoso o algo similar. Previamente, nos habremos introducido en el palacio, mezclados con los cortesanos, y estaremos esperando, los cinco, y dieciséis bribones desesperados a quienes he convocado para que bajen de las montañas, y que ahora se hallan ocultos en diversas partes de la ciudad. Así pues, seremos veintiuno contra uno solo...

Se echó a reír. Enaros asintió con un gesto, Ducalon sonrió con una mueca, Kaanuub se puso pálido y Ridondo se frotó las manos alegremente y cantó entonadamente:

-¡Por Valka que todos recordarán esta noche, cuando suenen las cuerdas doradas! la caída del tirano, la muerte del déspota..., ¡qué canciones podré componer!

Sus ojos se encendieron con una salvaje luz fanática, y los otros se volvieron a mirarle, con expresiones de duda. Todos, salvo Ardyon, que inclinó la cabeza para ocultar una mueca. Luego, el proscrito se incorporó de repente.

-¡Ya basta! Que cada cual regrese ahora a su puesto habitual, y que ni una sola palabra, acto o mirada traicionen lo que está en la mente de todos nosotros. -Vaciló un momento, miró a Kaanuub y añadió-: Barón, la palidez de vuestro rostro os delata. Si Kull se encuentra con vos y le miráis a esos penetrantes ojos grises que tiene, os derrumbaréis. Será mejor que os dirijáis a vuestra mansión y esperéis allí a que los llamemos. Porque con cuatro nos bastamos.

Kaanuub casi estuvo a punto de caer debido a su reacción de alegría, y se marchó balbuceando incoherencias. Los demás saludaron con un gesto al proscrito y se marcharon.

Ardyon se desperezó como un gran felino y sonrió con una mueca. Llamó a un esclavo y acudió un tipo de aspecto sombrío en cuyo hombro se veía la cicatriz, marcada a fuego, que señalaba a los ladrones.

-Mañana saldré al balcón y dejaré que el pueblo de Valusia me contemple -dijo Ardyon tomando la taza que se le tendía-, Hace meses, desde que los cuatro rebeldes me llamaron para que bajara de las montañas, me he ocultado como una rata, he vivido en el mismo corazón de mis enemigos, alejado de la luz durante el día, encogido y enmascarado por las noches cuando tenía que caminar por callejones y pasillos oscuros por la noche. Y sin embargo, he conseguido lo que esos señores rebeldes no habrían podido lograr. Trabajar a través de ellos y de otros muchos agentes, muchos de los cuales ni siquiera han visto mi rostro, dedicado a sembrar el descontento y la corrupción por todo el imperio. He sobornado y trastornado a los funcionarios, he extendido la sedición entre el pueblo y, en resumen, he trabajado en la sombra, preparando el camino para la caída del rey que ahora se sienta entronizado en el mismo sol. Ah, amigo mío, casi había olvidado que fui un estadista antes que un proscrito, hasta que Kaanuub y Ducalon enviaron a buscarme.

-Trabajáis con extraños camaradas -dijo el esclavo.

-Son hombres débiles, pero fuertes en sus formas de actuar -replicó lánguidamente el proscrito-. Ducalon es un hombre astuto, osado y audaz. y tiene parientes que ocupan altos puestos en la corte, pero está sumido en la pobreza, y las fincas peladas que posee se hallan sobrecargadas de deudas. Enaros no es más que una bestia feroz, fuerte y valiente como un león, con una influencia considerable entre los soldados, pero por lo demás un inútil, pues le falta el cerebro que hay que tener. Kaanuub es astuto a su modo y no deja de ser un pequeño intrigante, pero es un estúpido y un cobarde; avaricioso, pero poseedor de una inmensa riqueza que ha sido esencial para mis propósitos. En cuanto a Ridondo, no es más que un poeta loco, lleno de planes concebidos por los pelos, valeroso pero inconstante; un favorito entre las gentes, gracias a sus canciones, que saben desgarrar las cuerdas de sus corazones. Él es nuestra mejor apuesta para alcanzar la popularidad una vez que hayamos logrado nuestro propósito.

-¿Quién subirá al trono, entonces?

-Kaanuub, desde luego, ¡o eso es, al menos, lo que él cree! Tiene en sus venas un rastro de sangre real, la sangre de aquel rey a quien Kull mató con sus propias manos. Un grave error por parte del rey actual. Sabe que todavía quedan hombres que fanfarronean descender de la vieja dinastía, pero les ha dejado con vida. Así que Kaanuub conspira para apoderarse del trono. Ducalon desea recuperar el favor del que disfrutaba en el viejo régimen, para poder elevar sus posesiones y su título hasta recuperar la antigua grandeza perdida. Enaros odia a Kelkor, el comandante de los asesinos rojos, y cree que debería ser él quien ocupara ese puesto. Desea llegar a ser el comandante de todos los ejércitos de Valusia. En cuanto a Ridondo, ¡bah!, le desprecio y le admiro al mismo tiempo. Es un verdadero idealista. Ve en Kull al extranjero, al bárbaro, a un salvaje tosco, con las manos manchadas de sangre, que ha surgido del mar para invadir una nación pacifica y agradable. Ha idealizado al rey que Kull asesinó, olvidando la naturaleza vil de aquel bribón. Olvida todas las inhumanidades bajo las que gimió el país durante su reinado, y es el más apto para hacer olvidar a la gente. Ya canta el *Lamento por el rey*, en el que santifica al villano y vilipendia a Kull como «el salvaje de negro corazón». Kull se ríe de esas canciones y tolera a Ridondo, pero al mismo tiempo se pregunta por qué la gente se revuelve contra él.

-Pero ¿por qué odia Ridondo a Kull?

-Porque es un poeta, y los poetas odian a quienes detentan el poder, y se vuelven hacia los tiempos del pasado en busca de alivio para sus sueños. Ridondo es una antorcha encendida de idealismo, y él mismo se concibe como un héroe, como un caballero sin mancha que se eleva para derrocar al tirano.

-¿Y vos?

Ardyon se echó a reír y vació el contenido de su copa.

-Yo tengo ideas propias. Los poetas son peligrosos, porque creen en lo que cantan en cada momento. Yo, en cambio, creo lo que pienso. Y pienso que Kaanuub no podrá conservar el trono por mucho tiempo. Hace unos pocos meses había perdido ya todas las ambiciones, salvo la de asaltar los pueblos y las caravanas mientras viviera Ahora, sin embargo..., ahora veremos.

2 «Entonces fui el libertador, y ahora...»

Una habitación extrañamente vacía, en contraste con los ricos tapices en las paredes y las mullidas alfombras que cubrían el suelo. Un pequeño escritorio, tras el que se hallaba sentado un hombre. Un hombre que habría destacado en una multitud de entre un millón, y no tanto debido a su tamaño insólito, su altura o sus grandes hombros, a pesar de que estas características contribuían lo suyo a causar ese efecto, sino debido a su rostro, moreno e inmóvil, capaz de sostener cualquier mirada, y a sus estrechos ojos grises, que podían imponer, con su frío magnetismo, la voluntad de su dueño sobre los demás.

Cada movimiento que efectuaba, por muy ligero que fuese, hacía resaltar los tensos músculos de acero, y el cerebro se conectaba con esos músculos mediante una perfecta coordinación. No había nada de deliberado, ni de preconcebido en esos movimientos; o bien se sentía perfectamente a gusto en el descanso, aunque siguiera siendo como una estatua de bronce, o bien se hallaba en movimiento con esa rapidez felina que nublaba la visión de quien intentaba seguir sus movimientos.

Ahora, este hombre apoyaba la barbilla sobre el puño, con los codos apoyados a su vez sobre el escritorio, y observaba tenebrosamente al hombre que se hallaba de pie, ante él. Este hombre se hallaba ocupado, por el momento, en sus propios asuntos, dedicado a atarse los lazos del peto. Es más, silbaba distraídamente, con una actitud extraña y poco convencional, sobre todo si se tenía en cuenta que se hallaba en presencia de un rey.

-Brule -dijo el rey-, esta cuestión de estado me fatiga como no me había ocurrido con nada que fuera un combate.

-Eso forma parte del juego, Kull -comentó Brule-. Sois el rey, y debéis representar ese papel.

-Desearía cabalgar contigo y acompañarte a Grondar -dijo Kull con una expresión de envidia-. Tengo la impresión de que han transcurrido muchos años desde la última vez que tuve un caballo entre las piernas, pero Tu me asegura que hay asuntos que exigen mi presencia aquí. ¡Maldito sea!

»Hace meses, muchos meses -siguió diciendo con una creciente melancolía al no obtener respuesta, hablando con entera libertad-, derroqué a la vieja dinastía y me apoderé del trono de Valusia, con el que había soñado desde que era un muchacho criado en los territorios de los hombres de mi tribu. Eso resultó fácil. Ahora, al mirar hacia atrás y ver el largo y duro camino recorrido, al pensar en aquellos tiempos de trabajos, matanzas y tribulaciones, me

parece que son como otros tantos sueños. De un hombre de la tribu de Atlantis que era, pasé por las galeras de Lemuria, en las que trabajé durante dos años como remero esclavo; luego fui un proscrito fuera de la ley en las montañas de Valusia, después un cautivo en sus mazmorras, un gladiador en sus arenas, un soldado en sus ejércitos, hasta convertirme en su comandante y, finalmente, en su rey.

»El problema conmigo, Brule, es que no soñé más allá. Siempre había imaginado hasta el momento de apoderarme del trono, pero no miré más lejos. Cuando el rey Borna cayó muerto a mis pies y le arranqué la corona de la cabeza ensangrentada, alcancé los límites últimos de mis sueños. A partir de entonces, todo ha sido un laberinto de ilusiones y errores. Me preparé para apoderarme del trono, pero no para conservarlo.

»Al derrocar a Borna, el pueblo me aclamó; entonces fui el libertador, y ahora..., ahora murmuran y me dirigen miradas negras a mis espaldas, escupen sobre mi sombra cuando creen que no les miro. Han colocado una estatua de Borna, ese cerdo muerto, en el templo de la serpiente, y la gente acude ante ella para llorar, para aclamarle como monarca santificado que fue asesinado por un bárbaro con las manos manchadas de sangre. Cuando, como soldado, dirigí a sus ejércitos hasta la victoria, Valusia pasó por alto el hecho de que era un extranjero; ahora, no puede perdonarme por ello.

»Y ahora, en el templo de la serpiente, acuden a quemar incienso en memoria de Borna precisamente los mismos hombres a quienes sus verdugos cegaron y mutilaron, padres cuyos hijos murieron en las mazmorras, esposos cuyas mujeres fueron secuestradas para formar parte de su harén. ¡Bah! Los hombres son unos estúpidos.

-En buena medida, Ridondo es responsable de ello –dijo el picto apretándose un agujero más el cinto de la espada-. Entona canciones que enloquecen a los hombres. Cuélgalo, con sus ropajes de juglar, de la torre más alta de la ciudad. Que componga rimas para los buitres.

Kull sacudió su cabeza leonina.

-No, Brule, está fuera de mi alcance. Un gran poeta es más grande que cualquier rey. Me odia y, sin embargo, me complacería su amistad. Sus canciones son más poderosas que mi cetro, pues una y otra vez ha estado a punto de desgarrarme el corazón cuando decidió cantar para mí. Yo moriré y seré olvidado, pero sus canciones vivirán eternamente.

El picto se encogió de hombros.

-Como queráis. Seguís siendo el rey, y el pueblo no puede haceros caer. Los asesinos rojos son vuestros hasta el último hombre, y tenéis a toda la nación picta tras de vos. Ambos somos bárbaros, aunque hayamos pasado la mayor parte de nuestras vidas en este país. Y ahora me marcho. No tenéis nada que temer, salvo un intento de asesinato, que tampoco hay que temer teniendo en cuenta el hecho de que vuestra persona se halla protegida día y noche por un escuadrón de asesinos rojos.

Kull levantó la mano en un gesto de despedida y el picto abandonó la estancia con el sonido metálico de su armadura.

Entonces, otro hombre reclamó su atención, recordándole a Kull que, a un rey, el tiempo nunca le pertenece por entero.

Este hombre era un joven noble de la ciudad llamado Seno Val Dor Este famoso y joven espadachín y réprobo se presento ante el rey con signos evidentes de experimentar una gran perturbación mental. Su capa de terciopelo aparecía arrugada y, al hincarse de rodillas en el suelo, el penacho se le cayó miserablemente. Su vestimenta mostraba manchas, como si en su agonía mental hubiera descuidado por completo la atención de su aspecto personal durante algún tiempo.

-Mi rey y señor -dijo en un tono de profunda sinceridad-, si el glorioso pasado de mi familia significa algo para vuestra majestad, si mi propia lealtad significa algo para vos, por el amor de Valka, concededme lo que os pido.

-Di de qué se trata.

-Mi rey y señor, amo a una doncella. Sin ella, no puedo vivir. Sin mí, ella morirá. No puedo comer, ni dormir, sólo de pensar en ella. Su belleza me persigue día y noche, la radiante visión de su divina hermosura...

Kull se removió inquieto en su asiento. Nunca había amado a una mujer.

-En tal caso, en el nombre de Valka, cásate con ella.

-¡Ah! -exclamó el joven-. Ése es el problema, porque ella es una esclava llamada Ala, que pertenece a un tal Ducalon, conde de Komahar. Y en los libros negros de la ley valusa se dice que un noble no puede casarse con una esclava. Siempre ha sido así Me he dirigido a las alturas, y siempre he recibido la misma respuesta: «Noble y esclavo no pueden contraer matrimonio». Es terrible. Me dicen que nunca antes en toda la historia del imperio se ha conocido el caso de un noble que quisiera casarse con una esclava. ¿Qué representa eso para mí? Apelo a vos, como último recurso.

-¿No estaría ese Ducalon dispuesto a venderla?

-Lo haría, pero difícilmente alteraría eso la situación, porque ella seguiría siendo una esclava, y un hombre no puede casarse con su propia esclava. Sólo la deseo como esposa. Cualquier otra solución no sería más que una burla vacía de todo contenido. Deseo mostrarla ante el mundo envuelta en pieles de armiño y cubierta de joyas, como la esposa de Val Dor. Pero eso no podrá ser a menos que vos me ayudéis. Ella nació esclava, de cien generaciones de esclavos, y esclava seguirá siendo mientras viva y sus hijos lo serán. Y como tal, no puede casarse con un hombre libre.

-En tal caso, abraza tú mismo la esclavitud para estar a su lado -sugirió Kull mirando atentamente al joven.

-Eso es lo que deseo - contestó Seno con tanta franqueza y rapidez que Kull le creyó de inmediato-. Acudí a ver a Ducalon y le dije: «Tenéis una esclava a la que amo; deseo casarme con ella. Tómame entonces como esclavo para que pueda estar así cerca de ella». Se negó en redondo, horrorizado. Estaba dispuesto a vendérmela, e incluso a entregármela, pero no quiso consentir en que me convirtiera en su esclavo. Y mi padre ha jurado de forma inquebrantable matarme si degradara de ese modo el buen nombre de los Val Dor. No, mi rey y señor, sólo vos podéis ayudarme.

Kull llamó a Tu y le planteó el caso. Tu, el primer consejero, sacudió la cabeza, pesaroso.

-Está escrito en los grandes libros encuadernados en hierro, tal y como ha dicho Seno. Ésa ha sido siempre la ley. y ésa seguirá siendo siempre la ley. Ningún noble puede casarse con una esclava.

-¿Y por qué no puedo cambiar yo esa ley? -preguntó Kull.

Tu colocó ante él una tablilla de piedra en la que se había cincelado la ley.

-Esta ley ha existido durante miles de años. ¿Lo veis, Kull? Fue esculpida en esta tablilla por los legisladores primitivos, hace ya tantos siglos que un hombre podría pasarse toda la noche contándolos y no acabaría. Ni vos ni cualquier otro rey puede alterar eso.

Kull experimentó de pronto la nauseabunda y debilitante sensación de hallarse impotente, algo que últimamente había empezado a asaltarle con cierta frecuencia. le parecía que la realeza no era más que otra forma de esclavitud; siempre se había salido con la suya, abriéndose paso entre sus enemigos con su gran espada. ¿Cómo podía prevalecer

ahora contra amigos solícitos y respetuosos que se inclinaban ante él y le lisonjeaban y que, sin embargo, se mostraban inflexibles en lo tocante a todo lo nuevo, que se atrincheraban tras las costumbres con tradición y antigüedad, y le desafiaban tranquilamente a que se atreviera a cambiar algo?

-Márchate -le dijo al joven con un fatigado gesto de su mano-. Lo siento mucho, pero no puedo ayudarte.

Seno val Dor salió de la estancia como un hombre con el corazón destrozado, con la cabeza y los hombros inclinados, los ojos apagados y arrastrando los pies al caminar, como si ya nada tuviera importancia alguna para él.

3. «Creí que erais un tigre humano»

Un viento frío sopló por entre los bosques verdes. Un hilo de plata, como una herida, se abrió paso entre los grandes árboles de los que colgaban las lianas y las enredaderas de vivos colores. Un pájaro cantó y la suave luz solar de finales del verano se desplazó por entre las ramas entrelazadas para caer en forma de aterciopelados dibujos dorados y negros de luces y de sombras sobre la tierra cubierta por la hierba. En medio de esta quietud pastoril yacía una pequeña esclava, con el rostro oculto entre los brazos blancos y suaves, y lloraba como si el corazón se le hubiera desgarrado. Los pájaros cantaban, pero ella era sorda; el arroyo la llamaba, pero ella era muda; el sol brillaba, pero ella era ciega. Todo el universo era como un vacío negro en el que sólo el dolor y las lágrimas eran reales.

En su estado, no oyó los ligeros pasos, ni vio al hombre alto de anchos hombros que surgió de entre la espesura y se quedó allí, de pie ante ella. No se dio cuenta de su presencia hasta que él se arrodilló, la levantó en sus brazos y le limpió los ojos con las manos, con tanta suavidad como pudiera haberlo hecho una mujer.

La pequeña esclava levantó la mirada y contempló un rostro impávido y moreno, con unos estrechos y fríos ojos grises que ahora, sin embargo, aparecían extrañamente ablandados. A juzgar por su aspecto, sabía que este hombre no era un valuso, y en tiempos tan complicados no era bueno que una pequeña esclava como ella fuera sorprendida por un extraño en un bosque solitario, sobre todo si éste era extranjero. Sin embargo, se sentía demasiado desgraciada como para tener miedo y, además, el hombre parecía amable.

-¿Qué te ocurre, muchacha? -le preguntó.

Y como una mujer que se encuentre en el más extremo dolor tiende a exponer sus penas a cualquiera que le demuestre interés y simpatía, ella susurró:

-Oh, señor, soy una mujer muy desgraciada. Amo a un joven noble...

-¿Seno val Dor?

-Sí, señor -contestó ella mirándole con sorpresa-. ¿Cómo lo sabéis? Desea casarse conmigo y hoy, después de haber intentado en vano obtener el permiso, acudió a ver al propio rey. Pero el rey se negó a ayudarle.

Una sombra cruzó por el rostro moreno del extraño.

-¿Dijo Seno que el rey se negó?

-No, el rey convocó al primer consejero y discutió con él durante un rato, pero finalmente cedió. ¡Oh! -sollozó-, ¡ya sabía yo que sería inútil! las leyes de Valusia son inalterables, sin que importe lo crueles o injustas que sean. Son más grandes que el propio rey.

La muchacha sintió los músculos de los brazos sosteniéndola, hinchados y endurecidos, convertidos en grandes cables de hierro. Por el rostro del extraño cruzó una expresión de impotencia.

-En efecto -murmuró en voz baja-, las leyes de Valusia son más grandes que el rey.

Contarle sus problemas había ayudado algo a la muchacha, que ahora se secó los ojos. Las esclavas están acostumbradas a soportar problemas y sufrimientos, aunque éste le había desgarrado la vida.

-¿Odia Seno al rey? -preguntó el extraño.

Ella negó con un gesto de la cabeza.

-No, comprende que él no puede hacer nada.

-¿Y tú?

-¿Yo..., qué?

-¿Odias tú al rey?

Los ojos de la muchacha se encendieron.

-¡Yo! ¿Quién soy yo, oh, señor, para odiar a un rey? Jamás se me habría ocurrido tal cosa.

-Me alegra oírte decir esas palabras -dijo el hombre con un tono de voz pesado-. Al fin y al cabo, el rey no es más que un esclavo, aprisionado por cadenas más pesadas.

-Pobre hombre -exclamó ella, apiadada, aunque sin comprenderlo del todo. Y luego se encendió su cólera-. ¡Pero odio esas leyes crueles que obedecen las gentes! ¿Por qué no pueden cambiar las leyes? ¡El tiempo nunca permanece quieto! ¿Por qué deben verse las gentes de hoy regidas por leyes que fueron hechas por nuestros antepasados bárbaros, hace miles de años? -Se detuvo de pronto y miró temerosa a su alrededor-. No se lo digáis a nadie -susurró apoyando la cabeza, suplicante, sobre el hombro de su acompañante-. No es propio de una mujer, y menos de una esclava, que se exprese de una forma tan desvergonzada delante de alguien. Sería azotada por mis amos si se enteraran.

El hombre corpulento sonrió.

-Puedes estar tranquila, muchacha. Ni el propio rey se sentiría ofendido por tus sentimientos. En realidad, creo que está bastante de acuerdo contigo.

-¿Habéis visto al rey? -preguntó ella con una curiosidad infantil que superó por un momento la desgracia que sentía.

-A menudo.

-¿Y es verdad que mide más de dos metros y medio de altura? -preguntó con avidez-. ¿Y que tiene cuernos bajo la corona, como dice la gente?

-En modo alguno -contestó él riendo-. le falta medio metro para alcanzar la altura que describes pues, en cuanto a tamaño, podría ser como mi hermano gemelo. No nos llevamos ni un centímetro de diferencia.

-¿Y es tan amable como vos?

-A veces, cuando no se siente frenético por asuntos de gobierno que no comprende, y por la superficialidad de unas gentes que no siempre pueden comprenderle.

-¿Es realmente un bárbaro?

-Lo es, en realidad: nació y pasó su primera infancia entre los bárbaros paganos que habitan el país de Atlantis. Tuvo un sueño y lo realizó. Como era un gran luchador y un salvaje espadachín, como era muy hábil en el combate, como agradaba mucho a los mercenarios bárbaros del ejército valuso, terminó por convertirse en rey. Pero el trono se tambalea bajo él, porque es un guerrero, y no un político, y porque su habilidad con la espada no le sirve ahora de nada.

-¿Y es muy desgraciado?

-No siempre -contestó el hombre corpulento con una sonrisa-. A veces, cuando se escapa para disfrutar a solas de unas pocas horas de libertad, caminando entre los bosques, se siente casi feliz, sobre todo cuando se encuentra con una hermosa muchacha como...

La joven lanzó un grito, repentinamente aterrorizada, y se hincó de rodillas ante él.

-¡Oh, mi señor, tened piedad! No lo sabía, ¡vos sois el rey!

-No temas. -Kull se arrodilló de nuevo a su lado y la rodeó con un brazo, notando que la muchacha temblaba de pies a cabeza-. Antes dijiste que era amable...

-Y lo sois, mi señor -susurró ella débilmente-. Yo... creí que erais un tigre humano, a juzgar por lo que dicen los hombres, pero ahora veo que sois afable y tierno, aunque... sois el rey, y yo...

De repente, completamente confusa y perpleja, se puso en pie de un salto, echó a correr y se desvaneció al instante. Darse cuenta de que el rey, a quien sólo había soñado con ver algún día en la distancia, era realmente el hombre a quien había contado sus penas, la llenó de vergüenza y confusión y le produjo un terror casi físico.

Kull lanzó un suspiro y se incorporó. Los asuntos de palacio volvían a reclamar su atención, y tenía que regresar para enfrentarse con problemas de cuya naturaleza no tenía más que una vaga y remota idea, y acerca de cuya solución no tenía ninguna idea.

4. «¿Quién quiere morir el primero?»

Veinte personas se deslizaron a hurtadillas a través del máximo silencio que envolvía los pasillos y salones del palacio. Sus pies sigilosos, calzados con zapatos de cuero blando, no produjeron el menor sonido sobre las mullidas alfombras o las losas de mármol desnudo. Las antorchas colocadas en los nichos, a lo largo de los pasillos y salones, brillaban con tonalidades rojas y se reflejaban en las dagas desenvainadas, las espadas de hoja ancha y las hachas afiladas.

-¡Alto, alto todos! -siseó Ardyon, que se detuvo un momento para mirar atrás, a sus seguidores-. Que deje de sonar esa maldita respiración tan ruidosa, sea quien fuere. El oficial de la guardia nocturna ha desplazado a todos los guardias de estos rellanos y pasillos, ya sea mediante orden directa o emborrachándolos, pero debemos llevar cuidado. Es una suerte para nosotros que esos malditos pictos, los lobos ágiles, estén de juerga en el consulado o se encuentren de camino hacia Grondar. ¡Silencio! ¡Atrás , ahí viene la guardia!

Se apelotonaron todos detrás de una enorme columna, que habría podido ocultar a todo un regimiento de hombres, y aguardaron. Casi inmediatamente aparecieron diez hombres, altos y atezados, vestidos con armadura roja, que avanzaban como si fueran estatuas de hierro. Iban fuertemente armados y en los rostros de algunos de ellos se observaba una ligera incertidumbre. El oficial que los mandaba estaba bastante pálido. Su rostro estaba surcado por líneas duras y se llevó una mano a la frente, para limpiarse el sudor, en el momento en que la guardia pasó ante la enorme columna tras la que se ocultaban los asesinos. Era un hombre joven, y esta traición a un rey no le resultaba nada fácil.

Pasaron ante ellos, con ruido metálico de armas, y se perdieron por el pasillo.

-Bien -dijo Ardyon en voz baja, con una sonrisa-. Ha cumplido lo prometido. Ahora, Kull duerme desprotegido. ¡Apresuraos, tenemos mucho que hacer! Si nos atrapan

asesinándole estaremos acabados, pero a un rey muerto se le convierte con facilidad en un simple recuerdo. ¡Daos prisa!

-¡Sí, deprisa! -gritó Ridondo en voz baja.

Se apresuraron por el pasillo, ya sin tomar precauciones, y se detuvieron ante una puerta.

-¡Aquí! -espetó Ardyon-. Enaros, ábreme esta puerta.

El gigante lanzó todo su peso contra el panel, y se produjo un crujido de cerrojos, un estallido de la madera. La puerta cedió y se abrió hacia el interior.

-¡Adentro! -gritó Ardyon, encendido por el ánimo del asesinato.

-¡Adentro! -rugió Ridondo-. Muerte al tirano...

Se detuvieron todos de improviso. Kull se les enfrentaba. No era un Kull desnudo, despierto repentinamente de un sueño profundo, desconcertado y desarmado ante aquellos carniceros, como una oveja desamparada, sino un Kull plenamente despierto y feroz, parcialmente vestido con la armadura de un asesino rojo, con una larga espada en la mano.

Kull se había levantado tranquilamente unos pocos minutos antes, incapaz de dormir. Había tenido la intención de pedirle al oficial de guardia que entrara en el dormitorio para conversar un rato con él, pero al mirar por la mirilla de la puerta lo vio al frente de sus hombres, alejándose. Inmediatamente, en la mente recelosa del rey bárbaro surgió la sospecha de que se cometía un acto de traición contra su persona Ni siquiera se le ocurrió llamar a los hombres para que regresaran, porque supuso que también formarían parte de la conspiración. No existía ninguna buena razón para que se produjera esta deserción. Así que Kull empezó a colocarse tranquilamente la armadura que siempre tenía a mano, y apenas había terminado de hacerlo cuando Enaros se lanzó contra la puerta y la abrió.

Por un momento, la escena pareció quedar congelada. Los cuatro nobles rebeldes que se encontraban junto a la puerta y los dieciséis desesperados proscritos que les seguían, se vieron contenidos, simplemente, por la terrible mirada del silencioso gigante que se erguía en medio del dormitorio real, con la espada preparada.

-¡Matadle! -gritó entonces Ardyon-. ¡Sólo es uno contra veinte, y no lleva casco!

Con un grito que se elevó hacia el techo, los asesinos entraron en tromba en el dormitorio. El primero de todos fue Enaros. Lo hizo como un toro lanzado a la carga, con la cabeza agachada y la espada baja, dispuesta para desgarrarle las entrañas. Kull saltó para salirle al encuentro como un tigre pudiera cargar contra un toro, y todo el peso y la poderosa fortaleza del rey se concentraron en el brazo que sostenía la espada. La gran hoja relampagueó en el aire, trazando un arco silbante, y se estrelló contra el casco del comandante. Hoja y casco se encontraron estruendosamente y se rompieron al mismo tiempo. Enaros rodó sin vida sobre el suelo, mientras que Kull retrocedió, sosteniendo la empuñadura de la espada, de la que había desaparecido la mayor parte de la hoja.

-¡Enaros! -exclamó sorprendido cuando el casco destrozado dejó al descubierto la cabeza aplastada.

Luego, el resto del grupo se abalanzó sobre él. Sintió que la punta de una daga le resbalaba a lo largo de las costillas, y lanzó al atacante hacia un lado con un poderoso movimiento de vaivén de su brazo izquierdo. Aplastó la espada rota entre los ojos de otro de los atacantes y lo dejó sin sentido y sangrando en el suelo.

-¡Que cuatro de vosotros vigilen la puerta! -gritó Ardyon, que se movía en el borde de aquel torbellino de acero.

Temía que Kull, con su enorme peso y velocidad, pudiera abrirse paso entre ellos y escapar. Cuatro de los conjurados retrocedieron y se apostaron ante la única puerta de la

estancia. En ese preciso instante, Kull saltó hacia la pared y descolgó de ella una vieja hacha de batalla, que posiblemente había estado colgada allí durante cien años.

De espaldas contra la pared, se enfrentó a ellos por un momento y luego saltó hacia adelante. ¡No era Kull un luchador defensivo! Siempre era él quien llevaba el combate al campo del enemigo. Un solo vaivén del hacha sirvió para dejar tendido en el suelo a uno de los proscritos, con un hombro gravemente hendido. Y el terrible golpe de retroceso del hacha le aplastó el cráneo a otro. Una espada se aplastó entonces contra el peto de su armadura de tal modo que, de no haberlo llevado, habría muerto allí mismo. Lo que más le preocupaba era protegerse la cabeza, que llevaba al descubierto, así como los espacios situados entre peto y espaldar, pues la armadura valusa era intrincada y no había tenido tiempo para sujetársela por completo. Ya sangraba de las heridas recibidas en la mejilla. en los brazos y en las piernas, pero sus movimientos eran tan rápidos y mortales, y tan grande su habilidad como combatiente, que incluso a pesar de contar con todas las posibilidades a su favor, los asesinos vacilaron en su ataque. Además, su número ya se había visto considerablemente reducido.

Por un momento, lo agobiaron con una lluvia de golpes y estocadas, pero luego retrocedieron y lo rodearon, mientras él embestía a su vez y paraba sus golpes; un par de cadáveres tendidos en el suelo constituía una silenciosa muestra de la estupidez del plan de aquellos asesinos.

-¡Caballeros! -gritó Ridondo en un acceso de rabia echando hacia atrás la capucha que le cubría la cabeza, mirando a sus compañeros con expresión de rabia salvaje-. ¿Os acobardáis ante el combate? ¿Debe seguir viviendo el déspota? ¡A por él!

Se precipitó hacia adelante, pero Kull, al reconocerle, detuvo la estocada con un tremendo golpe corto y luego, con un empujón, lo hizo retroceder tambaleante, haciéndole caer despatarrado sobre el suelo. El rey recibió en el brazo izquierdo una estocada de Ardyon, y el proscrito sólo salvó la vida al agacharse ante el hacha de Kull, viéndose obligado a retroceder. Uno de los bandidos se agachó y se lanzó contra las piernas de Kull, confiado en hacerle caer de esta manera, pero después de forcejear durante un breve instante contra lo que no parecía sino una sólida torre de hierro levantó la mirada justo a tiempo para ver cómo descendía el hacha sobre él, pero no para evitaría. Mientras tanto, uno de sus camaradas había levantado la espada con ambas manos y la descargó con tal fuerza que cortó la placa que cubría el hombro izquierdo de Kull, y le hirió en el hombro. En un instante, el peto de Kull se encontró lleno de sangre.

Ducalon, en su salvaje impaciencia, sorteó a los atacantes a derecha e izquierda y se abalanzó hacia adelante con una salvaje estocada dirigida contra la cabeza desprotegida de Kull. Éste se agachó a tiempo y la espada pasó silbando por encima, cortándole un mechón de cabellos. Evitar los golpes de un enano como Ducalon resulta difícil para un hombre de la altura de Kull.

El rey pivotó sobre sus talones y golpeó desde el costado, como pudiera haber saltado un lobo, trazando un amplio arco por lo bajo. Ducalon cayó hacia atrás, con todo el costado izquierdo desgarrado, por donde se le derramaban los pulmones.

-¡Ducalon! -exclamó Kull, jadeante-. ¡Conoceré a ese enano en el infierno...!

Se enderezó para defenderse de las alocadas embestidas de Ridondo, que volvió a la carga sin protegerse, armado sólo con una daga. Kull saltó hacia atrás y levantó el hacha.

-¡Ridondo! ¡Atrás! -gritó con voz aguda- - No te haré daño...

-¡Muere, tirano! -gritó a su vez el enloquecido juglar, que se abalanzó de cabeza sobre el rey.

Kull retrasó el golpe que se disponía a asestar hasta que ya fue demasiado tarde. Sólo al sentir la mordedura del acero sobre su costado desprotegido descargó el hacha en un frenesí de ciega desesperación.

Ridondo cayó al suelo con el cráneo aplastado, y Kull volvió a retroceder, contra la pared, mientras la sangre brotaba de la herida del costado, a través de los dedos de la mano que se había llevado instintivamente hacia allí.

-¡Adelante ahora! ¡A por él! -rugió Ardyon, preparado para encabezar el ataque.

Kull apoyó la espalda contra la pared y levantó el hacha. Ofrecía una imagen terrible y primigenia. Las piernas bien separadas, la cabeza adelantada, una mano enrojecida agarrándose a la pared en busca de apoyo, la otra sosteniendo el hacha en alto, mientras que sus feroces rasgos quedaban congelados en una expresión de odio, y los ojos fríos miraban a través de una bruma de sangre que dificultaba su visión. Los hombres vacilaron; era posible que el tigre estuviera a punto de morir, pero todavía era capaz de producir la muerte.

- ¿Quién quiere morir el primero? -espetó Kull a través de los labios aplastados y ensangrentados.

Ardyon saltó como sólo saltaría un lobo, se detuvo casi en medio del aire con la increíble velocidad que le caracterizaba, Y cayó postrado para evitar la muerte que silbaba hacia él en forma de la hoja enrojecida del hacha. Agitó frenéticamente los pies para apartarse de allí y rodó hacia un lado justo a tiempo para evitar el segundo golpe que le dirigió Kull, una vez recuperado de su fallido primer intento. Esta vez, el hacha se hundió a muy pocos centímetros de las piernas de Ardyon, que giraba precipitadamente sobre sí mismo.

Otro desesperado se abalanzó en ese instante, seguido sin mucha convicción por sus compañeros. El primero se había imaginado que si llegaba ante él y le alcanzaba antes de que pudiera levantar el hacha del suelo, podría acabar con su vida, pero no tuvo en cuenta la velocidad de movimientos del rey, o bien inició su ataque un segundo demasiado tarde. En cualquier caso, el hacha trazó un arco hacia arriba y golpeó desde abajo; el hombre se detuvo bruscamente, y una enrojecida caricatura de ser humano salió catapultada hacia atrás, contra las piernas de sus compañeros.

En este momento, unos pasos apresurados sonaron metálicamente en el pasillo exterior, y los bribones que vigilaban la puerta gritaron:

-¡Vienen soldados!

Ardyon lanzó una maldición y sus hombres le abandonaron de inmediato, como ratas que abandonan el barco que se hunde. Se precipitaron fuera del dormitorio, cojeantes y dejando tras de sí regueros de sangre. En el pasillo se oyeron gritos y se inició la persecución.

A excepción de los hombres muertos y moribundos que yacían sobre el suelo, Kull y Ardyon se quedaron a solas en el dormitorio real. A Kull se le doblaban las rodillas, y se apoyó pesadamente contra la pared, sin dejar de vigilar al proscrito con los ojos de un lobo moribundo. En esta extrema situación, no se le escapó la cínica filosofía de Ardyon.

-Todo parece haberse perdido, particularmente el honor -murmuró-. Y sin embargo, el rey muere de pie y...

Fueran cuales fuesen los pensamientos que cruzaron en ese momento por su mente no llegaron a ser expresados, pues en ese instante se lanzó contra Kull al ver que éste empleaba el brazo que sostenía el hacha para limpiarse la sangre que le cegaba la visión. Un hombre con la espada preparada puede ser más rápido que un hombre herido, que se ve

pillado por sorpresa y que sólo puede golpear con un hacha que pesa como el plomo en su fatigado brazo.

Pero justo en el momento en que Ardyon iniciaba su embestida, Seno val Dor apareció en la puerta y desde allí mismo arrojó por el aire algo que brilló, pareció cantar y terminó su vuelo al hundirse en el cuello de Ardyon. El proscrito se tambaleó, dejó caer la espada y se desplomó sobre el suelo, a los pies de Kull, inundando el mármol con el torrente de una yugular cortada, como testigo mudo de que, entre las habilidades de combate de Seno, se incluía el lanzamiento del cuchillo. Kull observó desconcertado al proscrito muerto y los ojos sin vida de Ardyon le devolvieron una mirada aparentemente burlona, como si su propietario todavía mantuviera la inutilidad de los reyes y los proscritos, de las conspiraciones y contraconspiraciones.

Luego, Seno se apresuró a ofrecer su apoyo al rey, y el dormitorio pronto se vio inundado de hombres armados que llevaban el uniforme de la gran familia Val Dor, y Kull se dio cuenta de que una pequeña esclava le sostenía por el otro brazo.

-Kull, Kull, ¿estáis muerto? -preguntó Val Dor, cuyo rostro aparecía mortalmente pálido.

-Todavía no -contestó el rey con voz ronca-. Contenedme la herida del costado izquierdo. Si muero será a causa de esa herida. Es profunda... Ridondo me escribió en ella una canción de muerte..., pero las demás no son mortales. Cosédmela con rapidez, porque tengo trabajo que hacer.

Se apresuraron a obedecerle, maravillados, y cuando cesó el flujo de sangre, Kull, aunque estaba muy pálido a causa de la sangre perdida, sintió que recuperaba un poco las fuerzas. Ahora, todo el palacio estaba alborotado. Las damas, los lores, los hombres armados, los consejeros, todos acudieron en tropel, sin dejar de hablar. Los asesinos rojos se preparaban, ciegos de rabia, dispuestos a todo, celosos del hecho de que hubieran sido otros los que ayudaran a su rey. En cuanto al joven oficial que había mandado La guardia, se escabulló en la oscuridad y ya no se le pudo encontrar, ni antes ni después, a pesar de que se le buscó a conciencia.

Kull, que seguía manteniéndose tenazmente en pie, sin dejar de sostener el hacha en una mano, y apoyado con la otra sobre el hombro de Seno, señaló a Tu, que permanecía allí de pie, retorciéndose las manos.

-Tráeme la tablilla donde está escrita la ley concerniente a los esclavos.

-Pero, mi señor...

-¡Haz lo que te digo! -gritó el rey, que levantó el hacha.

Tu se apresuró a obedecer.

Mientras esperaba y las damas de la corte se arremolinaban a su alrededor para curarle las heridas, y trataban en vano de separar sus dedos de hierro del mango del hacha ensangrentada, Kull escuchó la historia que le contó el jadeante Seno.

-Ala oyó conspirar a Kaanuub y a Ducalon. Se había ocultado en un oscuro rincón, para llorar allí a solas, a causa de... nuestros problemas, y en ese momento pasó cerca Kaanuub, que había acudido desde su mansión, y que temblaba de terror por miedo a que los planes pudieran salir mal, por lo que había venido de nuevo para cerciorarse de que todo marchaba bien. No se marchó hasta bien avanzada la noche, y sólo entonces encontró Ala una oportunidad para salir a hurtadillas y venir a avisarme. Pero hay un largo camino desde la casa de Ducalon hasta la casa de los Val Dor, sobre todo si tiene que recorrerlo una muchacha sola. Así, aunque reuní a mis hombres en un instante, estuvimos a punto de llegar demasiado tarde.

Kull se sujetó con firmeza a su hombro.

-No lo olvidaré.

Tu entró en ese momento. Llevaba en una mano la tablilla de la ley, que colocó con gesto reverente sobre la mesa. Kull apartó a un lado a todos los que se interponían en su camino y se quedó solo, de pie.

-Escuchad, pueblo de Valusia -exclamó, sostenido por la bestial vitalidad que le era propia-. Estoy aquí, de pie..., y soy el rey. Me han herido casi hasta acabar conmigo, pero he sobrevivido a heridas masivas. ¡Escuchadme! Ya estoy harto de esta situación. ¡No soy un rey, sino un esclavo! ¡Me veo obstaculizado por leyes, leyes y más leyes! No puedo castigar a los malhechores ni recompensar a los amigos debido a la ley, la costumbre, la tradición. ¡Por Valka! ¡A partir de ahora seré el rey, tanto de derecho como de hecho! Aquí están los dos que me han salvado la vida. En consecuencia, tienen plena libertad para casarse y hacer lo que les plazca.

Seno y Ala se precipitaron el uno en brazos del otro, con gritos de alegría.

-¡Pero la ley...! -exclamó Tu.

-¡Yo soy la ley! - rugió Kull, y levantó el hacha.

La dejó caer con un movimiento rápido y la mesa se hizo añicos. Los presentes se apretaron las manos, horrorizados, paralizados, casi como si esperaran que el cielo cayera sobre ellos. Kull retrocedió, con ojos relampagueantes. La estancia pareció girar por un momento ante sus ojos, mareado.

-¡Yo soy el rey, el estado y la ley! -rugió. Tomó el cetro que estaba cerca, lo rompió en dos y lo arrojó lejos de sí-. ¡Éste será mi único cetro!

Blandió el hacha en lo alto y salpicó a los pálidos nobles con gotas de sangre. Kull tomó la delgada corona con la mano izquierda, y apoyó la espalda contra la pared; sólo ese apoyo le impidió caer, pero sus brazos todavía conservaban la fortaleza de los leones.

-¡No soy ni rey ni cadáver! -siguió rugiendo, con los nudosos músculos abultados, con una mirada terrible en los ojos-. Si no os gusta mi reinado..., ¡venid y tomad la corona!

El brazo izquierdo extendió la corona en su mano, mientras que el derecho sujetaba el hacha amenazadora, por encima.

-¡Con esta hacha gobierno! ¡Éste es mi cetro! Me he esforzado y he sudado para ser el rey marioneta que queríais que fuese, para gobernar a vuestro modo. A partir de ahora, lo haré a mi modo. Si no queréis luchar, tendréis que obedecer. Las leyes que sean justas, se mantendrán, pero aquellas que han quedado anticuadas por el paso del tiempo las aplastaré como aplasto ésta, ¡porque soy el rey!

Y lentamente, los nobles de rostros pálidos y las damas asustadas se arrodillaron y se inclinaron, como muestra de temor y de reverencia, ante el gigante ensangrentado que se erguía por encima de todos ellos con la mirada encendida.

-¡Soy el rey!

8 - EL ESTRUENDO DEL GONG

En alguna parte, en la ardiente oscuridad, se inició un latido. Una cadencia pulsante, sin sonido alguno pero vibrante de realidad, envió sus largos tendones ondulantes que fluyeron a través del aire irrespirable. El hombre se agitó, tanteó a su alrededor con manos de ciego y se sentó. Al principio, tuvo la impresión de hallarse flotando sobre las olas uniformes y

regulares de un océano negro, que se elevaba y descendía con una monótona regularidad que, de algún modo, le producía dolor físico. Era muy consciente del latir y el pulsar del aire, y extendió las manos como si pretendiera coger las olas que se le escapaban. Pero ¿estaban esos latidos en el aire que le rodeaba, o sólo en el cerebro que había dentro de su cráneo? No podía comprenderlo y, entonces, se le ocurrió una idea fantástica: la sensación de hallarse encerrado dentro de su propio cráneo.

El pulsar se empequeñeció, se centralizó; se sostuvo la dolorida cabeza con las manos y trató de recordar. Recordar..., ¿qué?

-Esto es algo muy extraño -murmuró-. ¿Quién o qué soy yo? ¿Qué lugar es éste? ¿Qué ha ocurrido y por qué estoy aquí? ¿He estado siempre aquí?

Se puso en pie y trató de mirar a su alrededor. La mayor de las oscuridades se encontró con su mirada. Forzó los ojos, pero ni un solo atisbo de luz salió a su encuentro. Empezó a caminar hacia adelante, vacilante, con las manos extendidas ante él, buscando la luz de una forma tan instintiva como pudiera hacerlo una planta.

-Seguramente, esto no lo es todo -musitó-. Tiene que haber algo más..., ¿qué es diferente de esto? ¡La luz! lo sé... Recuerdo la luz, aunque no recuerdo lo que es la luz. Seguramente, he conocido un mundo diferente a éste.

A lo lejos empezó a aparecer una débil luz grisácea. Se apresuró hacia ella. El resplandor se hizo más amplio, hasta que parecía como si avanzara por un corredor largo que se fuera ensanchando más y más. Entonces, de repente, salió a la débil luz de las estrellas y sintió el viento frío sobre su rostro.

-Esto es la luz -murmuró-, pero todavía no lo es todo.

Sintió y reconoció una sensación de altura terrorífica. Altura por encima de él, incluso con sus ojos, y también por debajo de él, como si grandes estrellas relucieran en un majestuoso océano cósmico parpadeante. Frunció el ceño, abstraído, mientras contemplaba estas estrellas.

Entonces, se dio cuenta de que no estaba solo. Una forma alta y vaga se elevaba ante él, bajo la luz de las estrellas. Se llevó instintivamente la mano hacia la cadera izquierda, y después la dejó colgar, fláccida. Estaba desnudo, y ningún arma pendía de su costado.

La forma se acercó más y vio entonces que se trataba de un hombre, aparentemente muy anciano, aunque sus rasgos eran indistintos e irreales a la débil luz.

-¿Eres nuevo? -preguntó la figura con una voz clara y profunda, que sonaba como el tintineo de un gong de jade.

Ante ese sonido, un repentino fragmento de recuerdos surgió en el cerebro del hombre que había oído la voz.

Se frotó la barbilla, desconcertado.

-Ahora lo recuerdo -dijo-. Soy Kull, rey de Valusia... Pero ¿que estoy haciendo aquí, sin vestiduras ni armas?

Ningún hombre puede llevar nada consigo cuando cruza la puerta -dijo el otro, crípticamente-. Piensa, Kull de Valusia, ¿no sabes cómo has llegado hasta aquí?

-Estaba de pie, ante la puerta de la sala del consejo -contestó Kull, perplejo-, y recuerdo que el vigía de la torre exterior golpeó el gong para indicar la hora, y entonces, de repente, el estruendo del gong se transformó en un salvaje y repentino flujo de sonido que parecía querer hacerlo todo añicos. Todo se oscureció a mi alrededor y, por un instante, unas chispas rojas se encendieron ante mis ojos. Luego, desperté en una caverna, o en una especie de corredor, sin recordar nada.

-Pasaste a través de la puerta, y eso siempre parece oscuro.

-Entonces, ¿estoy muerto? ¡Por Valka! Algún enemigo tiene que haberme atraído por entre las columnas del palacio y haberme alcanzado cuando me encontraba hablando con Brule, el guerrero picto.

-No he dicho que estés muerto -replicó la débil figura- A veces, la puerta no se cierra del todo. Esas cosas ya han ocurrido antes.

-Pero ¿qué lugar es éste? ¿Es el paraíso o el infierno? Este no es el mundo que he conocido desde que nací Y esas estrellas... Nunca las había visto antes. Esas constelaciones son mucho más poderosas y feroces de lo que había visto en mi vida.

-Hay mundos más allá, universos que están tanto dentro como fuera de los universos -dijo el anciano-. Estás en un planeta diferente a aquél sobre el que naciste; estás en un universo diferente y, sin duda, en una dimensión diferente.

-Entonces, debo de estar muerto.

-¿Qué es la muerte, sino una travesía de eternidades y un cruzar de océanos cósmicos? Pero yo no he dicho que estés muerto.

-Entonces, ¿dónde estoy, en el nombre de Valka? -rugió Kull, agotada ya su escasa paciencia.

-Tu cerebro de bárbaro se aferra a las concreciones materiales -respondió el otro con tranquilidad-. ¿Qué importa dónde te encuentres, o si estás muerto, como tú lo llamas? Formas parte del gran océano que es la vida, que baña todas las orillas, y tanto formas parte de él en un lugar como en otro, y seguro que finalmente regresarás a la fuente que dio origen a toda la vida. En cuanto a eso, te hallas sujeto a la vida durante toda la eternidad, con tanta seguridad como se hallan sujetos un árbol, una roca, un ave o un mundo. ¿Y llamas muerte al hecho de abandonar tu diminuto planeta, a separarte de tu cruda forma física?

-Pero todavía tengo mi cuerpo.

-Yo no he dicho que estés muerto, como tú lo llamas. En cuanto a eso, puede que estés todavía en tu diminuto planeta, al menos por lo que sabes. Hay mundos dentro de los mundos, universos dentro de los universos. Existen cosas demasiado pequeñas o demasiado grandes para la comprensión humana. Cada guijarro de las playas de Valusia contiene incontables universos dentro de sí mismo, y él mismo, en su conjunto, forma parte del gran plan de todos los universos, como el sol que tú conoces. Tu universo, Kull de Valusia, puede ser un guijarro en la orilla de un poderoso reino. Has traspasado las fronteras de las limitaciones materiales. Puede que te encuentres en un universo que acabe formando la piedra preciosa que llevabas en el trono de Valusia, o ese universo que sabes se encuentra en la telaraña que hay ahí, sobre la hierba, a tus pies. Te digo que el tamaño, el espacio y el tiempo son relativos y no existen en realidad.

-Seguramente eres un dios, ¿verdad? -preguntó Kull, con curiosidad.

-La simple acumulación de conocimientos y la adquisición de sabiduría no convierte a nadie en un dios -contestó el otro con impaciencia-. ¡Mira!

Una mano se adelantó en las sombras y señaló hacia las grandes y resplandecientes gemas que eran las estrellas. Kull miró y se dio cuenta de que se transformaban con rapidez. Lo que tenía lugar era como un constante ondular, como un cambio incesante de diseño y de pauta.

-Las estrellas «sempiternas» cambian a su propio ritmo, con la misma rapidez con que surgen y se desvanecen las razas de los hombres. Ahora mismo, mientras observamos lo que son planetas, hay seres que surgen del légamo de lo primigenio, que empiezan a ascender por los largos y lentos caminos de la cultura y la sabiduría, mientras que otros

están siendo destruidos con sus mundos moribundos. Todo es vida y forma parte de la vida. Para ellos, parece miles de millones de años; para nosotros, no es más que un momento. Toda la vida.

Kull observó, fascinado, mientras las enormes estrellas y las poderosas constelaciones parpadeaban refulgentes, se apagaban y se desvanecían, y otras, igualmente radiantes, ocupaban sus lugares, para verse suplantadas a su vez por otras.

Entonces, de repente, la ardiente oscuridad volvió a fluir sobre él, apagando todas las estrellas, como si se tratara de una espesa niebla, y oyó un tintineo débil y familiar.

Se encontró de pie, retrocediendo. La luz del sol rasgó sus ojos, las altas columnas y paredes de mármol de un palacio, las amplias ventanas cubiertas de cortinajes, a través de las cuales penetraba la luz del sol como oro fundido. Se pasó una mano rápida y aturdida por todo el cuerpo, palpando sus vestiduras y la espada que pendía de su costado. Estaba cubierto de sangre; una roja corriente le brotaba de un corte superficial en la sien. Pero la mayor parte de la sangre que cubría sus extremidades y sus ropas no era suya. A sus pies, sobre un horripilante charco carmesí, yacía lo que antes había sido un hombre. El tintineo que había oído cesó, produciendo ecos.

-¡Brule! ¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde he estado?

-Habéis estado a punto de hacer el viaje a los reinos de la muerte -contestó el picto con una mueca despiadada, al tiempo que limpiaba la hoja de la espada-. Ese espía esperaba apostado tras una de las columnas, y se abalanzó sobre vos como un leopardo en el momento en que os volvisteis hacia mí para decirme algo. Quien haya planeado vuestra muerte tiene que ejercer un gran poder para enviar a un hombre así a su condena segura. Si no hubiera vuelto la espada en la mano y golpeado oblicuamente en lugar de hacerlo recto, como lo hizo, habríais terminado ante él con una brecha en el cráneo en lugar de estar aquí ahora, de pie, meditando a causa de una herida superficial.

-Pero, seguramente, eso sucedió hace horas -dijo Kull.

Brule se echó a reír.

-Todavía estáis aturdido, mi señor. Desde el momento en que saltó sobre vos y caísteis al suelo, hasta el momento en que le atravesé el corazón, ningún hombre habría podido contar siquiera los dedos de una mano. Y durante el tiempo que permanecisteis tumbado en el suelo, sobre su sangre, hasta el momento en que os habéis incorporado, no habrá transcurrido más que el doble de ese tiempo. ¿Veis?, Tu no ha llegado todavía con las vendas, y eso que salió precipitadamente a buscarlas en cuanto fuisteis herido.

-Si tú lo dices, debes tener razón -dijo Kull-. No lo entiendo muy bien, pero justo antes de ser atacado oí el estruendo del gong que daba la hora, y aún seguía sonando cuando recuperé el sentido... Brule, el tiempo y el espacio no existen, pues he realizado el más largo viaje de mi vida, y he vivido incontables millones de años durante el tiempo que ha tardado en desvanecerse el sonido del gong.

10 - ESPADAS DEL REINO PÚRPURA

1. «Valusia conspira tras las puertas cerradas»

Una quietud siniestra se extendía como un sudario sobre la antigua ciudad de Valusia. Las olas de calor bailoteaban de un tejado reluciente a otro y tremolaban contra las suaves paredes de mármol. Las torres púrpura y los chapiteles dorados parecían suavizarse bajo la débil calina. Ni un solo sonido de cascos de caballo en las amplias calles empedradas interrumpía el amodorrado silencio, y los pocos peatones que se aventuraban a salir realizaban sus tareas con rapidez y volvían a desaparecer en el interior de las casas. La ciudad parecía un reino de fantasmas.

Kull, rey de Valusia, apartó a un lado las diáfanas cortinas y miró por encima del alféizar dorado de la ventana, sobre el patio de fuentes chispeantes, los setos recortados y los árboles podados, hacia el alto muro y las ventanas negras de las casas que detuvieron su mirada.

-Valusia conspira tras las puertas cerradas, Brule -gruñó.

Su compañero, un poderoso guerrero de rostro moreno y estatura media, sonrió duramente.

-Sois demasiado receloso, Kull. Es el calor lo que obliga a la gente a permanecer en el interior de sus casas.

-Pero conspiran -insistió Kull.

Era un bárbaro alto, ancho de espaldas, con la constitución propia del verdadero luchador: hombros anchos, pecho poderoso y caderas delgadas. Sus fríos ojos grises reflexionaban tristemente bajo unas pobladas cejas negras. Sus rasgos indicaban a las claras su procedencia, pues Kull, el usurpador, era de origen atlante.

-Cierto, conspiran. ¿Cuándo ha dejado de conspirar la gente, al margen de quién estuviera sentado en el trono? Y en vuestro caso, sería explicable.

-En efecto -asintió el gigante, cuyas cejas- se estrecharon-. Soy un extranjero. El primer bárbaro que ha alcanzado el trono valuso desde el comienzo de los tiempos. Mientras sólo fui comandante de sus fuerzas armadas, pasaron por alto el accidente de mi lugar de nacimiento. Pero ahora me lo echan en cara, al menos con la mirada y con el pensamiento.

-¿Y qué puede importaros eso a vos? Yo también soy extranjero. En realidad, los extranjeros gobernamos Valusia ahora, puesto que el pueblo se ha hecho demasiado débil y degenerado como para gobernarse a sí mismo. Un atlante se sienta en su trono, apoyado por todos los pictos, los aliados más antiguos y poderosos del imperio. La corte está llena de extranjeros, los ejércitos están compuestos por mercenarios bárbaros, y los asesinos rojos..., bueno, ellos al menos son valusos, pero se trata de hombres procedentes de las montañas, que se consideran a sí mismos como una raza diferente.

Kull se encogió de hombros, inquieto.

-Sé lo que piensa la gente, y con qué aversión y cólera deben observar la situación las más viejas y poderosas familias valusas, Pero ¿qué otra cosa tendrían si no? Con Borna, el imperio se hallaba en peor situación que conmigo, a pesar de que él fue un valuso nativo, heredero directo de la antigua dinastía. Éste es el precio que debe pagar una nación por la

decadencia: de una forma u otra, los pueblos jóvenes y fuertes aparecen y toman posesión de las cosas. No, al menos, he reconstruido los ejércitos, he reorganizado a los mercenarios y le he devuelto a Valusia una cierta medida de su antigua grandeza internacional. Seguro que es mucho mejor tener en el trono a un bárbaro capaz de mantener unidas a las distintas facciones que permitir que cien mil hombres con las manos manchadas de sangre deambularan libremente por la ciudad, pues eso es lo que habría ocurrido a estas alturas de haber seguido reinando Borna. El reino se desmoronaba y dividía bajo sus pies, amenazado de invasión por todas partes, y los paganos grondaros ya se preparaban para lanzar una incursión de proporciones apabullantes... Pues bien, yo maté a Borna con mis propias manos en aquella noche caótica en que me puse al frente de los rebeldes. Aquella despiadada acción me ganó no pocos enemigos, pero seis meses más tarde había terminado con la anarquía y las contrarrebeliones, había vuelto a unificar la nación, le había quebrado el espinazo a la Federación Triple y aplastado el poder de los grondaros. Ahora, Valusia dormita en paz y quietud, y entre una siesta y otra conspira para derrocarme. No ha habido hambrunas desde que me convertí en rey, los almacenes rebosan de grano, los barcos mercantes llegan cargados, las bolsas de los mercaderes están llenas y la gente empieza a echar barriga. Pero, a pesar de todo eso, siguen murmurando, y maldicen y escupen sobre mi sombra. ¿Qué es lo que quieren?

El picto esbozó una mueca salvaje y contestó con amarga ironía:

-¡Quieren otro Borna! ¡Un tirano con las manos manchadas de sangre! Olvidaos de su ingratitud. No os habéis apoderado del reino para favorecerlos, ni lo conserváis en vuestras manos por ese motivo. Habían alcanzado una ambición de toda la vida y os halláis firmemente asentado en el trono. Que murmuren y conspiren todo lo que quieran. Vos sois el rey.

-Sí, soy el rey de este reino púrpura -asintió Kull, ceñudo-. Y lo seguiré siendo hasta el último aliento, hasta que mi fantasma recorra el largo camino de las sombras. ¿Qué ocurre ahora?

Un esclavo se inclinó profundamente ante él.

-Altísima majestad, Nalissa, hija de la gran casa de bora Ballin, solicita audiencia.

Una sombra se extendió sobre la mirada del rey.

-Más súplicas en relación con su condenado asunto amoroso -dijo con un suspiro, mirando a Brule-. Quizá sea mejor que te vayas. -Y volviéndose al esclavo añadió-: Dejadla llegar ante mi presencia.

Kull se sentó en una silla forrada de terciopelo y miró a Nalissa. Sólo tenía unos diecinueve años de edad; vestida a la costosa pero ligera moda de las nobles damas valusas presentaba una imagen encantadora, cuya belleza pudo apreciar hasta el propio rey bárbaro. Su piel era de un blanco maravilloso, debido en parte a los numerosos baños de leche y vino que tomaba pero, sobre todo, a una herencia de hermosura. Mostraba las mejillas matizadas de forma natural por un delicado color rosa, y sus labios eran llenos y rojos. Bajo las delicadas cejas negras había un par de profundos ojos suaves, tan negros como el misterio, y toda aquella imagen se veía coronada por una masa de ensortijado cabello negro parcialmente sujeto por un delgado lazo dorado.

Nalissa se arrodilló a los pies del rey, tomó en las suaves manos aquellos dedos endurecidos por el manejo de la espada y le miró a los ojos, con una expresión luminosa y cargada de súplica. De entre todas las personas del reino, los ojos de Nalissa eran los únicos a los que Kull prefería no mirar. A veces, observaba en ellos una gran profundidad de fascinación y misterio. Ella, hija cuidada y mimada de la aristocracia, sabía cuáles eran

algunos de sus propios poderes. pero aún no los conocía todos, debido a su juventud. Kull, que era sabio en el conocimiento de los hombres y las mujeres, se daba cuenta de que, con la madurez, Nalissa se hallaba destinada a alcanzar un poder terrorífico en la corte y en el país, ya fuera para bien o para mal.

-Pero, majestad -rogaba ahora como una niña que pidiera un juguete-, permitidme que me case con Dalgar de Farsun. Se ha convertido en un ciudadano valuso, y ha alcanzado un alto favor en la corte, como decís vos mismo. ¿Por qué...?

-Ya te lo he dicho -la interrumpió el rey con impaciencia-, no me importa que te cases con Dalgar, con Brule o con el mismísimo diablo, pero tu padre no desea que te cases con ese aventurero farsuno y...

-¡Pero vos podéis hacer que consienta! -gritó ella.

-La casa de bora Ballin se cuenta entre mis más fuertes partidarios -replicó el atlante-. Y Murom bora Ballin, tu padre, es uno de mis mejores amigos. Entabló amistad conmigo cuando yo no era más que un gladiador sin amigos. Me prestó dinero cuando sólo era un soldado, y apoyó mi causa cuando me apoderé del trono. ¿Quieres que me arriesgue a perder esa mano derecha mía obligándole a aceptar algo a lo que se opone violentamente, o interviniendo en sus asuntos familiares?

Nalissa no había aprendido todavía que algunos hombres no se dejan conmover por las artimañas femeninas. Rogó, trató de engatusarle, y hasta lloró. Le besó las manos a Kull, lloró sobre su pecho, llegó a sentarse sobre sus rodillas y discutió, todo ello ante la incomodidad del rey, pero no le sirvió de nada. Kull se mostró sinceramente comprensivo, pero inflexible. A pesar de todos los atractivos y halagos de la joven, sólo tenía una respuesta que ofrecerle: que aquello no era asunto suyo, que su padre sabía mejor lo que le convenía y que él, Kull, no estaba dispuesto a interferir.

Finalmente, Nalissa abandonó sus intentos y se marchó, con la cabeza inclinada y arrastrando los pies. Al salir del salón real se encontró con su padre, que llegaba en ese momento. Murom bora Ballin, que imaginó cuál había sido el propósito que había inducido a su hija ha visitar al rey, no le dijo nada, pero la mirada que le dirigió indicaba bien a las claras el castigo que le reservaba. La joven subió a la silla que la esperaba, sintiéndose desgraciada, como si la pena que la abrumaba no pudiera ser soportada por ninguna otra mujer. Entonces, su naturaleza interna se afirmó a sí misma. En sus ojos oscuros brotó la llama de la rebelión, y dirigió unas pocas y rápidas palabras a los esclavos que portaban su silla.

Mientras tanto, el conde Murom se encontraba ante su rey, con los rasgos de la cara convertidos en una máscara de deferencia formal. Kull observó aquella expresión, y eso le dolió. Existía formalidad entre él y todos sus súbditos y aliados, excepto con el picto Brule y el embajador Ka-nu, pero aquella estudiada formalidad era algo nuevo en el conde Murom, y Kull no tardó en imaginar la razón.

-Tu hija ha estado aquí, conde -dijo bruscamente.

-Sí, majestad -asintió con tono impasible y majestuoso.

-Probablemente sabrás por qué. Desea casarse con Dalgar de Farsun.

El conde efectuó una leve inclinación de cabeza.

-Si vuestra majestad lo desea así, no tenéis más que decirlo -dijo, al tiempo que unas líneas duras se extendían por su rostro.

Kull, aguijoneado, se levantó, cruzó la estancia y se dirigió hacia la ventana donde, una vez más, contempló la ciudad amodorrada Sin volverse dijo desde allí:

-Ni por la mitad de mi reino me atrevería a interferir en tus asuntos familiares, y mucho menos obligarte a seguir un curso de acción desagradable para ti.

El conde se encontró a su lado en un instante, desaparecida toda su anterior formalidad, con una expresión elocuente en sus exquisitos ojos.

-Majestad, os había juzgado mal. Debería haberme dado cuenta de que...

Hizo ademán de arrodillarse, pero Kull lo contuvo con un gesto.

-Tranquilízate, conde. Tus asuntos privados son tuyos. No puedo ayudarte, pero tú sí puedes ayudarme a mí. El ambiente me huele a conspiración. Desde mi juventud he aprendido a percibir el peligro. Ya entonces sentía la cercanía de un tigre en la jungla, o de una serpiente entre la hierba alta.

-Mis espías se han dedicado a recorrer la ciudad, majestad -dijo el conde, con los ojos iluminados ante la perspectiva de la acción inmediata-. La gente murmura, como lo haría bajo cualquier gobernante, pero acabo de hablar con Ka-nu, en el consulado, y me ha dicho que os advierta que están actuando influencias externas y dinero extranjero. Dice no saber todavía nada definitivo, pero que sus pictos han obtenido cierta información de un sirviente borracho del embajador veruliano, vagos atisbos indicativos de algún golpe que está preparando ese gobierno.

-Todos conocemos la gran capacidad veruliana para el engaño -asintió Kull con un gruñido-. Pero Gen Dala, el embajador veruliano es la misma esencia del honor.

-Tanto mejor para utilizarlo como pantalla. Si no sabe nada de lo que planea su nación, tanto mejor servirá para enmascarar esos planes.

-Pero ¿qué ganaría Verulia con ello? -preguntó Kull.

-Gomlah, un primo lejano del rey Borna, se refugió allí cuando derrocasteis a la antigua dinastía. Sin vos, Valusia se haría añicos. los ejércitos quedarían desorganizados y nos veríamos abandonados por todos nuestros aliados, excepto los pictos; los mercenarios, a los que sólo vos podéis controlar, se revolverían contra Valusia, y seríamos así una presa fácil para la primera nación poderosa que se atreviera a atacarnos. Entonces, presentando a Gomlah como una excusa para la invasión, como una marioneta en el trono de Valusia...

-Comprendo -gruñó Kull-. Me siento mucho más cómodo en la batalla que en el consejo, pero lo comprendo. De modo que el primer paso sería mi eliminación, ¿no es eso?

-Así es, majestad.

Kull sonrió y flexionó sus poderosos brazos.

-Al fin y al cabo, esto de gobernar se hace aburrido a veces -dijo al tiempo que sus dedos acariciaban la empuñadura de la espada, que siempre llevaba al cinto.

En ese momento, apareció un esclavo y anuncio:

-Tu, primer consejero del rey, y Dondal, su sobrino.

Inmediatamente, dos hombres entraron en el salón. Tu, el primer consejero, era un hombre rechoncho, de mediana estatura, que ya se encontraba en la segunda mitad de la vida y que más se parecía a un mercader que a un consejero. Tenía el cabello escaso, el rostro surcado de arrugas y bajo sus cejas siempre había una mirada de perpetuo recelo. Sin embargo, se le notaban tanto los años como los honores recibidos. De origen plebeyo, se había abierto camino gracias exclusivamente al poder de su ingenio y a la intriga. Antes de la llegada de Kull, había visto aparecer y desaparecer a tres reyes, y se le notaba la tensión que eso le había supuesto.

Su sobrino Dondal era un joven delgado y un tanto amanerado, con intensos ojos oscuros y una sonrisa agradable. Su principal virtud radicaba en el hecho de saber contener la lengua, y no repetir nunca a nadie lo que oía decir en la corte. Por esa misma razón, se

permitía su presencia en lugares a los que su estrecho parentesco con Tu no le habría permitido acceder.

-Sólo se trata de una pequeña cuestión de estado, majestad -dijo Tu-. Ese permiso para la construcción de un nuevo puerto en la costa occidental. ¿Querréis firmarlo?

Kull firmó el documento. Tu extrajo del interior de su pecho un anillo de forma sujeto con una pequeña cadena que siempre llevaba alrededor del cuello, y aplicó el sello real. Este anillo era, en efecto, la réplica de la firma real y ningún otro anillo en el mundo era exactamente igual, razón por la que Tu lo llevaba siempre alrededor del cuello, tanto cuando estaba despierto como cuando dormía. A excepción de los que se hallaban presentes en ese momento en el salón del trono, nadie más sabía dónde se guardaba el anillo de la firma real.

2. Misterio

De un modo casi imperceptible, la quietud del día se había transformado en la quietud de la noche. La luna todavía no había salido y las pequeñas estrellas plateadas daban poca luz, como si su radiación se viera estrangulada por el calor que todavía surgía de la tierra.

Los cascos de un solo caballo produjeron un resonar hueco a lo largo de una calle desierta. Si alguien estaba observando desde las ventanas negras de las casas, no dieron la menor muestra de que nadie supiera que era Dalgar de Farsun el que montaba a caballo y avanzaba a través de la noche y el silencio.

El cuerpo ágil y atlético del joven farsuno aparecía completamente cubierto por una armadura ligera, y también llevaba puesto el casco. Parecía perfectamente capaz de manejar la espada larga y fina, de empuñadura cubierta de joyas, que le colgaba del costado, y el pañuelo que le cruzaba el pecho cubierto de acero, con su roja rosa, no disminuía en nada la imagen de masculinidad que ofrecía.

Ahora, mientras cabalgaba, leyó de nuevo la nota arrugada que llevaba en la mano y que, medio desplegada, dejaba al descubierto el siguiente mensaje, escrito en los caracteres propios de Valusia: «A medianoche, amado mío, en los jardines malditos, al otro lado de los muros. Huiremos juntos».

Una nota dramática. los atractivos labios de Dalgar se curvaron ligeramente al leerla. Bueno, podía disculparse un poco de melodrama en una muchacha joven, y él mismo disfrutaba un tanto con ello. Un estremecimiento de éxtasis le sacudió, sólo de pensar en la cita. Al amanecer ya se encontraría al otro lado de la frontera veruliana, junto con su futura esposa. Que el conde Murom bora Ballim se enfureciera después todo lo que quisiera, o que el ejército valuso les siguiera la pista, porque, una vez cruzada esa frontera, él y Nalissa estarían a salvo. Se sentía muy animado y romántico; el corazón se le hinchaba con las estúpidas heroicidades propias de la juventud. Todavía faltaban varias horas para la medianoche, pero... Con los talones cubiertos de acero, hizo que el caballo girara hacia un lado para seguir un atajo, a través de unas estrechas calles oscuras.

-Oh. luna plateada en un pecho de plata... -murmuró en voz baja, repitiendo las palabras de amor de los versos de Ridondo, aquel poeta loco, ya muerto.

Entonces, el caballo lanzó un bufido y se revolvió, inquieto. Entre las sombras de una puerta escuálida, un bulto oscuro se movió y gimió.

Dalgar se inclinó y vio la forma de un hombre. Arrastró el cuerpo hacia una zona comparativamente más iluminada, y se dio cuenta de que el hombre todavía respiraba. Algo caliente pegajoso y se adhirió a su mano.

El hombre era rechoncho y aparentemente viejo, pues su cabello era escaso y la barba aparecía moteada de blanco. Iba vestido con los andrajos de un mendigo, pero incluso en la oscuridad Dalgar se dio cuenta de que sus manos eran suaves y blancas por debajo de la suciedad. La sangre manaba de una fea brecha abierta en la parte lateral de la cabeza, y tenía los ojos cerrados, aunque gemía de vez en cuando.

Dalgar se arrancó un trozo de tela de la faja para restañar la herida y, al hacerlo, el anillo que llevaba en un dedo quedó enredado entre los pelos de la barba. Al tirar de la mano, con un gesto impaciente, la barba se desprendió por completo, y dejó al descubierto el rostro suavemente afeitado y de profundas arrugas de un hombre que parecía hallarse al final de la mitad de su vida. Dalgar emitió una exclamación y retrocedió. Se levantó de un salto, aturdido y conmocionado. Permaneció allí de pie durante un momento, sin dejar de observar fijamente al hombre que gemía; luego, el rápido tintineo de los cascos de un caballo en una calle paralela le hizo recuperar el sentido.

Echó a correr por la calle, hasta llegar a la esquina, y se acercó al jinete. El hombre se detuvo con un movimiento rápido al tiempo que llevaba la mano hacia la espada. los cascos de su corcel arrancaron chispas del empedrado de la calle, al descender el caballo, que se había encabritado.

-¿Qué ocurre ahora? ¡Oh..., eres tú, Dalgar!

-¡Brule! -exclamó el joven farsuno-. ¡Rápido! Tu, el primer consejero, yace en esa calle. Está sin sentido, y puede que haya sido asesinado.

El picto desmontó en un instante, con la espada ya empuñada. Tiró las riendas por encima de la cabeza de su montura, dejó al corcel allí, como una estatua, y siguió a Dalgar a la carrera.

Ambos se inclinaron sobre el herido consejero, y Brule recorrió su cuerpo con mano experta.

-Al parecer. no tiene ninguna fractura -gruñó el picto-, aunque no puedo saberlo con seguridad, claro. ¿Se le había caído la barba cuando lo encontraste?

-No, tiré de ella accidentalmente y se desprendió...

-En tal caso, es muy probable que esto sea obra de algún desalmado que no le conocía. Al menos, eso es lo que preferiría pensar. Si el hombre que lo asaltó sabía que se trataba de Tu, eso significaría que una negra traición se está cociendo en Valusia. Ya le dije más de una vez que sería un desastre deambular por la ciudad disfrazado de esa guisa, pero eso no es suficiente para convencer a un consejero. Insistió en que de ese modo podría enterarse de lo que estaba sucediendo, que podría controlar el pulso del imperio, según sus propias palabras.

-Pero, si ha sido obra de un ladrón, ¿por qué no le han robado? -preguntó Dalgar-. Aquí está su bolsa, con unas pocas monedas de cobre. Además, ¿intentaría alguien robarle a un mendigo?

El asesino de la lanza emitió un juramento.

-Tienes razón. Pero, en nombre de Valka, ¿quién podía saber que él era Tu? Nunca se ponía dos veces el mismo disfraz, y sólo Dondal y un esclavo le anudaban a ponérselo. ¿Qué andaría buscando el que lo asaltó? Oh, por Valka..., podría morirse mientras nosotros estamos aquí haciendo conjeturas. Ayúdame a subirlo a mi caballo.

Una vez que el primer consejero estuvo montado en la silla, sostenido por los brazos acerados de Brule, recorrieron las calles en dirección al palacio. La guardia, asombrada, les franqueó el paso, y el hombre inconsciente fue llevado a una cámara interior y recostado en un diván, donde mostró signos de recuperar la conciencia, bajo los cuidados de las esclavas y las damas de la corte.

Finalmente. se sentó y se agarró la cabeza con las manos. Ka-nu, el embajador picto y el hombre más astuto del reino, se inclinó sobre él.

-¡Tu! ¿Quién te ha atacado?

-No lo sé -contestó el consejero, todavía mareado-. No recuerdo nada.

-¿Llevabas encima algún documento importante?

-No.

-¿Te han robado algo?

Tu se palpó los ropajes con incertidumbre. Su mirada brumosa empezó a aclararse y entonces, de repente, se iluminó con una súbita comprensión.

-¡El anillo! ¡El anillo de la firma real! Ha desaparecido!

Ka-nu se golpeó la palma de una mano con el puño y emitió una sentida maldición.

-¡Eso es lo que sucede por llevarlo siempre contigo! ¡Ya te lo advertí! Rápido, Brule, Kelkor, Dalgar..., una vil traición se prepara. Acudid pronto a la cámara del rey.

Delante del dormitorio real montaban guardia diez de los asesinos rojos, el regimiento favorito del rey. Ante las rápidas preguntas de Ka-nu, contestaron que el rey se había retirado a descansar hacía más o menos una hora, que nadie había intentado entrar, y que no habían oído ningún sonido.

Ka-nu llamó a la puerta. No hubo respuesta. Acuciado por el pánico, intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave por dentro.

-¡Derribad esa puerta! -gritó con el rostro muy pálido y un inusitado timbre de tensión en su voz.

Dos de los asesinos rojos, de tamaño gigantesco, lanzaron todo su peso contra la puerta, pero ésta, al ser de pesado roble y estar protegida con bandas de bronce, resistió el embate. Brule los apartó a un lado y atacó la maciza puerta con su espada. Bajo los pesados golpes del afilado acero, la madera y el metal terminaron por ceder, y unos momentos después Brule lanzaba todo su peso sobre ella y entraba en el dormitorio, pasando por encima de los restos.

Se detuvo de inmediato con un grito ahogado y miró por encima del hombro. mientras Ka-nu se mesaba desesperadamente la barba. la cama real aparecía revuelta, como si alguien hubiera dormido efectivamente en ella, pero no se veía el menor rastro del rey. El dormitorio estaba completamente vacío, y sólo la ventana abierta parecía ofrecer una explicación a la extraña desaparición.

-¡Registrad las calles! -rugió Ka-nu-. ¡Peinad toda la ciudad! Que redoblen la guardia en todas las puertas. Kelkor, alerta a toda la fuerza de los asesinos rojos. Brule, reúne a tus jinetes y ponte al frente de ellos, hasta la muerte si es necesario. ¡Daos prisa! Dalgar...

Pero el farsuno había desaparecido. Había recordado de repente que ya se acercaba la medianoche, y para él era mucho más importante el hecho de que Nalissa bora Ballin le estuviera esperando en los jardines malditos, a tres kilómetros de distancia de los muros de la ciudad, antes que conocer el paradero del rey, fuera quien fuese.

3. La firma del sello

Esa noche, Kull se había retirado pronto a sus aposentos. Tal y como era su costumbre, se entretuvo unos minutos ante la puerta del dormitorio real para charlar con la guardia, viejos compañeros de regimiento, e intercambiar algún que otro recuerdo sobre los viejos tiempos, en que había cabalgado entre las filas de los asesinos rojos. Luego, despidió a sus sirvientes, entró en el dormitorio, apartó los cobertores de su cama y se preparó para descansar. Una actitud extraña para tratarse de un rey, no cabe la menor duda, pero ya hacía tiempo que Kull se había acostumbrado a la vida ruda del soldado, y antes de eso había formado parte de una tribu de salvajes. Nunca se había acostumbrado del todo a que los demás le hicieran las cosas y, al menos en la intimidad de su dormitorio, prefería cuidar de sí mismo.

Justo en el momento en que se volvió para apagar la vela que iluminaba la estancia, oyó unos ligeros golpecitos en el alféizar de la ventana. Con la espada en la mano1 cruzó la habitación con el paso natural y silencioso de una gran pantera, y se asomó al exterior. Los setos y los árboles se veían vagamente en la semioscuridad, bajo la luz de las estrellas. El sonido de las fuentes llegaba distante hasta él, y su mirada no pudo distinguir la figura de ninguno de los centinelas que recorrían aquellos confines.

Sin embargo, aquí, junto a su codo, se encontraba el misterio. Agarrado a las enredaderas que cubrían el muro, había un pequeño tipo de rostro arrugado, con el mismo aspecto de los mendigos profesionales que pululaban por las calles más sórdidas de la ciudad. Parecía un ser inofensivo, con sus delgadas piernas y su rostro de mono, y Kull le miró con el ceño fruncido.

-Ya veo que voy a tener que poner centinelas a los pies de mi ventana1 o cortar estas enredaderas -dijo el rey-. ¿Cómo has podido cruzar entre la guardia?

El hombre arrugado se llevó un delgado dedo a los labios, con un gesto que rogaba silencio; luego, con la habilidad propia de un simio, deslizó una mano a través de los barrotes y, en silencio, entregó a Kull un pergamino. El rey lo desenrolló y leyó: «Rey Kull, si valoráis en algo vuestra vida, o el bienestar del reino, seguid a este guía hasta el lugar al que os conducirá. No habléis con nadie. Procurad que no os vean los guardias. Los regimientos son un hervidero de traiciones, y si queréis seguir viviendo y conservar el trono, debéis hacer exactamente lo que os digo. Confiad en el portador de esta nota». La misiva estaba firmada: «Tu, primer consejero de Valusia», y se veía en ella el sello del anillo real.

Kull juntó las cejas. Aquello no tenía buen aspecto, pero se trataba, sin duda, de la letra de Tu, pues no dejó de observar el rasgo peculiar e imperceptible de la última letra del nombre de Tu, que era la característica peculiar del consejero, por así decirlo. Además, estaba el sello, y aquel sello no se podía duplicar. Era la firma de Kull.

-Muy bien -asintió-. Espera a que me arme.

Vestido y cubierto con una ligera armadura de cota de malla, Kull se dirigió de nuevo hacia la ventana. Agarró las barras, una en cada mano, aplicó cautelosamente su tremenda fuerza y sintió que cedían hasta que le pareció que incluso sus anchas espaldas cabrían por el hueco. Se puso a horcajadas sobre el alféizar, se agarró de las enredaderas y descendió por ellas con la misma facilidad con que lo había hecho el pequeño mendigo que le precedía.

Al pie del muro, Kull sujetó a su compañero por el brazo.

-¿Cómo lograste burlar a la guardia? -preguntó con un susurro

-A quien se me acercó, le mostré el signo del sello real.

-Eso no será suficiente ahora -gruñó el rey-. Sígueme, yo conozco la rutina que siguen.

Transcurrieron unos veinte minutos, durante los que permanecieron tumbados, a la espera, ocultos tras un árbol o un seto, hasta que pasaba un centinela y avanzaban hacia un nuevo escondite, a base de carreras cortas y rápidas entre las sombras. Finalmente, llegaron junto a la muralla exterior. Kull tomó a su guía por los tobillos y lo levantó hasta que los dedos de éste se sujetaron a lo alto de la muralla. Una vez a horcajadas sobre ella, el mendigo le tendió una mano para ayudarle, pero Kull, con un gesto de desprecio, retrocedió unos pasos, emprendió una corta carrera, saltó en el aire y se sujetó al parapeto con una mano, para luego elevar su gran estructura a pulso, hasta encontrarse en lo alto de la muralla, todo ello con un increíble despliegue de fortaleza y agilidad.

Un momento más tarde, las dos figuras extrañamente incongruentes se habían dejado caer al otro lado de la muralla y se desvanecían, tragadas por la oscuridad.

4. «Se volvió, acorralado»

Nalissa, hija de la casa de bora Ballin, se sentía nerviosa y asustada. Sostenida por sus elevadas esperanzas y por la sinceridad de su amor, no lamentaba la precipitación de las acciones que había emprendido durante las últimas horas, pero deseaba que llegara rápidamente la medianoche, que le traería a su amante.

Hasta el momento, su huida había resultado fácil. No era sencillo para nadie abandonar la ciudad tras la caída de la noche, pero ella se había alejado a caballo de la casa de su padre poco antes de la puesta del sol, tras decirle a su madre que pasaría aquella noche en casa de una amiga. Fue una suerte para ella que a las mujeres de la ciudad de Valusia se les permitiera esa insólita libertad, y no tuvieran que verse recluidas en los harenes y en verdaderas casas-prisión, como sucedía en los imperios orientales; se trataba de una costumbre que había sobrevivido a la gran inundación.

Nalissa salió tranquilamente por la puerta oriental y luego se dirigió directamente hacía los jardines malditos, situados a dos millas al este de la ciudad. En otros tiempos, aquellos jardines habían sido lugar de recreo y propiedad de un noble, pero empezaron a difundirse historias que hablaban de libertinajes crueles y ritos de adoración demoníaca, hasta que la gente, enloquecida por la regular desaparición de sus hijos se encaminó hacia los jardines y una multitud fuera de sí ahorcó al príncipe ante la puerta de su propia mansión. Al registrar los jardines, la gente descubrió cosas horribles y, arrastrada por la repugnancia y el horror, destruyeron parcialmente la mansión y las glorietas, las pérgolas, las grutas y los muros. No obstante, construidos con un mármol imperecedero, muchos de los edificios resistieron tanto los mazos de la multitud como los estragos del tiempo. Ahora, abandonados desde hacía más de un siglo, dentro de aquellos muros medio desmoronados había brotado una verdadera jungla en miniatura, y la vegetación cubría casi por completo las ruinas.

Nalissa ocultó el caballo en una glorieta arruinada, y se sentó sobre el agrietado suelo de mármol, dispuesta a esperar. Al principio, no fue mal. La suave puesta de sol veraniega pareció inundar el paisaje, suavizándolo todo con sus dulces tonalidades amarillentas. Se sintió intrigada por el vasto mar verdoso que la rodeaba, salpicado de resplandores blancos allí donde todavía se veían muros de mármol y tejados desmoronados. Pero a medida que

fue cayendo la noche y las sombras lo fueron invadiendo todo, Nalissa empezó a ponerse nerviosa. La brisa nocturna parecía susurrar cosas crueles entre las ramas de los árboles, las anchas hojas de palma y la hierba alta, y las estrellas producían una impresión de frialdad y lejanía. Empezó a recordar las leyendas y las historias que se habían contado y se imaginó que, por encima de los fuertes latidos de su corazón, pudo oír el roce de unas invisibles alas negras y el murmullo de unas voces hostiles.

Rogaba para que llegara la medianoche, y Dalgar con ella. Si Kull hubiera podido verla en ese momento, no habría pensado en lo misterioso de su profunda naturaleza, ni en las señales del gran futuro que le esperaba, sino que sólo habría visto a una joven asustada, que deseaba apasionadamente sentirse consolada y acariciada en brazos de un hombre.

Pero en ningún momento cruzó por su mente la idea de abandonar.

Daba la impresión de que el tiempo no pasaba, a pesar de lo cual transcurría de algún modo. Finalmente. un débil resplandor indicó la próxima salida de la luna y supo que poco a poco se acercaba el momento de la medianoche.

Entonces, de improviso, se oyó un ruido que la hizo ponerse en pie de un salto y sentir que el corazón se le subía a la garganta. En alguna parte de los supuestamente desiertos jardines, el silencio de la noche se vio rasgado por un grito y un sonido metálico de acero. Un nuevo grito, breve y horrible, le heló la sangre en las venas. Luego, se hizo de nuevo el silencio, como un sudario sofocante.

«¡Dalgar! ¡Dalgar! ¿Dónde estás?» Este pensamiento martilleaba sin cesar su aturdido cerebro. Posiblemente, su amante había acudido a la cita y había caído víctima de alguien.... o de algo.

Se asomó del lugar donde se ocultaba, con una mano sobre el corazón, que parecía querer estallarle entre las costillas. Empezó a recorrer un camino empedrado y las hojas de las palmeras rozaron sus dedos. Parecía hallarse rodeada por un abismo de sombras pulsantes, vibrantes y llenas de una maldad sin nombre. No se oía el menor sonido.

Por delante de ella se levantaban las sombras de la mansión arruinada. Entonces, de improviso, dos hombres le salieron al paso. Lanzó un solo grito y su lengua se quedó como petrificada por el terror. Trató de huir, pero las piernas no le obedecieron, y antes de que pudiera hacer un solo movimiento uno de los hombres se apoderó de ella, agarrándola por la cintura, y se la colocó bajo el brazo, como si se tratara de una niña pequeña.

-Una mujer -gruñó en un idioma que Nalissa apenas comprendió, pero que reconoció como verulíano- - Dame tu puñal y me encargaré de...

-No tenemos tiempo ahora -replicó el otro utilizando la misma lengua-. Arrójala ahí, con él, y ya nos encargaremos de ambos después. Tenemos que traer a Phondar aquí, antes de matarle; quiere interrogarle un poco.

-¿De qué servíra eso? -murmuró el gigante veruliano, que siguió a su compañero-. No querrá hablar, de eso puedes estar seguro. Desde que le capturamos, sólo ha abierto la boca para maldecirnos.

Nalissa, transportada de una forma tan ignominiosa bajo el brazo de su raptor, estaba helada de temor, pero su mente funcionaba a toda velocidad. ¿A quién se referían? ¿A quién querían interrogar y luego asesinar? La posibilidad de que pudiera tratarse de Dalgar despejó de su mente el temor que sentía por sí misma, y llenó su alma de una rabia salvaje y desesperada Empezó a patalear y a retorcerse con violencia, y fue castigada con un fuerte bofetón que arrancó lágrimas de sus ojos y un grito de dolor de sus labios. Se resignó a una humillante sumisión y poco después fue arrojada sin consideración alguna a través del umbral de una puerta cubierta por las sombras. Cayó de bruces al suelo, hecha un ovillo.

-¿No será mejor atarla? -preguntó el gigante.

-¿De qué serviría? No puede escapar, y tampoco puede desatarle. Vamos, date prisa. Tenemos cosas que hacer.

Nalissa se sentó y miró tímidamente a su alrededor. Se encontraba en una pequeña cámara, cuyos rincones aparecían cubiertos de telarañas. El suelo estaba cubierto de polvo y de fragmentos de mármol, desprendidos de las paredes ruinosas. Una parte del techo había desaparecido y la luna, que ahora se elevaba con lentitud, vertía su luz a través de la abertura. Gracias a ella, pudo ver una figura en el suelo, cerca de la pared. Se encogió y los dientes se hundieron en sus labios, con una horrorizada expectativa; entonces, con una delirante sensación de alivio, se dio cuenta de que aquel hombre era demasiado corpulento para tratarse de Dalgar. Se arrastró hacia él y le miró la cara. Estaba atado de pies y manos, y amordazado, pero, por encima de la mordaza, dos fríos ojos grises miraron fijamente los suyos.

-¡Rey Kull!

Nalissa se llevó ambas manos a las sienes, apretándoselas, mientras la estancia parecía tambalearse ante su mirada conmocionada y asombrada. Un instante después, sus dedos, delgados pero fuertes, se pusieron a trabajar sobre la mordaza. Tras unos pocos minutos de intenso esfuerzo, logró soltarla. Kull extendió las mandíbulas y lanzó un juramento en su propia lengua, considerado, incluso en tal situación, con los tiernos oídos de la joven.

-Oh, mí señor, ¿cómo habéis llegado hasta aquí? -preguntó la joven, que se retorcía las manos.

-O bien el consejero en quien más confío es un traidor, o yo soy un loco -gruñó el gigante-. Alguien se me acercó con una carta escrita por Tu, que llevaba incluso el sello real. Le seguí, tal y como me pedía la carta. Atravesamos la ciudad y llegamos ante una puerta cuya existencia ni siquiera yo conocía. Esa puerta no estaba vigilada por nadie y aparentemente es desconocida de todos, excepto por parte de aquellos que conspiran contra mí. Una vez al otro lado, alguien esperaba con caballos, y cabalgamos a toda velocidad hasta estos condenados jardines. Dejamos los caballos junto al muro semiderruido, y fui conducido hasta aquí, como un estúpido ciego y sordo, preparado para el sacrificio. Al cruzar el umbral de esa puerta, una gran red cayó sobre mí, lo que me impidió desenvainar la espada, y me sujetó las extremidades. Instantáneamente, una docena de bribones se aba1anzó sobre mí y..., bueno, de todos modos, capturarme no les resultó tan fácil como se habían imaginado. Dos de ellos me retorcieron el brazo, de modo que no pude utilizar la espada, pero le propiné un buen patadón a uno de ellos, y pude oír el crujido de sus costillas al partirse. logré romper la red que me aprisionaba con la mano izquierda, y atravesé con mi daga a otro que encontró la muerte y que gritó como un alma perdida en su último instante. Pero, ¡por Valka!, ellos eran demasiados. Finalmente, lograron quitarme la armadura -Nalissa se dio cuenta entonces de que el rey sólo llevaba puesto una especie de taparrabos-, y me ataron y amordazaron como has visto. Ni siquiera el propio diablo podría romper estas cuerdas. No vale la pena intentar desatar los nudos. Por lo visto, uno de esos hombres era marinero, y sé muy bien la clase de nudos que son capaces de hacer los marinos. Yo mismo fui en otros tiempos esclavo en una galera.

-Pero ¿qué puedo hacer yo? -preguntó la joven con un gemido sin dejar de retorcerse las manos.

-Coge un trozo grande de mármol y desbástalo hasta que tenga un canto afilado -se apresuró a contestar Kull-. Tienes que cortarme estas cuerdas.

Ella así lo hizo y sus esfuerzos se vieron recompensados cuando consiguió un delgado trozo de mármol cuyo borde cóncavo parecía tan afilado como una cuchilla dentada.

-Temo causaros cortes en la piel, señor -se disculpó. Al tiempo que empezaba a trabajar.

-Corta la piel, la carne y hasta el hueso si es necesario para liberarme -espetó Kull con los ojos encendidos-. ¡Haberme dejado atrapar con un ciego estúpido! ¡Ah, qué imbécil soy! ¡Por Valka, Honan y Hotath! Pero en cuanto le ponga la mano encima a esos bribones. ¿Y tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

-Ya hablaremos de eso más tarde -contestó Nalissa jadeante-. Ahora no tenemos ningún tiempo que perder.

Se hizo el silencio, mientras la joven intentaba cortar aquellas tenaces cuerdas, sin preocuparse lo más mínimo por sus delicadas manos, que no tardaron en quedar laceradas y sangrantes. Pero lentamente, hilacha a hilacha, las cuerdas fueron cediendo. Sin embargo, todavía quedaban suficientes como para sujetar a cualquier hombre ordinario cuando unos pesados pasos resonaron en el umbral.

Nalissa se quedó petrificada. Se oyó una voz.

-Está ahí dentro, Phondar, atado y amordazado Hay con él una dama valusa a la que descubrimos deambulando por los jardines.

-En ese caso, vigilad atentos por si llegara su galán -dijo otra voz con tonos duros y rechinantes, como los de un hombre acostumbrado a ser obedecido-. Es muy probable que se haya citado aquí con algún mentecato. En cuanto a ti...

- Nada de nombres, nada de nombres mi buen Phondar - le interrumpió una sedosa voz valusa-. Recuerda nuestro acuerdo. Hasta que Gomlah se siente en el trono yo no soy más que... el enmascarado.

-Muy bien -gruñó el veruliano-. Pues entonces debo decirte que has hecho muy buen trabajo esta noche, enmascarado. Nadie más que tú podría haberlo conseguido, pues sólo tú sabías cómo apoderarte del sello real. Sólo tú podías imitar tan bien la escritura de Tu. Y a propósito..., ¿mataste al viejo?

-¿Qué importa eso? Morirá esta noche o el día en que Gomlah suba al trono. Lo verdaderamente importante es que el rey está en nuestro poder, impotente.

Kull reflexionaba a toda velocidad, en un intento desesperado por distinguir la voz cavernosa y familiar de aquel traidor. En cuanto a Phondar..., su rostro esbozó una mueca cruel. Debía de ser una conspiración muy importante para que Verulia enviara al comandante de sus fuerzas armadas para realizar el trabajo sucio. El rey conocía bien a Phondar, y en otros tiempos incluso le había agasajado en el palacio.

-Entrad y sacadlo -ordenó Phondar-. lo llevaremos a la vieja cámara de torturas. Tengo algunas preguntas que hacerle.

La puerta se abrió y un hombre entró; era el mismo gigante que había capturado a Nalissa. Cerró la puerta tras él y cruzó la estancia, sin dirigir una sola mirada a la muchacha, acurrucada en un rincón. Se inclinó sobre el rey atado y lo agarró por el hombro y una pierna para levantarlo a pulso; entonces se oyó un golpe repentino cuando Kull, empleando toda su fuerza de hierro, dio un tirón convulsivo y rompió el resto de las cuerdas que todavía le sujetaban.

No había permanecido atado el tiempo suficiente como para que se le cortara la circulación, lo que habría podido afectar a su fortaleza. Sus manos se lanzaron hacia el cuello del gigante, tal y como habría atacado una serpiente pitón, y lo rodearon con garras de acero.

El gigante cayó de rodillas. Se llevó una mano hacia los dedos que le atenazaban el cuello, y la otra a la funda de la daga. Sus dedos rodearon como el acero la muñeca de Kull, y la daga surgió de la funda con un resplandor metálico. Luego, sus ojos se abultaron, abrió la boca y la lengua salió, fláccida. Los dedos se desprendieron de la muñeca del rey, y la daga se deslizó de una mano ya sin nervio. El veruliano quedó fláccido, con la garganta literalmente aplastada bajo aquella terrible presión. Kull dio un tirón terrorífico de su cabeza hacia un lado, partiéndole el cuello, lo dejó en el suelo y le desenvainó la espada de la funda. Nalissa había recogido la daga caída al suelo.

La lucha sólo había durado unos pocos segundos, y no había producido más ruido que el que pudiera haber causado un hombre que levantara a otro pesado para echárselo sobre el hombro.

-¡Date prisa! -gritó la impaciente voz de Phondar desde el otro lado de la puerta.

Kull, agazapado como un tigre en el interior de la estancia, pensó con rapidez. Sabía que allí fuera había por lo menos un pelotón de conspiradores. También sabía, por el sonido de las voces, que al otro lado de la puerta sólo había dos o tres, al menos por el momento. La estancia donde se encontraba no era un buen lugar para defenderse. Los otros no tardarían en entrar para ver qué provocaba el retraso. Entonces, tomó una decisión y actuó con rapidez. Llamó a su lado a la muchacha.

-En cuanto haya salido por esa puerta, sal corriendo y sube la escalera que hay a la izquierda.

La joven asintió, temblorosa, y él le dio una tranquilizadora palmada en el hombro. Luego, se dio media vuelta y abrió la puerta de golpe.

los hombres que había al otro lado esperaban al gigante veruliano con el rey impotente sobre sus hombros. Ante aquella aparición inesperada, se quedaron boquiabiertos. Kull estaba de pie ante la puerta, medio desnudo, agazapado como un tigre humano a punto de saltar, mostrando los dientes en un gruñido de furia combativa, con los ojos encendidos. La hoja de la espada que empuñaba efectuó un molinete, como una rueda de plata bajo la luz de la luna.

Kull vio a Phondar, acompañado por dos soldados verulianos y una figura delgada que llevaba puesta una máscara negra. Transcurrió apenas un instante fugaz y se lanzó contra sus enemigos. La danza de la muerte había empezado.

El comandante veruliano fue el primero en caer, ante la primera embestida del rey, con la cabeza hendida hasta los dientes a pesar del casco que llevaba puesto. El enmascarado desenvainó y lanzó una estocada con la espada, cuya punta recorrió la mejilla de Kull. Uno de los soldados, que se abalanzó contra el rey con una lanza, fue hábilmente esquivado y un instante después yacía muerto sobre su jefe. El otro soldado se amilanó, dio media vuelta y echó a correr, llamando a gritos a sus camaradas. El enmascarado retrocedió con rapidez ante el ataque en tromba del rey, sin dejar de esquivarle y parar sus golpes con una habilidad casi increíble. Pero, ante la abrumadora ferocidad de la embestida, no tuvo tiempo para atacar, sino sólo para defenderse. Kull golpeaba la hoja de su acero como un herrero pudiera golpear el yunque, y cada una de sus embestidas parecía estar a punto de partir en dos aquella cabeza enmascarada y encapuchada, pero la larga y delgada espada valusa se interponía siempre en el camino, desviaba la estocada por poco, o conseguía detenerla a pocos centímetros de su piel, aunque siempre lo suficiente.

Entonces, Kull vio que los soldados verulianos corrían hacia ellos por entre la maleza, oyó el tintineo de sus armas y sus feroces gritos. Atrapado allí, al aire libre, no tardarían en rodearle y ensartarle como a una rata. Lanzó una última estocada maligna contra el valuso

que retrocedía y luego, irguiéndose, se dio media vuelta y echó a correr por la escalera, en lo más alto de la cual ya le esperaba Nalissa.

Una vez allí se volvió, acorralado. Él y la muchacha se encontraban sobre una especie de promontorio artificial. Un tramo de escalera conducía hacia arriba, y en otro tiempo debía de haber existido otro tramo que condujera hacia abajo, pero este último se había desmoronado. Kull se dio cuenta de que se encontraban en un callejón sin salida. Las paredes caían a pico, cubiertas por esculturas talladas en el muro. «Bien, aquí moriremos -pensó Kull-. Pero también morirán otros muchos.»

Los verulianos se reunieron al pie de la escalera, bajo la dirección del misterioso valuso enmascarado. Kull sujetó con fuerza la empuñadura de la espada y echó la cabeza hacia atrás, como un regreso inconsciente a los tiempos en que había llevado una melena tan poblada como la de un león.

Nunca había temido a la muerte, y no la temía ahora, y, de no haber sido por una única consideración, habría dado la bienvenida al clamor y la locura de la batalla, como una vieja amiga, sin lamentaciones inútiles. La consideración era la presencia de la muchacha que se hallaba a su lado. Al ver temblar su figura y observar la palidez de su rostro, tomó una decisión repentina.

Levantó una mano y gritó:

-¡Eh, hombres de Verulia! ¡Aquí estoy, acorralado! Muchos caerán antes de que yo muera. Pero si me prometéis que soltaréis a la muchacha, sin causarle el menor daño, no levantaré una sola mano contra vosotros. Podréis matarme como a una oveja.

Nalissa lanzó un grito de protesta y el enmascarado emitió una risotada.

-No hacemos tratos con quien ya está condenado. Esa muchacha también debe morir, y yo no hago promesas para violarlas. ¡Arriba, guerreros, a por él!

Subieron por la escalera como una negra oleada de muerte, haciendo destellar las espadas como plata congelada bajo la luz de la luna. Uno de ellos se adelantó en exceso. Se trataba de un enorme guerrero que blandía una gran hacha de combate. Este hombre, que se movió con mayor rapidez de la que Kull había esperado, se plantó en un instante sobre el rellano. Kull atacó y el hacha descendió. Con la mano izquierda en alto contuvo el descenso del arma en el aire, sujetándola por el pesado mango, una hazaña que pocos hombres habrían podido realizar, y al mismo tiempo golpeó con la derecha hacia el costado de su enemigo, y lo hizo con tal fuerza que la larga espada atravesó la armadura, la musculatura y el hueso, y la hoja quedó incrustada en la columna vertebral, rompiéndose.

Al darse cuenta, apenas tardó un instante en soltar la empuñadura de la inservible espada y arrancar el hacha de la mano del guerrero moribundo, que se tambaleó hacia atrás y cayó por la escalera, seguido por una breve y cruel risotada de Kull.

los verulianos vacilaron sobre la escalera y, más abajo, el enmascarado les animó salvajemente a lanzarse al ataque. Ellos, en cambio, se mostraron más inclinados a dejar las cosas como estaban.

-Phondar ha muerto -gritó uno-. ¿Acaso vamos a recibir órdenes de un valuso? ¡Nos enfrentamos a un demonio, y no a un hombre! ¡Salvémonos!

-¡Cobardes estúpidos! -gritó la voz del enmascarado, elevándose en un grito felino-. ¿No os dais cuenta de que vuestra única seguridad estriba en matar al rey? Si fracasáis esta noche, vuestro propio gobierno os repudiará y ayudará a los valusos a daros caza. ¡Arriba, estúpidos! Es posible que mueran algunos, pero es mucho mejor que mueran unos pocos bajo el hacha del rey, que morir todos en la horca. Si uno sólo de vosotros se atreve a retroceder por esta escalera, ¡yo mismo lo mataré!

Y al tiempo que decía estas palabras, la larga y delgada espada les amenazó.

Desesperados y temerosos ante su líder, reconocieron la verdad que había en sus palabras, y los guerreros se volvieron hacia el acero de Kull. En el momento en que se lanzaron en masa a lo que necesariamente había de ser la última carga, Nalissa vio atraída su atención por un movimiento que se produjo en la base de la pared. Una figura se destacó de entre las sombras y empezó a subir la pared vertical, ascendiendo como un mono, utilizando las esculturas talladas en la pared como puntos de apoyo para manos y pies. Aquel lado del muro se hallaba envuelto en las sombras, y ella no pudo distinguir los rasgos del hombre que subía; además, llevaba puesto un pesado casco que todavía arrojaba más sombras sobre su rostro.

Sin decirle nada a Kull, que se hallaba de pie en el rellano, con el hacha preparada, ella se asomó por el borde del muro, medio oculta tras las ruinas de lo que en otro tiempo debía de haber sido un parapeto. Entonces se dio cuenta de que aquel hombre llevaba puesta una armadura completa, pero seguía sin poder ver sus rasgos. Se le aceleró la respiración, y levantó la daga, haciendo denodados esfuerzos por contener una oleada de náuseas.

Entonces, un brazo cubierto de acero apareció por el borde agarrándose a él; la muchacha saltó tan rápida y silenciosamente como una tigresa y atacó el rostro desprotegido, que se levantó repentinamente hacia la luz de la luna. Y en el preciso instante en que la daga descendía y ella ya no podía detener el golpe que se disponía a propinar, lanzó un grito de sorpresa y de agonía. Porque en ese último y fugaz segundo reconoció el rostro de su amante, Dalgar de Farsun.

5. La batalla de la escalera

Después de haberse alejado tan poco ceremoniosamente de la presencia de Ka-nu, Dalgar corrió hacia su caballo y cabalgó rápidamente hacia la puerta oriental. Había oído a Ka-nu dar órdenes de que cerraran todas las puertas de la ciudad, y que no dejaran salir a nadie, y cabalgó como un loco para adelantarse al cumplimiento de esa orden. De todos modos, ya resultaba bastante difícil salir por la noche y Dalgar, enterado de que las puertas no estarían protegidas esta noche por los incorruptibles asesinos rojos, había tenido la intención de abrirse paso a base de sobornos. Ahora, en cambio. todo dependía de la audacia de su plan.

Con el caballo cubierto de sudor, lo detuvo ante la puerta oriental y gritó:

-¡Abrid la puerta! ¡Debo llegar esta misma noche a la frontera veruliana! ¡Rápido! ¡El rey ha desaparecido! ¡Abrid paso y luego vigilad bien la puerta! ¡En nombre del rey! -Al ver que los soldados vacilaban, añadió-: ¡Daos prisa, estúpidos! ¡Puede que el rey corra un peligro mortal! ¡Abrid!

Desde el otro lado de la ciudad, con un tono profundo capaz de helar los corazones de un repentino espanto, llegó el sonido de la gran campana de bronce del rey, que sólo suena cuando el rey está en peligro. Los guardias quedaron como electrificados. Sabían que a Dalgar se le tenía en mucha estima, como noble que se hallaba de visita en Valusia. Creyeron, pues, en sus palabras, e impulsados por su voluntad le abrieron las grandes puertas, y el caballero salió disparado de inmediato como un rayo y un instante más tarde se había desvanecido en la oscuridad.

Mientras cabalgaba, confiaba en que Kull no hubiera sufrido graves daños, pues le gustaba aquel bárbaro campechano mucho más de lo que le habían gustado los restantes reyes sofisticados y sin sangre de los Siete Imperios. De haberle sido posible, habría colaborado en la búsqueda. Pero Nalissa le estaba esperando, y ya llegaba con retraso

En cuanto el joven noble entró en los jardines tuvo la peculiar sensación de que allí, en el mismo corazón de la desolación y la soledad, había presentes muchos hombres. Un instante más tarde oyó el entrechocar del acero, el sonido de muchos pasos precipitados y unos feroces gritos en una lengua extranjera. Desmontó, desenvainó la espada y se abrió paso con cautela por entre la maleza, hasta que tuvo ante la vista la mansión en ruinas. Y allí, sus ojos pudieron contemplar una extraña escena.

En lo alto de una escalera medio en ruinas estaba de pie un gigante medio desnudo y manchado de sangre, a quien reconoció de inmediato como el rey de Valusia A su lado se encontraba una mujer, y Dalgar apenas si pudo reprimir el grito que salió de sus labios-¡Era Nalissa! Las uñas mordieron las palmas de sus manos cerradas. ¿Quiénes eran aquellos hombres vestidos de negro que se abalanzaban escalera arriba? No importaba. Sin duda alguna pretendían matar a la mujer y a Kull. Oyó el desafío que les lanzó el rey, ofreciéndoles su vida a cambio de la de Nalissa, y se sintió poseído por una oleada de gratitud. Entonces, observó las esculturas existentes en la pared, situada cerca de él, y no lo dudó ni un instante. Empezó a subir dispuesto a morir junto al rey, protegiendo a la mujer que amaba.

Había perdido de vista a Nalissa y ahora, mientras subía, no se atrevía a tomarse el tiempo para buscarla. Realizaba una tarea traicionera y resbaladiza en la que no podía descuidarse. No la volvió a ver hasta que llegó al borde y se impulsó hacia arriba. Entonces, la oyó gritar y vio la mano que descendía hacia su rostro, sosteniendo un rayo de plata. Se encogió instintivamente y recibió el golpe sobre el casco. La daga se rompió por la empuñadura y Nalissa se desmoronó y cayó en sus brazos.

Al oír el grito, Kull se volvió hacia ellos, con el hacha en alto. Se detuvo. Reconoció al farsuno e incluso en ese instante de peligro comprendió lo que ocurría. Sabía por qué estaba allí la pareja y sonrió, realmente satisfecho.

El ataque se detuvo apenas un segundo cuando los verulianos se dieron cuenta de la presencia del segundo hombre sobre el rellano. Pero enseguida volvieron a lanzarse a la carga y subieron los escalones, bajo la luz de la luna, con las hojas reluciendo y una expresión desesperada en la mirada. Kull salió al encuentro del primero con un poderoso golpe que aplastó casco y cráneo a un tiempo. Luego, Dalgar se situó a su lado y su hoja se extendió y se introdujo en la garganta de un veruliano. A continuación, se inició la batalla de la escalera, inmortalizada por poetas y juglares.

Kull estaba allí para morir y matar antes de morir. No se preocupó lo más mínimo de la defensa. Su hacha se convirtió en una rueda que sembraba la muerte a su alrededor, y a cada golpe que propinaba producía un crujido de acero y huesos, hacía brotar la sangre o arrancaba un grito gorgoteante de agonía. Los cuerpos se amontonaron sobre la escalera, pero los supervivientes no cejaron en su ataque, y volvieron a la carga avanzando por encima de las figuras ensangrentadas de sus camaradas.

Dalgar tuvo pocas oportunidades para lanzar algún mandoble. Comprendió en seguida que lo mejor que podía hacer era proteger a Kull, que había nacido para matar pero que, al hallarse sin armadura, corría el grave peligro de caer en cualquier instante.

Así pues, tejió con su espada una red de acero alrededor del rey, poniendo en juego todas sus habilidades en el manejo del arma. Su hoja relampagueante desviaba una y otra

vez las estocadas dirigidas contra el corazón de Kull. Su antebrazo revestido de hierro detenía una y otra vez cada uno de los golpes que, de otro modo, le habrían matado. En dos ocasiones recibió sobre su propio casco los golpes destinados a la cabeza desnuda del rey.

Pero no resulta fácil proteger a otro hombre, al mismo tiempo que uno se protege. Kull sangraba de los cortes sufridos en la cara y en el pecho, de una cuchillada abierta en la sien, de un pinchazo en el muslo y de una profunda herida recibida en un hombro; una pica había rasgado la coraza de Dalgar, hiriéndole en un costado, y sintió que le abandonaban las fuerzas. Un último esfuerzo de sus enemigos y el farsuno se desmoronó y cayó a los pies de Kull, al tiempo que una docena de armas puntiagudas buscaban quitarle la vida. Kull lanzó el rugido de un león, hizo oscilar poderosamente el hacha de un lado a otro, aclaró un espacio ante él y pasó un pie al otro lado del joven caído. Los enemigos volvieron a lanzarse al ataque.

En ese momento. un estruendo de caballos resonó en los oídos de Kull, y los jardines malditos no tardaron en verse inundados por jinetes enloquecidos que gritaban como lobos a la luz de la luna. Una lluvia de flechas cruzó el aire bajo las estrellas y los hombres aullaron y cayeron de bruces sobre los escalones, para quedar inmóviles, o para arrancarse las crueles puntas profundamente hincadas en sus cuerpos. los pocos que no habían recibido la caricia del hacha de Kull o de las flechas huyeron escalera abajo, sólo para encontrarse abajo con las silbantes espadas curvadas de los pictos de Brule. Y allí murieron aquellos guerreros verulianos, luchando hasta el último momento, como gatos inofensivos de su falso rey que les había enviado a una misión tan peligrosa como vil y estúpida, rechazados por los mismos que los habían enviado y cubiertos para siempre por la infamia. No obstante, murieron como hombres.

Pero hubo uno que no murió allí, al pie de la escalera. El enmascarado huyó en cuanto oyó el sonido de los caballos y ahora cruzaba la extensión de los jardines, lanzado a toda velocidad sobre un extraordinario caballo. Había llegado casi al muro exterior cuando Brule, el asesino de la lanza, se interpuso en su camino. Desde el alto promontorio en el que se hallaba, Kull, apoyado sobre su ensangrentada hacha, los vio luchar bajo la luz de la luna.

El enmascarado había abandonado sus tácticas defensivas. Cargó contra el picto con un valor despiadado, y el asesino de la lanza le salió al paso, caballo contra caballo, hombre contra hombre, espada contra espada. Ambos eran jinetes magníficos. Sus corceles, obedientes al toque de la brida, a la presión de las rodillas, se dieron media vuelta, se encabritaron y saltaron. Pero durante todos estos movimientos las bojas de las espadas no dejaron de silbar, sin perder el contacto la una con la otra. Brule, a diferencia de los hombres de su tribu, utilizaba la espada recta delgada de Valusia. En alcance y velocidad había poca diferencia entre ellos, y Kull, mientras observaba, contuvo más de una vez la respiración y se mordió los labios cuando pareció que Brule estaba a punto de caer bajo una estocada maligna.

Estos guerreros avezados no tuvieron un momento de descanso. Lanzaban estocadas y las paraban, rechazaban y volvían al ataque. De repente, Brule pareció perder el contacto con la hoja de su contrincante, esquivó una finta y pareció quedar al descubierto. El enmascarado hincó los talones en los flancos de su caballo, de tal modo que espada y caballo salieron disparados hacia adelante al mismo tiempo. Brule se inclinó hacia un lado y dejó que la hoja pasara rozándole el costado de la coraza: entonces, su propia hoja surgió recta y el codo, la muñeca, la empuñadura y la punta formaron una sola línea que se iniciaba en su hombro. Los caballos entrechocaron y juntos cayeron de bruces sobre el

césped. Pero de entre la confusión de patas Brule se incorporó sin haber recibido el menor daño mientras que allí, sobre la hierba, quedó tendido el enmascarado, con la espada de Brule todavía hincada en su cuerpo.

Kull despertó como de un trance; los pictos aullaban y daban vítores como lobos, pero él levantó una mano para imponer silencio.

-¡Ya basta! ¡Todos sois héroes! Pero atended a Dalgar, que está gravemente herido. Y cuando hayáis terminado podéis cuidar de mis propias heridas. Brule, ¿cómo has logrado encontrarme?

Brule llamó a Kull para que se acercara a donde estaba tendido el hombre enmascarado.

-Un viejo mendigo os vio saltar la muralla del palacio y, por simple curiosidad, observó hacia dónde os dirigíais. Os siguió y os vio salir por la puerta olvidada. Yo me encontraba cabalgando por la llanura, entre la muralla y estos jardines, cuando oí el fragor del acero. Pero ¿quién puede ser éste?

-Levántale la máscara -dijo Kull-. Sea quien fuere, él fue quien imitó la escritura de Tu, quien le arrebató a Tu el anillo del sello y...

Brule le arrancó la máscara.

-¡Dondal! -exclamó Kull-. ¡El sobrino de Tu! Brule, Tu nunca debe saber esto. Hazle creer que Dondal cabalgó contigo y murió luchando por su rey.

Brule le miró asombrado.

-¡Dondal! ¡Un traidor! Pero si más de una vez me he emborrachado con él y he dormido en una de sus camas.

-Me gustaba Dondal -dijo Kull, asintiendo.

Brule limpió la hoja de la espada y volvió a guardarla en la funda, produciendo un maligno sonido metálico.

-El deseo es capaz de convertir a cualquier hombre en un bribón -dijo con tristeza-. Estaba muy endeudado, y Tu se mostraba mísero con él. Siempre afirmaba que dar demasiado dinero a los jóvenes no era bueno para ellos. Dondal se vio obligado a mantener las apariencias, aunque sólo fuera por orgullo, y de ese modo cayó en manos de los usureros. Resulta así que Tu es el mayor traidor de todos, pues su tacañería empujó al muchacho a la traición..., y hubiera deseado que el corazón de Tu detuviera la punta de mi espada, en lugar del suyo.

Y tras decir estas palabras, el picto se dio media vuelta y se alejó con expresión sombría.

Kull se volvió hacia Dalgar, que estaba medio inconsciente, mientras los guerreros pictos le vendaban las heridas con dedos experimentados. Otros se ocuparon de atender al rey, y mientras restañaban, limpiaban y vendaban, Nalissa se acercó a Kull.

-Mi señor -dijo, tendiendo hacia él sus pequeñas manos, ahora arañadas y manchadas de sangre seca-, ¿no tendréis ahora piedad de nosotros y nos otorgaréis nuestro deseo... -su voz se quebró por un instante, antes de terminar la frase-, si Dalgar vive?

Kull la tomó por sus delgados hombros y la sacudió, angustiado.

-¡Ah. muchacha, muchacha! Pídeme cualquier cosa excepto algo que no te pueda conceder. Pídeme la mitad de mi reino o mi mano derecha y serán tuyos. Le pediré a Murom que te dé el consentimiento para que te cases con Dalgar, se lo rogaré incluso, pero no puedo obligarle.

Unos altos jinetes comenzaron entonces a cruzar los jardines, con resplandecientes armaduras que relucían entre los pictos medio desnudos de aspecto lobuno. Un hombre alto se detuvo ante ellos y se levantó la visera del casco.

-¡Padre!

Murom bora Ballin estrechó a su hija entre sus brazos con un sollozo de agradecimiento y luego se volvió hacia su rey.

-¡Mi señor, estáis gravemente herido!

Kull sacudió la cabeza.

-No es nada grave, al menos por lo que a mí respecta, aunque otros hombres pueden sentirse mucho peor. Pero aquí se encuentra el que recibió las embestidas mortales que iban dirigidas contra mí, el que se convirtió en mi escudo y en mi casco, hasta el punto de que, de no haber sido por él, Valusia estaría ahora vitoreando a un nuevo rey.

Murom se dio media vuelta hacia el joven postrado.

-¡Dalgar! ¿Está muerto?

-No le falta mucho -gruñó un picto nervudo que todavía se dedicaba a atenderle sus heridas-. Pero es de acero y hueso de ballena. Si se le cuida bien logrará sobrevivir.

-Vino aquí para encontrarse con tu hija y huir juntos -dijo Kull mientras Nalissa inclinaba la cabeza-. Avanzó por entre la maleza y me vio luchar por mi vida y la de ella, en lo alto de aquella escalera. Podría haber escapado. Nada se lo impedía. Pero subió por esa escarpada pared hacia lo que en aquellos momentos parecía una muerte segura, y luchó a mi lado tan alegremente como si se dirigiera a una fiesta..., y ni siquiera es un súbdito mío por nacimiento.

Murom no hacía sino abrir y cerrar las manos con fuerza. Sus ojos se iluminaron y se suavizaron, y se inclinó sobre su hija.

-Nalissa -dijo con voz dulce, atrayendo a la joven hacia la protección de su brazo envuelto en acero-, ¿todavía deseas casarte con este joven temerario?

Los ojos de la muchacha fueron suficientemente elocuentes.

-Levantadle con mucho cuidado -decía el rey a sus hombres-, y llevadlo a palacio. Ocuparos de que se le proporcione la mejor...

-Mi señor -se interpuso entonces Murom-, os ruego que me permitáis llevarlo a mi castillo. Allí será atendido por los mejores médicos y tras su recuperación..., bueno, si ése fuera vuestro deseo real. ¿no os parece que podríamos celebrarlo con una boda?

Nalissa emitió un grito de alegría al oír aquellas palabras, entrelazó las manos, besó a su padre y a Kull, y partió para acompañar a Dalgar, sin apartarse un momento de su lado, como un torbellino.

Murom sonrió dulcemente, con su rostro aristocrático encendido.

-Mirad por dónde, de una noche de sangre y de terror nacen la alegría y la felicidad.

El rey bárbaro le sonrió con una mueca y se echó al hombro el hacha desportillada y manchada de sangre.

-la vida es así, conde; el mal de un hombre constituye la bendición de otro.

11 - HECHICERO Y GUERRERO

Tres hombres se hallaban sentados ante una mesa, enfrascados en un juego con piezas de marfil tallado. Por encima del alféizar de la ventana abierta penetraba una débil brisa. cargada con el pesado perfume de las rosas del jardín que había más allá, iluminado por la luna.

Tres hombres sentados ante una mesa. Uno era un rey, el segundo un príncipe de casa noble y antigua, y el tercero el jefe de una nación bárbara y terrible.

-¡Punto! -dijo Kull, rey de Valusia, al tiempo que movía una de las figuras de marfil sobre el tablero-. Mi hechicero mantiene a raya a tu guerrero, Brule.

Brule asintió, pensativo, y estudió la posición de las piezas. No era un hombre tan corpulento como el rey, aunque sí de constitución firmemente anudada, compacta y, sin embargo. ágil. Si el rey Kull era como un tigre, Brule era como un leopardo. Este Brule era un picto, salvaje y moreno como todos los de su raza, que mostraba desnudo el cuerpo bronceado, a excepción del faldón de cuero y el cinturón hecho de discos de plata.

Sus rasgos inmóviles y su cabeza orgullosamente levantada encajaban muy bien con el cuello, grueso y musculoso, con los fuertes hombros delgados y con el pecho amplio. Esta musculatura, elegante y poderosa, constituía una de las características de su tribu, bárbara y guerrera, de las islas pictas, pero había un aspecto en el que difería de sus compañeros de tribu. Mientras que ellos poseían relucientes ojos negros, los suyos ardían con un extraño y profundo azul. Alguna parte de su sangre debía de estar mezclada con alguna vaga descendencia de los celtas, o de aquellos salvajes diseminados que vivían en cuevas de hielo en el frío norte, cerca de la distante y fabulosa Thule.

Brule contempló pensativamente el tablero y sonrió con expresión inexorable.

-A raya? Quizá. Pero siempre resulta difícil derrotar a un hechicero, Kull, ya sea en este juego, o en el otro gran juego rojo de la guerra. ¡Ah! Hubo un tiempo en que mi propia vida dependió del equilibrio de poder entre un hechicero picto y yo mismo. Él poseía encantamientos y yo sólo disponía de mi espada de hierro bien forjada.

Bebió profundamente de la copa de vino tinto que tenía junto a su codo.

-Cuéntanos tu historia, oh, Brule -pidió el tercer jugador.

Ronaro, príncipe de la gran casa de Atl Volante, era un joven esbelto y elegante, dotado de una espléndida cabeza, unos exquisitos ojos morenos y un rostro de mirada intensa e inteligente. En este trío tan extrañamente mal conjuntado, Ronaro era el patricio innato, el tipo más noble que hubiera producido jamás la aristocracia ilustrada del antiguo reino de Valusia. los otros dos eran, en cierto modo, su antítesis. Ronaro había nacido en un palacio; de los otros, uno había visto la primera luz del día desde la boca de una cabaña hecha de zarzas, y el otro desde una cueva. Ronaro podía seguir su árbol genealógico hasta dos mil años atrás, a través de una variada serie de duques y caballeros, príncipes y estadistas, poetas y reyes. Incluso Brule, el picto salvaje, sabía algo sobre sus ascendientes y podía citarlos hasta remontarse uno o dos siglos en el pasado, y entre ellos había capitanes vestidos de piel, guerreros coronados de plumas. Sabios chamanes con máscaras de calavera de bisonte y collares hechos con huesos de dedos humanos, y hasta el rey de una isla o dos, y un héroe legendario semidivinizado para las fiestas que celebraban las habilidades guerreras y el valor sobrehumano. En cuanto a Kull, sin embargo, sus antepasados eran un misterio. Ni siquiera conocía los nombres de sus padres. Había surgido desde las profundidades de una oscuridad sin nombre, para convertirse en rey de un glorioso imperio.

Pero en los semblantes de estos tres hombres brillaba una igualdad que superaba las trabas del nacimiento o de la circunstancia: la aristocracia natural de la verdadera masculinidad. A pesar de sus orígenes y su pasado tan diferente, estos tres hombres habían nacido patricios, cada uno a su modo. los antepasados de Ronaro eran reyes, los de Brule salvajes jefes y, en cuanto a los de Kull, podrían haber sido esclavos..., ¡o dioses! Pero cada

uno de ellos poseía ese aura indefinible que distingue al hombre verdaderamente superior y hace añicos la ilusión de aquellos que pretenden que todos los hombres nacen iguales.

-Bueno -empezó a decir Brule con los ojos azules oscurecidos por sombras melancólicas-, eso sucedió en mi primera juventud. Sí, fue durante mi primera incursión guerrera contra la tribu de Sungara. Hasta ese día, nunca había recorrido el sendero de la guerra. Bueno, en realidad, ya había tenido un atisbo de lo que significa matar a un hombre en reyertas de pesca y en fiestas tribales, pero nunca había luchado contra los enemigos de mi pueblo, ni me había ganado las cicatrices propias de los asesinos de lanzas, el clan guerrero de élite de mi pueblo.

Y. al decir esto, se indicó el pecho desnudo, donde Kull y Ronaro pudieron observar las tres cicatrices horizontales, que brillaban con un blanco pálido contra la atezada piel de su poderoso pecho.

Mientras Brule seguía hablando, el príncipe Ronaro le observó con un creciente interés. Estos bárbaros, con sus actitudes tan simples y directas y su vitalidad ruda y primitiva no dejaban de intrigar y fascinar al joven noble. Los años que había pasado en la Valusia de torres púrpuras, como aliado respetado del imperio, habían producido un cambio exterior en el picto; si bien eso no había cambiado su naturaleza interna, el tiempo le había prestado al menos una cierta apariencia de cultura y de gracia social. Pero eso apenas era poco más que un barniz y, por debajo de la superficie, ardía la vieja y roja rabia del salvaje. En cuanto a Kull, un cambio mucho más amplio había alterado la actitud del atlante, en consonancia con las más pesadas responsabilidades de un rey. Pero Brule continuó hablando y Ronaro prestó toda su atención a la lenta y reflexiva voz del guerrero picto.

-Vos, Kull, y también tú, Ronaro, sois de raza y de nación diferentes, pero nosotros, los de las islas, somos todos de la misma sangre y la misma lengua, aunque nos hayamos dividido en muchas tribus, Cada tribu posee sus costumbres y tradiciones que le son propias y peculiares. Cada una de ellas cuenta con su propio jefe. Pero todas las tribus se inclinan ante Nial del Tatheli, el gran jefe de la guerra, que gobierna las islas como dueño y señor, aunque dirija las riendas del reino con mano ligera.

»Nial no se entromete en los asuntos de las tribus, ni impone tributos o tasas, como decís los pueblos civilizados, excepto a los nargi, los danyo y los asesinos de ballenas que habitan en la isla de Tathel y que se hallan bajo su protección. De ellos sí recibe tributos, pero nunca de los de mi propio pueblo, los bornis, ni de ninguna otra tribu. Cuando dos tribus entran en guerra, él mira hacia otro lado, a menos que su propia isla se vea en peligro. Y una vez que se ha librado y ganado la guerra, arbitra entre las dos tribus contendientes, para decidir qué mujeres raptadas deben ser devueltas, qué pagos de guerra no deben hacerse, qué precio de sangre ha de pagarse por la matanza, y así sucesivamente. Y sus juicios son definitivos y absolutos.

»Si los lemures, los celtas, los atlantes o cualquier otra nación extranjera decidieran emprender la guerra contra cualquiera de las tribus, él ordena a todas que se reúnan como una sola para repeler al invasor y, así, ha llegado a suceder que bornis y sungaras, el pueblo de los lobos o la tribu de la isla roja han luchado los unos junto a los otros, olvidadas todas sus rencillas. Y es bueno que eso sea así.

»En la época de la que estoy hablando, los sungaras eran nuestros enemigos. Habían traspasado los límites de nuestros territorios y trataban de arrebatarnos cierto valle que era nuestro terreno de caza preferido. Nial lo sabía, desde luego, pero cuando entablamos la guerra no se interpuso. Yo, como joven guerrero, que no estaba aún entrenado en la batalla, fui con mis camaradas. Al principio me sentí entusiasmado, pues por fin probaría por

primera vez la fama de la guerra. Anhelaba recibir estas orgullosas cicatrices sobre mi, por aquel entonces, terso pecho, lo mismo que algunos hombres anhelan a las mujeres, el oro o las coronas reglas. Sólo si demostraba mis habilidades en la guerra podría ser iniciado y admitido entre los asesinos de la lanza, y pertenecer así a la élite de guerreros de ese orgulloso clan. Decidí destacar sobre todos los demás jóvenes de mi edad, y en eso consistió mi error..., ¡y ahí encontré mi oportunidad! Pero me adelanto demasiado a la narración de mi historia.

Mientras escuchaba pensativo. con la barbilla apoyada sobre su poderosa mano, la mente de Kull conjuró visiones de su propia niñez en los bosques, al tiempo que Brule continuaba narrando su historia.

-Los hechiceros de mi tribu nos pintaron la cara con el azul pastel que es sagrado para los dioses del cielo, e impregnaron las bojas de nuestras lanzas y espadas de bronce con el color mágico. Un gran orgullo me henchía el corazón porque yo, Brule, era el único de entre todos los demás guerreros que no llevaba hoja de pedernal o bronce, sino una espada de buen hierro forjado. Ésta era mi primera incursión, y para ese acontecimiento tan importante para mí, mi padre puso en mis manos su propia espada de hierro. Se la había comprado años antes a un mercader de Valusia, y no había otra espada como aquella en toda la nación bornis. Ni siquiera los miembros coronados de plumas de la élite, los pertenecientes al famoso clan guerrero, llevaban un arma tan poderosa.

»Antes del amanecer, nos pusimos en marcha a través de los verdes bosques y la niebla gris, y cruzamos las amplias marismas, dirigiéndonos hacia las lejanas montañas que se elevaban como formas purpúreas y brumosas, a través de la neblina, como viejos reyes envueltos en túnicas de terciopelo que dormitaran sobre sus poderosos tronos.

»El agua de las marismas estaba fría y legamosa, y mientras la vadeábamos desgarramos la capa de podredumbre verde que se había acumulado en la superficie, y un olor nauseabundo invadió nuestras narices, como un hedor insoportable procedente de los pozos más profundos del infierno. Avanzamos en una larga hilera uniforme, con cada guerrero marchando cerca del jefe de su clan. Resultaba difícil vernos los unos a los otros, pues el sol había empezado a rasgar el aire tenue con una radiación escarlata y sus rayos cálidos no hicieron sino espesar la niebla que se elevaba sobre las quietas aguas como el humo de un bosque incendiado. No tardé en perderme en medio de aquella niebla blanca. Eso se debió en parte a mi propio error pues, en mi avidez por sobrepasar a los demás jóvenes, me adelanté demasiado, distanciándome deliberadamente de ellos.

»Todo era un silencio pesado y amodorrante, un calor húmedo, el hedor del agua corrompida, los lentos y aceitosos chapoteos de mis muslos moviéndose a través de las aguas estancadas. La empuñadura de mi espada, envuelta en correas, estaba húmeda a causa del sudor de las palmas de mis manos. Mi respiración era agitada y se producía de forma superficial y jadeante, y mi corazón latía con avidez y golpeaba con fuerza contra la jaula de mis costillas.

»Entonces, unos juncos rojos me azotaron el vientre y los muslos y salí del agua y me deslicé con rapidez y en silencio por entre un prado de alta hierba, perlada y cubierta de rocío. Ahora, me había adelantado bastante con respecto a nuestra vanguardia, y antes de que se levantara la niebla ya me encontraba subiendo las montañas. No se percibía la menor señal o sonido de nuestros enemigos, los guerreros sungaras, y mi propio pueblo todavía se encontraba muy atrás, perdido entre la niebla.

»EI valle por el que luchábamos se hallaba delante, más allá de una escarpadura rocosa. No tardé en ascender como una cabra montesa entre los grandes e impresionantes cantos

rodados de dura marga y granito desgastado por el tiempo. El polvo me raspaba por debajo de las sandalias húmedas. Al cabo de poco, mis piernas húmedas y desnudas se hallaban cubiertas de un polvo arenisco hasta la altura de medio muslo.

»Fue entonces cuando me encontré con mi enemigo.

»Se encontraba de pie sobre un espacio plano, en lo alto de una poderosa roca que dominaba la extensión de terreno cubierto por la niebla, como la cabeza de un titán caído transformada en piedra eterna por la implacable petrificación de eones inconmensurables. Nos vimos el uno al otro en el mismo y fugaz instante.

»Era Aa-thak, el rey hechicero de los sungaras, alto y feroz como un halcón de bronce, con su cuerpo delgado horriblemente cubierto de pieles, plumas y cuentas de brillantes colores. Siete calaveras humanas le colgaban de una traílla de cuero negro que llevaba colgada al cuello. La calavera de un león gigantesco formaba su casco, y los colmillos marfileños de la mandíbula superior trazaban sombras sobre las cejas pintadas. No llevaba armas, pero en una mano de aspecto ágil sostenía un gran bastón de mando, de madera negra tallada con bárbaros rostros demoniacos y terribles glifos de alguna especie de lenguaje mágico. A pesar de todo mi animoso coraje juvenil, el corazón se me hundió en el pecho al verle, pues sabía la mala suerte que había tenido. Anhelaba y estaba dispuesto a medir mi habilidad guerrera, mi valor masculino y el temple de la espada de hierro de mi padre, pero ¿qué guerrero puede luchar contra el increíble poder de la más negra de las magias?

»Al verme, sus ojos relampaguearon con una llamarada dorada, como la mirada feroz del halcón que está de caza y se enciende al detectar a la presa impotente. Me di cuenta entonces de que se había colocado allí para detener a nuestros guerreros con su hechicería, y al levantar el bastón de ébano tallado contra mí lo reconocí como la varita y el cetro de su mágico poder, pues había visto un duplicado en manos del chamán de mi propia tribu. Yo mismo le había visto producir, con ese mismo bastón, extrañas maravillas ante las imágenes de los dioses, durante las fiestas y los sacrificios de la temporada. Pero no en la guerra. Nosotros, los bornis, no utilizamos la magia en la guerra. El vil sungaras, sin embargo, se proponía utilizar las fuerzas negras de una magia impía contra nuestros desprevenidos guerreros.

»Aunque la sangre se me heló en las venas con un temor supersticioso, mi corazón se endureció con un acceso de rabia y furia, convertido en un puño de hicrru, al darme cuenta de este sucio truco de nuestros innobles enemigos.

»Aa-thak se adelantó un paso sobre la suave superficie de la roca, cortándome el paso y señalándome con su bastón negro. Durante todo el rato, sus brillantes ojos de halcón se fijaron intensamente en los míos, como dos carbones gemelos y encendidos. Sus labios, duros y delgados, tan crueles como el pico del halcón, pronunciaron un nombre, ante cuyas terribles sílabas parecieron gemir las montañas y estremecerse las rocas por debajo de nosotros.

»De una forma instintiva, levanté mi espada contra él, como si me dispusiera a parar un golpe. Cuando la conmoción hormigueante de su magia me golpeó y me atontó el cuerpo desde la cabeza a los pies, el hierro de la espada se puso al rojo vivo contra la palma de mi mano, a pesar de los correajes de cuero que envolvían la empuñadura. Me chamuscó como un hierro al rojo. Por un momento, mi visión se debilitó, mis músculos se ablandaron como la cera caliente, mi cerebro quedó envuelto por las brumas..., ¡pero eso sólo fue un momento! La espada de hierro parecía zumbar, caliente en mi mano, y el entumecimiento desapareció de repente de mi cerebro.

»Sus ojos me miraron, extrañados. Su semblante rígido perdió la dura seguridad de su expresión. Entonces me di cuenta de que, de algún modo, sin saber cómo ni por qué, el hierro frío de mi vieja espada había embebido o desviado por completo toda la fuerza del golpe de su brujería.

»Volvió a dirigirme una oleada de fuerza helada. Mi conciencia se tambaleó de nuevo como el parpadeo de la llamada de una vela azotada por una repentina ráfaga de viento. Pero, una vez más, el hierro del arma absorbió o reflejó el rayo de poder mágico que había dirigido contra mí.

»El tiempo pareció quedar en suspenso. El mundo se hundió a nuestro alrededor envolviéndonos como un globo de pesado cristal. Nada existía dentro de aquella esfera de silencio, excepto el hechicero y el guerrero. Nos encontrábamos en un punto muerto, como si hubiéramos hecho tablas, como en un juego. Sus hechizos quedaban anulados por mi hierro. No podía vencerme con su extraño poder, pero yo tampoco podía avanzar un solo paso contra las paralizantes oleadas de fuerza que me obligaban a permanecer donde estaba, como si hubiera echado raíces en la roca. Y nos quedamos así, en aquel callejón sin salida.

-¿Qué ocurrió entonces? -preguntó Kull tras aclararse la garganta.

El picto sonrió con una mueca.

-lancé mi espada hacia adelante y corté su bastón en dos con la misma facilidad con que un hacha pueda cortar un árbol pequeño -contestó Brule echándose a reír-. No podía mover los pies, pero sí arrojar la hoja. Luego, le hundí dos buenos pies de hierro en las entrañas, y derrotamos a los sungaras y les hicimos retroceder entre gritos. Más tarde, Nial de Tatheli dictaminó en nuestro favor, y aquel valle continuó siendo nuestro para siempre. ¡Y así fue como me convertí en un asesino de la lanza! Es el movimiento más sencillo, más evidente e inesperado lo que rompe toda situación de punto muerto, del mismo modo que yo rompo vuestro jaque mate, oh, rey...

Y su mano descendió entonces sobre el tablero de juego y movió su pieza, apoderándose del hechicero de marfil de Kull.

-Brule y Ronaro se echaron a reír. Kull lanzó un gruñido de tristeza, y una sonrisa de admiración se extendió sobre su rostro ceñudo e impasible.

-Has ganado la partida, Brule, y no puedo objetar nada. Mis simpatías siempre estarán del lado del guerrero en contra del hechicero. La magia fracasa, como no puede suceder de otro modo, contra la fuerte voluntad y el ingenio del hombre, del mismo modo que mi cerebro se tambalea bajo los efectos de este vino tan fuerte porque, de otro modo, me habría dado cuenta de la trampa que me has tendido.

Pero, a pesar de todo, pidió más vino y propuso jugar otra partida.

12 - LOS ESPEJOS DE TUZUN THUNE

Una región extraña v salvaje, que yace sublime
fuera del espacio, fuera del tiempo.

POE

A todo el mundo le llega, incluso a los reyes, un momento de máxima fatiga. Entonces, el oro de la corona se convierte en latón, y las sedas del palacio se hacen grises. Las piedras preciosas de la diadema emiten terribles destellos, como el hielo de los mares blancos, y las palabras de los hombres se convierten en la cháchara vacía de la campana del juglar, y se experimenta entonces la sensación de que las cosas son irreales; hasta el sol parece cobre en el cielo, y el aliento del océano verde ya no es

fresco.

Kull se hallaba sentado sobre el trono de Valusia y el momento de la fatiga se había apoderado de él. Todos se movían ante él como trazando un panorama interminable, sin significado alguno: hombres, mujeres, sacerdotes, acontecimientos, sombras que llegaban y se alejaban, sin dejar el menor rastro sobre su conciencia, a excepción de una gran fatiga mental. Y, sin embargo, Kull no se sentía cansado. Experimentaba un anhelo de cosas que se encontraban más allá de sí mismo, y más allá de la corte valusa. La inquietud le agitaba, y unos sueños extraños y luminosos vagaban por su alma En cumplimiento de su orden, acudió a su lado Brule, el asesino de la lanza, guerrero del país picto, procedente de las islas situadas más allá de occidente.

-Mi señor, estáis cansado de la vida de la corte. Venid conmigo en mi galera y surquemos los mares en busca de espacio.

-No -dijo Kull, que descansó tristemente la barbilla sobre su poderosa mano-. Me siento fatigado por encima de todas las cosas. Las ciudades ya no ejercen sobre mí el menor atractivo, y las fronteras están tranquilas. Ya no oigo las canciones marineras que oía cuando, siendo un muchacho, me tumbaba sobre los poderosos acantilados de Atlantis y la noche cobraba vida con el resplandor de las estrellas. los bosques verdes ya no me atraen como lo hacían cuando era un muchacho. Experimento una extrañeza y un anhelo que parece ir mucho más allá de todos los anhelos de una vida. ¡Vete ahora!

Brule se marchó, con ánimo dubitativo, dejando al rey sumido en sus melancólicos pensamientos, sobre el trono. Entonces, una joven de la corte se deslizó en silencio hasta Kull y le susurro:

-Mi gran señor, buscad a Tuzun Thune, el gran hechicero. Él conoce los secretos de la vida y de la muerte, las estrellas del cielo y las tierras situadas bajo los mares.

Kull miró a la muchacha. Su cabello era de un dorado exquisito, y sus ojos violeta aparecían extrañamente sesgados; era hermosa pero su hermosura significaba poco para Kull.

Tuzun Thune -repitió-. ¿Quién es?

-Un hechicero de la antigua raza. Vive aquí mismo, en Valusia, junto al lago de las visiones, en la casa de los mil espejos. El conoce todas las cosas, mi señor; habla con los muertos y mantiene conversaciones con los demonios de las tierras perdidas.

Kull se levantó.

-Iré a buscar a esa máscara, pero no digas una sola palabra de mi partida, ¿entendido?

-Soy vuestra esclava, mi señor.

Y la joven se hincó de rodillas dócilmente, aunque la sonrisa de su boca escarlata fue astuta, a espaldas de Kull, y el brillo de sus ojos sesgados fue artero.

Kull llegó a la casa de Tuzun Thune, junto al lago de las visiones. Las aguas del lago se extendían, anchas y azules, y más de un exquisito palacio se levantaba junto a sus orillas; numerosos botes de vela, como cisnes de alas desplegadas, se desplazaban perezosamente sobre la tranquila superficie, y de alguna parte llegaba el sonido de una música suave.

Alta y espaciosa, aunque nada ostentosa, se levantaba la casa de los mil espejos. Las grandes puertas estaban abiertas y Kull subió los amplios escalones y entró, sin anunciarse. Allí, en una gran cámara, cuyas paredes estaban hechas de espejos, se encontró con Tuzun Thune, el hechicero. El hombre era tan anciano como las montanas de Zalgara; su piel era como el cuero arrugado, pero sus fríos ojos grises refulgían como el acero de una espada.

-Kull de Valusia, mi casa es tuya -dijo inclinándose ante él con el viejo gesto de cortesía.

Luego, le invitó a sentarse sobre una silla que casi parecía un trono.

-Por lo que he oído decir, eres un hechicero -dijo Kull directamente, apoyando la barbilla sobre la mano y fijando los ojos de mirada sombría sobre el rostro del hombre-. ¿Puedes obrar milagros?

El hechicero extendió una mano; sus dedos se abrieron y se cerraron como las garras de un ave.

-¿No os parece un milagro que esta carne ciega obedezca a los pensamientos de mi mente? Camino, respiro, hablo..., ¿acaso no son todo eso milagros?

Kull meditó un instante, antes de hablar.

-¿Puedes convocar a los demonios?

-En efecto. Puedo convocar a un demonio mucho más salvaje que cualquier otro en esta tierra de fantasmas... y hacerlo surgir de vuestro propio rostro.

Kull se sobresaltó y finalmente asintió con un gesto.

-Pero, en cuanto a los muertos, ¿puedes hablar con los muertos?

-Siempre hablo con los muertos... como estoy hablando ahora. La muerte se inicia con el nacimiento, y cada hombre empieza a morir cuando nace; incluso ahora estáis muerto, rey Kull, porque habéis nacido.

-Pero tú, tú eres más viejo de lo que llegan a ser los hombres; ¿es que los hechiceros nunca mueren?

-Los hombres mueren cuando les llega el momento, ni antes ni después. Y mi momento no ha llegado todavía.

Kull le dio vueltas a estas respuestas en su mente.

-Entonces, parecería que el más grande de los hechiceros de Valusia no es más que un hombre ordinario, y he sido embaucado al dejarme dirigir hacia aquí.

Tuzun Thune sacudió la cabeza.

-Los hombres no son más que hombres, y los más grandes son aquellos que aprenden las cosas más sencillas con mayor rapidez. Y ahora, mirad en mis espejos, Kull. -El techo estaba cubierto de espejos, y las paredes eran espejos perfectamente conjuntados, a pesar de que formaban muchos espejos, de muchas formas y tamaños-. los espejos son el mundo, Kull -tronó el hechicero-. Mirad en los espejos y sed sabio.

Kull eligió uno al azar, y miró intensamente en él. los espejos de la pared opuesta se reflejaban en él, y reflejaban a su vez a otros, de modo que se encontró contemplando como una especie de corredor largo y luminoso, formado por un espejo tras otro, y en lo más profundo de ese corredor se movía una figura diminuta. Kull se quedó observándola durante largo rato, y se dio cuenta de que la figura era el reflejo de sí mismo. Experimentó entonces una sensación de pequeñez; parecía como si aquella figura diminuta fuera el verdadero Kull y representara las proporciones reales de sí mismo. Así pues, se apartó y se situó ante otro.

-Mirad atentamente, Kull, porque ése es el espejo del pasado -oyó decir a la voz del hechicero.

Una niebla gris oscurecía la visión, como grandes jirones de bruma en continuo movimiento, cambiantes, como el fantasma de un gran río; a través de la niebla, Kull captó fugaces visiones de horror y extrañeza; las bestias y los hombres se movían allí y otras figuras que no eran ni hombres ni bestias; grandes flores exóticas brillaban a través del ambiente grisáceo; altos árboles tropicales se elevaban sobre hediondas marismas, en las que chapoteaban y bramaban monstruos con aspecto de reptiles; el cielo se oscurecía con las sombras de dragones alados, y los inquietos océanos rugían, se estrellaban y golpeaban interminablemente las playas cubiertas de barro. El hombre no estaba presente y, sin embargo, el hombre era el sueño de los dioses, y extrañas eran las formas de pesadilla que se deslizaban a través de las malolientes junglas. Allí había batalla y carnicería, y un espantoso amor. Allí había muerte, pues la vida y la muerte van cogidas de la mano. Desde más allá de las playas legamosas del mundo sonaban los bramidos de los monstruos, y unas formas increíbles se elevaban a través de la cortina torrencial de la lluvia incesante.

-Y éste otro es el del futuro. -Kull miró en silencio-.¿Qué es lo que veis?

-Un mundo extraño -contestó Kull pesadamente-. Los Siete Imperios se han desmoronado, convertidos en polvo y olvidados. Las inquietas olas verdes rugen por más de un fantasma sobre las eternas montañas de Atlantis; las montañas de Lemuria, al oeste, son las islas de un océano desconocido. Extraños salvajes pululan por los territorios más antiguos, y nuevas tierras se elevan extrañamente, surgiendo de las profundidades, profanando los antiguos santuarios. Valusia se ha desvanecido, y todas las naciones de hoy, las que serán de mañana, son extranjeras. No nos conocen a nosotros.

-El tiempo continúa su marcha -dijo Tuzun Thune con voz serena-. Vivimos hoy, ¿qué nos importa el mañana... o el ayer? La gran rueda gira y las naciones surgen y se desvanecen; el mundo cambia, y los tiempos regresan al salvajismo para volver a resurgir a través de las largas eras. Antes de que existiera Atlantis, existió Valusia, y antes de que existiera Valusia, existieron las naciones antiguas. En efecto, también nosotros pisoteamos los hombros de tribus perdidas en nuestro avance. Vos, que habéis llegado desde las montañas de los mares verdes de Atlantis para apoderaros de la antigua corona de Valusia, pensáis que mi tribu es vieja. nosotros, que dominamos estos territorios antes de que llegaran los valusos procedentes del este, en los tiempos anteriores a la existencia de los hombres sobre las tierras del mar. Pero ya había hombres aquí cuando las tribus antiguas surgieron cabalgando de los desiertos, y hubo hombres antes que aquellos hombres, tribus antes que aquellas tribus. Las naciones pasan y son olvidadas, pues ése es el destino del hombre.

-Sí-asintió Kull -. Y, sin embargo, ¿no es una pena que la belleza y la gloria de los hombres se desvanezca como el humo sobre un océano de verano?

-¿Por qué razón, puesto que ése es su destino? Yo no reflexiono melancólicamente sobre las glorias perdidas de mi raza, ni me preocupan las razas por venir. Vivid ahora, Kull, vivid ahora. Los muertos están muertos; los que no han nacido, no existen todavía. ¿Qué importa que los hombres os olviden cuando os hayáis olvidado de vos mismo en los mundos silenciosos de la muerte? Mirad en los espejos y sed sabio.

Kull eligió otro espejo y miró en él.

-Éste es el espejo de la más profunda magia. ¿Qué es lo que veis, rey Kull?

-Nada, excepto a mí mismo.

-Mirad más atentamente, Kull ¿Sois de verdad vos mismo?

Kull miró atentamente en el gran espejo, y la imagen que era su reflejo le devolvió la mirada.

-Me sitúo ante este espejo -musitó Kull, con la barbilla apoyada sobre el puño-, y hago cobrar vida a este hombre. Eso es algo que queda fuera del alcance de mi comprensión, pues primero lo vi en las tranquilas aguas de los lagos de Atlantis, mientras que ahora lo veo en los espejos de marcos dorados de Valusia. Él es yo mismo, una sombra de mí mismo, una parte de mí mismo. Puede hacerle ser o matarlo a mi voluntad. Y sin embargo... -Se detuvo, y unos extraños pensamientos susurraron por entre los vastos y oscuros recovecos de su mente, como murciélagos sombríos que volaran en el interior de una gran caverna-. Y sin embargo, ¿dónde está él cuando no estoy delante del espejo? ¿Tiene el hombre poder para formar y destruir tan ligeramente una sombra de la vida y la existencia? ¿Cómo sé que al apartarme del espejo él se desvanece en el vacío de la nada?

»No, por Valka, ¿soy yo el hombre o es él? ¿Cuál de nosotros es el fantasma del otro? Es posible que estos espejos no sean más que ventanas a través de las cuales miramos otros mundos. ¿Acaso piensa él lo mismo de mí? ¿Acaso no soy para él más que una sombra, un reflejo de sí mismo, como él lo es para mí? Y si yo soy el fantasma, ¿qué clase de mundo existe al otro lado de este espejo? ¿Qué ejércitos cabalgan ahí y qué reyes gobiernan? Este mundo es todo lo que conozco. Y si no conozco ninguna otra cosa, ¿cómo puedo juzgar? Sin duda que ahí también existen montañas verdes, océanos rugientes y vastas llanuras por donde los hombres cabalgan y se lanzan a la batalla. Dime, hechicero, puesto que eres más sabio que la mayoría de los hombres, dime, ¿hay mundos más allá de nuestros mundos?

-Si un hombre tiene ojos, dejadle que vea -fue la enigmática respuesta del hechicero-. Pero, para ver, antes hay que creer.

Transcurrieron las horas y Kull continuaba sentado ante los espejos de Tuzun Thune, mirando en el que le reflejaba a él mismo. A veces, parecía como si contemplara una gran superficialidad, mientras que otras veces unas gigantescas profundidades parecían abrirse ante él. El espejo de Tuzun Thune era como la superficie del mar; duro como el mar bajo los rayos oblicuos del sol, bajo la oscuridad de las estrellas, cuando nadie puede distinguir las profundidades; vasto y místico cuando el sol se funde con él de tal forma que la respiración del observador se contiene al atisbar fugazmente tremendos abismos. Así era el espejo en el que miraba Kull.

Finalmente, el rey se incorporó con un suspiro y se marchó, todavía maravillado.

Regresó de nuevo a la casa de los mil espejos. Acudió allí día tras día, y permaneció sentado durante horas delante del espejo. Los ojos le miraban, idénticos a los suyos; y sin embargo, Kull parecía notar una diferencia, una realidad que no era la suya. Miraba fijamente el espejo, hora tras hora, con una extraña intensidad; pero, hora tras hora, la imagen le devolvía la mirada.

Los asuntos de palacio y del consejo se fueron descuidando. La gente empezó a murmurar. El caballo de Kull pateaba inquieto en el establo, y los guerreros de Kull jugaban a los dados y discutían inútilmente entre sí. Kull seguía sin hacer caso. A veces, parecía hallarse a punto de descubrir algún secreto vasto e inimaginable. Ya no concebía la imagen del espejo como una sombra de sí mismo. Para él, aquella cosa era una entidad, similar en su aspecto externo, pero tan básicamente alejada del propio Kull como pudieran estarlo dos polos opuestos. A Kull le parecía que la imagen tenía una individualidad aparte de la suya propia, como si ya no dependiera de Kull, del mismo modo que Kull no dependía de ella. Y, día tras día, se preguntaba en qué mundo vivía en realidad; ¿era él la sombra, convocada por la voluntad del otro? ¿Vivía en lugar del otro en un mundo de engaño, como la sombra del mundo real?

Kull empezó a experimentar el deseo de entrar en la personalidad que había más allá del espejo, de encontrar un espacio y ver lo que pudiera ser visto. No obstante, si lograba ir más allá de aquella puerta, ¿lograría regresar? ¿Encontraría un mundo idéntico a aquél en el que se movía ahora? ¿Un mundo en el que el suyo no fuera más que un reflejo fantasmal? ¿Qué era realidad y qué ilusión?

A veces, Kull se detenía a pensar cómo habían surgido en su mente aquellos pensamientos y sueños, y en ocasiones se pregunta si eran el producto de su propia voluntad o...

Y aquí sus pensamientos entraban en un confuso laberinto. Sus meditaciones eran suyas; ningún hombre gobernaba sus pensamientos, y él podía convocarlos como y cuando quisiera. Y sin embargo, ¿podía hacerlo así? ¿Acaso no eran como murciélagos, que vuelan de un lado a otro, no según quisieran, sino obedeciendo la orden y el gobierno de..., ¿de quién? ¿De los dioses? ¿De las mujeres que tejían la urdimbre del destino?

Kull no podía llegar a conclusión alguna, pues a cada paso mental que daba se sentía más y más envuelto por una confusa niebla de afirmaciones y negaciones ilusorias. Eso, al menos, sí lo sabía: aquellas extrañas visiones habían entrado en su mente, como si volaran sin obstáculo alguno, procedentes del susurrante vacío de la no existencia. Jamás había tenido esta clase de pensamientos, pero ahora parecían gobernar su mente, tanto cuando dormía como cuando se hallaba despierto, de modo que a veces tenía la impresión de caminar y hallarse aturdido; y su sueño se veía poblado por extraños sueños monstruosos.

-Dime, hechicero -dijo, sentado ante el espejo, con los ojos intensamente fijos en su propia imagen-, ¿cómo puedo pasar al otro lado de esa puerta? Porque, en verdad, no estoy seguro de que éste sea el mundo real y aquel otro el de las sombras. Aquello que veo debe de existir al menos en alguna forma.

-Mirad y creed -atronó la voz del hechicero-. El hombre tiene que creer para conseguir. La forma es sombra, la sustancia es ilusión, la materialidad es sueño; el hombre es porque cree ser. ¿Qué es el hombre sino un sueño de los dioses? Y, no obstante, el hombre puede ser aquello que desee ser; la forma y la sustancia no son más que sombras. La mente, el ego, la esencia del sueño divino..., eso es lo real, eso es lo inmortal. Mirad y creed, si queréis conseguir, Kull.

El rey no lo comprendió del todo; nunca lograba comprender plenamente aquella clase de frases enigmáticas del hechicero; y, no obstante, en alguna parte de su ser hacían sonar una cuerda sensible. Así que, día tras día, acudió a sentarse ante los espejos de Tuzun Thune, y el hechicero siempre estaba al acecho tras él, como una sombra.

Llegó un día en que Kull pareció atisbar extraños territorios, y los pensamientos y reconocimientos revolotearon a través de su conciencia. Día tras día, había parecido perder el contacto con el mundo; a cada día que transcurría, las cosas le parecían más fantasmales e irreales; sólo e1 hombre del espejo parecía ser la realidad.

Ahora, Kull parecía hallarse a las puertas de otros mundos mucho más poderosos; unas vistas gigantescas parpadeaban como suspendidas; las nieblas de la irrealidad se hicieron más tenues. «La forma es sombra; la sustancia es ilusión; no son más que sombras.» Estas palabras resonaban en su conciencia como si llegaran hasta él procedentes de un país lejano. Recordó las palabras del hechicero, y tuvo la impresión de que ahora casi las comprendía..., forma y sustancia, ¿no podría cambiar a voluntad si supiera cuál era la llave maestra que abría esta puerta? ¿Qué mundos dentro de qué mundos esperaban al explorador osado?

El hombre del espejo parecía estar sonriéndole, cada vez más y más cerca; una neblina lo envolvía todo, y el reflejo se hizo repentinamente confuso. Kull experimentó una sensación de desvanecimiento, de cambio, de fusión...

-¡Kull!

El grito rasgó el silencio, transformándolo en un millón de fragmentos vibratorios.

Las montañas se derrumbaron, y los mundos se tambalearon cuando Kull fue obligado a retroceder por aquel grito frenético, emitido con un esfuerzo sobrehumano, sin que él supiera cómo ni por qué.

Se oyó un estruendo, y Kull se encontró en la estancia de Tuzun Thune, ante un espejo hecho añicos, desconcertado y medio cegado por el aturdimiento. Allí, ante él, yacía el cuerpo de Tuzun Thune, cuyo momento final había llegado por fin. Sobre él se encontraba, de pie, Brule, el asesino de la lanza, con la espada ensangrentada y unos ojos muy abiertos. con una expresión de horror.

-¡Por Valka! -exclamó el guerrero-. ¡Kull, apenas he llegado a tiempo!

-Sí, pero ¿qué ha ocurrido? -preguntó el rey haciendo un esfuerzo por encontrar las palabras.

-Preguntádselo a esta traidora -contestó el asesino de la lanza indicando con un gesto a una muchacha que se encogía de terror ante el rey. Kull se dio cuenta de que era la misma que le había enviado a buscar a Tuzun Thune-. Al entrar aquí, os vi a punto de desvaneceros en ese espejo, lo mismo que el humo se desvanece en el cielo, ¡Por Valka! De no haberlo visto, no lo habría creído... Estabais a punto de desvaneceros cuando mi grito os hizo regresar.

-En efecto -asintió Kull-. Esta vez estuve a punto de traspasar esa puerta.

-Este enemigo os atrajo de la forma más artera -dijo Brule-. Kull, ¿no os dais cuenta de cómo tejió y os envolvió en una tela de magia? Kaanuub de Blaal conspiró con este hechicero para desembarazarse de vos, y esta bruja, una mujer de la raza antigua, se encargó de instilar en vuestra mente la idea de venir aquí. Ka-nu logró enterarse hoy mismo de la conspiración. No sé lo que visteis en ese espejo, pero Tuzun Thune lo utilizó para encantaros el alma, y con sus hechicerías casi estuvo a punto de cambiaros el cuerpo y transformaros en niebla...

-En efecto -asintió Kull, todavía perplejo-. Pero, al tratarse de un hechicero, que disponía del conocimiento de todas las eras y despreciaba el oro, la gloria y la posición, ¿qué podía ofrecerle Kaanuub a Tuzun Thune como para convertirle en un vil traidor?

-Precisamente oro, poder y posición -gruñó Brule-. Cuanto antes aprendáis que los hombres son hombres, tanto si son hechiceros, como reyes o vasallos, tanto mejor podréis gobernar, Kull. Y ahora, ¿qué hacemos con ella?

-Nada, Brule -contestó Kull con una mirada triste, mientras la mujer gemía y lloriqueaba a sus pies-. No ha sido más que un instrumento. Levántate, mujer, y sigue tu camino. Nadie te hará daño.

Una vez que se encontró a solas con Brule, Kull miró por última vez los espejos de Tuzun Thune.

-Quizá conspiró y conjuró, Brule... No, no dudo de lo que me dices. Y sin embargo, ¿fue su brujería la que me estaba cambiando para transformarme en una tenue niebla, o me tropecé acaso con un secreto? Si no me hubieras hecho regresar, ¿me habría desvanecido en la disolución, o habría encontrado otros mundos más allá de éste?

Brule dirigió una mirada hacia los espejos y se encogió de hombros, casi con un estremecimiento.

-Por lo visto, Tuzun Thune acumuló aquí toda la sabiduría de los infiernos. Salgamos de aquí, Kull, antes de que estos espejos me embrujen a mí también.

-Salgamos, pues -asintió Kull.

Y caminando uno al lado del otro, se alejaron de la casa de los mil espejos, donde, quizá, quedaban aprisionadas las almas de los hombres.

Ahora, ya nadie mira en los espejos de Tuzun Thune. Los botes de recreo se calientan plácidamente bajo el sol, en la orilla donde se levanta la casa del hechicero, y nadie entra en esa casa o en la habitación donde el reseco y apergaminado cadáver de Tuzun Thune permanece inmóvil ante los espejos de la ilusión. El lugar es evitado por todos como un lugar maldito, y aunque continúe así durante mil años no se oirán pasos humanos que arranquen ecos allí.

A pesar de todo, Kull, sentado en su trono, medita a menudo en la misteriosa sabiduría y en los incontables secretos ocultos allí, y se pregunta...

Pues hay mundos que se encuentran mucho más allá de los mundos, como Kull ha aprendido muy bien, y tanto si el hechicero le embrujó con palabras o lo hizo mediante el hipnotismo, al otro lado de aquella misteriosa puerta se abrieron ante la mirada del rey otros paisajes diferentes, y ahora Kull se siente menos seguro de la realidad desde que miró en los espejos de Tuzun Thune.

13 - EL REY Y EL ROBLE

Antes de que las sombras vencieran al sol los milanos se remontaron, libres, y Kull cabalgó por el camino del bosque, con su roja espada a mano; y los vientos susurraban por el mundo: «El rey Kull cabalga hacia el mar».

El sol se reflejó carmesí en el mar. y cayeron las largas sombras grises; la luna apareció como una calavera plateada que llevara forjada el hechizo de un demonio, pues, bajo su luz, los grandes árboles se elevaban, como espectros surgidos del infierno.

Bajo la luz espectral se elevaban los árboles, como sombríos monstruos inhumanos; cada tronco le parecía a Kull una figura viva, cada rama una nudosa mano, y unos extraños ojos malignos e inmortales le miraban, horriblemente llameantes.

Las ramas se retorcían como serpientes anudadas, golpeando a la noche, y un roble gris, que se agitaba rígido, horrendo a la vista, arrancó sus raíces y le bloqueó el paso, inexorable bajo la luz fantasmal.

Se enzarzaron en el camino del bosque, el rey y el inexorable roble; sus grandes extremidades lo doblaron en sus garras, sin que nadie dijera nada; e inútil en su mano de hierro, la daga cortante se partió.

Y entre los árboles inclinados y monstruosos se oyó el canto de un refrán cargado de un millón de años de maldad, dolor y odio: «Fuimos los dueños del mundo antes de que llegara el hombre, y volveremos a serlo».

Kull sintió que un imperio extraño y viejo se inclinaba al paso del hombre como reinos de hojas de hierba ante un ejército de hormigas, y el horror se apoderó de él en el amanecer, como en un trance.

Forcejeó con manos ensangrentadas contra un árbol inmóvil y silencioso; ¡y despertó como de una pesadilla!, y un viento soplaba por los prados, y el rey Kull de Atlantis siguió cabalgando en silencio hacia el mar.

EPÍLOGO

Entonces, el cataclismo sacudió el mundo. Atlantis y Lemuria se hundieron, y las islas pictas se elevaron para formar los picos montañosos de un nuevo continente. Grandes extensiones del continente Thurio se desvanecieron bajo las aguas o, al hundirse, formaron grandes lagos y mares internos. Los volcanes se abrieron, y los terremotos sacudieron las hasta entonces brillantes ciudades de los imperios. Naciones enteras fueron exterminadas.

A los bárbaros les fueron las cosas algo mejor que a las razas civilizadas. Los habitantes de las islas pictas fueron destruidos, pero no sufrió ningún daño una gran colonia de ellos, asentados entre las montañas de la frontera meridional de Valusia para servir como amortiguadores contra las invasiones extranjeras. Del mismo modo, el reino continental de los atlantes escapó a la ruina generalizada, y hasta él llegaron miles de los hombres de sus tribus, que huyeron en barcos de la tierra que se hundía. Muchos lemures escaparon a la costa oriental del continente Thurio, que salió comparativamente indemne. Allí, fueron esclavizados por la antigua raza que ya habitaba la zona y su historia fue, durante miles de años, una historia de brutal servidumbre.

En la parte occidental del continente, las condiciones cambiantes crearon extrañas formas de vida animal y vegetal. Espesas junglas cubrieron las llanuras, grandes ríos se abrieron paso hasta el mar, montañas silvestres se elevaron, y lagos cubiertos con las ruinas de viejas ciudades quedaron transformados en fértiles valles.

Desde las zonas hundidas huyeron como enjambres miríadas de bestias y salvajes, de hombres-mono y de simios, hacia el reino continental de los atlantes. Obligados a luchar continuamente para salvar sus vidas, lograron, a pesar de todo, conservar algunos vestigios de su antiguo estado de barbarismo avanzado. Privados de metales y de minas, se vieron obligados a trabajar la piedra, como habían hecho sus lejanos antepasados, y habían

alcanzado ya un verdadero nivel artístico cuando su cultura, que se esforzaba por sobrevivir, entró en contacto con la poderosa nación picta.

Los pictos también habían vuelto al uso del pedernal, pero habían avanzado más rápidamente en cuanto a crecimiento de la población y dominio del arte de la guerra. No poseían la naturaleza artística de los atlantes, sino que formaban una raza más ruda, más práctica y prolífica. No dejaron imágenes pintadas o talladas en el marfil, como hicieron sus enemigos, pero sí gran cantidad de armas de pedernal notablemente eficientes.

Estos reinos de la edad de piedra chocaron entre sí y, en una serie de sangrientas guerras, los atlantes, superados en número, se vieron obligados a retroceder a una etapa de salvajismo, y la evolución de los pictos se vio detenida.

Quinientos años después del gran cataclismo, los reinos bárbaros habían desaparecido, convertidos ahora en una nación de salvajes, los pictos, en permanente estado de guerra contra otros salvajes, los atlantes. Los pictos contaban con la ventaja de su mayor número y unidad, mientras que los atlantes se habían dividido en clanes débilmente relacionados entre sí Eso fue lo que sucedió en occidente.

En el lejano este, separado del resto del mundo por la elevación de gigantescas cadenas montañosas y por la formación de una cadena de vastos lagos, los lemures se fatigan como esclavos de sus antiguos amos. El extremo más meridional sigue envuelto en el misterio. Tras haber salido indemne del gran cataclismo, su destino sigue siendo prehumano.

De las razas civilizadas del continente Thurio, los restos de una de las naciones no valusas habitan entre las montañas bajas situadas al sudeste, los zhemris. Aquí y allá, repartidos por el mundo, hay diseminados clanes de salvajes simiescos completamente ignorantes del auge y caída de las grandes civilizaciones. Pero en el extremo norte hay otro pueblo que va surgiendo lentamente a la existencia.

En el momento en que se produjo el gran cataclismo, un grupo de salvajes, cuyo desarrollo no se hallaba muy por encima del hombre de Neanderthal, huyó hacia el norte para escapar a la destrucción. Descubrieron que los países de las nieves sólo estaban habitados por una especie de monos de las nieves, enormes animales blancos y velludos, aparentemente adaptados a ese clima y propios de él. Lucharon contra ellos y los empujaron más allá del círculo ártico, destinados a perecer, o eso creyeron los salvajes. Pero los monos de las nieves se adaptaron a las nuevas y duras condiciones ambientales y se multiplicaron.

Después de que las guerras entre los pictos y los atlantes destruyeran lo que podría haber sido el principio de una nueva cultura, otro cataclismo, éste menor, alteró una vez más el aspecto del continente original, dejó un gran mar interior allí donde antes estuvo la cadena de lagos, lo que separó aún más el este del oeste, y los terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas subsiguientes terminaron de completar la ruina de los bárbaros, que ya se había iniciado con sus guerras tribales.

Mil años después de este cataclismo menor. el mundo occidental tiene el aspecto de un terreno salvaje, cubierto de junglas, lagos y ríos torrenciales. Entre las montañas del noroeste, cubiertas por los bosques, existen grupos errantes de hombres mono que no dominan el habla humana, ni conocen el fuego o el uso de utensilios. Son los descendientes de los atlantes, hundidos en el caos chillón de la bestialidad de la jungla del que sus antepasados habían surgido trabajosamente, arrastrándose, hacía ya muchas eras.

En el sudoeste viven diseminados clanes de salvajes degradados que habitan en las cuevas. y cuya forma de hablar es de lo más primitivo, pero que todavía conservan el nombre de pictos, que ha terminado por convertirse en un nombre que ellos mismos

emplean para designarse como hombres, y distinguirse de las verdaderas bestias, a las que se enfrentan para salvar la vida y obtener alimentos. Ése es el único eslabón que les une con su antiguo estado. Ni los escuálidos pictos ni los atlantes simiescos tienen contacto alguno con otras tribus o pueblos.

Al otro lado, en el este, los lemures, reducidos casi a un estado bestial por la brutalidad de su esclavitud, han terminado por levantarse y destruir a sus antiguos amos. Son salvajes que deambulan por las ruinas de una civilización extraña. Los supervivientes de esa civilización, que han escapado a la furia desatada de sus esclavos, han huido hacia el oeste. Caen sobre los misteriosos reinos prehumanos del sur, derribándolos y sustituyéndolos con su propia cultura, suavizada por el contacto con la antigua. Al reino surgido de este modo se le llama Stigia, y parece que en él han sobrevivido restos de la nación más antigua, y que incluso se les ha adorado, después de que la raza, en su conjunto, haya quedado destruida.

Aquí y allá, repartido por el mundo, pequeños grupos de salvajes muestran señales de una tendencia de progreso; se hallan diseminados y no han sido clasificados. Pero las tribus están creciendo en el norte. A estos pueblos se les denomina hyborios, o hyboris; su dios era Bori, algún gran jefe, de quien la leyenda decía que era más antiguo que el rey que los condujo hacia el norte, en los tiempos del gran cataclismo, que las tribus sólo recuerdan en un folklore distorsionado.

Se han extendido por el norte, y presionan hacia el sur, en migraciones tranquilas. Por el momento no han entrado en contacto con ninguna otra raza; sus guerras las han librado entre ellos mismos. El haber habitado durante mil quinientos años en las tierras del norte les ha convenido en una raza de hombres altos, de cabello leonado y ojos grises, vigorosos y amantes de la guerra, y que ya exhiben una artesanía bien definida y una cierta inclinación por la poesía. La mayoría de ellos siguen viviendo de la caza, pero las tribus del sur llevan ya varios siglos dedicadas a la cría del ganado.

Hay una excepción en cuanto a su, hasta ahora, completo aislamiento de otras razas: un viajero que recorrió el norte ha regresado con la noticia de que las extensiones de tierras heladas supuestamente desiertas se hallan habitadas en realidad por una amplia tribu de hombres similares a monos, descendientes, según afirma, de las bestias empujadas hacia territorios menos habitables por parte de los antepasados de los hyborios. Animó a formar un gran destacamento de guerra para enviarlo más allá del ártico con la misión de exterminar a esas bestias, de las que, según asegura, empezaban a evolucionar para convertirse en verdaderos hombres. Su propuesta fue rechazada. Un pequeño grupo de jóvenes guerreros aventureros le siguió hacia el norte, pero ninguno de ellos regresó.

Pero las tribus de los hyborios se iban desplazando hacia el sur y, a medida que aumentaba su población, este movimiento se hizo cada vez más amplio. La siguiente era fue una época de migraciones y conquistas. A lo largo de la historia del mundo, las tribus y los movimientos y desplazamientos de éstas configuran un panorama siempre cambiante

Eso puede verse en el panorama que ofrecía el mundo quinientos años más tarde. Las tribus de los hyborios, de cabellos leoninos, se han movido hacia el sur y el oeste, y han conquistado y destruido a más de un pequeño clan no clasificado. Al absorber la sangre de las razas conquistadas, que ya eran descendientes de otras tendencias más antiguas, han empezado a mostrar ciertos rasgos raciales modificados, y esta mezcla de razas se ve ferozmente atacada por las corrientes de sangre más nueva y más pura, y se ve empujada ante ellos del mismo modo que una escoba barre imparcialmente las sobras, para entremezclarse y fundirse en los enmarañados restos de razas y residuos de razas.

Por el momento, los conquistadores todavía no han entrado en contacto con las razas más antiguas. Hacia el sudeste, los descendientes de los zhemris, que han encontrado ímpetu en la nueva sangre resultante de la mezcla con alguna tribu no clasificada, empiezan a intentar revivir alguna débil sombra de lo que fuera su antigua cultura. Hacia el oeste, los atlantes de aspecto simiesco también inician el recorrido del largo camino de ascenso. Han completado el ciclo de la existencia; habían olvidado desde hacía mucho tiempo su existencia anterior como hombres; desconocedores de que hubieran tenido alguna vez otro estado diferente, empiezan a ascender sin ayuda alguna, y sin verse obstaculizados por los recuerdos humanos.

Al sur de ellos, los pictos continúan siendo salvajes y, al parecer, desafían las leyes de la naturaleza, ya que ni progresan ni retroceden. Bastante más al sur, se mece en la modorra el antiguo y misterioso reino de Stigia. Hacia sus fronteras orientales emigran clanes de salvajes nómadas, conocidos ya como los hijos de Shem.

Junto a los pictos, en el ancho valle de Zingg, y protegidos por grandes montañas, ha evolucionado un grupo sin nombre de seres primitivos, clasificados provisionalmente como afines a los shemitas, que han llegado a desarrollar un verdadero sistema agrícola.

Otro factor ha venido a incrementar el impulso de la presión hyboria. Una tribu de esa raza ha descubierto el uso de la piedra en la edificación, y ha surgido así a la existencia el primer reino hyborio, el rudo reino bárbaro de Hyperborea, que tuvo sus inicios en una tosca fortaleza de cantos rodados amontonados para repeler los ataques tribales. El pueblo de esta tribu no tardó en abandonar las tiendas transportadas a caballo, para cambiarlas por casas de piedra, construidas de forma basta pero poderosa; protegidos de ese modo, se hicieron más fuertes.

En la historia hay pocos acontecimientos más dramáticos que el surgimiento del reino rudo y feroz de Hyperborea, cuyo pueblo transformó bruscamente su vida nómada para construir edificios de piedra desnuda, rodeados por murallas ciclópeas; se trataba de una raza que apenas había abandonado la fase de la era de piedra pulimentada y que, gracias a un golpe de suerte, aprendió los primeros y toscos principios de la arquitectura.

El surgimiento de este reino puso en movimiento a otras muchas tribus, pues, derrotadas en la guerra, o negándose a ser tributarias de sus parientes que vivían en castillos, muchos clanes emprendieron largas marchas que les llevaron a recorrer medio mundo. Y las tribus situadas más al norte ya empiezan a verse empujadas por salvajes rubios gigantescos, no mucho más avanzados que los hombres mono.

La historia de los mil años siguientes es la historia del auge de los hyborios, cuyas tribus guerreras dominan el mundo occidental. Empiezan a configurarse toscos reinos. Los invasores de cabellos leonados se han encontrado con los pictos. empujándolos hacia los territorios desérticos del oeste

En el noroeste, los descendientes de los atlantes, que han logrado pasar sin ayuda del mundo de los simios al del salvajismo primitivo, todavía no se han encontrado con los conquistadores. Bastante más al este, los lemures desarrollan una extraña semicivilización propia. Hacia el sur, los hyborios han fundado el reino de Koth, en las mismas fronteras de esos países pastorales conocidos como los territorios de Shem, y empiezan a surgir del barbarismo los salvajes de estos territorios, debido en parte al contacto con los hyborios, y en parte al contacto con los stigios, que durante siglos han causado grandes estragos entre ellos.

Los salvajes rubios del extremo más septentrional han aumentado su poder y su número, de modo que las tribus hyborias del norte se mueven hacia el sur, empujando ante ellas a

los clanes emparentados. El antiguo reino de Hyperborea es derrocado por una de esas tribus septentrionales, a pesar de que conserva el viejo nombre. Al sudeste de Hyperborea ha surgido un reino de los zhemris, con el nombre de Zamora. Al sudoeste, una tribu de pictos ha invadido el fértil valle de Zingg, conquistando al pueblo agrícola allí instalado, y se ha asentado entre ellos. Esta raza mixta fue conquistada a su vez más tarde por una tribu errante de los hyboris, y de estos elementos entremezclados surgió después el reino de Zingara.

Quinientos años más tarde, los reinos del mundo ya se encuentran claramente definidos. El mundo occidental se ve dominado por los reinos de los hyborios: Aquilonia, Nemedia, Brythunia, Hyperborea, Koth, Ophir, Argos, Corinthia, y uno conocido como el Reino Fronterizo. Zamora se halla situada al este, y Zingara al sudoeste de estos reinos; se trata de pueblos similares de tez oscura y hábitos exóticos pero, por lo demás, no se hallan relacionados.

Bastante más al sur sigue durmiendo Stygia, que no se ha visto afectada por las invasiones extranjeras, pero los pueblos de Shem han cambiado el yugo stygio por el menos mortificante de Koth.

Los maestros de tez oscura se han visto empujados al sur del gran río Styx, Nilus o Nilo, que fluye desde el norte, procedente de los territorios situados al interior, efectúa luego un giro casi en ángulo recto y fluye hacia el oeste, atravesando con sus meandros los territorios de pastos de Shem, para desembocar en el gran mar. Al norte de Aquilonia, el reino hyborio situado más a occidente, se encuentran los cimerios, salvajes feroces, no contaminados por los invasores, pero que progresan con rapidez gracias al contacto con ellos; son los descendientes de los atlantes, que ahora progresan con mucha mayor firmeza que sus antiguos enemigos, los pictos, que habitan las zonas selváticas situadas al oeste de Aquilonia.

La era Hyborya